

DAR LA VIDA POR LA VIDA

Agrupación Chilena
de Familiares de
Detenidos Desaparecidos

Hernán Vidal



Hernán Vidal, catedrático del Departamento de Español y Portugués y en el Programa de Estudios Comparados de Discurso y Sociedad en la Universidad de Minnesota, Estados Unidos. Es también miembro del directorio del Centro de Derechos Humanos de la misma institución.

Su principal preocupación como catedrático e investigador ha sido el estudio de las implicaciones antropológicas del movimiento de defensa de los derechos humanos en Latinoamérica y, en particular, en Chile.

Esta segunda edición de *Dar la vida por la vida: La Agrupación Chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos* viene a completar un viejo compromiso: llegar al público lector de Chile.

El año 1995 Mosquito Editores publicó, en esta misma colección, *FPMR: El tabú del conflicto armado en Chile*.

Actualmente dirige el Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura, de la Universidad de Minnesota, y edita la serie Literatura y Derechos Humanos.



Hernán Vidal

I.S.B.N.: 956 - 265 - 072 - 3

DAR LA VIDA
POR LA VIDA

AGRUPACIÓN CHILENA
DE FAMILIARES DE
DETENIDOS DESAPARECIDOS
(ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA SIMBÓLICA)

MOSQUITO EDITORES
biblioteca setenta & 3

DAR LA VIDA POR LA VIDA
Agrupación Chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos
© Hernán Vidal
© MOSQUITO Editores para la presente edición
Miguel León Prado 182 / Casilla Postal 52.801 Correo Central
Santiago de Chile
Primera edición: Marzo de 1996

Inscripción Nº: 96.187

Diseño y responsable de la colección: Cristian Cottet
Dirección técnica: Víctor Cornejo
Diseño portada: Alejandro Albornoz
Digitación, corrección de pruebas e imprenta:
MOSQUITO EDITORES: 556.5508 / Fax: 554.5635

Derechos exclusivos reservados para todos los países. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluida la portada, sin autorización del editor.

INDICE

Prefacio a la edición chilena	9
INTRODUCCION	
Rituales de protesta y cultura nacional chilena	11
UNO	
Aproximándose a la agrupación: Exploración del inconsciente colectivo	27
Neo-liberalismo y autoritarismo: Entre el escaparate y las sombras,	41
DOS	
Autoritarismo: Metáforas de muerte Lonquén: Monumento a una épica avergonzada de sí misma,	49 61
TRES	
La Agrupación: Metáforas de vida Por la ilusión de la vida,	75 94
CUATRO	
Cotidianidad y rituales comunitarios La primera romería a Lonquén El encadenamiento,	121 140 155
CINCO	
El futuro	191
SEIS	
1996: Mirada retrospectiva	217

Para quienes me hablaron de ésto,
y que no puedo nombrar

PREFACIO A LA EDICION CHILENA

Los libros también vuelven del exilio.

Este apareció originalmente en 1982, en Estados Unidos. Fue un trabajo de solidaridad con las luchas por la recuperación de la democracia chilena. Por razones obvias, circuló muy limitadamente en Chile. En 1981 me acerqué a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos con la intuición de que estos seres habían consumado el trabajo que confiere mayor dignidad a la especie humana: transformar el dolor el sufrimiento. En 1981 pensaba que mi contribución a la cultura chilena podía ser la transformación de ese sufrimiento en conocimiento.

El dolor nos marca a todos simplemente por estar vivos. Nos agobia como entes pasivos; debemos cargar con nuestros dolores porque no tenemos otra opción. No elegimos ser nacidos. Tampoco elegimos ser desaparecidos.

Sin embargo, estos familiares de detenidos desaparecidos tomaron su dolor y lo transformaron en energía para desconocer la fragilidad y vulnerabilidad de sus cuerpos y buscar modos de mostrar a la ciudadanía un secreto horrible: poco después del 11 de septiembre de 1973, el Estado chileno había descartado el imperio de la ley y practicaba el terrorismo. Hacia fines de 1972 nadie en Chile podía desconocer que se acercaba algún extremo de violencia. La aplicación profesional de violencia armada, sin embargo, está regida por leyes reconocidas por todo gobierno civilizado. De allí que suspender el Estado de Derecho sea un cataclismo cultural de proporciones y consecuencias imposibles de ser imaginadas en su totalidad. La más horrible de ellas fue la creación militar de una nueva figura legal: el «detenido desaparecido».

Para dar testimonio del daño causado a sus familiares, las mujeres

que luego formaron la Agrupación se vieron forzadas a la terrible aventura de increpar al Estado criminal y exigir la verdad del destino de sus familiares. Para ello tenían solo un recurso: la teatralidad de sus acciones de protesta. En ellas debieron invocar y apelar a discursos culturales mucho más antiguos que las doctrinas políticas que habían llevado al cataclismo cultural de 1973. En esencia, entonces, se veían forzadas a proponer nuevos fundamentos para la identidad nacional chilena. Por ello el dolor individual quedó transubstanciado en sufrimiento, es decir, dolor que se asume como sacrificio consciente por una causa trascendental.

Precisamente por esa trascendencia es que intuí que ese sufrimiento era un patrimonio comunitario que debía estudiarse. Por ello es que sentí el imperativo de contribuir a transformar ese sufrimiento en conocimiento a disposición de otras generaciones, y también de seres humanos en tierras lejanas.

El texto de esta segunda edición reproduce el de la primera. He agregado una «Mirada Retrospectiva» como reflexión y testimonio de lo que la Agrupación me mostró en 1981, enseñanza que ha marcado el resto de mi vida.

INTRODUCCION

RITUALES DE PROTESTA Y CULTURA NACIONAL CHILENA

La exposición que sigue pretende hacer una contribución a la antropología simbólica. Para ella se han observado, registrado e interpretado las bases para el surgimiento de rituales públicos de protesta política de fuerte carga simbólica en períodos de crisis institucional. Por razones esclarecidas gradualmente en el trabajo se enfocan las actividades de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, grupo de oposición al gobierno militar de Chile. La Agrupación ha logrado diseñar y realizar acciones de protesta simbólica para interpelar a la conciencia nacional chilena en el marco represivo impuesto después del 11 de septiembre de 1973 por el Estado Autoritario.

El término «rituales públicos de protesta de fuerte carga simbólica» se refiere a una ceremonia de actividades formalizadas, especialmente diseñadas por un grupo opositor al Estado Autoritario, subrepticamente preparada y sorpresivamente realizada que, a pesar de su corta duración, tiene resonancia en la comunidad nacional e internacional. Implícita o explícitamente, la ceremonia propone una ética de convivencia social alternativa, en pugna con la que el oficialismo busca conformar y consolidar. Dados este contenido y esta motivación, la ceremonia toma un sentido de sacralidad secular que los organizadores buscan exaltar ante un público espectador, mientras los opositores intentan denigrarlos o escamotearlos a la mirada.

Tal conflicto se produce porque el mensaje visual y auditivo tiene el potencial de concientizar sobre la orientación que el poder político establecido ha dado a la cultura nacional, a la vez que convoca a la población a rechazarla. Por su referencia expresa o soterrada a la cultura nacional, la ceremonia de protesta adquiere carácter simbólico, puesto que la estructuración de la relación de

espacios, personal, actos, gestos y declaraciones intenta condensar en una sola ocasión los complejos y múltiples factores económicos, sociales, políticos e ideológicos de la historia nacional. Desde otra perspectiva, la especificidad puntual de las ceremonias de protesta es simbólica porque materializa la ideología que le dio surgimiento e interpela a otras ideologías que también luchan por universalizarse como principios organizativos de la cultura nacional. De allí la multiplicidad de interpretaciones posibles de estos actos y el desafío organizativo que representan en cuanto a comunicación rápida, certera y clara del mensaje deseado y modificar la conciencia de los espectadores en medio de la represión política. Una proposición preliminar de este estudio es, por tanto, que estos rituales públicos de protesta intentan una rearticulación de la conciencia pública problematizando los modos de sociabilidad en que se basa la cultura nacional. De por sí esto ya constituye razón suficiente para emprender el trabajo propuesto.

En la textura de la rutina cotidiana estos rituales de protesta surgen como hiatos claramente delimitados, lo cual permite hablar de ellos como unidades de drama social.⁽¹⁾ Poseen una lógica que las estructura en segmentos de comienzo, medio y fin. En su implementación puede reconocerse una agencia que monta el espectáculo para obtener un objetivo definido, diseña actos que comuniquen el mensaje, designa actores para realizarlos, ubica escenarios para efectuarlos y concibe modos de retardar a los opositores de la acción. Este tipo de agencia es la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. La lógica con que se aglutinan todos los elementos causales del espectáculo son vertebrados por el discurso ideológico de la Agrupación. Tal visión le permite definir los espacios escénicos más apropiados, establecer los roles por cumplirse, reunir los implementos necesarios a modo de utilería, convencer a los actores a participar en aras de un fin trascendental. La necesidad consciente de diseñar roles especiales para ser actuados públicamente indica una de las tareas fundamentales de la Agrupación: refinar un estilo altamente disciplinado de modulación y administración de las impresiones e imágenes públicas que desea proyectar. Esta tarea es esencial para todo grupo organizado cuyo objetivo es alguna forma de interpelación de la conciencia pública. Pero aún es más vital para los grupos de oposición a regímenes autoritarios como los que imperan actualmente en el cono sur de Latinoamérica. La necesidad de planear y mantener un estilo

disciplinado demanda e impone una constante e intensa tensión física y mental por razón de la seguridad personal de sus miembros. Esto, además de la enorme magnitud de la misión de proponer una orientación cultural alternativa cuando otras organizaciones populares más apropiadas para la tarea han sido disueltas, crea en los miembros de la Agrupación lo que podría llamarse una actitud monumental heroica. Con este término -que en un contexto social no represivo podría sonar en extremo presuntuoso- se apunta al hecho real de los enormes sacrificios de energía personal para satisfacer necesidades de seguridad e intimidad, a la vez que se canalizan estas energías e intimidades para convertirlas en fuerza de impacto ideológico público. Debido a ello es que los miembros de la Agrupación no pueden exhibirse al observador externo sino como encarnaciones de una misión histórica trascendental. El precio personal que deben pagar por esta obligación es inimaginable, puesto que con su voz deben hablar, por lo menos en una época, por toda la conciencia democrática chilena que ha sido silenciada. Esta monumentalidad heroica contrasta marcadamente con la vulnerabilidad real que aqueja a la Agrupación ante la omnipotencia del aparato de represión estatal. La conciencia de este contraste, tanto de los miembros de la Agrupación como del observador externo, confiere a sus contactos e intercambio un tono francamente emotivo por la sugerencia de un poder omnímodo siempre con posibilidades de interferir, sin que para ello haya control o resguardo. Habrá ocasión de comprobar, más adelante, que aun esta energía emocional ha sido convertida por la Agrupación en elemento eficaz de interpelación de la autoridad estatal.

Por este cúmulo de actitudes y motivos -modulación de las impresiones proyectadas en público; mantenimiento de la seguridad personal y monumentalidad heroica- en última instancia toda investigación sobre el tema propuesto es inescapablemente limitada en las condiciones del Chile actual. Esto debe considerarse en el momento de analizar los resultados. Sin embargo, ello no debe arredrar, tanto por la magnitud del tema para el futuro de la cultura chilena como por el hecho de que, de todos modos, es posible hacer inferencias interpretativas de razonable certidumbre. Para este efecto se han adaptado cinco criterios: Primero, se contrastan la información y las opiniones interpretativas de cada individuo o grupo entrevistado para detectar variaciones significativas que dan pistas de problemas mayores relegados al trasfondo de modo cons-

ciente o inconsciente. Segundo: se confrontan estas variaciones con material escrito sobre la Agrupación o por la Agrupación. Tercero: se confrontan las variaciones individuales, de grupo y del material escrito con testimonios de personas cercanas a la Agrupación por sus labores profesionales: abogados, psiquiatra, asistente social. Cuarto: se insertan las declaraciones recogidas de los miembros de la Agrupación en el marco de los discursos ideológicos a los que hacen referencia consciente o inconscientemente para amplificar sus implicaciones (dos ejemplos entre muchos: aunque los miembros de la Agrupación no discuten el concepto de cultura nacional, los principios que postulan en cuanto al desaparecimiento de prisioneros políticos en Chile inescapablemente ponen en tela de juicio la orientación reciente de esta cultura; la forma en que los miembros expresan algunas de las vivencias íntimas producidas por ese problema remiten a planteamientos de la filosofía existencialista). Quinto: se determina la forma en que la propuesta cultural de la Agrupación implica una ruptura de la política cultural hegemónica. Con estos criterios básicos se ha intentado una conexión significativa de hechos puntuales como los ritos simbólicos de protesta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos con la totalidad global del desarrollo de la sociedad chilena actual.

El concepto de cultura nacional describe un proyecto de orientación del desarrollo de la sociedad en lo económico, social, político, e ideológico, proyecto universalizado por una clase social que, para implementarlo debe cimentar alianzas de fuerzas para controlar el aparato estatal y adecuarlo a los términos del proyecto.(2) Por universalización se entiende un proceso de experimentación y convicción por parte de la población que la lleva a sumarse mayoritariamente al proyecto cultural en razón de una vasta gama de intereses espirituales y materiales. La adhesión universalizada a ese proyecto potencia una orientación del conjunto de ideas, conceptos, símbolos, valores, instituciones y modos de comportamiento creados por la idiosincracia colectiva en el curso de una historia común que la ha conformado. Por lo tanto, el concepto de cultura nacional propone una participación integral de la población para la apropiación real del territorio nacional y la liberación de su potencial productivo. Se proyecta con ello la mejor reproducción de la vida humana en todas sus manifestaciones. Queda implícita la tarea de erigir un sistema político que la promueva. Así los diferentes grupos regionales y étnicos quedan constelados en un haz

de relaciones socio-económicas y políticas, construyéndose una conciencia y una identidad ciudadana comunes que le sirven de expresión: «Así, en el proceso de constitución de la nación, el papel de la conciencia nacional estará ligado a su capacidad para reflejar y expresar adecuadamente los intereses y aspiraciones de las clases sociales, esto es, de las clases que impulsan la determinación de la sociedad como nación, así como su capacidad para contribuir a la organización y eficacia política de esas clases. Y, en el proceso de elaboración de la cultura nacional, la conciencia nacional actúa como eje reorganizativo de la cultura anterior y de la incorporación de las nuevas experiencias y expectativas.»(3) Al llamar la atención sobre el problema de los detenidos desaparecidos, la Agrupación busca introducir en la conciencia colectiva un entendimiento de las dimensiones de una experiencia al parecer antes desconocida en la historia chilena, para proponer implícitamente una reestructuración de la cultura y del Estado nacional.

El eje central de la cultura nacional es el Estado. Todo cambio de estructura o régimen de relaciones institucionales y burocráticas en el Estado tiene profundas repercusiones tanto en la política de conducción de la cultura nacional como en la conciencia colectiva que la orienta. Por tanto, es preciso introducir aquí el hecho de que el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 significó el término del llamado Estado de Compromiso y su reemplazo por el Estado Autoritario.(4) El Estado de Compromiso fue creado sobre la base del proyecto de industrialización sustitutiva de la importación iniciado en los años '30 y con vigencia hasta fines de la década de 1960. Las fuerzas que lo promovieron se articularon políticamente en alianzas populistas que movilizaron a diversos sectores sociales tras el proyecto. Por este motivo, el Estado, en su función de principal agente de desarrollo económico, promovió un estrecho engarce de sus instituciones con los organismos gremiales, partidistas y sindicales de la sociedad civil. Una de sus consecuencias fue la consolidación de áreas de influencia de diversas clases sociales en las diferentes instituciones financieras, administrativas y de servicio social del Estado, impidiéndose que la gran burguesía alcanzara una hegemonía incuestionada e incontestada. Otra fue la extraordinaria politización de la sociedad chilena hasta 1973, ya que la distribución de los ingresos del Estado y la asignación de recursos, dentro de sí mismo y en la sociedad civil, obligaba a los diferentes intereses sociales en juego a altos grados de organiza-

ción y movilización para captar su parte. Ello requería, además, una ética política de negociación y el mantenimiento de canales para el diálogo de transacción y el compromiso.

Entre 1970 y 1973 el gobierno de la Unidad Popular intentó un programa de transición al socialismo a partir de las instituciones del Estado de Compromiso burgués. Para ello fomentó una alta activación política y cultural de los sectores proletarios y medios sin haber neutralizado el poderío económico-político de la gran burguesía. La Junta Militar detuvo abruptamente esa transición; desmovilizó a los sectores populares; dismanteló los mecanismos de mediación y compromiso político; ha intentado despolitizar la sociedad chilena imponiendo criterios puramente tecnocráticos y administrativos en el gobierno de la cosa pública; reestructuró el proceso de acumulación capitalista en Chile; restringió el círculo de decisiones gubernamentales a minorías pequeñísimas de altos militares, tecnócratas y grandes financieros de estrechas conexiones transnacionales. El Estado Autoritario que inauguraron destruyó una noción histórica de la cultura chilena como comunidad integral en aras de la eficiencia del sistema capitalista con índices en las leyes «naturales» del mercado. Para lograrlo destruyó o alteró las organizaciones que la sociedad civil ha creado para producir y canalizar un conocimiento más totalizado de la cultura: los partidos políticos, los gremios y sindicatos, los medios de comunicación masiva; ha restringido la movilidad de los ciudadanos con toques de queda e impide su congregación masiva; ha aprisionado, relegado y exiliado a grandes números de ciudadanos. Con esta actividad se ha fragmentado la conciencia nacional por cuanto la ciudadanía ya no tiene acceso a información fidedigna que le permita comprender el cuadro general del funcionamiento de la sociedad.

Pero el resultado más notorio de la política cultural de las fuerzas armadas chilenas ha sido la creación de una categoría de ciudadano llamado detenido desaparecido. Durante el período de represión masiva del 11 de septiembre de 1973, e inmediatamente después, sin duda ocurrieron muertes que jamás se conocerán. La categoría de detenido desaparecido tiene un sentido más estricto: se trata de ciudadanos cuyo arresto por los aparatos de seguridad de las fuerzas armadas ha sido verificado testimonialmente -incluso por representantes del Estado. Sin embargo no se hace registro fidedigno u oficial de su detención ni se los concentra en un lugar conocido, designado como prisión, por lo que todo recurso de am-

paro (habeas corpus) presentado ante el poder judicial es denegado por no existir constancia de que el prisionero esté en manos de la autoridad. Esta práctica se inició en 1974, después del golpe militar y terminó, al parecer, en el segundo semestre de 1977. Las víctimas han sido en su gran mayoría dirigentes y militantes políticos y sindicales cuyo destino se desconoce. La Iglesia Católica de Chile ha documentado 619 casos de desaparecimientos que ha presentado al gobierno militar. Se sospecha que, en realidad, se trata de miles y que su número exacto jamás se conocerá. Largo tiempo negó el gobierno militar la existencia de tales casos. Atribuyó los rumores que circulaban dentro de Chile, la información acumulada y las acusaciones hechas desde el exterior a una supuesta campaña de desprestigio montada por una «conspiración del comunismo internacional». En sus respuestas el gobierno militar cubrió un amplio arco desde «el problema no es cierto», pasando por el «están en la clandestinidad», «salieron fuera de Chile secretamente», «son personas que no tienen existencia legal», hasta el reconocimiento del «existieron enfrentamientos armados con el derrocamiento del pasado gobierno», «hubo un estado de guerra civil». No obstante, no ha reconocido el secuestro de ciudadanos por los servicios de seguridad. Con el correr de los años ha surgido evidencia para componer un cuadro de estrecha cooperación secreta entre intereses privados, las fuerzas armadas y diversas instituciones del Estado para eliminar el liderato partidista y sindical sobreviviente y emergente después de 1973. Por este motivo, las actividades de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos tienen tanta importancia.

La Agrupación se formó a fines de 1974. Sus miembros eran personas que hasta entonces habían llevado individualmente la búsqueda de sus familiares desaparecidos con el apoyo del Comité de Cooperación por la Paz en Chile, auspiciado por diversas iglesias y denominaciones religiosas. Luego de la expulsión del país del obispo luterano Helmut Frenz, presidente del Comité, y de la presión del gobierno militar para que se lo disolviera a fines de 1975, la Iglesia Católica puso servicios jurídicos, asistenciales y publicitarios a disposición de los familiares para activar diligencias en favor de los desaparecidos. En enero de 1976 se formó la Vicaría de la Solidaridad de la Iglesia Católica, que desde entonces ha prestado esos servicios exclusivamente.(5)

La lucha de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos por obtener información sobre el destino de sus parientes amenaza con desnudar públicamente los mecanismos más secretos de las fuerzas armadas en el uso de las instituciones estatales. Todas las esferas de la actividad represiva del Estado sobre la sociedad civil chilena se anudan significativamente en el trato dado a esos prisioneros: son ciudadanos que por simple acción administrativa son condenados a la grotesca condición de no estar ni vivos ni muertos jurídicamente. De allí que el gobierno militar, para evitar ser aislado en la comunidad de naciones, se haya visto obligado a toda clase de subterfugios para ocultar los hechos más sangrientos de la represión o a grandes esfuerzos justificatorios ante la opinión pública nacional e internacional cuando la evidencia se ha hecho irrefutable. En este contexto, el cúmulo de significaciones que la humanidad ha creado en torno a la materialidad del cuerpo humano a través de la historia se hacen sustancia de actos simbólicos que los grupos de oposición elaboran consciente y/o inconscientemente, voluntaria y/o involuntariamente. Por ello estos símbolos tienen un potencial totalizador para la conciencia colectiva y proponen tácitamente una movilización política. Durante el corto o largo período en que las incidencias de estas acciones se presentan al espectador o aparecen en los medios comunicativos, la ciudadanía se ve incitada a interpretar el sentido de su sociedad en niveles que inevitablemente tocan lo político, lo económico, lo ético, lo legal, lo filosófico, lo religioso, sin importar el grado de claridad que se posea al respecto.

Entre las acciones públicas de la Agrupación en favor de sus familiares, ya sea en reacción a sucesos ocurridos o como iniciadora de ellos, deseo concentrar la atención en dos: la reacción ante el descubrimiento de un cementerio secreto de asesinados por el Cuerpo de Carabineros, la policía chilena, en los hornos de una mina de cal ubicada en Lonquén, localidad cercana a Santiago. Esto ocurrió a fines de noviembre de 1978. Y también la protesta de cincuenta y nueve personas, tres de ella hombres, que se encadenaron a las rejas del clausurado Congreso Nacional a las 11 de la mañana del miércoles 18 de abril de 1979.

Desde noviembre de 1978 se ha dado en Chile una serie de revelaciones de depósitos de despojos humanos resultantes de masacres perpetradas por el aparato represivo estatal: Lonquén, Cuesta Barriga, el Patio 29 del Cementerio General de Santiago,

Yumbel, Mulchén, Alto Molle. De todos ellos el de mayor impacto en la conciencia colectiva fue el de Lonquén, pues hasta el momento en que el Arzobispado de Santiago hizo pública información confidencial del entierro, el gobierno había logrado desacreditar, neutralizar o distorsionar la información existente sobre las masacres. Desde entonces la Iglesia Católica acentuó más su trabajo de urgimiento y sensibilización de la opinión pública sobre la gravedad de los sucesos para la convivencia nacional. Los hornos de Lonquén fueron integrados a una simbolización litúrgica que los sacralizó como lugar de revelación de los designios divinos en la vida cotidiana. Ello se dio en el marco de las romerías organizadas por la Agrupación hacia el lugar de la masacre, ocasión en que perspectivas laicas también tuvieron oportunidad de expresar un simbolismo ecuménico.

El encadenamiento demuestra una conciencia dramática que discierne sobre el significado simbólico del complejo espacial, temporal y de actores en que fue escenificado: el Congreso Nacional como lugar de elaboración y expresión de una pérdida convivencia democrática: a un costado de ese edificio están los Tribunales de Justicia en que se ubica el poder judicial para quien el juicio más leve que se pueda emitir es que ha transigido ante las presiones del poder ejecutivo militarizado; la intersección de las calles Bandera, Compañía y Catedral que hace de eje para el transporte público a todas las áreas de la ciudad de Santiago; el uso de cadenas para envolver el cuerpo humano como signo de nexo con la tradición parlamentaria democrática, como exhibición del dolor íntimo como patrimonio público y nacional que no debe ser ni ocultado ni acallado ante la conciencia colectiva; la mayoría femenina de encadenadas, su edad madura predominante, como sugerencia de la maternidad, el matrimonio y la familia como valores de fidelidad en el amor a los desaparecidos; este grupo de mujeres como anuncio de una nueva gestión política para la mujer chilena, nuevo rol surgido del drama personal; los grupos de personas que estuvieron allí para solidarizar con las encadenadas a manera de coro, entre ellos, Matilde Urrutia, viuda de Pablo Neruda, y Clotario Blest antiguo líder sindical cristiano de aspecto patriarcal.

La Agrupación define este tipo de acciones como resistencia pacífica. A diferencia de otros movimientos de esta índole, como el satyagraha de Gandhi en la India,⁽⁶⁾ los fundamentos de la Agrupación no proceden de un perfeccionamiento religioso de

la personalidad, aunque en el grupo hay un fuerte contingente religioso. Proponen un respeto por la integridad del ser humano y una búsqueda irrenunciable de la verdad, pero no como si estos se radiaran desde la divinidad. Abogan por una regeneración ética en la convivencia chilena, pero no como fin en sí que postergue el objetivo concreto de transformación democratizadora de las estructuras sociales, por la rebelión si es preciso. Los miembros de la Agrupación se exigen a sí mismos una disciplina y un sacrificio heroicos, pero no como programación de un estilo de vida moralmente superior. Por el contrario, subliman a duras penas la neurosis, el sufrimiento y las privaciones de su vida cotidiana para desafiar al Estado Autoritario. El sufrimiento es su principal arma de resistencia. Al protestar contra el Estado someten la vulnerabilidad de sus cuerpos a un castigo que desnuda la injusticia y la crueldad del autoritarismo. Esto requiere una conciencia, una voluntad y un compromiso cercanos a la del mártir que exhibe su dolor para conmover a espectadores. Con ello el aparato represivo se expone a una incómoda ambigüedad: si aplasta la protesta usando la fuerza, todos los cargos de persecución y tiranía quedan confirmados; si no procede, quedan sentadas las semillas para la desobediencia masiva. El desafío de la protesta pacífica obliga al gobierno a una iniciativa que quisiera evitar. El gobierno militar de Chile ha intentado ignorar el problema de los desaparecidos, desacreditarlo como tema válido para la discusión nacional, convertirse en interlocutor mudo y remoto. Pero, a pesar de todo, la Agrupación ha logrado legitimar su preocupación contra toda censura y obstáculo.

La estrechez para el acceso a la opinión pública es la que ha condicionado el temple de ánimo monumental y heroico de la Agrupación. Ante el hostigamiento, los ataques de hecho y la censura del aparato represivo, el grupo debió aumentar gradualmente el riesgo y la creatividad simbólica de sus acciones. En realidad, el enfrentamiento de la Agrupación con el Estado Autoritario puede entenderse también como guerra simbólica por el sentido ejemplar de la maniobras de ambos oponentes.

Luego de los arrestos masivos, comandos de registro de poblaciones, concentración prisioneros y fusilamientos de las primeras etapas del golpe, en septiembre de 1973, el nuevo gobierno militar debió abocarse al problema de restablecer un clima de normalidad en las actividades productivas y en la administración del Estado. Destruída toda oposición coherente, la nueva forma de represión

iniciada en 1974 no sólo tuvo un carácter preventivo contra su rearticulación, sino también el objetivo de consolidar y reforzar formas de autocensura por interiorización psíquica de la amenaza en la ciudadanía: «se establece una franja divisoria entre quienes tienen algo que temer y los que pueden abrigar relativa certeza respecto a su seguridad personal. El proceso no es inmediato, pero siendo gradual, apunta a establecer dicha franja divisoria entre el temor y la seguridad. Quienes actúan en actividades solidarias de Iglesia, en partidos políticos de oposición o expresan a viva voz su disidencia con respecto al orden autoritario están expuestos a ser reprimidos. Por el contrario los que abandonan la actividad política o sindical y se sumergen en el quehacer personal cotidiano pueden sentirse con el correr del tiempo, seguros. Una política de esta especie aliena la pasividad de parte de los antiguos militantes.»(7) Mantener este tipo de represión sin trastornar la actividad económica llevó a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), principal agencia de la represión subrepticia, a una actuación secreta para eliminar a los posibles actores de la rearticulación popular. Además, se ha adecuado de tal modo la información masiva, que la ciudadanía recibe mensajes que simultáneamente le describen la existencia de una supuesta amenaza para la seguridad pública, justifican con ello la violencia del Estado y subliminalmente le hacen llegar los peligros de cruzar la «franja divisoria». Los blancos de la represión se convierten en casos ejemplares, cuyo destino se exhibe a la comunidad para que tenga un efecto multiplicador de autocensura y parálisis. Los reprimidos se transforman en índices simbólicos de amenaza de extraordinaria efectividad en una situación de vacío político: la sociedad es disciplinada con el menor costo económico, con un mínimo de personal y con un máximo de sigilo para conservar la ilusión de normalidad cotidiana.

La ilusión de normalidad obliga al militarismo a promover una sensibilidad que disuelve la concreción irreductible de la realidad comunitaria en un campo de dudas, sospechas, inseguridades, escepticismos y cinismos causados por la desinformación y la amenaza. Corolario óptimo de esta sensibilidad sería una ciudadanía que espontánea y libremente valorara el silencio, la despreocupación, el «no querer saber», la anestesia de todo sentimiento y pensamiento compartido colectivamente y se dejara moldear como conjunto amorfo, que abandona a élites y jerarquías institucionales militares o militarizadas la formulación de su propia identidad. Es

en este horizonte cultural desvitalizado donde se ha definido la misión histórica de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Con sus rituales de protesta simbólica la Agrupación se desborda fuera de las rigideces del marco legal para clamar por la vida, por la verdad, por el respeto más básico de la persona humana: su entidad material y espiritual no puede ser declarada ficción por la acción grotesca de un edicto administrativo. Para ello contraponen a la duda, la evidencia concreta; al escepticismo y al cinismo la convicción intransigente de que el autoritarismo será superado por un Estado cuya piedra fundamental será el respeto de los derechos humanos; al silencio, a la despreocupación, al «no querer saber» a la anestesia oponen el grito de urgimiento, la música y el arte nacidos del sufrimiento que desafía la brutalidad. La Agrupación es conciencia de la colectividad que convoca a materializar la utopía de una sociedad en que reine la justicia.

NOTAS

1.El término es tomado de Víctor Turner, «Social Dramas and Ritual Metaphors». *Dramas, Fields and Metaphors. Symbolic Action in Human Society* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1974). En general, nuestro trabajo se adhiere a tendencias antropológicas y sociológicas que estudian la cotidianidad como locus de surgimiento de acciones simbólicas de estructura comparable a la del espectáculo teatral. Sin embargo, sus aportes han sido anclados en una epistemología materialista dialéctica y en concepciones de la sociedad del materialismo histórico. Con ello se ha buscado superar irracionalismos como el de Víctor Turner, quien asienta el surgimiento de símbolos en un inconsciente colectivo, de origen psicoanalítico, o el extremado empirismo de un Erving Goffman, quien desconecta los episodios particulares bajo estudio de la totalidad global de la cultura. Para una bibliografía orientadora ver: Raymond Firth, *Symbols, Private and Public* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1973); Dennis Brisset y Charles Edgley, eds., *Life as Theatre, a Dramaturgical Sourcebook* (Chicago: Aldine Publishing Company, 1975); Bernard N. Meltzer, John W. Petras y Larry T. Reynolds, *Symbolic Interactionism, Genesis, Varieties and Criticism* (London: Routledge & Kegan Paul, 1975).

2.En torno al concepto de «cultura nacional» y «cultura» ver: Nils Castro «Tareas de la Cultura Nacional» *Casa de las Américas*, Año XXI, No.122, septiembre-octubre, 1980, pp.3-10. Desiderio Navarro, ed. *Cultura, ideología y sociedad: Antología de estudios marxistas sobre la cultura* (La Habana: Cuadernos de Arte y sociedad, Editorial Arte y Literatura, 1975).

3.Castro, p.7.

4.Hugo Frühling E., «Disciplinando a la Sociedad. Estado y Sociedad Civil en Chile, 1973-1978». Documento no publicado, presentado a la Primera Conferencia de la Asociación Chilena de Investigaciones Para la Paz, Santiago de Chile, julio 2-3, 1981. Del mismo autor, «Evolución del Aparato Estatal Chileno: del Estado de Compromiso al Estado Autoritario». Manuscrito no publicado, Santiago de Chile, agosto de 1980. José Joaquín Brunner, «El Modo de Dominación Autoritario». Documento de trabajo, Programa FLACSO, Santiago de Chile, No.91, julio, 1980.

5.Desde 1977 la Vicaría ha estado publicando memorias anuales sobre su actividad de apoyo jurídico y asistencial a víctimas de la represión y a comunidades poblacionales y campesinas. Llevan el título *Un año de labor; Segundo año de labor*, etc. y son un excelente índice, tanto de la política estatal hacia los sectores populares como de las formas en que éstos alcanzan algún grado de rearticulación bajo protección eclesial. Ver, además: José Comblin, *Derechos Humanos y solidaridad, la experiencia de la Vicaría de la Solidaridad de Santiago*. Mimeo, sin fecha. Por otra parte, la Vicaría ha publicado anualmente documentos presentados por el Vicario director de la institución a la Corte Suprema, en que se analizan los obstáculos encontrados por los servicios jurídicos de la Vicaría para el amparo de víctimas de la represión. Estos documentos llevan el título *Presentación con motivo de la inauguración del año judicial* y llevan la fecha del año respectivo. En esencia, son un índice de las tendencias observadas en la política de represión.

6.H.J.N. Horsburgh, Non-Violence and Agression. A Study of Gandhi's moral Equivalent of War (London: Oxford University Press, 1968).
7.Frühling, «Disciplinando...», p.22.

UNO

APROXIMÁNDOSE A LA AGRUPACIÓN:
EXPLORACIÓN DEL
INCONSCIENTE COLECTIVO

Si entendemos la cultura nacional como un proceso acumulativo de formas de comportamiento en la experiencia histórica y constitutivas de la urdiembre de las relaciones sociales, es imposible pensar que los antiguos valores, actitudes y motivaciones que sustentaron la sociabilidad chilena hasta la crisis del Estado de Compromiso hayan desaparecido de la noche a la mañana. Con la dispersión de las anteriores formas de organización de la sociedad civil, sus actores buscan modos de nucleamiento, ubicación, traslado espacial y comunicación discretamente alejados de la observación, vigilancia, control e intervención del aparato estatal represivo. Con ello se conforma una dualidad en la percepción de la actividad de quienes se movilizan para representar diversos intereses sociales. Se la podría describir como una dicotomía conciencia/inconciencia colectivas. No intento dar a estos términos un giro que las inserte en una oposición racionalidad/irracionalidad psíquicas. Se refieren, más bien, a las condiciones concretas y materiales con que el poder político autoritario chileno logra definir, enmarcar y diseminar los actos, temáticas, símbolos que considera válidos para dar cuenta e impulsar el desarrollo cultural de la nación de acuerdo con sus proyectos.

Los personeros del gobierno y sus adherentes tienen libre uso de los edificios públicos, plazas, vehículos y medios comunicativos para efectuar y publicitar las actividades y discursos que expresan los debates internos de su bloque de poder y su manera de interpelar a los grupos marginados y reprimidos. En escuelas, ministerios, cuarteles, hospitales, centros de madres y ante monumentos a próceres nacionales se exhibe la autoridad militar y civil para realizar rituales que pretenden unificar la voluntad nacional tras sus proyectos. Los medios de comunicación masiva son informados selectivamente de las últimas medidas económicas, sociales y políticas que definen hegemónicamente el bien común. Las radioemisoras y los canales de televisión recogen los sonidos y las

imágenes de estas ceremonias para exaltarlas por breves segundos en la mente de los receptores. No se le da mayor profundidad a esa información. El oficialismo confía en que la repetición simultánea y frecuente convalida su importancia. Connotados columnistas de periódicos parciales del gobierno como El Mercurio, La Nación, La Segunda, La Tercera, Revista Ercilla y Revista Qué Pasa elaboran las implicaciones significativas de estos rituales, los señalan como hitos trascendentales, debaten los pasajes medulares de los discursos. Con este efecto de duplicación se fragua en la comunidad nacional la ilusión de que todo cuanto ocurre en el país corresponde y coincide con el diseño social autoritario. Queda sugerido que sólo dentro de sus marcos está la garantía de motivaciones patrióticas, normales, sanas, valiosas, relevantes, nobles y dignas de credibilidad.

Por el contrario, los portavoces de los movimientos disidentes tienen serios obstáculos para interpelar a la conciencia pública, diseminar y debatir sus propuestas para una organización social alternativa. Sus núcleos organizativos tienen diversos niveles de precaria visibilidad. En un plano más o menos tolerado están las corporaciones privadas de estudios socio-culturales auspiciadas por colectividades como la Democracia Cristiana, la Socialdemocracia y la Iglesia Católica. Periódicamente estas corporaciones llaman a sesiones de análisis de la historia cultural chilena, sus coyunturas presentes y su futuro. Su radio de diseminación e influencia queda reducido a los pequeños números de intelectuales invitados especialmente, que se informan de estas reuniones, que pueden ser acomodados físicamente en sus dependencias o que tienen acceso a los circuitos de distribución de su material impreso. La posibilidad de que la temática de estas reuniones penetre en los medios de comunicación masiva es escasísima, a menos que en ellos se tenga la intención de desprestigiar a algún participante como elemento propalador de ideas desquiciadoras del bien común. En todo caso, estas corporaciones gozan de una cierta legitimidad y sustento concedidos por un financiamiento desde el extranjero por instituciones afines o de intereses económicos nacionales de coincidencias políticas o ideológicas. Desde un ya franco clandestinaje, las diversas posturas marxistas de la oposición deben montar verdaderos operativos militares para imprimir y distribuir sus publicaciones (El Siglo, del Partido Comunista; El Rebelde, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, por ejemplo), ocupar una emisora y trans-

mitir consignas, pintarlas en muros de barrios populares o llamar a conferencias de prensa para exponer sus propuestas políticas. Si es que estas actividades penetran en los medios comunicativos, las motivaciones de sus actores son desvirtuadas de su naturaleza política y se les atribuye una criminalidad propia de «terroristas» y «antisociales» que deben ser repudiadas por la opinión pública y eliminados por el aparato represivo.

En el espectro de posibilidades de nucleamiento de una conciencia contestataria del gobierno autoritario, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos ocupa una situación única. Dada la identidad política de las víctimas, las diversas posturas de la izquierda marxista son factor constituyente del grupo. Sin embargo el eje central y específico de su articulación está en la experiencia traumática de la súbita detención o secuestro de uno o más familiares y la subsiguiente negativa de las autoridades a reconocer su captura, situación legal y estado actual. En la tarea individual de los familiares por arrancar información a funcionarios cómplices o ignorantes de un secreto de Estado, se decantó la conciencia de un interés común en la búsqueda y rescate con vida de los desaparecidos. El encuentro frecuente en campos de concentración y oficinas gubernamentales para inquirir por sus familiares llevó a un apoyo mutuo en lo emocional y espiritual, a compartir datos sobre paraderos posibles, de dinero para transporte y de alimentos. Su estructura final se dio bajo el alero de la Vicaría de la Solidaridad.

La actividad de recoger información de un grupo como este bajo el autoritarismo corre el riesgo de diluirse en un sinnúmero de contingencias de la cotidianidad que en otras circunstancias serían factores sin mayor peso: la necesidad imperiosa de relacionarse con personas que abran nuevos contactos, la trabajosa ubicación de lugares propicios para realizar entrevistas; el difícil problema de establecer una relación cómoda con entrevistados que extremen la autocensura; la capacidad para percibir los momentos de mayor tensión creados por ciertas preguntas, índice de temas que merecen profundización; la disponibilidad de transporte rápido para una cita que, de no cumplirse, significa la pérdida definitiva de una entrevista; el estado de ánimo de entrevistados que no siempre permiten tomar notas o grabar. La experiencia misma de recolectar el material en este contexto revela importantes aspectos de la producción de acciones simbólicas. Esta experiencia requiere una meditación como componente esencial del cuadro comprensivo de

elaboración del material reunido.

Para funcionar como grupo orgánicamente constituido, la Agrupación se ha acogido al amparo del edificio de la Vicaría de la Solidaridad. Este está ubicado a un costado de la Catedral de Santiago, en la Plaza de Armas, en el centro de la ciudad. Es la única organización no religiosa alojada en un edificio de la Iglesia. Se afirma que el largo pasaje de entrada a la Vicaría -ocupado por vitrinas de la Librería Manantial y un kiosco para la venta de la revista Solidaridad, de la Vicaría- está bajo vigilancia de los servicios de seguridad. La entrada al local está custodiada por personal que se asegura de la validez de la presencia del visitante. Dan un pase en que se especifica el día, la hora de entrada y el número de oficina a la que el visitante debe dirigirse. El color de los pases cambia según los días de la semana. Estas medidas de seguridad son tenues ante la sospecha manifestada con frecuencia de que la Central Nacional de Información, sucesora de la DINA, tiene informantes entre el personal de la Vicaría. Esta vulnerabilidad es comprobada con las frecuentes amenazas y ataques físicos de que son objeto los abogados que tramitan la defensa de prisioneros políticos e inquietan por los detenidos desaparecidos. Durante el período en que se llevó a cabo esta investigación, en los meses de julio, agosto y parte de septiembre de 1981, el personal de la Vicaría fue conmovido por un atentado con explosivos contra el domicilio del abogado Pedro Barría y una amenaza de muerte contra los hijos del abogado Roberto Garretón.(1)

Los miembros de la Agrupación prefieren ser entrevistados en su oficina de la Vicaría. La razón está en que algunos se preocupan de que la presencia desacostumbrada de un visitante pueda atraer la curiosidad de los soplones destacados por los servicios de seguridad en sus barrios, especialmente en las poblaciones. Quienes concurren a la Vicaría también lo hacen porque sirven de mensajeros y coordinadores entre esta oficina central y las diferentes zonas urbanas en que se ha dividido la Agrupación, coincidiendo con las del Arzobispado de Santiago que las acoge: Norte, Sur, Oriente, Occidente y Centro. Luego de recibir el pase en la portería se llega a la oficina subiendo una ancha escalera de mármol antiguo con balaustradas y barandillas de bronce bruñido que gira hacia la izquierda. El descanso es amplio, de suelo con baldosas, de alto cielo raso que refleja la antigüedad del edificio. La luz que entra por los viejos ventanales del fondo no despeja el

ambiente sombrío. Bajo un gran mural que representa a cristianos coptos hay un banco de espera y una mesa de sólida madera oscura. A la derecha está la capilla de la Vicaría. Para llegar a la oficina se dobla a la derecha por un estrecho pasillo que da a una alta y extensa galería cuadrangular. A sus costados están las oficinas jurídicas, administrativas, publicitarias y asistenciales de la Vicaría. Los ventanales dan a un patio cubierto de grava que rodea unos pocos arbustos y que recuerda un jardín budista. Al costado poniente del patio hay un enorme afiche con el rostro del Obispo Romero de El Salvador, asesinado por su oposición al gobierno de ese país. En el afiche se lee Nunca se muere del todo. En los bancos de la galería, apoyados contra los ventanales, se sientan personas que esperan a abogados y a asistentes sociales. Por los pasajes circulan con frecuencia parejas de abogados que discuten precedentes jurídicos y tácticas para los casos que tramitan. En el patio se ve a personas que desean hablar con menos perturbaciones, que aprovechan el sol o comen la merienda del mediodía. Las paredes de la galería están cubiertas con retablos hechos de arpillera multicolor, creados por mujeres cesantes, familiares de desaparecidos y prisioneros políticos. Con arte de estilo primitivo e ingenuo, de fuerte atractivo, ilustran los derechos humanos proclamados por las Naciones Unidas.

La oficina de la Agrupación está en el vértice sur-poniente de la galería. Es un pequeño cubículo resultante de la división de una sala más amplia para que también contuviera una pequeña cocina de expendio de bebidas y alimentos rápidos. En los días hábiles hay ajetreo permanente. Pequeños grupos de mujeres trabajan allí haciendo de monitores de los medios de comunicación; recortan noticias de la prensa, los archivan, escuchan, comentan y critican comunicados de radio. Otras mecanografían, escriben correspondencia, hacen copias, escriben sobres para las campañas de correo con que la Agrupación urge la conciencia nacional. Los destinatarios son tomados al azar de guías telefónicas de diferentes ciudades de Chile. Otras redactan propuestas de declaraciones públicas para ser modificadas y aprobadas colectivamente. Las mujeres trabajan a la vista de un panel que divide el cubículo. Sobre el panel hay un despliegue de pequeñas fotos de detenidos desaparecidos que lleva el título Pero son muchos, muchos más. También está la consigna Desde el primer momento de la detención supimos que la vida de ellos estaba en peligro. Desde entonces

hemos luchado minuto a minuto, día a día...para rescatarlos con vida. Constantemente entran y salen personas que llegan a saludar e informarse de actividades planeadas y pendientes. Otro panel, adosado a la partición que separa de la cocina, exhibe recortes de prensa, observaciones y comentarios sobre la marcha de asuntos, citas y noticias personales de algunos miembros. Al producirse sucesos de importancia, como la muerte de un familiar en Chile o en el extranjero, se colocan anuncios en los vidrios de la puerta, llamando a un funeral o a una misa recordatoria.

Por lo reducido del espacio, las personas no dedicadas al trabajo de oficina salen de la galería. Se reúnen en pequeños grupos o parejas o se sientan a los mesones de plástico azul empotrados en los ventanales que dan al patio central. Conversan, fuman, toman café o almuerzan. Hablan en voz baja y con reposo. Se tratan de «tú», a pesar de diferencias de edad y condición social. Reciben a quienes recién llegan con la cordialidad y ceremonia de una larga y evidente camaradería. Varias conversaciones observadas se dieron en un padrón similar: inicialmente se hablaba de las últimas incidencias de la política nacional, bien sea como respuesta a informes verbales o como comentario a textos de prensa a la vista. Posteriormente se pasaba a episodios de la vida cotidiana de los hablantes. Las señoras se informaban de relaciones con hijos, maridos u otros familiares, de sus problemas económicos o de su salud. El interlocutor respondía con muestras de gran interés y preocupación, con sugerencias de alivio y cariñosas palabras de comfort, consuelo y apoyo. Luego la conversación fluía hacia las tareas de la Agrupación.

Este ambiente calmo e, incluso plácido, se alteró en ocasiones con la espera del regreso de comités encargados de acciones. En esos días aumentó el número de asistentes a la oficina y se notó un ambiente de tensión expectante. A la llegada del comité se encerraban en el cubículo y escuchaban el informe. Desde afuera se podía escuchar voces que hablaban en tono alto y apasionado, con fuertes carcajadas cuando los encargados relataban la desazón de los funcionarios interpelados por los representantes de la Agrupación. En el período de esta investigación se dieron dos situaciones de este tipo. Una de ellas fue por una protesta ante el presidente del Instituto O'Higiniano el 26 de agosto de 1981, mes del natalicio de Bernardo O'Higgins, prócer de la independencia de Chile en el siglo XIX. Esta institución había aceptado funcionar en un local donado

por el gobierno en la calle Londres, número 38. Ese edificio había sido lugar secreto de detención y tortura de la DINA. En la carta de la Agrupación se decía: «...queremos expresar lo grotesco que nos resulta esta situación. Nunca pensamos, porque aún tenemos capacidad para sorprendernos, que se realizaría tal afrenta a un prócer de la Patria que nos dio Independencia y Libertad a todos los chilenos sin distinción alguna.» La otra fue el retorno de una entrevista con el general Washington Carrasco, Vicecomandante en Jefe del Ejército, el mismo 26 de agosto, para una protesta similar: «Nuestra preocupación como chilenos, atentos a resguardar los valores de Honor y Dignidad patrios, la hacemos extensiva a Ud. en su calidad de máxima autoridad del Ejército de nuestro país y le solicitamos adopte las medidas necesarias para que no se continúe cometiendo una afrenta de esta naturaleza a un hombre que nos dio Independencia y Libertad.»

En este ambiente hice una serie de entrevistas de grupo e individuales para reconstruir los incidentes del encadenamiento al edificio del Congreso Nacional, su relación con el descubrimiento del cementerio secreto de Lonquén, la gravitación de todo eso en la vida cotidiana de los miembros de la Agrupación y la voluntad de montar actos de protesta masiva en espacios públicos reprimidos. Las entrevistas de grupo revelaron un estilo de expresión institucional colectivo: las señoras participantes se reconocieron mutuamente el derecho individual de representar las posiciones de toda la Agrupación en sus declaraciones personales. Tiempo después esta impresión fue confirmada con el dato de que los trabajos de los diferentes comités y su coordinación son encargados rotativamente a todos los miembros, sin reparar en ninguna limitación para los cargos. En las entrevistas el colectivismo emergió con el modo en que las participantes entregaron su testimonio. Una vez que me había instalado en el extremo interior de la oficina y armado la grabadora para conversar con las cinco o seis señoras presentes, comenzó una interesante rotativa: ellas respondieron preguntas por cinco o diez minutos, se marchaban y eran reemplazadas por otras que ocupaban su lugar por períodos similares. Esto ocurrió durante dos largas sesiones de grabación. Cuestionadas al respecto, las señoras arguyeron espontáneamente sobre la existencia de un pensamiento y acción comunes, creados sobre la experiencia de dolor y sufrimiento compartido. Dijeron que esa experiencia las había unido más allá de diferencias políticas y religiosas para

luchar en común por saber la verdad del destino de sus familiares, a costa de cualquier sacrificio, incluso el de la propia vida. Mediante la búsqueda incansable, la interpelación permanente de la autoridad estatal y la denuncia pública, sin escatimar postergaciones de la vida personal y nuevos sufrimientos y sacrificios, expresaron la esperanza de transmutar la experiencia terrible, cercana y nuevamente posible de la muerte en una celebración de la vida, para que ninguna generación siguiente de chilenos fuera otra vez víctima de atrocidades como las cometidas contra los prisioneros políticos.

La facilidad y la claridad con que las señoras articularon su pensamiento en esas sesiones, la rapidez con que cada una de ellas retomaba las palabras de la anterior para avanzar nuevos conceptos, ampliarlos y complementarlos, trajo la ineludible conclusión de que me encontraba ante un discurso ideológico ya cimentado y probado repetidamente. La reiteración de estos temas durante todas las entrevistas posteriores no dejó sombra de dudas. Sin embargo, las polémicas cortas que surgieron en la segunda entrevista colectiva demostraron que esa amalgama ideológica tenía fisuras abiertas. Las polémicas se iniciaron cuando una señora expresó que ella sola en su familia debía cargar sobre sus hombros con la búsqueda de su hijo desaparecido para proteger a sus otros hijos, yernos, nueras y nietos del peligro de represalias e intimidaciones por la represión estatal. Otras mujeres contraargumentaron que el martirio individual, a pesar de su heroísmo, jamás tendría el impacto social necesario para dar una solución global al problema de los detenidos desaparecidos. Ellas argumentaron que la solución sólo llegaría con la caída de la dictadura. Según ellas, la verdadera solución estaba, entonces, en absorber en la lucha a sectores masivos. Por tanto, familias enteras debían volcarse a la tarea de concientizar sobre las implicaciones sociales de los detenidos desaparecidos en escuelas, sindicatos, en parroquias, en comunidades cristianas, en clubes deportivos y en toda organización comunitaria en que fuera posible.

Las entrevistas individuales, cuyo objetivo era establecer la relación entre rutina cotidiana y acciones de protesta, reveló una nueva dimensión funcional en el discurso ideológico de la Agrupación. No debe olvidarse que el informante que accede a responder preguntas sobre su vida cotidiana corre el riesgo de exponer a la mirada pública aspectos de su intimidad que, al ser escarmenados, reviven un sufrimiento largamente padecido y no del todo

absorbido. Los súbitos quiebres de la voz en la conversación, los períodos de lentitud en el habla de quien trata de controlar sus emociones, los ojos que se llenan de lágrimas son del todo claros. La articulación retórica de un discurso ideológico provee, entonces, de una máscara ya endurecida por el sufrimiento, que permite la exhibición pública de la intimidad desde un sesgo que evita la reactualización candente del dolor y modula la mostración de sólo aquellos detalles necesarios e imprescindibles para la investigación. Para el investigador que simpatiza con el dolor de su informante, ese enmascaramiento trae consigo un dilema: por honestidad a su trabajo y por respeto a la significación cultural de la Agrupación, se debe explorar modos de que aflore el drama humano oculto tras la cortina retórica; pero, por otra parte, la presencia ante una persona que ha asumido tan radicalmente en su pensamiento y acción el significado cultural de la muerte violenta produce un efecto apabullante en el entrevistador y lo inhibe en su trabajo al crear en su mente una aureola de hipersensibilidad visceral y obsesiva en torno al entrevistado. Es de importancia apuntar la existencia de este efecto, ya que también aqueja a la autoridad represiva en sus confrontaciones con la Agrupación. Concede una medida de inmunidad que los miembros usan para zaherir y humillar en un debate al funcionario que se reviste con el poder militar. Aquí hay una fuente de energía histriónica, en el mejor sentido de la palabra, puesto que permite a los miembros de la Agrupación adoptar las posturas corporales y los gestos faciales más apropiados para interpelar.

Así y todo, a pesar del dolor de tener que revivir estas memorias, los miembros de la Agrupación desean dar testimonios. Mientras uno espera sentado a los mesones frente a la oficina, aun personas no contactadas para las entrevistas se acercan a conversar y, en algunas oportunidades, estos acercamientos informales se convierten en entrevistas regulares formalizadas sobre la marcha. Otras conversaciones se enhebran porque una señora quiere dar a conocer el caso particular de su familiar desaparecido. Entrega un relato escrito sobre su niñez, su educación, sus esperanzas de progreso, su vida familiar y su detención. En torno al relato a veces desnudan su intimidad haciendo esfuerzos por contener las emociones en los momentos más conmovedores de la historia. Hay un flujo de información sorprendentemente libre -dentro de las limitaciones ya señaladas- para la naturaleza de los hechos

que reúne a esos seres humanos. Una madre joven, con un niño pequeño, con evidente agitación y rostro confundido, cuenta que recién ha llegado de una ciudad del sur de Chile a buscar ayuda de la Vicaría. Su marido, antiguo activista demócrata cristiano, había sido detenido por presunta actividad política. Tiempo atrás había sido responsable de la muerte de un oficial de Carabineros en un accidente de tránsito. La mujer temía que esto tuviera que ver con el arresto de su esposo o que perjudicara su caso ante la autoridad. No conocía a nadie en Santiago y esperaba ayuda de la Vicaría para alojar, comer y obtener defensa legal para su marido. En otra ocasión se acerca a los grupos que conversan una asistente social de la Vicaría para informar que la policía había detenido a Oriana, miembro de la Agrupación, por haber hecho gestos hostiles a un carabinero desde un taxi en que viajaba. El carabinero había detenido el taxi y había arrestado tanto a Oriana como al taxista. El departamento jurídico se estaba informando de los hechos. Cuando la asistente social se aleja, un caballero y una señora de la Agrupación me comentan que el familiar desaparecido de Oriana había sido arrestado por efectivos del Cuerpo de Carabineros y tenía serios problemas para contenerse cuando veía a un policía. Agregan que este tipo de reacción es frecuente: la señora cuenta que, al viajar en un bus, no puede llevarse a sí misma a pararse o tomar asiento junto a un militar. Los siente contaminados. El caballero narra un anécdota ocurrida a otra señora de la Agrupación. Tiempo después de la detención de su marido desaparecido, la señora había subido a un bus acompañada de su hijo de cinco años. El niño había sido testigo del arresto. Al ver a un militar, el niño se había abalanzado sobre él para patearlo, gritando «¿dónde está mi papá!» La cohesión de los miembros de la Agrupación hace que sus reacciones sean un índice muy sensitivo de los hechos que afectan tanto a sus individuos como a la colectividad. Esta característica gravitó en la decisión de dar término a la investigación.

Después de completar las entrevistas individuales fue necesario afinar detalles específicos del cuadro general en gestación. Sin embargo, el 15 de agosto murió Arcadia Patricia, acribillada a balazos por un operativo de las fuerzas de seguridad. La autoridad militar divulgó la información de que esta joven de veintisiete años, hija de un matrimonio perteneciente a la Agrupación, había sido miembro de una célula de «extremistas antisociales» del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En la versión oficial, nunca

confirmada por otras fuentes, la joven había resistido el allanamiento de su casa usando un arma arrancada a un agente del CNI muerto en una acción de esa célula. La muerte de Arcadia Patricia tuvo gran repercusión emocional en la Agrupación. Se me dijo que, dado el gran número de padres en el grupo, la muerte y funeral de la joven los había afectado como proyección del destino de sus hijos desaparecidos. Desde entonces la disposición de la gente a conversarme decreció notoriamente. Personas que con anterioridad habían concertado citas las cancelaron. Una de ellas me dijo con franqueza que «los tiempos que vivimos no están para hablar de cosas íntimas». Otra persona alegó exceso de preocupaciones a raíz de lo ocurrido. Señoras que antes invitaban al diálogo con la sonrisa con que observaban mi llagada ahora se mostraban hoscas o de mirada vacía, sin dar muestras de reconocermé. Se hizo patente que las aperturas para continuar el trabajo se habían cerrado. A esto se agregó el ajeteo en torno al Instituto O'Higiniano y la visita al general Washington Carrasco. Se me hizo la sugerencia de que me preocupara de sacar el material acumulado del país, pues todo indicaba un recrudecimiento de la represión. Así es como los servicios de seguridad preparan la celebración del 11 de septiembre, aniversario del golpe militar. En este punto terminé el contacto directo con la Agrupación.

No obstante, en el período de observación se hizo patente que, en este lugar alejado de la conciencia colectiva, se ha gestado una ética alternativa en oposición a la oficial. Es innegable su potencial de influencia futura en la comunidad nacional. Expuesta en los términos más elementales -como se la percibe empíricamente- esta ética parte de la dolorosa experiencia individual para proyectarse a un comunitarismo en que prevalece la preocupación amorosa por el prójimo. Ella sirve de base para brindar apoyo y ánimo en la búsqueda de una verdad con que se interpela al Estado Autoritario por su violación de los derechos humanos. Desde la privacidad más íntima hay un salto a la lucha pública. Ese salto implica una tarea intermedia que traspasa los objetivos inmediatos de la Agrupación: convocar una solidaridad masiva para presionar al Estado y arrancar de él una respuesta. En esa propuesta está la utopía de reconstruir la sociedad sobre la base de una convivencia en que la vida humana pueda existir y expresarse en todas sus formas posibles, sin el peligro de la muerte como actividad programada y sistematizada secretamente por el Estado.

En estos términos es posible comprender el sentido de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos como dispositivo institucional de características específicas. Su función es la fomentar la transformación del proceso íntimo de incertidumbre y duelo incierto en energía para el activismo social. Para ello la Agrupación ha tenido que resolver simultáneamente dos problemas centrales: la superación de una cotidianidad cargada de síntomas neuróticos, lesiones psicosomáticas, estrecheces económicas y agotamiento físico y nervioso; cimentar una ideología con la capacidad no solamente de forjar la unión de los miembros, sino, también, la de atraer el apoyo efectivo de otros grupos de gran diversidad ideológica. Esta fusión parece haber sido lograda invirtiendo los términos en que se trabaron las alianzas políticas de la Unidad Popular. Las posiciones de partido han sido voluntaria y conscientemente postergadas para el mejor flujo de una acción conjunta nacida de la conmiseración, el mutuo apoyo espiritual y la necesidad de justicia para toda la sociedad chilena. Para aquellos miembros que han podido superar los obstáculos de su cotidianidad se abre la tarea colectiva de diseñar estrategias y tácticas para vencer no sólo los estrecheces a la expresión impuestas por el autoritarismo, sino, además, la incompreensión de otros grupos de quienes se habría esperado una pronta cercanía. Por último, es necesario mencionar la tarea de penetrar en el espacio público y causar allí un impacto transformador y solidario a costa de una vulnerabilidad desnuda.

Las fisuras percibidas en el discurso de la Agrupación indican que su complejo ideológico, su estilo de coordinación y expresión y su aparato de decisiones fue desarrollado con fuertes polémicas internas, grandes tropiezos, experiencias tentativas, errores, retrocesos y avances. En los comienzos, la gran dificultad de esta evolución estuvo en que se dio un horizonte en que las organizaciones partidistas y sindicales potencialmente solidarias habían sufrido duros golpes. El encarcelamiento, exilio, muerte, desaparecimiento, u ocultamiento de sus cuadros los habían dispersado, destruido o neutralizado. El temor era dato muy concreto y era difícil sacudir el letargo de líderes que, si lograban sobrevivir y expresarse públicamente, eludían un tema peligroso como el de los detenidos desaparecidos. En el presente se ha reconstruido razonablemente la organicidad de los sindicatos y otras colectividades de base. No obstante, lo positivo de este desarrollo ha traído una competición de ellas con la Agrupación en cuanto a los pocos

canales de comunicación pública existentes, ya que también ellos deben interpelar a la conciencia nacional. El sentido dramático y simbólico de las manifestaciones de protesta de la Agrupación tiene otra de sus raíces en las tensiones y conflictos de esta evolución.

Todo esto hace necesario explorar los principios fundamentales del discurso de la Agrupación. Puesto que se ha detectado una proposición ética en él, la tarea primera es captar las resonancias de esta naturaleza en la proposición utópica del grupo. Sin duda ellas están sujetas a condicionamientos provenientes tanto de la globalidad social chilena como del desarrollo específico de la Agrupación. Por tanto, la captación ética del discurso debe considerar una periodización histórica que, a su vez, dé cuenta de esos condicionamientos. A través de este cuadro general se podrá percibir el campo de metáforas consciente o inconscientemente elaboradas por la Agrupación como sustancia de su simbología.

NEO-LIBERALISMO Y AUTORITARISMO: ENTRE EL ESCAPARATE Y LAS SOMBRAS

El discurso de la Agrupación tiene un sentido finalista, concreto y positivo de la ética.(2) Se reconocen en él necesidades y capacidades esenciales de la humanidad que es necesario desarrollar.Ellos requieren que los individuos y los grupos reflexionen sobre sus modos de relación para asegurar la supervivencia humana y la concreción de sus potencialidades.Se demuestra una voluntad general que,a partir del individuo,acepta una responsabilidad por el funcionamiento de estructuras sociales supraindividuales, aunque se reconoce en estas un funcionamiento con leyes propias que están más allá de esa voluntad, se afirma que la comunidad tiene la capacidad de coordinación consciente de las motivaciones, intenciones y efectos de la acción humana en la sociedad como para garantizar seguridad e igualdad de oportunidades.Esta función racionalizadora está en un Estado que,con la centralización y ordenamiento de sus decisiones,intervenga con el consentimiento colectivo para dar esas garantías. Este tipo de Estado debe definir positivamente los derechos de los ciudadanos y los modos para lograrlos. La captación de este núcleo central del pensamiento de la Agrupación explica la vehemencia con que increpa al Estado Autoritario.

El Estado Autoritario promueve una ética adecuada a la

defensa militar de un mecanismo de mercado en que el bien comunitario se traduce como un acceso a él según jerarquizaciones estatutarias. En la posibilidad de acceso de acuerdo con las posibilidades de capitalización individual estaría la libertad verdadera.(3) La población debería asumir esta libertad como responsabilidad esencial y permanentemente individual y crear actitudes psíquicas para la lucha de insertarse favorablemente en el mercado y sobrevivir en él. La acumulación y exhibición de objetos de consumo sería la evidencia visible de triunfo al respecto, para convertirlos en símbolos de status. En sus términos más escuetos, la pugna de la agrupación contra esta ética se da como una afirmación y celebración de la vida humana en todas sus opciones, posibilidades y potencialidades comunitarias versus una militarización de la sociedad para que los hombres reduzcan la expresión de su humanidad a una supuestamente infinita capacidad de acumulación de propiedad individual.

La proposición de esta ética neoliberal militarizada rompe con la noción de cultura nacional ya de antiguas raíces en el liberalismo decimonónico chileno. Basta recordar los argumentos de José Victorino Lastarria durante la primera mitad del siglo XIX, en favor de una organización de la sociedad en que no predominara sólo el poder económico. Abogó por una actividad estatal para concientizar y movilizar a la ciudadanía hacia una intensa participación política en la construcción de un Chile independiente y democrático. Más aún, los jóvenes liberales de la generación de 1842 se esforzaron por integrar a esa tarea a sectores populares, organizando las sociedades de artesanos que están entre los antecedentes primeros de la historia sindical chilena. Lucharon, además, por instrumentalizar todos los canales a su alcance, la prensa, la educación, la literatura, para la plasmación de una conciencia nacional que trajera al individuo la noción concreta de la diversidad racial, geográfica, lingüística y de costumbres en el territorio chileno. Siguiendo los criterios del organicismo social de su época, el liberalismo emergente planteó que en esta cohesión cultural se haría evidente la unicidad del espíritu chileno. Se crearía el orgullo por una tradición nacional, paso primero para que el pueblo, entonces sin conciencia cabal de su misión histórica, actuara para construir. Los fundadores del liberalismo chileno concibieron la nación como una comunidad familiar de valores en busca de su propia preservación unitaria.

Dentro de los márgenes del Estado de Compromiso, la

utopía liberal alcanzó los límites posibles que le permitía el orden burgués. El proyecto de industrialización sustitutiva de la importación con que las burguesías chilenas enfrentaron el colapso del capitalismo internacional con la gran depresión de la década del 1930, permitió una alianza pluriclasista de financieros, industriales, sectores medios y proletarios. Ella se concretó con el gobierno del Frente Popular que llegó al poder en 1938 y con las profundas transformaciones que, de allí en adelante, hasta 1970, se introdujeron en la cultura nacional. El Estado se convirtió en el principal gestor del desarrollo económico y sus instituciones intervinieron en toda esfera de la sociedad civil para unificar intereses gremiales y sindicales. En beneficio de estos sectores organizados se derramaron facilidades crediticias, protección arancelaria para la producción industrial, facilidades para la importación de equipos, se aumentaron las fuentes de energéticos y la dotación infraestructural para la producción, legislación protectora y políticas de impuestos para una distribución un poco más equitativa de la riqueza nacional. Ideológicamente este proceso se articuló en un nacionalismo que encontró su mejor expresión en un sistema educacional cada vez más democrático, progresista, que buscaba un marcado acento latinoamericanista. La apertura gradualmente mayor de las universidades a todos los sectores sociales, labor de las décadas de 1950, 1960 y de los primeros tres años de la de 1970, respondió a ese espíritu.

La envergadura de las transformaciones sociales gestadas por el autoritarismo para neutralizar la democratización de la sociedad chilena intentada por la Unidad Popular ha sido equiparada a una revolución burguesa.(4) El objetivo del gobierno militar ha sido la refundación de la cultura chilena sobre la base de una mejor reinserción de la economía del país en el nuevo horizonte del capitalismo internacional. Hacia fines de la década de 1960 la estagnación del modelo de industrialización sustitutiva de la importación era del todo visible. Para remediar la parte económica de la crisis capitalista, el gobierno militar ha introducido una política de complementación del mercado internacional: se promueve la supervivencia sólo de aquellas actividades de mayor eficiencia competitiva en el extranjero. Se dio término a la política anterior de fomento de la productividad interna con la sobreprotección arancelaria de la industria nacional menos eficiente que la extranjera. Dado que la superación del estagnamiento económico capitalista en Chile

arrancó de una lucha contra la transición al socialismo iniciada por la Unidad Popular, el proyecto social autoritario tomó un carácter fundamentalista.(5) No bastó restaurar las antiguas formas de la acumulación capitalista. Se postuló, más bien, la creación de una nueva sociedad, con nuevos modos de reproducción.

El Estado Autoritario ha entregado a la empresa privada actividades antes regimentadas con una mentalidad redistributiva (educación, salubridad, previsión, por ejemplo), ha limitado el control de la actividad económica privada, ha limitado la inversión en servicios públicos y ha encausado y reprimido la actividad sindical de los sectores medios y proletarios. En lo exterior, el Estado Autoritario ha abierto el país para la libre inversión y transferencia de capitales desde y hacia el extranjero. De esta manera los conglomerados multinacionales y las fracciones financieras e importadoras-exportadoras de la burguesía, con fácil acceso a fuentes internacionales de capital, se han convertido en los agentes estratégicos del modelo económico autoritario. Las repercusiones de esta lógica cultural han sido la alta concentración del capital, de los ingresos y de las oportunidades en sectores sociales minoritarios; la ruina de sectores financieros, industriales y comerciales sin acceso al capital financiero extranjero; altos índices de cesantía y, por tanto, drástica reducción de la calidad de vida de los asalariados; profunda desnacionalización del patrimonio nacional. Implementar esta política de desarrollo ha requerido un aparato represivo ampliado y permanente para asegurar un vacío de expresión partidista y sindical y neutralizar a los sectores burgueses marginados. Por ello se ha producido un maridaje entre postulados económicos neoliberales y un régimen político autoritario para protegerlos, desvirtuándose la concepción liberal «clásica» de liberalismo a todo nivel de la formación social.

El discurso ideológico oficialista ha buscado soldar esa aparente dislocación con una ética que explica la libertad como el derecho a que se realice la iniciativa personal en lo económico, sin ingerencia estatal. Libertad sería la igualdad de todo individuo para participar en el mercado como productor, financiero, distribuidor o consumidor. La libertad política es concebida como un derivado de la libertad económica. Se la entiende como la red de articulaciones institucionales, ideológicas y prácticas que permiten, aseguran y mantienen el mercado y expeditan el libre acceso a él. El autoritarismo se hace necesario en la medida en que la autoridad militar

y sus asesores perciben que todavía no se han afianzado ni madurado los fundamentos del capitalismo moderno. Sólo cuando ese afianzamiento se haya hecho irreversible se permitiría una política que lo respete: «La verdadera libertad política es aquella que se condiciona a la económica: poner en peligro a esta última significa destruir el orden social tomando el partido de la igualdad contra la libertad».(6) Se establece así la llamada «democracia protegida», asentada en la promesa de una futura y lejana actividad política, arbitrada por una autoridad fuertemente dotada de poderes discrecionales para excluir permanentemente a todo grupo que coarte la legitimidad de la posesión privada de los medios de producción.

Así como la ética propuesta por la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos perfila una justicia finalista, concreta y positiva, el neoliberalismo militarizado se caracteriza por su justicia formal, abstracta y negativa.(7) Es formalista porque separa el bien social de su relación con las necesidades y capacidades humanas, según ellas se dan concretamente. Junto con vaciarse las relaciones humanas de contenido, se exaltan reglas de reciprocidad en el comportamiento que no contemplan los resultados reales de la acción individual. Por ejemplo, el autoritarismo define y garantiza la libertad como la posibilidad individual de acceso a los mecanismos del mercado. Sin embargo, en los hechos concretos, esta libertad está condicionada por el control real del mercado por los reducidísimos grupos que han concentrado el capital en sus manos, para el desmedro de productores y consumidores mayoritarios. El desconocimiento de las consecuencias reales de la acción individual tiene su origen en un escepticismo radical en cuanto a la capacidad comunitaria de conocerse a sí misma como totalidad orgánica. Se niega la capacidad de la conciencia colectiva para racionalizar deliberadamente las tareas que deben cumplirse para que el potencial humano de la población pueda explicitarse. La organización social parece ser nada más que un proceso espontáneo por el cual la sociedad acumula reglas de reciprocidad en el comportamiento, las cuales surgen solamente de la esfera de las transacciones individuales. Como conocimiento de la sociedad no existe nada más que la experiencia individual obtenida empíricamente y aplicada a situaciones nuevas para mayor eficiencia del comportamiento en un mercado que responde, según este argumento, a «leyes naturales». Y puesto que las reglas que gobiernan las relaciones sociales surgen espontáneamente, la libertad de lo permitido no puede ser

definida positivamente, sino en forma negativa: todo es justo y permitido, a menos que sea expresamente prohibido. «Queda, de este modo, negativamente permitido todo lo que no está prohibido. Se delimita y se protege un ámbito legal en el que cada individuo es libre de proceder como le parezca».(8) Esto legitima una infinita capacidad de acumulación posesiva.

Si el orden social surge espontáneamente de la acción de los individuos, la ingerencia del Estado como organismo coordinador y racionalizador de la comunidad aparece como perversión intolerable. Sin embargo, en la ideología autoritaria la intervención del Estado en defensa de ese supuesto espontaneísmo es una necesidad vital: «De ahí la permanente ambigüedad en que se mueve el poder militar: búsqueda de amplificación del círculo de apoyo y legitimidad e incapacidad de hacerlo por el temor al desborde de demandas sociales [...] De esta manera las necesidades por una parte de crear una base social de apoyo y por otra, de limitar y manipular cualquier autonomía del cuerpo social, constituyen una contradicción vital del régimen».(9) Esta ambigüedad, esta contradicción, tienen profundas consecuencias para la determinación de la sensibilidad de la Agrupación y del autoritarismo, de la cual surgen los campos metafóricos de los discursos éticos respectivos. Por ejemplo, la concepción de la sociedad del neoliberalismo militarizado se asemeja a la de una maqueta en la cual los personajes actúan sus relaciones sociales sin concebir las implicaciones globales de sus actos. Mientras tanto, fuera de sus marcos y en las sombras, después de todo, hay un equipo de ingenieros sociales y una policía secreta que, como *deux-ex-machina*, controlan el espacio y las reglas del juego.

NOTAS

1. «Eran las nueve de la mañana del miércoles 29 de julio. La voz del desconocido preguntó por teléfono:

-¿Don Roberto Garretón?
-No está..
-¿Hablo con la señora? -insistió el desconocido.
-Sí, con ella.
-¿Viste los gatitos? -El tono de la voz había cambiado.
-¿Qué gatitos?, preguntó la esposa del abogado de la Vicaría de la Solidaridad.
-Dile al h[uevón] de tu marido que si sigue, tus hijos van a quedar como los gatos

La comunicación fue cortada por el desconocido luego de la cobarde amenaza.

La esposa de Garretón salió al antejardín. En una bolsa plástica, depositados cuidadosamente en el suelo, encontró dos gatos muertos. El matrimonio tiene dos hijos...» Solidaridad, primera quincena, agosto 1981, Nº 301.p.5. En la Vicaría se informó que los dos gatos habían sido decapitados.

2. Renato Cristi, «Hayek y la Justicia» Mensaje, Vol XXX, agosto 1981, Nº 301, pp. 403-407. Este trabajo establece las tres categorías indicadas al analizar la obra de F. A. Hayek, cuyo pensamiento ha sido adoptado por los intelectuales más representativos del régimen militar.

3. Tomás Moulian y Pilar Vergara. «Estado, Ideología y Políticas Económicas en Chile: 1973-1978.» Estudios CIEPLAN (Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina, Santiago, Chile.), Nº 3, pp. 65-120.

4. Ibid., p.67.

5. Ibid., p.68.

6. Ibid., p.113.

7. Cristi, p.403.

8. Ibid., p.406.

9. Vicaría de la Solidaridad, Seguridad nacional y régimen militar (Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, 1977) p.69.

DOS

AUTORITARISMO: METÁFORAS DE MUERTE

Un campo metafórico es una matriz de metáforas que se introducen consciente y/o inconscientemente en todo discurso. Un discurso ideológico(1) busca tipificar los grupos humanos que participan en el proceso social de creación de cultura para transformar la naturaleza y la sociedad. Esos grupos producen ideas, conceptos, discursos, símbolos, instituciones y modos de comportamiento para reproducirse a sí mismos en el contexto de las estructuras económicas, de clase y políticas de la sociedad a que pertenecen. Mediante la tipificación elaborada en su discurso, los individuos y los grupos buscan entender el funcionamiento de una cultura, asignando a un grupo específico la misión de agente central y legítimo en la tarea de transformación. Esto implica un conflicto en que el grupo productor de discursos ideológicos interpela a otros grupos, también productores de ideología, para neutralizar sus convocatorias a la población general y para plegarse a su proyecto cultural.(2) De este modo, si es que el grupo es capaz de conformar un proyecto social masivo, tiene la posibilidad de universalizarlo y concretarlo en el trabajo de controlar las instituciones políticas de la sociedad.

En la representación ideológica de la cultura, las metáforas se deslizan con el propósito instrumental (racionalizado o intuitivo) de permitir al grupo emisor la posibilidad de visualizar y apropiarse sensorialmente de complejas relaciones naturales y sociales ocultas a la mirada directa. Está, además, la necesidad retórica de producir no sólo un impacto racional en el receptor, sino también en sus emociones y en su sensualidad. Aun en los discursos más abstractos las metáforas empleadas introducen una dimensión fundamentalmente antropocéntrica, posible de ser detectada, magnificada para el análisis y ordenada en un conjunto de interrelaciones que surgen espontáneamente de ellas. Este conjunto ordenado, esta matriz, revela una sensibilidad del ser en el espacio, en el tiempo, en la acción, en la historia. En otras palabras, puesto que la dimensión metafórica-antropocéntrica es propia de los sistemas expresivos de la literatura, se propone aquí una lectura literaria de los discursos ideológicos que nos preocupan. Por último, queda por explicar que la captación de las metáforas de un discurso ideológico frecuente-

mente permite entender con mayor claridad la intención real que se esconde tras ellas.

Con el propósito de ilustrar los conceptos anteriores y enmarcar la discusión posterior, volvamos a las implicaciones metafóricas del balance forjado por el autoritarismo entre la ideología del espontaneísmo de la conducta humana y la protección del mercado por la fuerza militar. Tal equilibrio divide necesariamente la sociedad chilena en dos espacios. Uno público, en que los individuos deben entregarse a reglas de comportamiento basadas en su experiencia empírica más cercana, sin que tengan fácil oportunidad de comprender el funcionamiento global de su cultura. Otro, privilegiado, en que la jerarquía militar, minoritaria y no expuesta al escrutinio público, dicta las reglas del comportamiento social y usa una fuerza discrecional y sigilosa para mantenerlas. Así queda conformado un cuadro que puede ser descrito con las categorías literarias de melodrama y de grotesco. La categoría melodrama supone la existencia de personas entregadas a una rutina cotidiana en la que súbitamente irrumpen sucesos cuyo origen e implicaciones son desconocidos. Debido a esta limitación de la capacidad cognoscitiva, la ruptura de la cotidianidad aparece como expresión de poderes incontrolables que conspiran para premiar o castigar. La cotidianidad parece estar gobernada por incidentes imprevisibles. La incapacidad de controlarlos y la espera angustiada de que ocurran sumen a los individuos en una vulnerabilidad cuya consecuencia es la fuerte tensión emocional propia del género melodrama. Por su parte, el grotesco significa una limitación mucho más radical del conocimiento de la realidad social circundante. En esto ambas categorías están emparentadas. El grotesco supone la violenta irrupción de fuerzas desconocidas que repentinamente distorsionan las situaciones y los seres que se encuentran en la rutina cotidiana. Puesto que una de las cualidades esenciales del hombre es su capacidad de conocimiento para transformar su entorno, el grotesco es una súbita suspensión de esa capacidad por fuerzas todavía incomprensibles. El ser humano queda alienado de todos los espacios que habilitara y habitara para seguridad de su persona. Ahora le son extraños y peligrosos. Se le impide su gozo y su capacidad de trabajo normal.

Es indudable que el modelo ideológico con que el autoritarismo ha buscado refundar la cultura chilena provoca una visión melodramática y grotesca de la sociedad entre la oposición. Ya se

hizo notar el clima de tensión emocional con que se dio el contacto con la Agrupación para los efectos de esta investigación. En cuanto al grotesco, existen innumerables relatos sobre la desaparición de personas en el curso de actos tan nimios como ir a la esquina a comprar cigarrillos o el periódico, viajar en un bus, regresar a la casa luego del trabajo, o mientras dormían en su hogar.(3) La lucha de la Agrupación porque se sepa la verdad del destino de sus familiares tiene también por objeto el despeje de formas tan fatídicas de experimentar la vida en la sociedad chilena como son el melodrama y el grotesco. Más adelante se verá que en el discurso de la Agrupación la noción de estos términos recurre con frecuencia.

Los espacios privilegiados desde los que la fuerza militar interviene en Chile para asegurar la supervivencia de los mecanismos de mercado han sido estructurados según el discurso de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Diversas etapas se han mencionado en su desarrollo como ideología que finalmente predomina en las instituciones castrenses chilenas.(4) En primer lugar están las concepciones estratégicas elaboradas localmente por los militares chilenos como reacción a la Segunda Guerra Mundial. Estas elaboraciones, que proceden de la experiencia bélica de los Aliados, fueron reforzadas posteriormente con las elucubraciones estadounidenses durante el período de la Guerra Fría. Luego fueron consolidadas con la integración de las fuerzas armadas de Chile al sistema de defensa latinoamericano articulado por Estados Unidos. El entrenamiento ideológico proporcionado por ese país a la oficialidad ofreció fórmulas fáciles y simplistas para la interpretación de la realidad latinoamericana después del triunfo de la Revolución Cubana y de la iniciación de la ola guerrillera de la década de 1960. El esquema de acción política propuesto por la Doctrina de la Seguridad Nacional se concretó con el golpe militar del 11 de septiembre contra la Unidad Popular y con la instauración del Estado Autoritario. En la evaluación de este proceso se ha llamado la atención sobre la incapacidad de los sectores políticos civiles democráticos para encauzar y orientar las preocupaciones castrenses sobre el desarrollo social de Chile.(5) Estas preocupaciones fueron finalmente articuladas según esta doctrina, que sobrevalora la función profesional de las fuerzas armadas por sobre toda otra institución, con la activa incitación de la derecha con ocasión de la subida al poder ejecutivo de la Unidad Popular.

La premisa básica de la Doctrina de la Seguridad Nacional

es la existencia de un estado de guerra total y permanente entre dos campos irreconciliables, el Mundo Occidental y el Comunismo Internacional.(6) Geográficamente la delimitación de ambos campos es obvia por la ubicación de las naciones socialistas. No obstante, la guerra no se da como una confrontación militar directa. Ocurre según formas no conocidas en el pasado, en todo lugar del orbe, en todo plano, militar, económico, político, ideológico, psicológico. La Doctrina afirma que en todo lugar en que se dé una guerra revolucionaria, subversión, disturbios, conmociones sociales o críticas al manejo de la cosa pública, se encontrarán los hilos de la conspiración comunista organizándose para explotar problemas, descontentos y debilidades. Se supone que en juego está la supervivencia de los valores de Occidente, del Cristianismo, de la Virtudes, de la Esencia y del carácter de las naciones libres. Los países latinoamericanos pertenecen al Mundo Occidental. Sin embargo, sus poblaciones no tienen conciencia de que tan magna lucha esté ocurriendo. Por tanto, como élite consciente del problema, los militares toman el Estado para dar orientación y coherencia ideológica a la nación y enfrentar adecuadamente la situación de guerra. La orientación se logra con la fijación de Objetivos Nacionales que establecen las condiciones básicas para la supervivencia de la nación. Alcanzarlos requiere la adecuación de todos los recursos del Estado, es decir, todos los factores humanos, naturales, políticos, económicos, psicológicos y militares. La organización y despliegue estratégico de estos elementos constituye el Poder Nacional. Así el Estado militarizado impone inexorablemente su voluntad contra todo enemigo y oposición, para lo cual necesita expresar una decisión clara, única, indivisible, determinada y firme, superior a todo interés particular. La autoridad militar es la fuente de todo derecho, institución e interpretación del Espíritu Nacional. Toda oposición es bien un intento consciente de socavar el Poder Nacional o la actuación irresponsable de necios que se dejan manejar por el enemigo.

Desde una consideración antropocéntrica llama la atención la forma en que la Doctrina de la Seguridad Nacional divide la población nacional en cuatro sectores: la élite militar, los civiles, los infiltrados del Comunismo Internacional para crear una amenaza llamada «frente interno» y las masas sin voluntad ni conciencia. Por razones profesionales, los militares son los únicos con conciencia clara de las implicaciones de la guerra total para la supervivencia

nacional. Su fortaleza proviene de su carácter valeroso e incorruptible. Sacrifican su vida por la nación sin ningún interés, puesto que no pertenecen a ninguna clase social ni partido político. Son la suprema reserva moral de la nación y, por tanto, tienen el poder para regenerarla en la sempiterna tendencia a decaer bajo lideratos civiles. Estos son individuos sin conciencia de la amenaza de los infiltrados, débiles, sin carácter, sin energía ni perseverancia para hacerse cargo de la Seguridad Nacional. Los civiles tienen una fuerte tendencia a la traición, especialmente los políticos, ya que, engañados por ideologías democratizantes, son fácilmente confundidos y usados por los agentes del comunismo. Los civiles son los «ingenuos» responsables de haber abierto el país a «ideologías foráneas», conspirativas, que aletargaron la esencia vital del patriotismo, mutilaron el empuje de los individuos y de las organizaciones para alcanzar su desarrollo nacional. «Varios decenios de demagogia política han pretendido hacer creer al pueblo que las recetas ideológicas podrían reemplazar al trabajo como vehículo de desarrollo económico».(7) Este debilitamiento es supuestamente acelerado por los agentes comunistas infiltrados en la comunidad nacional para pervertirla y desviarla del cumplimiento de su grandeza y de su potencial histórico. «El enemigo es indefinido, usa mimetismos, se adapta a cualquier ambiente y usa todos los medios, lícitos e ilícitos, para lograr sus objetivos. Se disfraza de sacerdote o de intelectual avanzado, de piadoso o de extremo protestante; va al campo y a las escuelas, a las fábricas y a las iglesias, a la cátedra y a la magistratura; usará si es necesario el uniforme militar o el traje civil; en fin hará cualquier papel que considere conveniente para engañar, mentir y atrapar la buena fe de los pueblos occidentales».(8) Según la Doctrina, estos hipócritas arteros hacen presa fácil de las masas, es decir, de la mayoría de la población. Las masas son incapaces de concebir los Objetivos Nacionales, mucho menos desearlos. Son fácilmente engañados por los demagogos civiles y muy vulnerables a la subversión de los infiltrados.

En el horizonte social de la Doctrina no existen causas objetivas en lo económico, ni condicionamientos político-institucionales que motiven, activen y movilicen a los grupos sociales subordinados a plantear reivindicaciones, protestas, peticiones, intereses, debates, polémicas y confrontaciones. Los conflictos sociales más bien enfrentan a héroes contra traidores, hipócritas, ingenuos e inconscientes en una lucha de carácter fundamentalmente metafísico: el Bien se enfrenta al Mal. Los ciudadanos que

deciden expresar sus inquietudes y aspiraciones sociales mediante argumentos y organizaciones marxistas dejan súbitamente de pertenecer a la población nacional y a la especie humana. Quedan extrañamente transubstanciados en seres ontológicamente perversos e infrahumanos que «utilizan todos los medios, desde el chantaje y la coacción psicológica, hasta el uso de tóxicos y frecuentemente, de la atracción sexual, predicando y defendiendo el amor libre...»(9) El origen de este ontologismo metafísico arranca de una concepción de la guerra total como «condición humana» que identifica a la especie. «El sino fatal de la guerra es el 'avatar' que estimula a los nuevos doctrinarios políticos, es este mismo gran miedo, el miedo cósmico, el que estuvo presente sobre la tierra cuando nació la Humanidad y su verdadera angustia existencial, el miedo paralizador y tenaz que surge irresistiblemente de la eterna inseguridad del hombre.»(10) Lo bélico permea y constituye la existencia y sustancia de la humanidad. «Se trata de la creciente y generalizada inseguridad en la cual se debate en agonía la Humanidad de hoy; es el opio envenenado que crea y nutre esas visiones horribles, capaces de llegar a ser una monstruosa realidad...»(11) En este argumento la guerra deja de ser un modo de conducta que sirve de instrumento a las colectividades para resolver disputas en que se han agotado otras opciones. Se convierte en única razón de ser de los pueblos y base para la magnificación monumental del valor social de los sectores castrenses.

Los militares son heroicos porque tienen la fortaleza espiritual para reconocer este sino y condición humana. Por eso pueden modular su conducta con un temple de ánimo seguro, eficaz, que surge del entendimiento de que la esencia de la humanidad es el egoísmo radical, «resuelto siempre a luchar por sus intereses en perjuicio de los demás y dispuesto por tal motivo a entrar en conflicto con éstos.»(12) Con su fortaleza convierten esta horrible intuición en un acto de creación de valores espirituales superiores, de los que surgen las ciencias llamadas Geopolítica y Seguridad Nacional. En esta supuesta fortaleza para resistir el desvelamiento de la verdad horrible que se esconde tras las apariencias de la realidad está la raíz de la sensibilidad monumental y paranoica que los militares imprimen a la sociedad. Para neutralizar los embates del Comunismo Internacional, los militares se sienten llamados a centralizar en sus manos todos los recursos de la sociedad. La población queda convertido en un ejército movilizad. Todas las funciones adminis-

trativas de la sociedad quedan bajo su arbitrio: la Presidencia de la República, los ministerios, las reparticiones públicas, las embajadas, las intendencias, las gobernaciones, las rectorías de universidades, las presidencias de asociaciones deportivas y culturales, las asociaciones femeninas que son presididas por esposas de militares, aun las reinas de belleza de concursos de carnaval que son hijas de militares, con jurados también compuestos por militares.

La monumentalidad está en que la coordinación del esfuerzo bélico requiere un liderazgo monolítico. Es imperativa, por ende, la concentración absoluta del poder en el Estado, la Junta Militar, el Presidente de la República. El poder acumulado y ejercido está en total desproporción con las tareas reales de administración de la sociedad. Esto se expresa en un estilo que cultiva lo rotundo, la imagen de lo inapelable, la proyección de una solidez apabullante que quiere barrer con la disensión. En los discursos cívicos de la autoridad militar es frecuente una adjetivización que habla de una voluntad «inquebrantable», «imperativa», «irrenunciable», «impostergable», «indivisible». Ocasionalmente son pronunciados ante monumentos recién inaugurados, que exhiben la morrocotuda masividad de sus paredes, escalinatas y estatuas de hormigón similares a fortificaciones militares. Para estas ocasiones la autoridad militar lleva amplias capas que llegan casi al suelo, triplicando el volumen del cuerpo que cobijan para ponerlo en consonancia con el hormigón masivo que le sirve de trasfondo. Sus alocuciones no se plantean como portavoces de deseos y aspiraciones que manan de la ciudadanía, sino como prescripciones para la nacionalidad, planeadas por los altos mandos y sus asesores. El diálogo, la discusión, el debate son descartados como muestras de debilidad y desviación de la tarea de salvación nacional siempre expresada en términos absolutos.

Esta monumentalidad masacotuda debe mantener una alerta y una tensión permanentes para detectar los signos más mínimos de debilitamiento u oposición. Como resultado nace una sensibilidad paranoica e inflexible, sin descanso, siempre preparada para dar golpes brutales y contundentes. «En cuanto a los individuos que constituyen el cuerpo concreto de la nación, cada uno de ellos es susceptible de haber sido infiltrado o contaminado por el comunismo internacional; cada uno debe ser considerado como sospechoso mientras no haya dado prueba de lealtad; cada uno de ellos es un enemigo virtual del Estado o de la nación abstracta que

el Estado encarna».(13) En la búsqueda de los sospechosos a quienes se debe propinar los golpes se borra toda diferenciación entre crítica, disidencia, oposición, resistencia, subversión y guerra revolucionaria. Todos son actos de guerra y, por ende, los blancos más insignificantes quedan expuestos a alguna forma de ataque que va desde la llamada telefónica amenazante y anónima hasta el asesinato en la vía pública. «La diferencia desaparece entre el ejército y la política: sus problemas son los mismos».(14) También se borra la diferencia entre violencia preventiva y violencia represiva. El objetivo es el control de la población, de manera que cumpla su destino de masa maleable para el liderato militar. Para ello es indispensable destruir las organizaciones clandestinas del «enemigo» que se han infiltrado en su medio para soliviantarla. Luego es preciso mantener aisladas a las masas de todo contacto con elementos subversivos. Se requiere una red de espionaje y contrainfiltración dispuesta a actuar con la misma sangre fría, incompasión e implacabilidad que se atribuye al Comunismo Internacional. La Doctrina supone que éste no logra adherentes por concientización o convencimiento, sino a través del terrorismo y la tortura. Por tanto los servicios de inteligencia militar deben prepararse para el terrorismo y la tortura en proporción aún mayor, para obtener información precisa y asegurar la victoria.

Es así como llegamos al tema más importante de la Doctrina de Seguridad Nacional para los propósitos de este trabajo: la reducción de las múltiples dimensiones de la persona a una sola -la materialidad más radical de su cuerpo. Su origen está en que la confrontación de los dos campos en lucha, el Mundo Occidental y el Comunismo Internacional, es concebida primordialmente como un problema técnico. Se piensa que es preciso estudiar, analizar y comprender las técnicas con que el «enemigo» aterroriza a la población y la dociliza, para elaborar contratécnicas aún más efectivas. No se trata, entonces, de que cada formación social específica tenga una historia que potencie conflictos en que se diriman valores y reivindicaciones del todo legítimas.(15) Es, más bien, asunto de aplicar técnicas apropiadas a una población inerte, concebida como masa sin conciencia de sus tradiciones y opciones históricas. Se espera que los soldados utilizados -que, en realidad, son la misma población nacional- se entreguen a su función de tales sin cuestionar, obedientes y sumisos. Se los piensa como «masa humana ubicada, dentro de los límites del Estado para llevar

a la práctica, en forma esencialmente dinámica, la voluntad del Estado».(16) Los seres humanos no se diferencian de los recursos naturales; ambos son idénticamente manipulables por el sistema logístico militar. Sobre ellos la autoridad militar ejerce una fuerza disciplinaria caracterizada por las acciones de «privar», «suspender», «restringir», «detener», «ejecutar», «desaparecer». Los opositores son, entonces, objetivos militares en que el cuerpo humano es visto como jalea de cierta densidad que puede ser destruida con un cierto tipo de proyectil que la penetra con cierta velocidad. Los detenidos son torturados con ciertos instrumentos y ciertas técnicas creadas por médicos especializados en producir el máximo dolor, al menor costo posible. En los equipos de torturadores hay médicos que supervisan su aplicación para no sobrepasar los límites de la víctima y perderla como fuente de información.(17)

La reducción radical del ser humano a su más básica materialidad corporal redundante, en última instancia, en una consideración de la sociedad como ámbito de muerte. Los marcos ideológicos de la Doctrina de la Seguridad Nacional no permiten que la élite militar conciba a la población nacional como comunidad que expresa una vitalidad, es decir, intereses y manifestaciones múltiples, variadas, contradictorias, opuestas, convergentes, divergentes, en un flujo infinito en que lo viejo se gasta y desaparece, dejando paso a la lenta o súbita aparición de lo nuevo y de lo inesperado. El autoritarismo no acepta disonancias de fuerzas, que por ser vivas, pululan, bullen, son estridentes, se expanden y se retraen como resaca. Por el contrario, aspira a una estabilidad eterna, no de seres históricos, y se esfuerza por controlar técnicamente todas las variables del cambio y de la renovación. «Su ideal es una especie de descanso absoluto, de ausencia total de movimiento, de manera que permita un control y una manipulación total de todos los factores».(18) Coartar el dinamismo de cambio de los seres humanos en aras de una estabilidad absoluta es posible sólo si se los reduce a cosa, a objetos inertes, es decir, si se planifica y administra la muerte como principio social prioritario.

La cosificación del ser humano en defensa de los valores más excelsos del Mundo Occidental y Cristiano y de la Esencia del Alma Nacional configura un cuadro notoriamente épico de la función social del militar. El objetivo de todo héroe épico es establecer un cosmos, un orden de realidad, en que impere su voluntad y en que los elementos naturales y humanos encuentren ubicación y

uso según esa voluntad. En el cosmos creado se materializan los planteamientos políticos encarnados por los héroes. Estos planteamientos se demuestran con la exaltación de los atributos morales con que se dota a los héroes épicos. Ellos se definen como los ideales que mejor ilustran las cualidades de la idiosincrasia nacional: resistencia física y moral, perseverancia, inteligencia e intuición infalibles que ilustran al resto de la humanidad el modo de ampliar sus potencialidades y lograr una vida plena que supere la fragilidad común. De este modo, los intereses corporativos de una casta particular como los militares, se hacen universales tanto para la nación como para la humanidad. Por su parte, en la construcción del orden cósmico se evidencia otra de las características del heroísmo épico: la enorme capacidad destructiva. Los héroes épicos se imponen con el asesinato, el sometimiento y el uso de otros hombres, con la toma de sus posesiones, forzándolos a trabajar y a obedecer. Esto implica un tratamiento del ser humano como si no fuera tal, sino forma inerte, a lo que todo hombre se resiste. Así se da el conflicto característico de la época: mientras el héroe lucha por exaltar su humanidad, pide para sí un reconocimiento que niega a otros. Enfrenta a sus semejantes para reducirlos a cosas maleables a su voluntad. A la vez busca legitimación para su violencia con argumentos ideológicos que lo erigen en paradigma de la civilización. El héroe épico aparece como donador de cultura. Invita u obliga a otras clases sociales a incorporarse a su orden, exigiéndoles que cancelen sus propios intereses e identidad.

Pudiera parecer que la determinación de este campo metafórico de la muerte adolece de una abstracción del todo distanciada de la realidad concreta. Sin embargo, toda ideología, como representación imaginaria de relaciones sociales reales, es un libreto que guía las acciones de los hombres en su mundo material. La prueba de la efectividad de la matriz metafórica está en su concreción en actos humanos reales. De allí la importancia de los hechos relacionados con el arresto de líderes campesinos de la región de Isla de Maipo, su masacre y el ocultamiento de sus cadáveres. Veremos en ellos que la Doctrina de la Seguridad Nacional se materializa en seres humanos que, en el contexto de su cotidianidad, cumplen órdenes sin cuestionamiento, para convertir en objetos desvalidos a otros seres humanos, asesinarlos y esconderlos en la masividad monumental de unos hornos de Lonquén, que tapiaron con la rotundidad del hormigón.

LONQUÉN:
MONUMENTO A UNA ÉPICA AVERGONZADA DE SÍ MISMA

Durante el 7 de octubre de 1973 operativos de Carabineros de la Tenencia de Isla de Maipo, localidad cercana a Santiago, allanaron los domicilios de las familias Maureira Muñoz, Hernández Flores y Astudillo Rojas. Procedieron sin exhibir órdenes competentes y arrestaron a Sergio Adrián Maureira Lillo, 47 años de edad, a sus hijos José Manuel, 25, Rodolfo Antonio, de edad desconocida al momento del arresto, Segundo Armando, 23, y Sergio Miguel, 28; a los hermanos Carlos Segundo, 42, Nelson, 34, y Oscar Nibaldo Hernández Flores, 20; a Enrique René Astudillo Alvarez, 49, y a sus hijos Omar, 21, y Ramón, 27. Los funcionarios llegaron en «manifiesto estado de ebriedad»(19) y maltrataron física y verbalmente a los hombres, amenazándolos de muerte en presencia de sus esposas, madres, hijos, hermanos pequeños y amigos. Los detenidos eran conocidos líderes sindicales campesinos de la zona. El operativo esperaba encontrar armas y documentos subversivos en su posesión. La policía se retiró sin hallarlos y no informó a los familiares el sitio en que se mantendría a los detenidos.

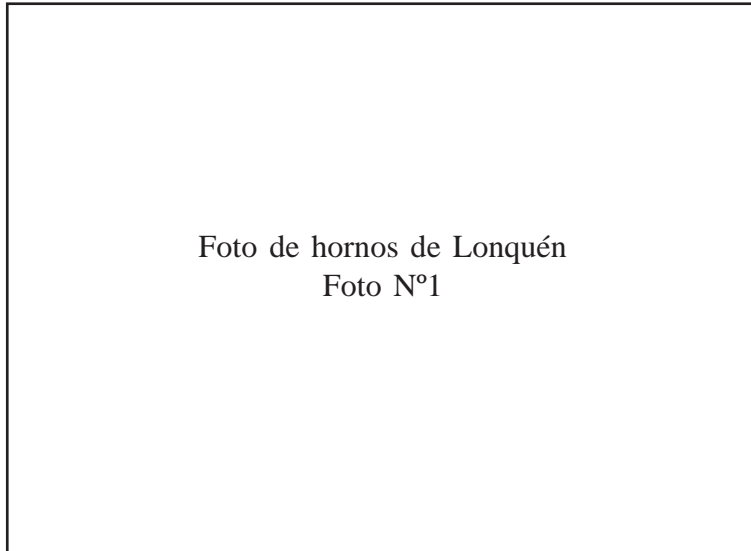
Los prisioneros fueron conducidos a la Tenencia de Isla de Maipo. Allí se los mantuvo tres días encerrados en una bodega forrajera, boca abajo y con las manos atadas atrás con alambre. Al día siguiente del arresto, las madres, cónyuges y hermanas hicieron diligencias para ubicar a sus familiares. En la Tenencia se les informó que los detenidos habían sido trasladados al Estadio Nacional, sitio de concentración de prisioneros políticos, según constaba en un documento del 8 de octubre de 1973 firmado por el jefe de la Tenencia, teniente Lautaro Castro.(20)

La noche del tercer día del arresto el teniente Castro formó un operativo con siete carabineros con el propósito expreso de trasladar a los prisioneros al Estadio Nacional. Quince personas fueron embarcadas en un camión. A los Maureira, Hernández y Astudillo se sumaron cuatro jóvenes, algunos de ellos conocidos «marihua-neros», sin filiación política, detenidos por insultar a un funcionario de Carabineros en la plaza de Isla de Maipo. Ellos eran Iván Gerardo Ordóñez Lama, 17, Miguel Angel Brant Bustamante, 19, Manuel Jesús Navarro Martínez, 21, Manuel Herrera Villegas, 17. En la madrugada del día 8 de octubre se los descargó cerca de

dos grandes hornos, en forma de torres, a pocos kilómetros de la localidad de Lonquén. En el pasado se los había usado en el tratamiento de cal y ya estaban largo tiempo abandonados. Allí fueron amarrados con cables eléctricos y amordazados con trapos y trozos de sacos. Luego se los echó a uno de los hornos dejándolos caer por la parte superior de la chimenea que se angostaba a manera de embudo en su parte inferior. Sólo dos personas murieron de orificios de bala en el cráneo. Los demás murieron de asfixia. Esto se comprobó con el examen de las ropas una vez que el depósito de cadáveres fue descubierto en noviembre de 1978. Se encontró abundante cantidad de excrementos. Los muertos no defecan, pero sí lo hacen las personas que mueren de asfixia, pues se les suelta el esfínter. La masacre se efectuó en cumplimiento de órdenes superiores.(21) Antes de volver al cuartel los carabineros cubrieron los cuerpos con piedras y tierra. Posteriormente el teniente Castro prohibió a los vecinos que se acercaran a los hornos por presumirse la presencia de extremistas armados en los alrededores. Más adelante, el orificio de la chimenea fue clausurado. Manos desconocidas dejaron caer la estructura metálica y de alambre de un catre sobre la que lanzaron cemento, piedras y agua para que se fraguaran.

Desconociendo el fin de sus familiares, las esposas, madres y hermanas iniciaron gestiones judiciales a través del Comité de Cooperación para la Paz en Chile. En 1974 se presentaron recursos de amparo masivos en favor de 131 desaparecidos a esa fecha, entre los que se contaba a los Maureira, los Hernández y los Astudillo. La Corte de Apelaciones de Santiago designó un Ministro en Visita que se declaró incompetente para proceder a la investigación. El 29 de septiembre de 1975 se transfirió la causa a la Justicia Militar dado que corresponde a ella el conocimiento de posibles delitos «cometidos por militares durante el proceso de guerra, estando en compañía, en acto del servicio militar o con ocasión de él...»(22) El 1 de julio de 1976 el Juzgado Militar instruyó a la Tercera Fiscalía Militar para que prosiguiera la investigación. El 14 de septiembre de 1976 el Juez Militar sobreseyó temporalmente la causa y ordenó su archivo sin que se lograra dar con el paradero de los desaparecidos. El Servicio Nacional de Detenidos (SENDET) negó que se hubiera recibido a los prisioneros en el Estadio Nacional. El Jefe de la Zona en estado de sitio correspondiente a Isla de Maipo certificó que sólo uno de los arrestados, Enrique Astudillo Alvarez, se encontraba detenido, sin mencionar su paso por el Estadio Nacional. Esta

trayectoria muestra una deliberada conspiración de funcionarios estatales para crear confusión. La confusión se agravó cuando el delegado de Chile ante las Naciones Unidas, Sergio Díez, defendió a la Junta Militar contra cargos de violación de los derechos humanos presentando dos listas de desaparecidos. Afirmó que la nómina -incluidos en ella los Maureira, los Hernández y los Astudi-



llo- contenía personas cuya situación ya había sido aclarada: bien ya habían sido registrados en 1973 como difuntos en el Instituto Médico Legal (la morgue nacional) o habían sido eliminados por los mismos opositores a la Junta Militar o no tenían «existencia legal»; en otras palabras, eran personas inventadas para difamar al gobierno. Sergio Miguel Maureira Muñoz habría sido tal ficción. Con esto la conspiración estatal también implicaba la falsificación de documentos públicos.

Ahora bien, es evidente que los sucesos de Lonquén forman una unidad dramática claramente delimitada para los efectos de un estudio de antropología simbólica. La fase inicial está constituida por los incidentes ya narrados. La fase segunda se da con la elaboración de un significado simbólico para el hallazgo del cementerio secreto por parte de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y de la Iglesia Católica. La fase final es el

esfuerzo de la Agrupación y de la Iglesia por convertir el sepelio en un ritual público, su fracaso y la destrucción de los hornos. Postergaré momentáneamente el estudio de las fases segunda y final para enfocar con mayor intensidad el proceso de cosificación de los líderes campesinos.

Para este efecto es necesario tener como punto de referencia el dato de la vida cotidiana. Ella también puede ser visualizada como un enmarañado y complejo tejido de relaciones laborales, familiares, amorosas, deportivas, religiosas, políticas, etc. Simultáneamente ellas conforman un sistema comunicativo que tiende a reproducir su integridad. Los mensajes transmitidos cohesionan ese tejido y circulan por sus redes de manera incesante, ubicua, desplazándose constantemente en el tiempo y en el espacio, con períodos de intensidad y de relajamiento. Sus signos abarcan desde la materialidad de las calles que obligan a un modo de particular de tránsito, hasta el discurso verbal, los gestos faciales y corporales, los silencios, los rituales de contacto, reunión y exclusión. Los cuerpos humanos y su actividad consciente y/o inconsciente son el elemento sustancial y dinámico de esa red. Su existencia, identidad y función dentro de las estructuras sociales queda definida por su capacidad para recibir y producir significaciones. Estas señalan la razón de ser de los individuos en el conglomerado social y narran sus cambios, actividades y transformaciones biológicas, espaciales y temporales. La ausencia de un individuo por cambio, traslado o fallecimiento deja un vacío. La red informativa busca llenarlo recabando explicaciones. Si ellas se dan satisfactoriamente, la curiosidad, los rumores, las inquietudes e incertidumbres llegan a un equilibrio. El desaparecimiento de individuos produce un desequilibrio. La memoria colectiva, concretada en familiares, vecinos, amigos, testigos y sobrevivientes, mantiene su inquietud hasta que el cúmulo de información fragmentaria y dispersa es estructurado en un cuadro explicativo por algún agente que racionaliza esos datos. El conocimiento de lo humano no puede ser eliminado del tejido social.

Por referirnos a la muerte de campesinos, es preciso considerar la comunicación política partidista y sindical. Esta supone la existencia de un grupo intelectual constituido jerárquicamente que, de acuerdo con su extracción o adhesión de clase, tiene la autoridad para elaborar en forma analítico-doctrinaria los temas que preocupan a los sectores representados. Sus deliberaciones

resultan en directivas de acción masiva que interpelan al poder establecido para la transformación estructural de la sociedad. Las directivas se irradian nacionalmente para cubrir las agrupaciones locales y se modifican con la comunicación de las experiencias locales hacia el grupo central que ha elaborado las directivas. A nivel local los individuos asumen roles, funciones, responsabilidades y objetivos en razón de su compromiso con los proyectos de clase racionalizados estratégicamente y tácticamente por la jerarquía y de acuerdo con un diálogo con las bases que modifica la estimación de los hechos de la jerarquía. El compromiso individual incide en la vida cotidiana con la administración y uso de la energía psíquica y corporal, el tiempo libre, las horas de esparcimiento, descanso, trabajo y sueño y la dedicación a la familia para cumplir también con los objetivos partidistas y sindicales.

Para los Maureira, Hernández y Astudillo el período de la Unidad Popular significó un aceleramiento de la comunicación-movilización sindical y política. Sus contrincantes, entre ellos uno de los terratenientes de la zona y su administrador los describieron como «personas conflictivas que creaban diversos problemas de carácter laboral»;(23) «era comunista y también actuaba agitando a las gentes»; «periódicamente recibía noticias de Santiago»;(24) «habían tenido activa participación en diferentes hechos políticos durante el gobierno de la Unidad Popular, especialmente en toma de predios y agitación en general en los medios sindicales»; «puedo asegurar asimismo [...] que [...] estaban efectuando reuniones clandestinas con posterioridad al 11 de septiembre de 1973...»(25) Durante el preparativo previo a la detención de los trabajadores, numerosos civiles se movilizaban instigando su arresto, para lo cual el día 6 de octubre, vistiendo uniformes de Carabineros y utilizando vehículos particulares, señalaron a los policías auténticos los domicilios de los campesinos que al día siguiente debían ser detenidos y ejecutados. El sacerdote de la zona, quien prestó uno de los vehículos a la policía, atestiguó que «fui objeto de diferentes amenazas por parte de los grupos en que [los dirigentes] se desenvolvían».(26)

Por todo esto llama la atención la pasividad con que se entregaron a la policía. En su deposición, el funcionario que arrestó a los Maureira y a los Astudillo dijo: «Hago presente que los detenidos en ningún momento opusieron resistencia a su detención»; «Hago presente a US que estas últimas personas también fueron detenidas sin ninguna resistencia de su parte».(27) Sergio Maureira Lillo

se acomodó tranquilamente en la camioneta usada por la policía, sentado «en la baranda del costado derecho, semiapoyado en la cabina».(28) Esta pasividad fue muy frecuente en casos de personas desaparecidas: no prepararon su escapatoria de antemano, no se defendieron. Hilda, esposa de Sergio Maureira Lillo declara que en el momento de ser detenido, su marido «se vistió callado, sin decir ni una sola palabra. Y cuando salió del dormitorio, me miró un segundo y se fue. No dijo nada...»(29) Entre las explicaciones posibles se podría pensar en la inexperiencia general de la población en situaciones dictatoriales, hecho no sufrido desde fines de la década de 1940, cuando se detuvo y concentró a militantes y dirigentes del Partido Comunista con la inauguración de la Guerra Fría en Chile durante el gobierno de Gabriel González Videla; la cautela de personas que no conocen las nuevas reglas de relación con el poder estatal; y, obviamente, el desconocimiento de la naturaleza del régimen que se establecía. Sin embargo, sugiero como causa central de esta pasividad la deflación súbita del alto nivel de movilización de los trabajadores con el golpe militar. El gobierno de la Unidad Popular usó los recursos del Estado para movilizar a los trabajadores hacia una transición al socialismo gradual y programática, dentro de los marcos legales vigentes. Con la exacerbación de la lucha de clases y la incitación de elementos ultristas, reiteradamente se excedieron los marcos señalados para la confiscación de medios productivos. El empuje de las fuerzas activadas y sus decibeles retóricos se hicieron incontenibles, aunque los trabajadores no fueron armados para enfrentar la creciente violencia burguesa. Al darse finalmente la insurrección de la burguesía, los trabajadores no tuvieron respuesta a su alcance.

La pasividad de los Maureira, Hernández y Astudillo quizás concrete esa deflación repentina. Para ellos el colapso de la Unidad Popular debió ser una súbita suspensión de los mensajes que regulaban su cotidianidad. La ausencia de contactos y directivas los sumió en una disponibilidad expectante, momentáneamente sin dirección ni propósito ni proyecto. Con esto ya ha comenzado su cosificación.

Es sugerente que los Maureira, los Astudillo y los Hernández hayan sido detenidos durante un toque de queda. En un estado de sitio un toque de queda tiene la función de arraigar cuerpos humanos e impedir su movimiento para entregarlos a la disciplina discrecional del aparato represivo del Estado. Así el Estado reduce

la disponibilidad expectante de personas como estos dirigentes sindicales a una dimensión drásticamente material, la de cuerpos a la espera de ser castigados. La brutalidad de los allanamientos y de los arrestos expone esta sensibilidad. En las deposiciones de testigos presenciales que sobrevivieron recurren frases como «me golpeó y me tiró al suelo con las manos en la nuca»; «procediendo los carabineros a golpearlo y dejarlo en el suelo junto a mí»;(30) «lo golpean con sus armas, lanzándolo de boca al suelo, en donde proceden a propinarle nuevamente golpes en la espalda...»;(31) «trasladan a los cuatro detenidos hasta la camioneta, obligándolos a tenderse en la parte trasera de esta, boca abajo...»;(32) a otros detenidos los «obligan a tenderse sobre ellos en la camioneta». (33) Se los trata como carga, como troncos. Se los reduce a cosas privadas de derechos, de respeto, sin voluntad libre ni destino propio. A una persona respetada como tal se le permite mantener su cuerpo erguido. De este modo se le permiten actos eminentemente humanos: hablar, gesticular con sus brazos y la parte superior de su cuerpo, comunicarse. Un cuerpo a quien se le exige postrarse en el suelo por la violencia de las armas es sumido entre otros objetos o seres no humanos. Con él se realiza el acto simbólico de echar atrás toda la historia física de la especie humana, que va de los antecesores cuadrúpedos a los bípedos. Uno de los familiares que presenciaron el arresto parece haber intuido esta absurda regresión histórica: «... y una los crió con tanto cariño..., y venir después unos perros a sacarlos como si fueran animales y para matarlos después como si fueran animales...»(34) En el cuartel policial se los almacenó boca abajo en una bodega para forraje de animales, atados de manos con alambres para sujetar bultos. Manos atadas: los órganos que con su capacidad para el trabajo hicieron que la especie humana se irguiera por sobre el reino de lo natural. Para la autoridad militar los prisioneros ya se habían convertido en detrito sin valor de un proyecto político destruido.

Parece cierto que este poder de reducir a otros seres humanos llenó a los agentes de la represión de un sentimiento de omnipotencia rayano en lo religioso. Al irrumpir en la casa de los Hernández usaron frases como: «Póngase a rezar»(35); «aprovecha de rezar porque los vamos a matar». (36) A esto se agrega la ebriedad de los policías durante el arresto y el robo de alcohol de una de las casas allanadas («nos dimos cuenta que se habían llevado ocho garrafas de vino que estaban guardadas para un bautizo»(37)).

La ebriedad violó la muy estricta disciplina interna de Carabineros de Chile. Cosificación, omnipotencia y embriaguez revelan un clima orgiástico. Burócratas estatales perdidos en una localidad minúscula, que ocupan puestos ínfimos se convierten de la noche a la mañana en seres más allá de la moral, del reglamento, de la ley. Su repentina condición de superhombres fue avalada por las órdenes de asesinato dictada por la alta jerarquía de las fuerzas armadas. Ella percibía la movilización popular como un precipicio inexorable hacia el caos y la disolución social. Con sus órdenes de asesinato arrancaron a esos burócratas de sus vidas ínfimas para incorporarlos a la épica de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Con su obediencia, ellos se vieron inconscientemente arrancados de la rutina diaria de patrullar calles, encerrar borrachos y, ocasionalmente, arrestar ladrones de gallinas o enfrentarse con campesinos levantiscos para ser integrados a un discurso que habla de la «defensa de la tradición,» «del alma nacional» y de los «valores Occidentales y Cristianos». Sin duda fue un caldo intoxicante.

La realización de los operativos de arresto y asesinato no deja de tener visos de ceremonia ritual de cimentación de una cofradía efectuada por juramentados en una conspiración. No debe desconocerse el efecto de años de servicio en una institución militar como Carabineros de Chile. No sólo está la demanda institucional de una disciplina y un sometimiento incuestionados, sino, también, las granjerías de habitación, la subvención del consumo diario y una aceptable pensión de retiro. No es un hecho simple descartar tales privilegios como protesta ante una orden de asesinato que, de no cumplirse, implica un peligro de muerte. No deben descartarse, por otra parte, motivaciones personales. Nótese los criterios espontáneos que constituyeron la cofradía, con los que se incluye y privilegia a unos y se excluye a los indeseables: en parte, el teniente Castro justificó el arresto de los Maureira «por haber insultado y amenazado días antes a la cónyuge del carabinero Jacinto Torres»(38), miembro del operativo de eliminación. Luego del asesinato, el mismo oficial declaró que, después de «meditarlo y consultarlo con el personal[...] resolví como lo más atinado en ese instante y con la idea de evitar represalias que podrían ser graves a nuestro cuartel y a nuestra familia, enterrar o mejor dicho ocultar los cuerpos de estas personas en una de las chimeneas de los hornos abandonados que allí mismo había». (39) Los siete miembros del operativo contrajeron compromiso de silencio que, sin embargo,

quebrantaron excepcionalmente. Acordaron dar la misma versión de la muerte de los prisioneros mientras se habían detenido ante los hornos para buscar armas quizás ocultas allí, un grupo extremista los había atacado con armas de largo alcance, las que ultimaron a todos los prisioneros en la oscuridad. En sus declaraciones ante la Justicia Militar reprodujeron fielmente esta versión, lo cual revela un alto grado de cohesión y repetidas reuniones para coordinar datos. El carabinero que posteriormente contradujo la versión del oficial -Pablo Ñancupil Raguileo- fue excluido del operativo de eliminación, a pesar de haber dirigido el de arresto. Es notoria la animadversión de Ñancupil hacia el superior, como lo comprueba el hecho de haberse presentado a declarar ante el tribunal sin que se lo hubiera citado.(40) Era conocida su amistad con algunos de los desaparecidos. Con su declaración reveló la permanencia de los prisioneros en el cuartel de Isla de Maipo más allá del tiempo indicado por Castro y transgredió un código de silencio. Se rumorea que actualmente está muerto. Debe tenerse en cuenta que estos funcionarios habían sido entrenados para servir de brazo armado de un Estado de derecho. A pesar de que el operativo de eliminación actuó con órdenes superiores, la protección que diera el teniente a sus subordinados y la lealtad que estos le demostraran significa el traslado de la adhesión a una norma de derecho universal para dirigirla a la persona privada del superior inmediato que no sólo impulsó la transgresión del derecho a la vida de los prisioneros, sino de todas las normas de proceso legal relacionadas, con el ajusticiamiento de presuntos criminales, todo esto bajo incitación de terratenientes locales y de sus empleados más cercanos.

La transferencia de lealtades y la ritualización cofrática indican una apropiación del poder del Estado para fines privados. Los abogados de las familias que más tarde se querellaron contra los policías señalan este aspecto: «Habrà de convenirse en que todo este comportamiento no reviste el carácter institucional (bien maleado o viciado) que define el delito de detención ilegal, sino que por el contrario, revela que los responsables de la detención se han comportado como personas privadas que han actuado al margen de toda norma jurídica, exactamente como ocurre en el secuestro».(41) Debe agregarse, además, que esta privatización del poder estatal auspiciada por la superioridad militar quedó sujeta a claras diferenciaciones de clase social. El teniente Castro ordenó

la acción contra los Maureira, Hernández y Astudillo después de consultar precisamente con el administrador del fundo que había sido tomado bajo la dirigencia sindical de los prisioneros. Los terratenientes afectados facilitaron a la policía los vehículos en que se hicieron los operativos de arresto y liquidación. Mayor materia de juicio aporta el hecho de que el teniente Castro también permitió la participación de su personal para el servicio de otro terrateniente de la zona en un operativo contra comunidades campesinas vecinas. Bajo órdenes superiores el teniente Castro puso sus atribuciones de agente estatal a disposición absoluta de intereses privados con los que parece haber tenido cercanas relaciones personales.

La forma en que el oficial logró instrumentalizar a sus subalternos merece un examen más cuidadoso del que se puede intentar aquí. Es posible pensar que, por su extracción de clase popular, la tropa haya conspirado por razones diferentes a la de su superior. Como decía con anterioridad, el sumario militar demuestra que no todos los funcionarios de la Tenencia de Isla de Maipo participaron en el secuestro-asesinato; que uno, por lo menos, (Pablo Ñancupil Raguileo) fue excluido intencionalmente, aunque ningún policía reveló, fuera de la institución, rumores del crimen, que sin duda circularon internamente entre la tropa. Quizás la respuesta esté en las relaciones del Cuerpo de Carabineros de Chile con el gobierno de la Unidad Popular, una vez que el programa graduado de transición al socialismo fue rebasado por las fuerzas puestas en marcha.

El gobierno aparecía fomentando una movilización popular; pero cuando ésta terminaba en ocupaciones ilegales de propiedad privada, el gobierno mismo debía usar la fuerza pública para restaurar el orden. Para los policías que debían intervenir, poniendo en riesgo sus vidas, esta contradicción debe haber causado enormes tensiones. En localidades como Isla de Maipo, con una población pequeña, en que todo el mundo se conoce, por lo menos visualmente, estas tensiones tienen que haber sido peores. Existía el contexto para que el enfrentamiento se trasladara fácilmente a la esfera de la enemistad personal. No es de extrañar, por tanto, que una de las razones dadas para justificar el arresto de los Maureira, por muy grotesca que parezca, haya sido el insulto a la esposa de un policía. Esto podría explicar, además, el atrozmente desmedido castigo de muerte dado a uno de los jóvenes drogadictos arrestados en la plaza del pueblo. Se sabe que uno de ellos lanzó una pulla

infantil a un miembro de una patrulla de carabineros que hacía su recorrido rutinario: «te crees el hoyo del queque», por lo que fue detenido. Para funcionarios de un cuerpo policial, condicionados mentalmente para cumplir órdenes indiscutiblemente, las directivas del gobierno deben haber sido percibidas como ambigüedades causantes no sólo de grandes penurias, sino también del deseo de claras disyuntivas de acción que el momento político no permitía. Pero, una vez destruido el gobierno de la Unidad Popular, el teniente Castro podía ofrecerlas, junto con una oportunidad de revancha.

Como símbolo de una práctica política, los hornos de Lonquén son monumento a una extraña épica. Esta se originó en una guerra secreta que las fuerzas armadas declararon a sectores mayoritarios de la población chilena. La sociedad que construyera esas fuerzas armadas se vio ocupada por ellas mismas, como si el territorio nacional hubiera sido extranjero, en favor de una pequeña minoría, usando a miembros de la mayoría para la masacre. En la materialidad de los hornos, en los aceites humanos que se filtraron a través de sus paredes, se fusionaron las significaciones de una derrota histórica. Sin embargo, los triunfadores debieron callar el canto a su gesta porque, de conocerse, los destruiría moralmente. Es una épica que debió actuarse en la oscuridad de la noche, con enemigos sin armas para defenderse, en lugares alejados, y luego debió impedirse el paso del público al campo de «batalla.» La exaltación de los héroes y los homenajes quedaron confinados a los oídos privados de los pares en la casta militar, en los cenáculos secretos de los servicios de inteligencia de las diferentes armas. La victoria no podía hacerse pública, aunque su secuela fue clara: los miembros del operativo de eliminación en Lonquén fueron sobreseídos y condecorados. El teniente Lautaro Castro fue ascendido. Canto secreto, hornos monumentalizados. ¿Por qué se eligió los hornos para asesinar a los prisioneros y ocultar sus cadáveres? En la zona había galerías de minas abandonadas que el operativo recorrió también en busca de armas ocultas. ¿Es que consciente o inconscientemente gravitaban en sus mentes las acciones de otros fascistas en Europa? Lonquén no puede sino sumarse a otros símbolos, a otros hornos como los de Auschwitz, Treblinka, Maidanek y Dachau. Esta épica secreta no deja de recordar las loas de Himmler a sus SS: «La mayoría de ustedes sabrá lo que significa ver cien cadáveres -quinientos -mil. Pero acabar con esta tarea y a pesar de

todo guardar la decencia -sin contar ciertas excepciones debidas a la debilidad humana- eso es lo que ha endurecido nuestra resolución. Esta es una página de gloria en nuestra historia que no ha tenido anales y que nunca los tendrá».(42)

NOTAS

1. Para los efectos de este trabajo, se entiende por «discurso ideológico» una representación figurada, de carácter analógico y metonímico, esencialmente metafórico, por tanto, de relaciones sociales reales preexistentes.
2. Ernesto Laclau, «Toward a Theory of Populism.» *Politics and Ideology in Marxist Theory* (London: Verso Editions, 1979).
3. Ver los siete tomos de la serie ¿Donde están? publicada por la Vicaría de la Solidaridad. En ella se han recolectado las fichas jurídicas confeccionadas por los abogados de la Vicaría para ser presentados a las autoridades de gobierno. Allí se relatan, a veces minuciosamente, las circunstancias del secuestro de desaparecidos.
4. Ver: Augusto Varas, Felipe, Agüero, Fernando Bustamante, Chile, demo-

cracia, fuerzas armadas (Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1980)

5. Es el argumento central de Varas et al.

6. Esta tipificación metafórica ha sido preparada sobre la base de Varas et al; Vicaría de la Solidaridad, Seguridad Nacional y régimen militar (Santiago de Chile, Vicaría de la Solidaridad, 1977); Vicaría de la Solidaridad, Dos ensayos sobre seguridad nacional (Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, 1979), el cual contiene: José Comblin, «La Doctrina de la Seguridad Nacional;» José Comblin, «Cuestiones morales a propósito de la Seguridad Nacional;» Alberto Methol Ferré, «Sobre la Actual Ideología de la Seguridad Nacional.»

7. Declaración de principios de la Junta Militar (1974), p.12.

8. Comblin, «La Doctrina...», p.12.

9. Ibid.

10. Ibid., pp.143-144.

11. Ibid., p.144.

12. Ibid., p.143.

13. Ibid., p.151.

14. Ibid., p.47.

15. Ibid., p.40

16. Ibid., p.48.

17. Para una caracterización de la personalidad del torturador ver «La Tortura y el Torturador.» La tortura en el Chile de hoy. Boletín (Asociación de Abogados Pro Derechos Humanos en Chile), N° 1, noviembre de 1980, segunda edición.

18. Comblin, p.154.

19. ¿Dónde están Tomo I (Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, 1978) p. 49. Esta indicación se hace con respecto a todos los detenidos de la familia Maureira.

20. Ibid., p.45. Esto se indica en las fichas correspondientes a todos los arrestados en el operativo.

21. Este dato no quedó registrado en el libro Lonquén (Santiago de Chile, Editorial Aconcagua, 1980), de Máximo Pacheco G., única exposición existente de la masacre. El libro fue censurado por el gobierno y ha tenido una limitada circulación clandestina. Se trata de una selectiva compilación de actas del sumario por Lonquén efectuado por el Ministro en visita Adolfo Bañados Cuadra. El dato me fue referido por personas relacionadas con el proceso.

22. Ver fichas respectivas en ¿Dónde están?, Tomo I.

23. Lonquén, p. 251.

24. Ibid., p. 249.

25. Ibid., p. 247.

26. Ibid., En lo que respecta a la participación de civiles disfrazados de Carabineros, ella me fue referida por las mismas personas indicadas en la nota 21.

27. Ibid., pp.270-271.

28. Ibid., pp.234 y 238.

29. Esto se hace patente con un examen de los siete tomos de la serie

¿Dónde están? La declaración de Hilda es tomada de Patricia Verdugo y Claudio Orrego, Detenidos-desaparecidos: una herida abierta (Santiago de Chile, Editorial Aconcagua, 1980) p. 74. Este libro, al igual que Lonquén, fue censurado y ha tenido limitada circulación clandestina.

30. Lonquén, p.234.

31. Ibid., p.238.

32. Ibid., p. 235 y 238

33. Ibid., p.235.

34. Verdugo y Orrego, p.87.

35. Ibid., p.235.

36. Ibid., p.234.

36. Ibid., p.234.

37. Verdugo y Orrego, p..70.

38. Lonquén, p.263.

39. Ibid., p.106.

40. Ibid., p.269.

41. Ibid., p.214.

42. Heinz Höhne, The order of the Death's Head (New York: Coward-McCann, Inc., 1970), p.365. La traducción es mía.

LA AGRUPACIÓN:
METÁFORAS DE VIDA

En cualquiera reunión con miembros de la Agrupación se observa la rapidez con que la conversación gira hacia el tema de la afirmación de la vida contra la muerte. Cuando hablan de las manifestaciones de protesta que han organizado con el correr de los años, se repiten frases como «dar la vida por la vida», «celebrar la vida», «decir que nuestros seres queridos no están vivos sería una derrota política», «vida es verdad», «nuestra vida por la vida», «nuestra vida por la verdad». Se ha hecho conocida su consigna «Por la vida y por la paz, que nos digan dónde están». Su esfuerzo por arrancar de la autoridad militar la verdad sobre el destino de sus familiares, por recuperarlos con vida y denunciar nacional e internacionalmente la violación de los derechos humanos en Chile, revela un discurso basado en la metáfora central de la sociedad como ámbito para la vida. Esto ubica la ideología de la Agrupación en el marco de los discursos producidos en las últimas décadas para elaborar, mantener y defender una conciencia mundial de respeto de los derechos humanos.

Un ámbito es un espacio comprendido dentro de límites determinados. Esta definición remite a un trabajo cultural que adecúa ese espacio según valores prioritarios que orientan la administración de recursos humanos, materiales y espirituales para habilitarlo. Todo esto de acuerdo con un proyecto que responde a necesidades por ser satisfechas a través de él. En este sentido, una sociedad es un ámbito en que innumerables generaciones emplean su gama de formas de comportamiento colectivo para delimitarlo. En ese proceso exploran y descubren nuevos modos de conducta que transmiten a las generaciones siguientes, de la misma manera como legan un territorio nacional más o menos habilitado para la reproducción humana.

No sería arriesgado decir que, según las concepciones que han prevalecido en la historia latinoamericana, en nuestros países se ha tendido a dar prioridad a la consolidación del sistema capitalista por sobre la promoción y la satisfacción del potencial humano. Las concepciones difusionistas de la cultura nacional, propuestas ya desde el siglo XIX por grupos afines al liberalismo, siguen enfatizando el engarce óptimo de las estructuras económicas nacionales con las del capitalismo internacional. No se miden convenientemente las consecuencias internas de la transferencia cultural en sus diferentes niveles. El actual neoliberalismo militarizado chileno es sólo otro episodio. En la crisis global del sistema capitalista en el presente, la urgencia del debate latinoamericano sobre el tema de los derechos humanos busca introducir una conciencia antropocéntrica en el manejo de las políticas de desarrollo cultural, conciencia que hace del ser humano el beneficiario de los sistemas económicos y no instrumento al servicio de ellos. Esto requiere la reevaluación y la revaloración del conjunto de condiciones morales y éticas, materiales y espirituales de una sociedad como ámbito de promoción de vida digna para los seres humanos como tales seres humanos. Ello abarca desde la elección de un estilo de desarrollo económico apropiado, que objetivamente provea condiciones para el respeto de las necesidades humanas, hasta el cultivo de la paciencia, la tolerancia, el amor y la comprensión como ingredientes de un sistema político que complementa el económico. Luego del catastrófico colapso de los mecanismos de transacción política del Estado de Compromiso, los elementos más esenciales de la convivencia nacional chilena han debido ser replanteados. La discusión de formas de encarnar valores al parecer tan tenues como paciencia, tolerancia, amor, comprensión, tiene un lugar prioritario en la agenda de todos los sectores democráticos de Chile. Y esto ciertamente no involucra sólo a sectores pro-capitalistas que perciben los peligros dictatoriales de la crisis actual del sistema. También compromete a los sectores marxistas más iluminados, que ya cuestionan la forma en que sus adherentes han hecho suyas las premisas del materialismo histórico en su actuación de las últimas décadas. En Chile se está dando una discusión crítica sobre una posible reducción partidista de la enorme complejidad del entendimiento dialéctico de la historia y del progreso social a consignas expresadas de manera simplista, para movilizar al pueblo pero sin lograr la modulación adecuada de los grados de agudización de la lucha de clases en

un contexto objetivo. Se plantea que quizás esas simplificaciones hayan acelerado conflictos en que se perdió de vista no sólo el valor de las libertades burguesas, sino, además, las consecuencias para la seguridad física de los ciudadanos de extinguirse esas garantías. La coherencia de pensamiento y acción alcanzadas por la Agrupación puede entenderse como una respuesta en ese sentido. Su evolución ideológica no sólo ha tenido que acomodar a personas de diferente postura marxista dentro de la izquierda chilena, sino también a cristianos, centristas y derechistas.

Las tres premisas básicas del movimiento mundial por los derechos humanos se han hecho eje del acuerdo político de las fuerzas democráticas chilenas: el derecho a ser; el derecho a vivir, el derecho a superarse. En la creación de una conciencia de respeto de la integridad corporal y espiritual de los individuos ante el Estado, como también de las naciones ante hegemonías foráneas; en la erradicación de la pobreza y de las enfermedades; en la administración de una sociedad en que todo individuo tenga la oportunidad de expresar y cultivar sus talentos latentes, se encuentra la oportunidad de aglutinar todas las fuerzas e instituciones políticas y religiosas progresistas del país en un frente nacional de democratización. Se trata de un esfuerzo por refundar los tejidos más elementales de la convivencia social cuando no mucho tiempo atrás, ante la expectativa de una guerra civil, se dieron excesos de instrumentalización de la persona humana para hacerla herramienta y arma del conflicto.

El argumento a favor de los derechos humanos parte de la materialidad del cuerpo humano como foco de un respeto del que surgen todos los otros valores que hacen de la sociedad un ámbito de vida. Es un desarrollo discursivo inverso al de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Esta termina en la materialidad corporal para hacerla objetivo y blanco presunto o efectivo de un ataque militar. Aquí está el núcleo originario del debate entre vida y muerte que caracteriza la ideología de la Agrupación. Mientras el militarismo hace del cuerpo humano el punto de clausura de un orden para la vida, la Agrupación hace del cuidado de la materialidad corporal de sus familiares, ya sea viva o muerta, la apertura de un nuevo orden.

En el discurso de la Agrupación se funden dos metáforas fundamentales: el cuerpo humano y la familia como campo posible de relaciones sociales armónicas. Al crear la vida de hijos por

amor, la pareja llega «a entender que el papel del padre es de una importancia tan vital como el de la madre, que ambos se funden y se complementan, que ambos dan ternura y tratan de dar amor, de educar y enseñar».(1)

Mi compañero es una persona a quien recuerdo por sobre todo como un hombre lleno de vida, como un símbolo de vida... A mi me costó comprender este rasgo de su carácter, tal vez porque mi naturaleza es muy distinta, pero cuando logré entenderlo, y creo que logré captarlo y adquirir algo de ello, veo que es una de las características que a mi juicio es básica para quien decide asumir un papel de luchador, para quien asume un compromiso social y se compromete a ser un revolucionario... Pero esta alegría de vivir también se manifiesta a diario y en las cosas más mínimas. Se manifiesta, por ejemplo, en el saber gozar de un buen libro, en el saber gozar de un día bonito, en el saber gozar de la alegría que da un hijo... Y creo que eso es como una semillita que logró germinar en Anita Lorena [nuestra hija].

Mi marido es comunista, y a mucha honra... Yo no pensaba igual que él, volvería a hacer exactamente lo mismo, yo me siento orgullosa de ser la compañera de Lincoyán. Cuando yo empecé a comprender aquello que él llamaba su ideal, cuando yo empecé a leer, cuando empecé a sentirme su compañera, creo que realmente empecé a vivir.

En esta fusión se da un desplazamiento cada vez más amplio que se inicia con los sufrimientos corporales del individuo secuestrado por los servicios de seguridad, cubre la familia a que pertenece y luego abarca la comunidad nacional como «cuerpo social» sufriente y la humanidad en general. La metáfora familiar da una resonancia universal al sufrimiento corporal: la armonía familiar perdida con el desaparecimiento es traducida como inestabilidad nacional y como alienación de la humanidad. En última instancia, el cuerpo real del desaparecido y la familia fragmentada son regeneradas simbólicamente con la formación de familias compensatorias y figurativas como la Agrupación y la certeza de contar con la simpatía de la comunidad nacional y la humanidad.

La detención de nuestros familiares constituye un atentado a nuestros derechos como personas y como grupo familiar. La ausencia de uno de los nuestros ha repercutido en la estabilidad de nuestra familia. El desaparecimiento ha lesionado gravemente la posibilidad que nosotros, nuestros hijos y el resto de nuestros familiares más próximos, se desarrollen como un grupo libre del dolor, de la incertidumbre y de la inseguridad. Nuestros derechos han sido dañados en lo más esencial de la familia, su unidad y su seguridad.

Nosotros hemos aprendido con nuestra lucha que el respeto de uno u otro derecho está relacionado con la exigencia para hacerlo respetar y estamos seguros de haber contribuido, aunque sea parcialmente, a hacer conciencia sobre lo que los desaparecidos significan y, al menos, a impedir que más familias y sectores de nuestro pueblo deban sufrir nuevos desaparecimientos.

Esta solidaridad así expresada ha seguido día a día desarrollándose lentamente en cada hogar; en cada hogar de nuestra patria se conoce y se comprende nuestro drama que es de todos.

Nuestra búsqueda es un llamado de atención a toda la humanidad. Nuestra mayor felicidad sería, después de recibir en el hogar a quienes están ausentes por largos años, saber que todo lo que hemos hecho en este tiempo ha ayudado a que una situación como la que se ha vivido en Chile no se vuelva a repetir jamás.

El reencuentro de los chilenos y la convivencia nacional necesitan obligatoriamente establecer la base absoluta de la verdad [sobre el destino de los desaparecidos]. El país no puede aceptar la subsistencia de esta situación que, mientras no sea aclarada, se convierte en un trauma que obstaculiza toda convivencia futura.

... porque con ellos no sólo han desaparecido ciudadanos dignos y queridos por sus familiares. Con ellos ha desaparecido la dignidad de las mejores tradiciones de la convivencia nacional. Nuestra patria se ha lesionado, nuestra historia ha recibido una herida profunda, que duele y hace sangrar la conciencia de nuestro pueblo.

La Verdad debe conocerse. Debemos luchar por ella, nosotros, tú, porque mientras no se conozca, no podrá existir

nunca una verdadera paz. La herida permanecerá abierta, sangrando siempre.

Nótese lo evidente del uso de metáforas corporales con respecto a las familias dañadas por los desaparecimientos: «lesionado», «dolor», «sufrir», «trauma», «herida profunda», «hace sangrar», «la herida permanecerá abierta, sangrando siempre». Esta reiteración es útil para recordar que una de las características de la materia corporal viva en el seno de las relaciones sociales es la dificultad de que desaparezca sin dejar huella. Si, como se proponía anteriormente, las relaciones de la vida cotidiana son como un tejido comunicativo que se resiste a la «mutilación» y al «vacío» de la ausencia, siempre habrá testimonio de la existencia pasada y presente de un ser humano en la memoria de familiares, vecinos, conocidos, testigos y en los objetos que manipuló para mantener su vida:

¿Quiénes eran ellos? Seres sencillos y simples, sólo hombres nada más, que creían en algo. Pensaban que la vida podía mejorar, elevarse la condición humana, hacerla más solidaria y generosa. Y por ser así, los detuvieron. Por eso no están más ni en la calle ni en el barrio; pero se siente su presencia en todas partes. Están en las cosas que tocaron; en el libro que leían y que continúa abierto en esa página esperando. En el sillón o en la butaca rústica en que reposaban, en la mesa de comer donde hay una o más sillas vacías. Los vecinos que lo conocieron piensan: esa es la casa en que vivieron y aquella la esquina en que los detuvieron. Ellos saben que en alguna parte están, tal vez vivos o tal vez muertos.

Yo estuve casada con él veinticinco años. Entonces es una vida, porque él entonces tenía diecisiete años, yo tenía diecinueve años. Así que es una vida que viví junto a él. Así es que cómo no voy a saber yo quien era él y no creo que haya sido un fantasma que vivía conmigo.

La enumeración prolija de objetos de la cotidianidad son un esfuerzo por anclar materialmente a seres que el Estado Autoritario ha tratado de convertir en «ficción legal», «ficción jurídica», para «blanquear sus propios delitos» y «limpiar la responsabilidad». El Estado Autoritario ha tenido la desaforada audacia de proclamar

que, por trámite administrativo cursado por una burocracia conspiradora, un ser humano jamás ha existido, creando «un panorama lleno de siluetas crepusculares que nadie tiene la fuerza de sepultar definitivamente».(2) Por orden administrativa se los ha condenado a un limbo en el que jamás tendrán derecho a la muerte, así como tampoco tienen derecho a la vida. Para comprender esta situación no existe sino la categoría del grotesco, con su indicación de un súbito asalto de fuerzas diabólicas que arrancan al prisionero de un mundo conocido y transitado:

Pero de repente, como tragados por el viento, desaparecieron. Fueron sacados de sus casas, del trabajo, de la universidad, o los esperaron para detenerlos en la calle solitaria y silenciosa. Desde entonces dejaron de estar, esfumándose como si nunca hubieran existido.

No sabemos con qué afán o sentido lo callan; pareciera ser una orden más: convertir a los desaparecidos en habitantes del silencio y del olvido. No quieren darles a los nuestros ningún destino humano, ni vivir ni morir. Para siempre la duda.

Los seres capaces de perpetrar tan grotesca ficcionalización de la persona son apodados «señores de la vida de los nuestros», «villanos de hielo», «corazones endurecidos», «sordos e insensibles» que retraen la historia humana a un pasado ignoto: «Desde luego vivimos en una época en la que referirse al diablo parece cada vez más ingenuo o más tonto; y sin embargo es imposible enfrentar el hecho de las desapariciones sin que algo en nosotros sienta la presencia de un elemento infrahumano, de una fuerza que parece venir de las profundidades, de esos abismos donde inevitablemente la imaginación termina por situar a todos aquellos que han desaparecido».(3) Su mundo es el de la «oscuridad de la noche», «la niebla», «la frontera del humo», «ese mundo negro» en que la normalidad humana quedó truncada. Allí habita como un ente devorador: «ese organismo en el que actualmente [mi ser querido] está desaparecido». Cuando se busca al secuestrado, ese ente interpone «un cerco de silencio», «murallas de cemento», «cierran u obstaculizan caminos». Por su conspiración, la normalidad del mundo ha quedado distorsionada. La realidad sufre «los extremos de la deformación»; en la oscuridad ese ente practica «la distorsión de

los hechos» para «alejarnos de la realidad». Los «distintos» ángulos de ella son reducidos a la «uniformidad» que termina en «silencio o parcialidad» y en «rigidez del pensamiento». Prevalece «la expresión de la mentira» y así ella «puede incluso llegar a transformarse en 'verdad' ante la reiteración periódica de la misma»; «la autoridad por esta vía ejecuta sus ataques a la honra y dignidad». Son habitantes de la mugre y del grotesco que «después de cumplir su sucio trabajo salen a la superficie y se sientan en los mismos cafés, en los mismos cines donde se reúnen aquellos que hoy o mañana pueden ser sus víctimas».(4)

Desde los avernos esos seres quieren la parálisis de los que dañan, de la persona que busca a sus familiares «porque ellos lo que quieren es que uno se quede en la casa sentada y no haga nada» para así zaherirla con amenazas que contienen burlas satánicas:

En la carta dice: «Déjate de buscar a tu marido, porque sabemos que eres comunista y él también fue comunista...Si sigues buscándolo nosotros te vamos a liquidar»...[También me dicen que] a él lo mataron en abril del setenta y siete y que lo tiraron al mar, (5) me dicen, con muchos otros y que la ropa de él me la van a ir a entregar a la casa... Me llegó la otra carta en la que me dicen que tengo que ir a la Plaza Italia a buscar un reloj de pulsera, que efectivamente yo se lo había regalado a mi compañero, que lo había comprado en Italia, la marca era italiana. Entonces me decían exactamente todos los detalles del reloj y que tenía que llevar veinte mil pesos, entonces... yo hice todas las diligencias con mi abogado para poder hacer efectivo e ir a la Plaza Italia; pero a última hora no pudimos hacer nada de eso porque ya era Víspera de Año Nuevo, así que era un poco difícil, así que yo no yo fui a esa cita, porque sería también como si ellos se rieran de uno, de que uno va a esa cita y ellos pueden estar escondidos y todo, y uno está parado ahí esperando.

Con ironía aún más macabra, la burocracia represiva espera agotar a los familiares en un laberinto infinito y costoso de trámites administrativos, de manera que ellos mismos tengan que dar muerte simbólica a sus seres queridos con la renuncia voluntaria a la búsqueda. Esperan que en esta «peregrinación» o «calvario» el agotamiento nervioso mine el compromiso de rescate y gra-

dualmente el familiar se aletargue y acepte la muerte. El Estado Autoritario incluso intentó comprar la conciencia de familiares de detenidos desaparecidos haciendo más expedito el reconocimiento de la muerte del secuestrado, la clarificación del patrimonio o montepíos dejados e, incluso, ofreciendo una indemnización a los sobrevivientes. Este fue el objetivo de la Ley de Muerte Presunta, cuya modificación fue discutida por el gobierno en junio de 1978. Con las protestas públicas de la Agrupación el proyecto fue abandonado. También los miembros de la Agrupación han rechazado obvios intentos de compra de su conciencia mediante ayuda económica especial dada a través del Centro de Madres (CEMA), organización asistencial dirigida por la esposa del general Pinochet, Sra. Lucía Hiriart de Pinochet:

Yo en el setenta y seis, le hice una carta a la Lucía, a la mujer del Gorila Pinochet, entonces donde yo como mujer le contaba mi caso, mi problema familiar, exponiéndole mi vida como madre y como mujer, ella cómo veía mi caso, ella siendo madre y siendo mujer, donde la contestación no la tuve de inmediato. Yo a ,ella le escribí en el 76, ella me contestó en el 77, el 3 de octubre del 77, donde me manda a mi casa a Cema Chile [institución gubernamental de ayuda social]. Cema Chile estuvo en mi casa cuando yo no estaba; doy gracias a eso que yo no estaba, los vecinos inmediatamente, cuando vieron Cema Chile, le contaron inmediatamente todo el problema que yo llevaba de tantos y tantos años y de la manera que yo estaba, porque ellas se hicieron presente dentro de mi población; así yo vivo en una población muy marginal, donde todos los vecinos, el que no tiene un problema tiene otro, la mayoría de los problemas son de gente cesante -y me dejan una citación. Primero ella me escribe la carta donde me manda decir... timbre por todas partes, la primera Dama de la Nación, la primera dama de la nación, y esa carta me mandaba decir que ella, sra. tanto de tanto, yo lo siento tanto, yo lo único que le aconsejo a usted, que usted se haga presente en Cema Chile, como decir, para mí, que se haga presente a la Dina... entonces, era como algo bien tirado así del pelo se puede decir, porque cuando ella me dice que me haga presente a la Dina ya la Dina había sido disuelta. Entonces yo llegué y no fui cuando ella me

dijo que fuera a Cema, porque yo bajo ni un punto de vista le había mandado pedir una ayuda económica, sino que yo le mandaba decir que por favor ella como mujer y como madre, tratara de ubicar dónde estaba mi esposo que era lo que yo deseaba saber. Una vez que yo no me hice presente en Cema Chile, fue Cema Chile a mi casa... midieron mi sitio, por fuera pudieron darse cuenta cómo era mi casa, me dejaron una citación para que me presentara a Cema Chile. Vine yo inmediatamente a Vicaría, porque era una cosa como que a mí no me cabía, consulté con abogados, consulté con compañeras, pedí ayuda a compañeras que fueran conmigo. Además que yo venía saliendo como recién de una operación, no me encontraba tampoco muy bien, muy agresiva, además que no iba a ser una conversación, sino que iba a ser un choque que íbamos a tener allí. Nos presentamos dos compañeras a Cema Chile... no me acuerdo en estos momentos cómo se llama la calle, pero sí que queda por el lado del, de la... se me olvidó. Y nos presentamos dos compañeras ahí, donde hemos sido atendidas por una... Lolita se puede decir; no tendría más de dieciocho años la asistente social que nos tocó en ese momento que nos atendiera. Yo llevando el papel en la mano inmediatamente me hizo pasar a una de sus oficinas muy elegantes que tienen ahí en Cema Chile, pensando siempre nosotros en que la compañera que me iba a acompañar iba a quedar afuera donde fue todo lo contrario, la hicieron pasar junto conmigo. Eran oficinas muy chiquititas, que cabían dos solamente, dos personas adentro, se trataron de acomodar muy bien y nos tratamos de acomodar las dos personas que íbamos, a ver cuál iba a ser la respuesta y qué lo que se traía la Lucía entre manos... Una vez llegando ahí, me preguntó la niña esta acaso yo pertenecía a algún Centro de Madres, yo le digo riéndome, porque en realidad me da risa, yo no he pertenecido jamás a un Centro de Madres... entonces llega y me dice: «Mire, usted para poder tener cualquiera ayuda de aquí, tiene que haber pertenecido seis meses a un Centro de Madres», y le digo yo: «Mire, a mí me perdona, pero jamás he asistido a un Centro de Madres, ni me va a hacer asistir en estos momentos; yo no le vengo a pedir ni una ayuda, ni menos ayuda económica; lo que yo quiero saber qué es lo que me

manda decir esta señora»...Entonces, como que esta niña sabía algo, u otra cosa no la sabría, me dice: «¡Pero, cómo!, no puede ser que usted esté haciéndome ésto», -le digo yo: «No, bueno que la realidad es lo que estamos viviendo, yo le mandé decir a la señora Lucía que lo que yo quería saber y que ella me ayudara como madre y como esposa a encontrar a mi marido; además que si yo le cuento todo mi problema es que como ella se pusiera la mano en el corazón, si es que tiene, y que dijera «bueno, esta mujer necesita su marido, y por lo tanto vamos a decirle dónde está, si está vivo, si está muerto». Una vez ya terminada la conversación, esta señorita comienza a ofertarnos cosas, primero un buen colegio para mis hijos; después en que dónde yo estaba viviendo -poco menos que me lo quiso dar a entender así, que era como un chiquero, entonces necesitaba bien cambiarme de ahí, a una buena casa, que esta casa, bueno, tenía que ser pagada por la Lucía; un sueldo por mientras mi compañero estuviera ausente y alimentación para mis hijos. Una vez que yo le contesté: «señorita, perdóneme, pero, ¿a cambio de qué va ésto?, ¿a cambio de una firma?, ¿a cambio de que yo le dé una firma para que si es que mi marido está vivo para que ustedes me lo maten? Yo no le vengo a pedirle eso, yo lo que le mandé a decir que quería saber dónde estaba mi marido, yo no quiero ayuda económica, menos que venga del lado de ustedes. Si mis hijos habían sufrido hambre durante tres años, mis hijos habían podido seguir sufriendo hambre». En seguida, esta niña, fingiendo lágrimas en sus ojos me dice: «Pero, señora Carmen, por favor, un parcito de zapatos para sus hijos...» «Gracias, no los necesito, mis hijos han andado a pies pelaos, donde todavía pueden seguir andando a pies pelaos, lo que yo necesito es el padre de mis hijos, el padre de mis hijos es el que tiene que darle los zapatos...» «Señora, por favor, recíbame un tarro de leche...» «No, muchas gracias, no lo necesito; mis hijos hacen muchos años que no toman leche y lo pueden seguir haciendo...» «Señora, piense en el porvenir de sus hijos...» «Piensen ustedes lo que han hecho con mi marido, lo que yo le mando decir... ¡escriba por favor! lo que yo le mando decir a esta señora... no le he mandado a pedir ayuda, no le he mandado que me ayude en cosas económicas, sino que le he mandado decir, que me mande

decir dónde está mi esposo. Ella como madre, como esposa y como mujer, y como la primera dama que se hace decir, que me diga dónde está mi esposo!» Una vez que todo esto fue rechazado, esta niña me dice: «No puede ser, de aquí usted no puede salir si es que no se lleva un paquete»; «A mi me perdona, pero yo no salgo con ni una mugre de ustedes, si es que me van a tomar una fotografía que me la tomen tan igual como entré; así entré y así salgo!» Esta conversación duró dos horas y media... así es que ustedes se pueden dar cuenta, yo no les quiero decir todas las cosas que ahí se dijeron, pero ahí se dijeron cosas bastante fuertes, bastante pesadas y bastante insolentes, porque me porté bien rota, como una mujer de población y una mujer chilena.

En oportunidades el lenguaje de algunos miembros de la Agrupación muestra intentos voluntarios de arrojar al mundo de las profundidades infrahumanas para ver brevemente al amado, para «rescatarlo con vida» o para recuperar a «hijos que nacen en la oscura realidad». Es de saber que siete mujeres desaparecidas estaban embarazadas. Así el «calvario» por el «mundo oscuro» se transforma en una tangible comunión con los seres queridos mediante el dolor corporal de la tortura compartida. Situaciones como éstas son quizás los ejemplos más conmovedores de transmutación del martirio corporal en amor comunicado a través de la materialidad humana más elemental.

Yo fui detenida desaparecida por tres meses. Donde el Comité Pro-Paz, a mi me hicieron un recurso de amparo junto con la María, con el padre Daniel, donde ellos tuvieron que presentarse a hacerme un recurso de amparo junto con Vicaría; porque yo desgraciadamente no tengo familiares, por lo menos que se hayan hecho responsables de mi persona ni de la persona de mi compañero. De ahí siguió mi calvario que fue totalmente grande, de haber visto no tan solamente a mi compañero, estuve con mi compañero, como estuve con muchos más compañeros, de haber visto dentro de ahí las torturas que se les daba a cada uno de nuestros compañeros, haber visto compañeros en muy mala situación, ya compañeros que no veían, por eso que los tenían sin venda. Las primeras torturas que recibí fueron haber sido

quemada, con cigarrillos, después de haberme puesto a la parrilla, después de colocarme la plancha, después de estar colgada veinticuatro horas en Villa Grimaldi. A nosotros, el grupo que habíamos ahí era un grupo de sesenta y ocho que estábamos en Cuatro Alamos, después nos trasladaron a Londres 38, supimos por otros compañeros que estaban ahí, que estábamos en Londres 38. Ya poco recuerdo, porque estaba muy mal; nos trasladaron a Villa Grimaldi. Ahí pude reconocer voces de compañeros, la voz de mi compañero me la conocía muy bien, porque aún para podernos torturar me bajaban la venda a mí para que lo viera a él de qué manera estaba siendo torturado; después le bajaban la venda a él para que viera de qué manera me estaban torturando a mí -cosa que alguno de los dos tenía que decir o dar más nombres, que uno diera más nombres para que cayera más gente y lo otro, que dijéramos dónde estaban las armas. Yo por lo menos, no tenía ni idea de dónde podían haber estado las armas, lo que siempre mis respuestas fueron que la única arma que yo tenía, como ellos lo decían así, era la arma que me había dado mi madre cuando yo había nacido...Tuve como bastante fuerza de voluntad y de eso muchas veces me siento con mi cabeza bien arriba, con mi frente bien alta, porque cuando caí detenida, caí sola, y Dios tuvo compasión de mí; digo Dios, porque yo soy una persona católica, creo en Dios que va a ser la persona que nos va a liberar algún día de lo que estamos pasando... y que pude pasar mucho tiempo desmayada, sobre todo en las torturas más grandes que me hicieron, donde pude perder mi dentadura, donde por lo menos pude ver a mi compañero y estar tres meses con él, en muy malas condiciones, pero pude verlo, pude saber que por lo menos no me lo habían matado al tiro, sino que todavía existía, como existía él, existía José Flores Rojas, existía Aguilera Peñaloza, existía Carter... existía una niña de apellido Anita, que le decían la «negra linda» adentro... también estaba ahí Leopoldo Muñoz Andrade, donde él lo único que pedía era que se le avisara a su madre que él existía con vida. De una vez que yo pude y que se corrió el rumor en Villa Grimaldi que yo salía en libertad, los compañeros, algunos de ellos, posiblemente casi todos, me dijeron cuáles eran sus familias, de algunos me pude grabar su nombre,

de todos no porque éramos muchos; las condiciones de nuestros compañeros, no eran condiciones buenas, ahí era casi la parte principal la parte humana, el dolor grande; nadie se fijaba en quién era el compañero, qué lo que era el compañero sino que estábamos sufriendo todos una tortura por igual, uno no por ser de un lado o por ser del otro le iban a pegar menos, todos íbamos a sufrir lo mismo. Muchas veces yo estaba desmayada, mis compañeros de dolor, mis compañeros de sufrimiento, tenían que orinar para poder pasarme el pipí por los labios, y esto lo digo porque lo sufrí en carne propia.

Olvidar al familiar, callar su desaparecimiento o aferrarse a la ilusión de que vive, la ilusión de la vida, se convierte, en estas circunstancias, en una violenta elección entre un acto de sumisión derrotista a «los señores de la vida de los nuestros» o de proclamación de un desafío confiado en la victoria futura. No caben dudas del camino elegido por la Agrupación:

Quieren que madres, esposas, hijos, hermanos terminen por matar a los suyos con olvido y silencio. La suprema humillación es la razón de los autores. Pero tú comprenderás. Eso no es posible.

Nosotros decimos hoy nuevamente que luchamos y lucharemos por salvar sus vidas y no por un certificado de muerte presunta.

El compromiso con el recuerdo es la clave central de las elaboraciones simbólicas de la Agrupación. El recuerdo explica, además, la fijación de una sensibilidad de grupo. Indirectamente, la entrega total al recuerdo implica la pavorosa resolución de prolongar mentalmente la presencia del desaparecido a través de la prolongación infinita de los traumas íntimos del secuestro y de la búsqueda frustrante. La tendencia natural del ser humano es a sofocar la memoria de las experiencias dolorosas. Sin embargo, en este caso excepcional, permitirlo es aceptar la derrota. El familiar debe, por tanto, disciplinarse para evitar el encallecimiento de la cualidad corrosiva y quemante del trauma. Parte de esta disciplina es la creación de rituales cotidianos que se examinarán más adelante. El recurso principal es proyectar la imaginación constantemente

a los lugares de presunta detención secreta para revivir las penurias del desaparecido como si fueran propias:

En los primeros tiempos nuestros sufrimientos los provocaba el saber que eran sometidos a los más inhumanos tratos por parte de sus carceleros, interrogadores y torturadores, porque así lo señalaba la experiencia de cientos de detenidos que fueron torturados...

En los años siguientes y en la actualidad nos atormenta el saber que permanecen secuestrados en lugares inhóspitos, el pensar que están enfermos y abrumados por el absoluto desconocimiento de lo que sucede con su pueblo, al cual le entregaron los mejores años de su vida.

La terrible agonía de días, años en que no alcanzamos a comprender que haya mente humana que pueda alcanzar tal grado de crueldad. Nuestra pesadilla no tiene fin y se hace aún más cruel y dolorosa, cuando surgen los interrogantes: dónde estará, qué estará sufriendo, acaso podría estar enfermo, o tendrá hambre, frío, tristeza.

Recordar sin saber si hablar de pasado o presente...

Esta agobiadora disciplina para el recuerdo es un imposible psíquico. Medida de ello es que tras ese deseo se oculta la intención incompatible de organizar la regularidad de la rutina cotidiana en torno a la excepción traumática. Ya esto muestra una contradicción insuperable, una aspiración esencialmente oximorónica. La empatía oximorónica con el ser distante, oculto y sufriente supone cargar con dos cotidianidades paralelas e inconciliables: una real, la del familiar, y otra ficticia, la forma en que éste recuerda al desaparecido. La cotidianidad del familiar contiene necesidades de trabajo, educación, amistades, compromisos, obligaciones e incitaciones de nuevos amores posibles. La rutina imaginada, la del ausente, queda congelada en la mente de quien busca como sufrimiento corporal permanente. La congelación mental del desaparecido se comprende si pensamos que nadie puede -a menos de tener alucinaciones- imaginar las opciones vitales que realmente se ofrecen a un prisionero, si es que está vivo. Nadie puede vivir imaginariamente la vida de otro ser humano real. Si pensamos que el ser vivo es aquel que responde con nuevos comportamientos y elecciones a las demandas de la realidad, decimos que, al imaginar al desapare-

cido en una congelación de sufrimiento corporal infinito, en verdad se está recreando a un muerto mentalmente. Aunque el familiar lo niegue fervientemente, en sus psiquis carga con un ser muerto a quien quiere mantener vivo, permitiendo que su memoria irrumpa infinita y traumáticamente en su cotidianidad. No obstante, reconocer esta carga es, para el familiar, un acto de asesinato aún más sangriento que el que posiblemente hayan consumado los servicios de seguridad. Esto porque lo estaría realizando un ser querido que se había comprometido al recuerdo. Quizás la profunda contradicción de todo esto se podría expresar diciendo que el sufrimiento del recuerdo es usado para dar vida a la muerte. Es un ciclo de pensamiento que fluye con facilidad con el sentimiento religioso: la muerte es un impulso para la creación de vida nueva. Entre los miembros de la Agrupación se han dado frases como: «la vida debe continuar reemplazando a los que partieron un día»; «La vida, a igual que los ríos, nunca es la misma. El agua pasa y se renueva en su constante transcurrir»; «Estamos concientes del camino que tenemos que seguir. Yo sé que como yo lo siento compañero a él, él nos siente compañeras y camaradas. Sabe que su semilla quedó en nosotros, y que nosotros tenemos que hacer que florezca y de eso estamos seguros».

Frases como éstas desnudan una secreta aceptación de la muerte del desaparecido que, sin duda, influye y condiciona los modos de protesta, las ceremonias rituales y los símbolos que la Agrupación considera característicamente suyos: huelgas de hambre; encadenamientos a edificios de importancia significativa; cadena; candados cuyas llaves se ocultan de la policía para obligarla a cortar las cadenas; fotografía(s) del o de los desaparecidos que el familiar lleva sobre su pecho en las acciones de protesta más formalizadas, como las huelgas de hambre y los encadenamientos; las ceremonias de devolución de llaves de candados a los familiares, una vez terminado el encadenamiento, con una flor pegada a ellas.

La huelga de hambre hecha en público revive el dolor del desaparecido supuestamente en cautiverio prestando el cuerpo del familiar sobreviviente a su memoria. Ilustra la unidad simbólica del ser ausente y del ser presente, del pasado del desaparecido todavía viviente en el ahora de su familiar. De allí la foto del desaparecido sobre el pecho. Ponerla allí equivale a decir: con este cuerpo mío yo acompaño y comulgo con los sufrimientos de mi ser querido y

lejano; este cuerpo mío es su cuerpo y yo lo exhibo públicamente para que, de estar muerto, reciba el amor, la preocupación y la solidaridad comunitarias que le han negado al ocultarlo; con este cuerpo mío, que yo expongo públicamente a la violencia represiva, yo comparto su castigo, queda expuesto como el suyo y lo mostro a todo el mundo para que los torturadores ocultos queden desnudos y la comunidad los repudie. Las cadenas usadas refuerzan esta noción. Son gruesas y las llevan cruzadas sobre el torso, con dos vueltas sobre la cintura. Con ellas se quiere decir: estas cadenas atan dos existencias, la mía propia y la de mi desaparecido a quien presto mi cuerpo; son mi amarra a esta doble existencia de dolor que cargo en mi cuerpo; estas cadenas entre yo, ser vivo, y ese ser quizás muerto por el que voluntariamente he perdido la libertad de una vida plena; estas cadenas son mi propia muerte al postergar yo mi vida para que se recuerde a mi desaparecido; ellas son el puente entre estos dos seres fundidos en uno y la humanidad simbolizada por este edificio de las Naciones Unidas al que me encadeno; estas cadenas son el ancla que me fija a la historia perdida de la democracia chilena, a cuya tradición me encadeno en las rejas del edificio del Congreso Nacional clausurado. Y al salir de la cárcel, después de la acción de protesta, cuando los otros miembros de la agrupación que permanecieron en libertad devuelven las llaves de candado con una flor atada, se está diciendo: por un momento expuse mi cuerpo a la represión como si fuera el de mi ser querido y quizás muerto; como cosa inerte, sin opciones, me hice sumisa a la violencia policial; pero ahora, después de pasar por el «mundo negro», la detención, el fichaje policial, el juicio judicial, y haber enfrentado a sus habitantes, vuelvo a ser materia viva, en que germina vida, aún en las condiciones más adversas, así como en esta llave, en este trozo de metal duro, hay una flor. La materia que se ha simbolizado como inerte, sin vida, al mostrarse a la comunidad y hacerse ejemplo ante ella, se ha hecho vida.

Del mismo modo se transmutan en verdad para la vida los restos de desaparecidos encontrados en cementerios secretos. En torno a ellos proliferan metáforas de cultivo de la tierra. Con ella los familiares que buscan se declaran dispuestos a «seguir buscando y golpeando, arañando la tierra» puesto que para ellos la «verdad ha ido cambiando duramente bajo tierra. Se la ha querido dejar definitivamente enterrada y prisionera, esconderla de cualquier modo y de cualquier manera».(6) Pero finalmente erupción con «remezones»,

«violenta y sangrienta» y «tiene suficiente fuerza para germinar desde lo más profundo y la fuerza necesaria como para romper la roca más dura». «La verdad, que aun queriéndola ocultar en las entrañas de la tierra, no ha podido dejar de germinar», renace en la superficie con los nombres de los desaparecidos, «estos nombres que florecen, perfumados como rosas». Es un humus que ha sido «regado con sangre campesina, con sangre obrera, con sangre de compañeras mujeres, con sangre de profesionales». Esta eclosión de vida despeja «la frontera del humo» y «a estas alturas del camino ya no podríamos aceptar a nadie la complicidad del silencio, la pasividad del conformismo, a nadie la comodidad del cansancio, ni la desesperación de la espera, a nadie la tranquilidad de las disculpas ni las puras palabras que esconden cobardía». Con la erupción de verdad y vida llega «la hora de secarnos las lágrimas, de juntar todas las manos y todas las sangres, ha llegado la hora de que nada pueda quedar oculto, y denunciar lo que estaba escondido, desde los techos de nuestras casas, ha llegado la hora de amor al extremo de dar, la vida por los que se ama». Así quedará atrás el «mundo negro» para «lograr el mundo lindo... para que juntos... todos, podamos disfrutar de ese mundo lindo».

POR LA ILUSIÓN DE LA VIDA

Como se observa, una disposición orgánica de las relaciones metafóricas del discurso de la Agrupación revela una dinámica que se tensa a partir de una afirmación de la vida y un rechazo de la muerte. Esta tensión adquiere caracteres oximorónicos para luego distenderse en un tácito reconocimiento de la muerte de los desaparecidos. Sigue después una nueva tensión, que convoca a la ciudadanía a la afirmación de la vida comunitaria a partir de la evidencia irrefutable de que la muerte violenta existe y es insoslayable. Según el material examinado, la tensión inicial es expresada como pérdida o alteración radical de la sociedad como ámbito vital por la invasión sorpresiva de fuerzas diabólicas que provienen de los avernos. La argumentación que sigue es momentáneamente oximorónica porque funde términos metafóricos que racionalmente se consideran irreconciliables: postergación de la vida para servir la memoria de la muerte; fusión de una cotidianidad real con una imaginaria en condiciones de igualdad. Esta incompatibilidad sugiere una visión alienada de la realidad por cuanto las contradicciones

explícitas no son resueltas por una voluntad que elija opciones clarificadoras. Se acepta la convivencia paralela de términos que entre sí, en unión, promueven la confusión. La resolución final se da con metáforas de trabajo agrícola que restituyen una confianza en la capacidad humana de abandonar la confusión y orientarse a objetivos específicos. Los verbos usados, «regar», «germinar», «florecer», sugieren una siembra anterior en que el terror y el ofuscamiento se han transformado en voluntad templada para reconstituir un ámbito afín al cultivo de la vida.

Esta serie de términos contradictorios subyace y convive en un discurso ideológico que, en el momento de ser captado, 1981, aparece ya soldado en su aspecto superficial por la experiencia de por lo menos siete años de oposición al autoritarismo. Estas contradicciones reflejan tensiones no del todo resueltas dentro de la Agrupación. A pesar de existir, ellas no parecen tener un carácter antagónico que amenace con la disolución del grupo. Más bien son un factor constitutivo. Las diversas zonas conflictivas que se manifiestan en esta inestable fusión metafórica son las siguientes: a nivel político está la coexistencia de personas de diferente doctrina y participación militante antes del secuestro de sus familiares, incluyendo un significativo sector sin ninguna experiencia previa en este sentido. A nivel emocional está la forma en que los miembros asumieron individualmente el trauma del arresto y la frustración de la búsqueda; aquí habría que señalar factores irracionales que se deslizan e infiltran en su conducta cotidiana. A nivel social están las incidencias represivas del Estado, ante las cuales la Agrupación ha tenido que movilizarse a través de los años. Todos estos factores están obviamente entremezclados y se condicionan entre sí hasta el punto en que es arbitrario diferenciarlos para una exposición sistemática. No obstante, intentar su diferenciación y reconstruir un bosquejo de la historia de la Agrupación aclarará aspectos cruciales para este trabajo.

Siete días después del golpe, la Junta Militar creyó legitimar la represión declarando a Chile en estado de emergencia y de sitio, afirmando que éste debía entenderse como «estado o tiempo de guerra». Echando mano a estos preceptos legales calificó a los sectores de la izquierda como enemigos posibles de ser destruidos física y políticamente.⁽⁷⁾ Tal calificación, aunque respondía a la Doctrina de la Seguridad Nacional, estuvo fuera de los marcos del derecho nacional e internacional, en que se reconoce calidad

de enemigo sólo a extranjeros que amenacen la integridad del territorio nacional en nombre de otro Estado y en que los disturbios interiores no pueden ser considerados fuera de una situación de paz, a menos que sean escalados a la calidad de guerra civil, hecho que ciertamente no ocurrió en Chile.⁽⁸⁾ «El derecho, pues, como conjunto de normas objetivas susceptibles de interpretación acorde con normas a su vez previamente establecidas desaparece simplemente o se convierte en algo distinto».⁽⁹⁾ Con todo, hasta mediados de 1974 se dio una primera etapa represiva que puede caracterizarse cabalmente como la invasión de Chile por sus propias fuerzas armadas. Estas abandonaron sus cuarteles para volcarse violentamente sobre la sociedad con allanamientos, concentraciones de tropas en lugares estratégicos como sitios de embarque, cruces carreteros, accesos y salidas de ciudades, servicios comunitarios como centrales telefónicas y eléctricas, etc., etc. Se detuvo a masas de dirigentes estudiantiles, políticos, sindicales y periodistas asociados con el depuesto gobierno de la Unidad Popular. Los prisioneros fueron reunidos en sitios momentáneos como los Estadios Nacional y Chile y luego trasladados a campos de concentración como Tres Alamos y Cuatro Alamos, en Santiago, Puchuncaví, Ritoque, Isla Quiriquina e Isla Dawson, fuera de la ciudad.

En esta etapa la actividad militar tuvo un objetivo global: la destrucción irreparable de los sectores de izquierda. Por este motivo es que la represión se dio con una violencia desmesurada, amplia, en que la fuerza militar no sólo destruyó «objetivos» designados, sino que aprovechó la ocasión para flectar músculos. Se exhibió la población general como leviatán irreprimible y arrollador, ante el cual toda resistencia debía juzgarse descabellada. Para ello se creó una primera impresión de falta de coordinación y descontrol de contingentes u oficiales presumiblemente tensos por la espera de una fuerte resistencia. De aquí la imagería de invasión por lo diabólico en el discurso de la Agrupación. La represión se dio con ejecuciones ordenadas según criterio de la oficialidad in situ o a través de tribunales de guerra operando con procesos sumarísimos. El resultado eran penas de muerte y de prisión extremadamente graves. Por supuesto, no se pueden descontar las bajas civiles que hayan resultado de la confusión general.

La conciencia del fenómeno de los detenidos desaparecidos como designio estratégico de las fuerzas armadas se dio lentamente. Los mitos creados en torno a las instituciones castrenses por un civilismo desconocedor de sus procesos internos hacían pensar

en un pronto retorno a la normalidad del país, luego de un período en que quizás se montarían espectáculos públicos de enjuiciamiento de los líderes de la Unidad Popular y del MIR. En esto, sin duda, gravitaron las ideologías legitimadoras del Estado de Compromiso que, por lo menos a través de tres generaciones de chilenos, pudieron asentar una fácil creencia en la inviolabilidad de la democracia burguesa como característica esencial de la nacionalidad. Es difícil esperar que la inercia de esta concepción desapareciera súbitamente con un pronunciamiento militar cuya naturaleza verdadera nadie podía prever. Para confundir más la situación estaba el dato de que prisioneros supuestamente desaparecidos reaparecían. A fines de 1973 el Comité de Cooperación para la Paz presentó un recurso de amparo masivo por 131 personas, de las cuales sólo 50 permanecieron en la calidad de desaparecidos. Los esfuerzos hechos en su favor por la vía jurídica fracasaron repetidamente. Sin embargo, ya durante el primer semestre de 1974 se habían acumulado pruebas de secuestro por los servicios de seguridad. Junto con los desaparecidos en el momento mismo del golpe militar, el total arrojaba una cifra de aproximadamente 400 personas. Las repetidas negativas de funcionarios de gobierno en cuanto a su detención y permanencia en poder del Estado gradualmente trajeron la sospecha de que los desaparecimientos eran parte de una conspiración concertada.

Estos secuestros y desapariciones tuvieron relación directa con la entrada en operaciones de la Dirección de Inteligencia Nacional el 18 de junio de 1974. Según su decreto-ley constituyente, la DINA sólo tenía las funciones técnicas de «reunir toda información a nivel nacional, provenientes de los diferentes campos de acción, con el propósito de producir la inteligencia que se requiere para la formulación de políticas, planificación y para la adopción de medidas que procuren el resguardo de la seguridad nacional y el desarrollo del país». No obstante, su actuación demostró facultades ejecutivas contenidas en artículos secretos nunca publicados. La aparición de la DINA coincidió con la consolidación del poder personal del general Pinochet, presidente de la Junta Militar, y con los requisitos de pacificación social para que se comenzara a implementar el modelo económico neoliberal. Esta policía secreta fue formada con personal de todas las fuerzas armadas bajo el mando de un alto oficial de ejército, el Coronel Manuel Contreras, con responsabilidad directa ante el general Pinochet. Con ella comenzó el proceso de centralización y especialización de la represión. Esto era

indispensable para efectuar el vasto traspaso de riqueza social desde los sectores proletarios y medios a los sectores empresariales. El despliegue militar masivo de los comienzos debía ser reemplazado por ataques más selectivos contra los núcleos políticos clandestinos que pudieran articular una resistencia efectiva. Para ello es que, en esta etapa represiva, el objetivo central de la DINA permitió que funcionarios de nivel medio del gobierno y oficiales no envueltos en la represión directamente pudieran hacer declaraciones públicas con cierta honestidad, afirmando que el Estado no tenía posesión de los desaparecidos. Se creó así una gran confusión inicial entre grupos nacionales e internacionales que exigían un respeto de los derechos humanos en Chile. Los militares extendieron esta confusión a los familiares de los desaparecidos puesto que, al suponer ellos que quizás estuvieran vivos, se esperaba que detuvieran su agitación a cambio de un trato favorable de los prisioneros. En lo institucional, la especialización represiva protege el pundonor de la oficialidad que de otro modo se habría resentido de ensuciar sus manos en operaciones irregulares como de las llamadas «guerra sucia». El refinamiento de las técnicas de tortura acerca al militar a la crueldad perversa del psicópata criminal.⁽¹⁰⁾ Circunscribir la represión secreta para ponerla en las manos de un personal numéricamente reducido es una medida de conservación de la sanidad corporativa castrense.

Así empezó uno de los procesos más contradictorios de la conformación ideológica de lo que más tarde sería la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Su origen está en que las familias afectadas por la represión contra el MIR incluyen sectores acomodados, aun partidarios del autoritarismo. Al configurarse ya con claridad las implicaciones del desaparecimiento de ciertos prisioneros, los participantes en los grupos de apoyo organizados por la Iglesia Católica se decantaron en dos tendencias. Por una parte, los familiares de antigua militancia en el MIR abandonaron los grupos para entrar directamente a los trabajos clandestinos de organización de la lucha armada propiciada por el Movimiento. Quedaron familiares sin ninguna experiencia partidista, especialmente madres antes del todo entregadas al cuidado de sus hogares, con maridos muchas veces simpatizantes del nuevo gobierno militar. Ellas iniciaron la búsqueda de sus familiares sin tener entendimiento claro ni de las actividades ni de la línea política seguida por ellos. En los Grupos de Meditación Cristiana organizados por la Iglesia mostraron

frecuentemente un intenso catolicismo que luego sincretizaron con la violencia política del mirismo. Esto como homenaje sentimental a la memoria del desaparecido. Su radicalización se aceleraría más tarde con el trabajo de enfrentamiento con la autoridad militar y con la necesidad de convivir con nuevas olas de familiares que se sumaron a medida que la represión se expandía.

La búsqueda en 1974-75 tuvo un carácter febril, frenético. La creencia de que los familiares pudieran estar vivos y que el paso del tiempo atentaba minuto a minuto contra la posibilidad del rescate llevó a los grupos a esfuerzos inauditos. Junto con la búsqueda en campos de concentración y la pesquisa de datos y rumores, las diligencias administrativas en reparticiones estatales, comenzó el trabajo de captación de la solidaridad de los remanentes del movimiento sindical, de las comunidades cristianas, de la opinión pública desinformada y de organizaciones internacionales (la Organización de Estados Americanos, las Naciones Unidas, la Comisión Internacional de Juristas, Amnistía Internacional, la Cruz Roja Internacional). La Iglesia Católica y las demás denominaciones organizadas en el Comité de Cooperación para la Paz en Chile debieron ser sensibilizadas de la existencia real de los desaparecidos. En particular la Iglesia Católica: dada la gravitación política inevitable de esta institución ante el Estado; dada la diversidad de percepciones entre los obispos en cuanto al significado del gobierno militar; dado también el hecho palmario de la inexactitud de innumerables denuncias de desaparecimiento, la autoridad eclesiástica reaccionaba con gran cautela ante los argumentos de los familiares. La censura de los medios de comunicación masiva obligó a los familiares a una interpelación directa de la opinión pública mediante acciones de protesta relámpago: arrojar panfletos en calles concurridas, sentarse al paso del tráfico motorizado para causar alboroto, protestas en las entradas mismas de los campos de concentración, colas formadas ante el edificio del Servicio Nacional de Detenidos en que se gritaron consignas y se repartieron panfletos. Este verdadero huracán de actividades se dio en momentos de máxima represión. Los familiares de desaparecidos tenían plena conciencia de que cualquiera de sus actos de protesta pública podría acarrearles un destino idéntico al de sus seres queridos. Retornar al hogar luego de estas acciones no era una posibilidad cierta. De esta radical inseguridad surgió un fiero orgullo de haber sido los primeros en haber «dado la cara» por la izquierda cuando todo

liderato partidista o sindical estaba oculto, asesinado o intimidado. Aún más, los miembros de la Agrupación se atribuyen la creación indirecta de las condiciones para la toma de nuevos contactos entre ese liderato fragmentado con el urgimiento constante para que solidarizaran públicamente con su drama. El entendimiento no fue fácil, dada la situación objetiva de los familiares y de los cuadros partidistas y sindicales. El contraste estaba en que, lanzados a la búsqueda en circunstancias de extremo peligro, los familiares ya habían desarrollado un temperamento poco menos que suicida en su voluntad de rescate. Por su parte los cuadros todavía no se recuperaban de los golpes más devastadores de la represión que, evidentemente, distaba mucho de terminar. Innumerables miembros de la Agrupación son escépticos ante la imagen simplista de una clase trabajadora de espontánea adhesión y sacrificio por la defensa de sus vanguardias. Más bien adoptan un realismo según el cual la militancia de clase y la solidaridad con grupos como el de familiares de detenidos desaparecidos es resultado de un largo proceso de educación y urgimiento.

Las formidables tareas enfrentadas por los familiares demandaron alguna forma de organización para coordinar esfuerzos que ya no podían realizarse ni individualmente ni en grupos minúsculos. La Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos nació a fines de 1974 de este razonamiento y de los requerimientos de la Iglesia Católica, que había estado fomentando los Grupos de Reflexión Cristiana. Se podría decir que la Agrupación surgió de una ilusión: de la esperanza de rescatar con vida a los desaparecidos. Aunque es doloroso decirlo, nada puede objetivamente hacer pensar que eso sea o hubiera sido posible. La razón está en la estrategia que vertebraba las actividades de los servicios de inteligencia como la DINA en las llamadas operaciones de baja intensidad. Al respecto ya hay una amplia bibliografía acumulada por las naciones coloniales y neocoloniales en sus esfuerzos por aplastar movimientos de liberación nacional en Asia, África, el Medio Oriente y Latinoamérica, desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta el presente. Un conocimiento mínimo de los principios que guían la llamada guerra antisubversiva indica que las operaciones de la DINA los repitieron al pie de la letra.⁽¹¹⁾

El principio fundamental es derrotar la «subversión» ganando la pasividad de la población, de manera que el gobierno pueda establecer los programas de desarrollo socio-económico que

considere más apropiados para su concepción de los «objetivos nacionales». Para ello es preciso identificar con máxima rapidez, aislar y eliminar físicamente a los cuadros que dirigen a los agitadores subversivos, antes de que puedan establecer una estructura y redes movilizadoras de la población para la lucha articulada. Como estas operaciones se realizan en sociedades subdesarrolladas, de limitados recursos económicos, el costo debe reducirse a un mínimo. Esto, junto con la necesidad de recolectar y evaluar técnicamente la información para identificar a los núcleos subversivos, lleva a la formación de unidades especializadas, de personal numéricamente limitado, capaces de cumplir funciones de inteligencia, operaciones «especiales» resultantes de la inteligencia, realizar maniobras psicológicas contra los subversivos y contra la población, desarrollar conceptos tácticos apropiados, entrenamiento, experimentación con equipo más adecuado, diseñar nuevas «técnicas» para obtener información, reevaluar periódicamente la capacidad funcional de la organización existente y, finalmente, conectar a las diversas subunidades especiales entre sí y con ramas regulares de las fuerzas armadas. La unidad especial es comandada por un oficial de alta jerarquía. El sirve de enlace con un consejo ejecutivo supremo, compuesto por las más altas autoridades del aparato estatal y militar. Este consejo supremo fija la estrategia antisubversiva general en su relación con el cuadro político y económico global de la sociedad. Por ende, es obvio que en ese consejo debe haber un alto representante del Poder Judicial. Es importante reproducir ciertas disquisiciones sobre la función de este representante, ya que redundan en un mejor entendimiento de la situación judicial enfrentada por la Agrupación:

En términos generales, hay dos alternativas posibles [para el funcionamiento del Poder Judicial], la primera es que la justicia sea usada como un arma más en el arsenal del gobierno, convirtiéndose en este caso en una mera cobertura propagandística para deshacerse de miembros indeseables de la población. Para que esto ocurra eficientemente, las actividades de los servicios legales deben conectarse con el esfuerzo bélico del modo más directo posible, el cual, en efecto, significa que el funcionario de gobierno responsable de la ley, bien sea parte del consejo supremo o reciba órdenes del jefe máximo de la administración. La otra alternativa

es que la justicia se mantenga imparcial y administre las leyes del país sin ninguna dirección del gobierno. Naturalmente el gobierno puede crear nueva legislación para liquidar la subversión, legislación muy dura si es necesario, y una vez que se la decreta los servicios judiciales pueden administrar justicia basada en ella. Pero la situación resultante es muy diferente de la descrita como primera alternativa, porque en el segundo caso los funcionarios judiciales no reconocerían diferencia entre fuerzas de gobierno, el enemigo o los sectores no comprometidos de la población. Quienquiera transgreda la ley sería tratado de la misma manera y el proceso legal, con todas sus salvaguardas para el individuo, operaría indiscriminadamente en favor del amigo y del enemigo. Como regla general la segunda alternativa no sólo es moralmente correcta sino también compatible con el objetivo gubernamental de mantener la lealtad de la población. Pero operar de esta manera puede resultar en demoras inaceptables si, por ejemplo, la subversión ocurre en conjunción con una invasión ortodoxa o con la amenaza de tal. Además el sistema podría resultar imposible de aplicar si se descubre que es políticamente imposible encontrar regulaciones de emergencia lo suficientemente severas en los estatutos.(12)

Se recomienda que en los mandos medios haya oficiales de ejército de rango intermedio, como mayores y capitanes, de suficiente permanencia en sus funciones como para que su análisis de la inteligencia obtenida tenga una aplicación táctica precisa. Las diferentes células operativas son dotadas de tenientes, subtenientes y suboficiales. La función de estas células es recolectar inteligencia de bajo grado -no proveniente de fuentes altamente ubicadas en el aparato subversivo- para transformarlas en operaciones prácticas y desbaratar ese aparato. Esta información de bajo grado se obtiene con la observación, detención, apremio y tortura de miembros visibles, de significación baja o media en la red subversiva. Ellos pueden dar a conocer la identidad de otros miembros, entregar documentos, informar sobre los temas que preocupan a la red, su estado de ánimo y sobre sus estilos y métodos de operación. De acuerdo con las necesidades de la guerra psicológica, otro de los propósitos de este tipo de recolección es el de evaluar las temáticas que la subversión puede instrumentalizar para la agitación y tomar

medidas o armar contrargumentos para neutralizarlas. (13)

Lo expuesto permite una serie de inferencias razonables sobre la situación de la Agrupación frente al Estado Autoritario. La primera es que la esperanza de encontrar y rescatar vivos a la totalidad de los desaparecidos era, y es, nada más que una esperanza. Los descubrimientos de Lonquén, Yumbel y otros cementerios secretos en provincia parecen probarlo. Segunda es que la vía judicial para amparo y recuperación de los desaparecidos estaba condenada al fracaso desde el momento mismo del golpe militar. Aunque se ha percibido un desacuerdo entre los Ministros de la Corte Suprema, nada parece desprobar esta aseveración. De cinco mil recursos de amparo presentados durante el período 1973-1979, sólo cuatro han sido acogidos.(14) Tercera es que la temática que llevó a la formación de la Agrupación no permite que los servicios descuiden el control del grupo. El drama de los desaparecidos tiene tan enorme potencial para una agitación contra el gobierno militar, que éste no puede desconocerlo como problema de guerra psicológica. Por una parte debe tratar de desconocer a la Agrupación como interlocutor público válido y mantener un silencio impenetrable sobre el destino de los desaparecidos; por otra debe intentar acallar a sus miembros con una constante hostilización, presión y quizás infiltración. Todo para evitar la posibilidad de que la oposición instrumentalice ya abiertamente el problema de los desaparecidos. No sería despistado pensar que, para estos dos últimos efectos, presión e infiltración, los servicios de seguridad mantengan vivos a un selecto número de desaparecidos para obligar a sus familiares a informar de las actividades de la Agrupación a cambio de una seguridad mínima para ellos.

Sin embargo, en contra de esta racionalidad, los miembros de la Agrupación han continuado su lucha por la vida a pesar de que ya en julio de 1975 el gobierno militar dio claras evidencias del destino real de la mayoría de los desaparecidos. Ese mes los medios de comunicación dieron a conocer una lista de 119 personas supestamente muertas en enfrentamientos intestinos y armados de diferentes grupos «terroristas» en diversos países latinoamericanos. Esa lista era la suma de dos nóminas de desaparecidos publicadas por las revistas O Día de Brasil y Lea de Argentina. Extrañamente, estas publicaciones tuvieron ese solo número de aparición, sin domicilio ni dirección responsable. Lo burdo de esta maniobra quedó comprobado también con la reproducción en las listas de

errores mecanográficos cometidos por la Agrupación al entregarlas al Ministerio del Interior como parte de sus diligencias. La reacción de la Agrupación fue un desánimo rayano en el luto franco, pero, más importante, malinterpretó el mensaje implícito en la maniobra del gobierno. Antes que reconocerla como señal de muerte, la lista fue interpretada nada más que como una maniobra confusionista, puesto que a la Agrupación constaba que los prisioneros habían sido detenidos en Chile y que se los había visto en lugares secretos de detención. Esta interpretación pareció quedar confirmada con la ida de los familiares a la Argentina para reconocer dos cadáveres. La diligencia demostró que su identificación era inexacta. Consecuencia de estos hechos fue la primera manifestación masiva organizada por la Agrupación. En la iglesia de Lourdes de Santiago se reunieron cientos de personas para una emotiva protesta en que se mantuvieron 119 sillas vacías en homenaje a los desaparecidos.

A fines de 1975 el agotamiento de la Agrupación era visible. Muchas condiciones produjeron ese efecto: la ruina o estrechez económica acarreada por la dedicación exclusiva a la búsqueda, el daño físico y psíquico causado por el trauma, la inseguridad emocional y la actividad frenética, las tensiones sufridas por madres y esposas por abandonar al resto de la familia. Así las cosas, desde octubre de 1975 y a través de 1976, la DINA inició una segunda operación represiva, dirigida en especial contra el Partido Comunista y muy secundariamente contra el Movimiento de Acción Popular Unificada (MAPU). Importantes líderes comunistas fueron capturados en casas de reunión clandestina, a la vez que militantes de base fueron detenidos en la vía pública. En este período la DINA acentuó su sigilo, evitando en lo posible la presencia de testigos. Durante 1976 aparecieron cadáveres monstruosamente mutilados para impedir su identificación: rostros destrozados, piezas dentales arrancadas, falanges de dedos cortados con sierras. En la playa La Ballena, en el centro-norte de Chile, se encontró el cadáver acuchillado de Marta Ugarte, militante comunista.

La ola de represión anticomunista trajo una nueva promoción a la Agrupación, causando un cambio cualitativo en sus actividades. Esto se comprende por cuanto el militante comunista tiene una experiencia política fraguada en marcos organizativos más decididos, disciplinados y conscientes, que generalmente abarcan a toda la familia. Para ellos la posibilidad de prisión, tortura y muerte es un hecho inherente de su acción revolucionaria y se la

prevé y discute en el seno de la familia. El impacto del desaparecimiento de un familiar no deja de producir el trauma natural. Sin embargo, hay una mayor posibilidad de que la energía psíquica del sufrimiento sea canalizada hacia una actividad social que supera el radio restringido de la individualidad doliente que caracterizó a las madres de militantes del MIR y del Partido Socialista. Al existir lazos familiares, afectivos, laborales y de militancia, en la familia comunista se conforma una ética de compromiso mucho más fuerte con el camarada y con lo que él o ella significan no sólo en la familia y el partido, sino en el curso de la historia chilena. Esta ética dio un vuelco decisivo a las acciones de la Agrupación y dio un sentido definitivamente monumental a sus manifestaciones de protesta. Ellas se transformaron en dramáticas convocatorias a la nacionalidad entera para la democratización de Chile. En el marxismo-leninismo hay una dimensión optimista y utópica que impulsa a los seres humanos a concretar en la realidad un modo de vida basado en la justicia material y espiritual. Los nuevos miembros comunistas de la Agrupación hicieron énfasis en la esperanza de la vida para la protesta contra el Estado Autoritario. Tal vez en su fuero interno o íntimo reconocieran la certeza de la muerte de sus familiares. No obstante, la instrumentalizaron como arma de combate por una sociedad regida por la justicia. De aquí en adelante los sacrificios corporales más intensos en favor de los desaparecidos se comenzaron a entender como «celebración de la vida». De este modo, la discusión de la vida en lucha contra la muerte asumió un cariz político. Sin embargo, sería del todo equivocado pensar que este problema existencial es burdamente reducido a consignas partidistas en conflicto con otras consignas partidistas.

Es preciso aclarar este último punto porque la llegada de los militantes comunistas a la Agrupación fue simultáneamente su renovación y su primera crisis profunda. Ya había un pequeño número de familiares comunistas en la Agrupación antes de 1976. Sin embargo, hasta esa fecha se habían mantenido relativamente marginados de su directiva, dadas las diferencias de estilo, actuación y experiencia política con las madres del MIR. La llegada de un contingente comunista numeroso se tradujo, en primera instancia, en desconfianza mutua y, en efecto, en la existencia paralela de dos Agrupaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos. El punto álgido de ese paralelismo fue la primera huelga de hambre iniciada el 14 de junio de 1977 en el edificio del Consejo Económico

para América Latina de la Naciones Unidas. Participaron treinta y seis personas en el ayuno y duró diez días. Fue organizado por familiares comunistas que no informaron de la acción al grupo más antiguo. Las polémicas causadas por este faccionalismo tuvieron dos resultados. Por una parte, todos tomaron conciencia de que no podían continuar divididos; por otra, las personas más individualistas, como las madres del MIR, se vieron obligadas a desarrollar una conciencia social y política más ajustada con las proyecciones históricas del problema de los desaparecidos. Se superó una crisis que observadores ajenos a la Agrupación redujeron a una simplista lucha entre el MIR y el Partido Comunista en el seno del grupo. La huelga terminó en un compromiso contraído por el gobierno militar con Kurt Waldheim, Secretario General de Las Naciones Unidas, de investigar e informar sobre la situación de los desaparecidos. Como en tres ocasiones anteriores, la promesa no fue cumplida.

El consenso práctico logrado y la reorientación del grupo sentó las bases para el fuerte aumento de las actividades durante el resto de 1977 y, especialmente en 1978. En agosto de 1977 miembros de la Agrupación demostraron públicamente con ocasión de la visita a Chile de Terence A. Todman, Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, lo que les acarreó breves detenciones. Debe recordarse que la defensa de los derechos humanos fue una de las plataformas de la política internacional de la administración del presidente Jimmy Carter, lo cual hacía de importancia que la Agrupación comunicara sus preocupaciones como forma de presión al gobierno militar. En septiembre, tres mujeres del grupo viajaron a Nueva York para declarar ante las Naciones Unidas. Al volver, en enero de 1978, fueron expulsadas del país. El 17 de noviembre de 1977 la Agrupación hizo una manifestación en la Plaza Libertadores, con nuevas detenciones. Terminaron el año con una huelga de hambre iniciada el 29 de diciembre. Duró cincuenta horas, con la participación de alrededor de ochenta personas que se alojaron en la Iglesia de San Francisco, en el centro de la ciudad de Santiago. En febrero y marzo de 1978 miembros de la Agrupación hicieron nuevas giras al extranjero, para hacer denuncias ante la Organización de Estados Americanos, ante la Corte Internacional de Justicia y en diferentes países europeos. Las giras son índice de la gran receptividad y conciencia internacional del problema de la violación de los derechos humanos en Chile. Se atribuye a presiones externas la baja y suspensión final de los desaparecimientos hacia

fin de 1977, así como la fluctuación de otras formas de represión durante ese año. Las presiones externas e internas se aunaron, además, para permitir la ampliación de las demandas ante el Estado más allá del mero respeto a la integridad física de los ciudadanos. Se agregaron reivindicaciones socio-económicas y culturales estrechamente conectadas con la democratización de Chile. Entre los años 1973 y 1976 sólo dos organizaciones estaban en condiciones de urgir al gobierno militar para la terminación de la violencia estatal, la Iglesia Católica y el Comité de Cooperación para la Paz en Chile. En mayo de 1977 ciento veintiseis organizaciones laborales dirigieron una petición al general Augusto Pinochet solicitando un mínimo de seguridades en los niveles de subsistencia.⁽¹⁵⁾

Sin embargo, en lo que respecta a los asuntos directos de la Agrupación, el Estado Autoritario no sólo continuó su impenetrable silencio, sino que, a la vez, avanzó metódicamente en su intento de borrar las huellas dejadas en el período más sangriento de la represión. Sin mayor aviso, el 21 de abril de 1978 se dictó el Decreto-Ley 2191, que concedió amnistía a los perpetradores de cualquier crimen de conexiones políticas en las fases primeras del estado de emergencia. La aplicación de la ley pronto demostró que, lejos de ser una providencia para crear un clima de paz y reconciliación nacional, estaba destinada, más bien, a descargar de toda culpa a los miembros de las fuerzas armadas que habían participado en detenciones no autorizadas, secuestros, desaparecimientos, tortura y masacre de prisioneros. La dictación de la Ley de Amnistía y el incumplimiento del gobierno de todo compromiso contraído nacional e internacionalmente para dar cuenta del fenómeno de los desaparecimientos hizo de 1978 el año de mayor movilización en la historia de la Agrupación. Dos hechos resaltan por su importancia: la huelga de hambre larga comenzada el 22 de mayo por cien personas en los locales de las parroquias Jesús Obrero, Don Bosco, La Estampa, de la Cruz Roja Internacional y de la UNICEF; el encadenamiento de quince mujeres a las rejas del edificio de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), de las Naciones Unidas, el 6 de noviembre.

La Huelga de Hambre Larga, como la llaman los miembros de la Agrupación, resultó ser el refluir mayor del grupo en su capacidad movilizadora y concientizadora de la comunidad nacional e internacional. Hubo un compromiso solidario de comunidades cristianas, bolsas de cesantes, grupos juveniles y de estudiantes,

comedores populares, grupos vecinales y poblacionales y partidos políticos. Llegaron testimonios de apoyo de países latinoamericanos, Estados Unidos y Europa. Un 70% de las parroquias del Gran Santiago (Santiago mismo y comunas adyacentes) realizaron actos con referencias al problema de los desaparecidos. Decenas de sacerdotes y monjas se sumaron al ayuno aun en desacato de la jerarquía eclesiástica. Lo mismo hicieron representantes de organizaciones humanitarias extranjeras. Con ocasión del apoyo a los huelguistas se hizo pública la existencia de un grupo de acción sindical llamado Coordinadora Nacional Sindical, que desde entonces jugó un papel importante en la oposición chilena. Comunitariamente, la huelga fue un éxito en cuanto al reconocimiento público de la problemática cultural de los desaparecimientos y a las condiciones que creó para la fusión de los sectores más dispares en lo ideológico, partidario y de origen social. Pero a la vez creó intensas fricciones entre la Iglesia, la Agrupación, los partidos políticos y otras organizaciones solidarias.

La ocupación de las iglesias por miembros de la Agrupación sorprendió a la jerarquía eclesiástica y la preocupó tanto por el contenido no cristiano de llegar a las últimas consecuencias en el ayuno («Nuestra vida por la vida»),⁽¹⁶⁾ como por el ineludible rumbo de confrontación con el gobierno que así quedaba trazado. También arreciaron los conflictos internos de la Iglesia al exacerbarse la polémica entre sectores afines al gobierno, sectores opositores y el deseo evidente del Cardenal Raúl Silva Henríquez de impedir la instrumentalización de la Iglesia para fines reconocidamente políticos. En la arena política se confrontaron las expectativas del MIR de que la creciente tensión nacional desembocara en un espontáneo levantamiento que derrocará al gobierno militar (17); la cautela del Partido Demócrata Cristiano, que miraba con sospecha los posibles resultados incontrolables de la huelga, pero que a la vez no quería aparecer dando apoyo indirecto al gobierno criticando la acción; y los cuidados del Partido Comunista por apoyar una acción realizada por afectados de sus propias filas, por fomentar la fusión de intereses tan dispares y la conciencia de que el proceso desatado por la huelga no podía excederse debido a la inexistencia de canales efectivos para dirigir las protestas masivas hacia un descalabro del gobierno. Las gestiones del Cardenal tendieron a un entendimiento y transacción con el gobierno para evitar una violencia incontrolable y la posible muerte por ayuno de muchos

huelguistas. Esto causó malestar en miembros de la Agrupación, que percibían la Huelga Larga como el paso decisivo y final para conocer la verdad sobre sus familiares.

Prevalció la moderación del Cardenal, lo que llevó a un muy ambiguo acuerdo de término del ayuno. A través del Ministro del Interior, Sergio Fernández, el gobierno contrajo un compromiso informal -que incluso portavoces oficiales desmintieron- de investigar los desaparecimientos e informar públicamente en un plazo de tres meses. La Agrupación acordó suspender la huelga en un compromiso contraído con el Cardenal Silva Henríquez. Demandaron una solución para cada uno de los casos individuales en un plazo no mayor a treinta días. El Ministro Fernández se dirigió al país por cadena nacional de radio y televisión. Negó que los desaparecidos estuvieran detenidos ocultamente por las autoridades y, en lo que se podría interpretar como una sutil indicación de su muerte, atribuyó los desaparecimientos a condiciones objetivas de guerra civil que el país habría vivido. Aseguró que el fenómeno podía explicarse con los enfrentamientos de las primeras fases del estado de emergencia con las fuerzas armadas y con el clandestinaje en que supuestamente estarían muchos desaparecidos. No se refirió a los secuestros documentados de ciudadanos por los servicios de seguridad ocurridos mucho después del 11 de septiembre de 1973. Declaró que el gobierno estaba preparado para «investigar cualquiera información seria sobre el problema».

La Huelga Larga fue contradictoria tanto en las fuerzas que dinamizó como en sus resultados. La movilización nacional e internacional obligó al gobierno militar a responder directamente, por primera vez, abandonando su posición de que el problema de los desaparecidos era una mentira, una conspiración «inconfesable» de intereses dispuestos a calumniar y desprestigiar a Chile. Por un cierto período la temática de los desaparecidos se legitimó en los medios de comunicación masiva. Aun publicaciones oficialistas pidieron una clarificación de los hechos. Esto permitió a la Iglesia preparar un extenso material de corroboración de los desaparecimientos. Ello tomó el resto del año 1978, involucrándose en el proceso la totalidad de los obispos, incluso los simpatizantes del gobierno militar.

La avalancha de información provista al gobierno por la Iglesia -619 casos de desaparecimientos por secuestro comprobado- sorprendió a las autoridades. Sin embargo, el esfuerzo de

reunirla eludió el punto fundamental de todo el proceso: no se puede esperar que un gobierno basado en la Doctrina de la Seguridad Nacional se investigue a sí mismo y se encuentre culpable de violaciones a los derechos humanos planeadas por sus propios servicios de seguridad. Esto fue expresado extraoficialmente repetidas veces por diferentes autoridades gubernamentales en el curso de las discusiones con representantes eclesiásticos. Los personeros estatales fueron específicos en afirmar que eran «ilusos» los que esperaban que no se amnistiara a los militares que se excedieron en la represión. Esto reivindicó el escepticismo de la Agrupación en su trato con el gobierno y marcó una profunda crisis entre los miembros. Para la opinión pública la «semipromesa» de investigación hecha por el gobierno pareció solucionar definitivamente el problema de los desaparecidos. Los sucesos posteriores mostraron a la Iglesia que la total falta de iniciativa de la Corte Suprema significaba que el gobierno no haría ninguna investigación y que, a lo sumo, pretendería quejarse de la torpeza con que el Poder Judicial seguía sus directivas. La jerarquía eclesiástica llegó casi al convencimiento de que la mayoría, sino todos, los desaparecidos, estaban muertos y que, por tanto, sus esfuerzos por aclarar su destino no tenían ninguna efectividad. En resumen, el gobierno militar no había perdido ni un ápice de su poder.

La crisis en el seno de la Agrupación parece haberse gestado en los miembros más radicales, que vieron en la Huelga Larga la solución definitiva a su búsqueda, sin reparar en los avances concientizadores logrados mediante esa acción. Para ellos el acuerdo con la Iglesia tuvo que haber sonado a maniobra de doble fachada, improductiva y frustrante. De doble fachada porque la Agrupación aparecía públicamente en actitud victoriosa por haber forzado al gobierno a una investigación, cuando en realidad la autoridad no había contraído ningún compromiso que tuviera la intención de cumplir. Se produjo una polarización y debate entre optimistas que incluían en sus juicios los avances logrados y los pesimistas que veían una derrota de la Agrupación. La modificación de la Ley de Muerte Presunta anunciada por el gobierno en junio de 1978 movilizó de nuevo y con efectividad a la agrupación para derrotarla. El grupo pasó incluso a la ofensiva con una querrela criminal presentada contra el coronel Manuel Contreras, director de la DINA, campaña seguida por una segunda denuncia pública en la Plaza Libertadores, con la entrega de una carta admonitoria

al Ministro del Interior, Sergio Fernández; con una acción para detener el tránsito en las calles centrales de Bandera y Compañía; con el encadenamiento de quince mujeres al edificio de la CEPAL y una gira de un mes por España, Venezuela, Colombia y Estados Unidos.

El suceso más conmovedor de 1978 fue el descubrimiento del cementerio secreto de los hornos de Lonquén, a fines de noviembre.

Hay un ritmo creciente en los sucesos relacionados con los derechos humanos en Chile durante el año 1978, que culminan con ese descubrimiento. El año se inició con la noticia de la implicación de la DINA en el asesinato de Orlando Letelier, ex ministro del gobierno de la Unidad Popular, en Washington el 21 de septiembre de 1976. Luego se conoció la declaración de la Ley de Amnistía, la movilización sindical para celebrar el 1° de mayo, la visita de sindicalistas norteamericanos de la AFL-CIO para observar la situación sindical en Chile, la Huelga de Hambre Larga, la entrega al gobierno de antecedentes sobre desaparecidos reunidos por los Vicarios Episcopales, el comienzo en noviembre del Simposio Internacional sobre Derechos Humanos, parte del programa preparado por la Iglesia cuando declaró 1978 el año de los Derechos Humanos en Chile.

El 30 de noviembre comenzó una serie de incidentes que reveló públicamente lo ocurrido en Lonquén. Ese día el cardenal Raúl Silva Henríquez invitó a diversas personalidades a una reunión por realizarse al mediodía en la Vicaría de la Solidaridad. Concurrieron Enrique Alvear, Obispo Auxiliar de Santiago; Cristian Precht, Vicario de la Solidaridad; Javier Luis Egaña, secretario Ejecutivo de la Vicaría; Alejandro González, abogado del Departamento Jurídico de la Vicaría de la Solidaridad; Jaime Martínez, director de la Revista Qué Pasa, publicación favorable al gobierno, que durante la Huelga Larga pidió la clarificación del problema de los desaparecidos; Abraham Santibáñez, subdirector de la Revista Hoy, crítica del gobierno; y Máximo Pacheco, abogado dirigente del Partido Demócrata Cristiano. El Cardenal Raúl Silva Henríquez les informó de la «existencia de un cementerio de cadáveres en la localidad de Lonquén»(18) y les solicitó que verificaran los hechos. Un sacerdote había recibido la información bajo secreto de confesión y había sido autorizado para comunicarla a la autoridad eclesiástica.

Dado el ritmo creciente de los sucesos relacionados con los

derechos humanos durante 1978, el hallazgo de Lonquén aparece como una coincidencia extraordinaria, que hace pensar en una divulgación controlada del secreto confesional. Y así fue. La jerarquía eclesiástica había recibido la información dos o tres meses antes, pero decidió guardarla. No quiso exponerse a acusaciones por parte del gobierno de manipular la noticia durante la celebración del Simposio Internacional.

De este modo se inició la fase segunda de los sucesos de Lonquén. Allí la comisión inspeccionó la parte inferior de uno de los hornos y comprobó la existencia de «un cráneo que tenía adherido un trozo de cuero cabelludo, liso, de color negro; un hueso, aparentemente un fémur, trozos de telas y piedras impregnadas de una materia aceitosa, algunas de las cuales tenían adheridas materia orgánica y cabellos humanos», así como un «hacinamiento de huesos entrelazados y un cuerpo humano cubierto de una tela muy oscura, cuyo deslizamiento era impedido, al parecer, por un estrechamiento del interior del horno en su parte inferior».(19) Comprobaron también que la chimenea estaba sellada por una losa de cemento. Al día siguiente Alvear, Precht, González y Pacheco presentaron un escrito a la Corte Suprema para asegurar una investigación. La Corte Suprema instruyó al Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Talagante para que iniciara un sumario. Después se designó un Ministro en Visita de la Corte de Apelaciones. Bajo la supervisión de estos magistrados se procedió a las mediciones topométricas del lugar, la exhumación de osamentas, la recolección de trozos de vestimentas por familiares. Se determinó que los restos pertenecían a los Maureira, los Hernández, los Astudillos y a los cuatro jóvenes.

En su deposición ante el Ministro en Visita, (20) el oficial Lautaro Castro declaró que había decidido el arresto de los dirijentes campesinos por rumores de reuniones clandestinas que ellos habrían estado organizando después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Indicó que, durante el allanamiento de las casas, un subalterno había encontrado el croquis para el asalto de la Tenencia de Isla de Maipo en posesión de uno de los Maureira. El documento tenía los nombres de los varones de otras familias, lo cual había precipitado el arresto. Castro señaló que el interrogatorio en el cuartel había confirmado las sospechas. Además, el teniente dijo haber averiguado que los detenidos habían recibido entrenamiento paramilitar de un individuo de Santiago nunca

identificado. Castro declaró que había dispuesto el traslado de los prisioneros al Estadio Nacional de Santiago la misma noche de los arrestos. Momentos antes de la partida, uno de los detenidos había informado al oficial de la existencia de un arsenal secreto en una mina cercana. Al no encontrar armas, había ordenado el registro de los hornos de Lonquén. En la marcha a pie hacia los hornos habían sido atacados en la oscuridad por individuos premunidos de armas largas. Castro informó que, en el corto intercambio de fuego, habían muerto todos los prisioneros, sin que los policías sufrieran bajas. En el interrogatorio los policías indicaron que habían reconocido el lugar desde donde se les disparara sin encontrar allí ni muertos ni heridos ni vainillas de las balas usadas por los atacantes. En sus deposiciones los subalternos corroboraron la versión del oficial.

El 4 de abril de 1979 el Ministro en Visita se declaró incompetente para proseguir la causa por presunciones de delitos cometidos por miembros de la fuerzas armadas durante estado de sitio. En el oficio de traslado del sumario a la Justicia Militar, el Ministro hizo notar los puntos siguientes: los «elementos de juicio a que ya se ha hecho mención, obligan a pensar que los hechos investigados consisten en múltiples delitos de homicidio perpetrados, presuntamente en un mismo acto»; que el oficio con que el teniente Castro transfirió a los prisioneros al Estadio Nacional «no se ajusta a la realidad de los hechos»; que la explicación de las muertes dada por el oficial «resulta intrínsecamente inverosímil (y lo mismo cabe decir de las declaraciones de sus subordinados). En efecto, no cabe imaginar que, en el supuesto enfrentamiento ocurrido en medio de la oscuridad los proyectiles contrarios hayan alcanzado tan sólo a los detenidos y no a los funcionarios policiales que se encontraban prácticamente junto a ellos, y que los impactos hayan sido tan certeros que, uniformemente, causaran la muerte instantánea de las víctimas, sin dejar, por lo demás, rastros o huellas en otra parte»; que «conviene puntualizar que en ninguno de los quince restos esqueléticos [...] se comprobaron señales de perforaciones, fracturas u otro tipo de vestigios que pudieran relacionarse con proyectiles de armas de fuego, impactando un organismo vivo, por lo que la muerte de las quince personas hay que atribuirlos a otras causas».(21) En el informe forense preparado por el Instituto Médico Legal terminado a fines de febrero, se afirmaba que trece de los masacrados habían sido enterrados vivos. Por causas desconocidas se lo rehizo.(22)

La madre de los Maureira, la esposa de Enrique Astudillo

y la hermana de los Hernández presentaron una querrela criminal contra los carabineros implicados. Los cargos hechos fueron privación ilegal de la libertad de sus familiares, falsificación de un instrumento público (la minuta de traslado de los prisioneros al Estadio Nacional firmada por el teniente Lautaro Castro) y asesinato masivo con premeditación y alevosía.

El punto culminante de la investigación realizada por la Segunda Fiscalía Militar de Santiago fue la confrontación del entonces capitán Lautaro Castro y el ex-funcionario de Carabineros, Pablo Ñancupil Raguileo el 28 de junio de 1979. Mientras el oficial mantuvo su deposición anterior dada al Ministro en Visita, el ex-policía aportó datos que contradijeron radicalmente su versión de los sucesos. Como comandante del operativo que arrestó a los Maureira, y a los Astudillo, Ñancupil negó terminantemente que se hubiera encontrado armas o documentos incriminatorios en las casas allanadas. Atestiguó que los prisioneros permanecieron en la Tenencia de Isla de Maipo tres días después de su arresto. El supuesto traslado al Estadio Nacional sólo había ocurrido la noche del tercer día entre las 22:00 y las 02:00 horas. Ya que no había participado en este operativo, tiempo después Ñancupil había tratado de obtener información sobre la suerte de los prisioneros. Los fuertes rumores sobre su desaparecimiento habían sido acicate para ello. Uno de los policías le había dicho «qué van a aparecer estos huevones si los matamos».(23)

El 2 de junio de 1979, vistos los antecedentes, el juez militar declaró reos al oficial y a sus siete subordinados como autores del delito de «violencias innecesarias causando la muerte en las personas mencionadas».(24) Sin embargo, amparados por el Decreto-Ley 2191 del 18 de abril de 1978, el Segundo Juzgado Militar «sobreseyó total y definitivamente» a los reos el 16 de agosto de 1979. Esta resolución fue confirmada el 22 de octubre de 1979 por la Corte Marcial frente a una apelación presentada por los abogados querellantes.

Todo el período de los sucesos de Lonquén es una compleja crisis para la Iglesia, el gobierno y la Agrupación. A estas alturas, las esperanzas de rescatar con vida a los desaparecidos había perdido fuerza movilizadora. Los resultados de la Huelga de Hambre Larga convencieron a la jerarquía eclesiástica de la ineficacia de sus gestiones ante la creciente evidencia de muerte. Los recursos asistenciales de la Iglesia, siempre limitados ante necesidad tan grande, quizás requerían una orientación de prioridades para el alivio de otras consecuencias de la represión estatal. No es tarea

fácil, sin embargo, plantear esa reorientación a los afectados para una institución cuya base fundamental de acción es la sensibilidad solidaria con el sufrimiento humano, particularmente después de la deflación de ánimos suscitada en la Agrupación por la Huelga Larga. La Iglesia readecuó su actividad en torno al problema de los desaparecidos según la consigna de que uno solo de ellos que estuviera vivo justificaría todo esfuerzo. La presión de los servicios jurídicos de la Vicaría de la Solidaridad sobre el Estado continuó. El 4 de noviembre de 1978 la Vicaría presentó a la Corte Suprema una petición para la reapertura de los procesos por desaparecimientos. El 9 de noviembre, sin embargo, el Arzobispado de Santiago hizo una declaración pública concediendo que «... sino todos, la mayoría [de los desaparecidos] están muertos». Esto ocurrió veintiún días antes de la revelación del secreto de Lonquén que sólo fue informado por la prensa el 5 de diciembre. Con estos datos se podría proponer la hipótesis de que el magisterio de la Iglesia con respecto a las implicancias culturales de los desaparecimientos había cambiado. En círculos eclesiásticos se hablaba de la necesidad de que Chile tuviera una catarsis de la que surgiera el autoperdón de la población. No se necesita especular mucho para llegar a la conclusión de que esta limpieza y purga de lo que enferma al cuerpo social es la contemplación de la verdad, por muy dolorosa que sea. Es decir, el reconocimiento de la muerte como hecho masivo en la historia chilena reciente y la imperiosa necesidad de regenerar la convivencia social sobre la base de la demanda de justicia. Quizás esto explique la cercanía de los trámites judiciales de comienzos de noviembre, con la revelación de Lonquén postergada varios meses. Quizás se esperaba que el conocimiento de la masacre provocaría un fermento nacional que ayudaría a desnudar la conspiración estatal y crearía condiciones comunitarias para la expresión de un clamor de justicia. La noción de una catarsis colectiva hace de la justicia una preocupación de toda la comunidad, no exclusivamente de un grupo afectado por la ausencia de la justicia, como la Agrupación. Es posible pensar que la jerarquía eclesiástica también haya tenido en consideración el daño psíquico y físico sufrido por los miembros de la Agrupación en su entrega total y obsesiva a la búsqueda de sus seres queridos. El encierro mental y social a un estrecho círculo aún como el de la Agrupación obliga al abandono de otras incitaciones de la vida que fluye. Es válido atribuir a la Iglesia la intención de provocar un duelo nacional como vía para la catarsis.

La Agrupación entró en crisis por tan violenta confrontación con la muerte, hecho radicalmente adverso a la afirmación y celebración de la vida que constituyó su visión de mundo como grupo. Ni las más cerebrales argumentaciones político-doctrinarias son capaces de aminorar tal impacto. Las reacciones más viscerales de personas que se han jugado la vida por la expectativa de la vida de sus seres queridos rechazan la certidumbre racional de la muerte. La irrupción de esta irracionalidad se dio con el pedido del Departamento Jurídico de la Vicaría de la Solidaridad para que la Agrupación cooperara con la preparación de fichas antropométricas. La acumulación de datos, marcas y rasgos corporales y dentales característicos ayudaría al Ministro en Visita para el reconocimiento de la identidad de los restos de Lonquén. Sólo a fines de enero y comienzos de febrero de 1979 se supo la época de muerte y la cantidad de los enterrados en los hornos. En los días intermedios los miembros de la Agrupación fueron torturados por la posibilidad de que los restos fueran los de sus familiares. Quince cadáveres tomaron el significado simbólico de cientos, sino de miles de desaparecidos. Preparar las fichas antropométricas reactivó vivencias primarias de amor mutilado: madres y padres debieron recordar huellas dejadas en los cuerpos de sus hijos por enfermedades que los desvelaron mientras les prodigaban cuidados; esposas y esposos debieron rememorar el cuerpo amado según lo conocieron en el tacto minucioso de la intimidad de su matrimonio. Madres y esposas debieron revisar la ropa de los ausentes, su talla, el género, para recordar una vez más la forma en que los vieron en el momento del secuestro. Volver a vivir este trauma convirtió a la Vicaría de la Solidaridad en un campamento de familiares que, para saber más datos sobre Lonquén, llegaban allí con su histeria, su neurosis y su depresión agudizadas.

Pero aún más críticas fueron las consecuencias de Lonquén para las relaciones de la Agrupación con los grupos solidarios. Las circunstancias de la revelación causaron sospecha y desconfianza hacia la Iglesia: ésta parecía saber de la muerte de los desaparecidos y quizás cuántas cosas más que no revelaba. En los grupos sindicales, vecinales, poblacionales y profesionales la Agrupación se encontró con una creencia similar a la de la Iglesia en cuanto al destino real de los desaparecidos. Se reiteraba la convicción de que ya el problema de los desaparecidos, precisamente por su importancia, debía ubicarse en una perspectiva global de la cultura chilena y no sobreprivilegiarlo, puesto que su solución vendría sólo

de cambios estructurales de toda la sociedad. Este giro de concepción se vio internamente en la Agrupación como una traición que provocó fuerte desánimo. Se exacerbó por ello la resolución de negar al Estado la victoria de verse forzados a reconocer la muerte de sus seres queridos. Sin embargo, en el fuero interno, sectores ya más numerosos de la Agrupación, aunque siempre minoritarios, aceptaron ya un hecho tan irreductible. El distanciamiento de la Agrupación por miembros incapaces de contener su frustración llegó a su nivel máximo. No se trató ya del abandono de los trabajos del grupo por agotamiento nervioso y físico, como antes. Ahora la aceptación permitía un duelo que potenciaba la entrada a otro ciclo de afirmación de la vida: la vuelta al trabajo regular, deseos de reemprender los estudios abandonados, el cultivo de relaciones humanas más amplias y normales. Dentro del Partido Comunista se debatió acaloradamente la medida de lealtad hacia los desaparecidos que todavía se podía esperar de esposos y esposas militantes de la Agrupación.

Lonquén trajo, entonces, la crisis más profunda sufrida por la Agrupación. Fue una crisis de fragmentación, desánimo y desconcierto ante nuevas tendencias de desarrollo de la cultura chilena. Claramente la misión del grupo, en la forma en que se la había orientado, requería una reflexión y un replanteamiento. La primera romería a Lonquén y el encadenamiento a las rejas del Congreso Nacional pueden entenderse como un esfuerzo por refundir energías y fuerzas y una acción para recuperar confianza, mostrando que todavía quedaban ánimos para una nueva protesta monumental.

NOTAS

1. Esta reconstrucción del campo metafórico creado por la Agrupación ha sido preparada sobre la base de entrevistas individuales y colectivas hechas y grabadas por mí, grabaciones proporcionadas por la Agrupación, transcripciones de grabaciones hechas por miembros de ella y panfletos que me proporcionaron. Tres de ellos han sido impresos: ¿Dónde están? (Santiago de Chile: Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, 1981). Se trata de una reproducción de fotos faciales de detenidos desaparecidos en la zona sur de Santiago entre 1973-1977. Las fotos están agrupadas por años. Hay una introducción titulada «¿Dónde Está Tu Vecino?», de rico contenido metafórico, y un epílogo titulado «Negación del Olvido», escrito por el escritor argentino Julio Cortázar para el Coloquio Internacional «La

Política de Desaparición Forzada de Personas» (París, 31 de enero-1 de febrero, 1981). El panfleto tiene un total de sesenta páginas. Pamela Pereira, «Obstáculos de la Verdad». Mensaje (Santiago de Chile) vol. XXX, septiembre, 1981, No.302; «Palabras de la Señora Sola Sierra, Representante de la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, Chile». Encuentro con sectores de la comunidad nacional (Simposium Internacional sobre Derechos Humanos, 1978 (Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, 1978). En adelante cito de este material.

2. Julio Cortázar, «Negación del Olvido». Sus metáforas quedan incluidas aquí por tanto el texto reproduce pensamientos y sentimientos de la Agrupación. De allí que se lo haya incluido en ¿Dónde están?.

3. Ibid.

4. Ibid.

5. En el Informe del experto sobre la cuestión de la suerte de las personas desaparecidas en Chile. Comisión de Derechos Humanos, 36º Período de Sesiones, 2 de febrero de 1980, Naciones Unidas (Documento E/CN.4/1363) se aportan datos sobre el modo de liquidar a personas concentradas y torturadas en la Villa Grimaldi, principal base de operaciones de la DINA en Santiago: «Parece que entre los elementos que intervenían en la decisión de trasladar a un preso o matarlo figuraba el de si la persona había sufrido daños físicos graves y duraderos como resultado de la tortura, y el que hubiera habido o no testigos de su detención, o que hubiese cooperado o no con la DINA durante el interrogatorio. A las personas enviadas a la torre se las sacaba por la noche en camiones, a veces en grupo de hasta 20, y se utilizaban palabras en clave para indicar si se los eliminaría en tierra («Puerto Montt») o se los iba a tirar al mar («Moneda»). Estos detalles los determinaba la jefatura de la DINA». p.36.

6. Estas metáforas, y las que siguen, han sido tomadas del discurso pronunciado por un miembro de la Agrupación en los funerales de los desaparecidos de Laja, 27, 28 de noviembre de 1979.

7. Frühling, «Disciplinando...» p.11.

8. Hernán Montealegre, La seguridad del Estado y los derechos humanos (Santiago de Chile: Academia de Humanismo Cristiano, 1979).

9. Frühling, «Disciplinando...» p.11.

10. Ver: La tortura en el Chile de hoy.

11. La información que sigue ha sido tomada de Frank Kitson, Low Intensity Operations, Subversion, Insurgency, Peace-keeping (London: Faber and Faber, 1971). En círculos militares, este Brigadier del ejército británico es considerado como uno de los más importantes gestores de una síntesis de experiencia personal en Malaya, Kenia y Chipre como también en otros lugares del mundo, Argel en especial. En su libro demuestra una clara noción de la utilidad de la síntesis para contrarrestar las luchas de liberación nacional que se avecinaban a comienzos de la década de 1970, en que aparece la obra. De allí la relevancia que se le asigna en este estudio.

12. Ibid. p.70.

13. Impresiona la semejanza de este esquema organizativo propuesto por Kitson con lo que se ha podido averiguar de la organización de la DINA.

Ver el documento antes citado del Experto de las Naciones Unidas sobre derechos humanos en Chile (E/CN.4/1363, del 2 de febrero de 1980, pp.3-37).

14. De un escrito presentado por treinta y dos abogados a la Corte Suprema. Hoy (Santiago de Chile), semana del 26 de diciembre, 1979, al 1 de enero de 1980, p.13. Habría que agregar, además, algunos juicios del Vicario de la Solidaridad en su Presentación con motivo de la Inauguración del año Judicial, Marzo, 1978 (Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, 1978) mimeo. Ellos corroboran una cooperación entre el Poder Judicial y el gobierno militar en las líneas sugeridas por Kitson. En las pp.19-20 se lee: «En los casos en que se han presentado denuncias y querellas por personas desaparecidas se observan serios vacíos en la forma como se han llevado a cabo las diligencias judiciales. Sucintamente expresado, el cuadro es de una larguísima tramitación de las diligencias; apresurados sobreseimientos de las causas, sin que se hayan agotado las diligencias; sobreseimientos en causas en que aparece claramente acreditado el cuerpo del delito; negativa de los tribunales a oficiar directamente, ni siquiera en casos especiales, a los servicios de inteligencia, sea la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), o Central Nacional de Informaciones (CNI) o de los diversos institutos armados, como también negativa de estos funcionarios a comparecer cuando se les cita a través del Ministerio del Interior, sin expresión de causa; negativa del tribunal a constituirse en lugares públicos de detención; apresuradas declaraciones de incompetencia en ocasiones; incumplimiento de diligencias decretadas por tribunales ordinarios y que deben practicarse por tribunales militares; casos en que se decreta sobreseimiento omitiéndose el trámite de consulta; ausencia completa de iniciativa por parte de los tribunales para utilizar sus facultades de actuación de oficio. El resultado es que hasta el momento (comienzos de 1978), los tribunales ordinarios del crimen, a través de más de 500 presentaciones, no han entregado averiguaciones que aclaren en forma fehaciente la suerte de alguna persona desaparecida y la eventual sanción de los responsables.»

15. Frühling, «Disciplinando...» pp.36-37.

16. Como índice de la preocupación eclesialística véase Vicaría de la Solidaridad, La huelga de hambre por los detenidos desaparecidos: alcances morales (Santiago de Chile: Vicaría de la Solidaridad, Colección Reflexión, 1979), N°9. Se trata de un debate en torno a la iniciativa de la Agrupación de realizar tal acción, desde el punto de vista de tres teólogos morales. Por su apoyo desde una perspectiva progresista se destaca el sacerdote José Aldunate; por su crítica opositora de destaca el sacerdote Hernán Alessandri.

17. Existe un análisis de la Huelga de Hambre Larga hecha por autor o autores desconocidos, sin título ni fecha de redacción. Consta de un total de 114 pp. mecanografiadas, divididas en tres partes. La primera, de 24 pp., intenta un análisis político del contexto en que se realizó la acción. La segunda, de 59 pp., hace una cronología diaria de la huelga, registrando las reacciones de la Agrupación, el gobierno, la Iglesia, organizaciones comunitarias, internacionales y la prensa. La tercera, de 31 pp., recoge testimonios de huelguistas, hace una cronología de los cuatro años de

búsqueda de la Agrupación y termina con un balance de la huelga. En la versión que poseo faltan cuatro pp. de la tercera parte. De gran importancia es, también el Boletín N°7 del Seminario Latinoamericano, Centro de Documentación (SELADOC), noviembre de 1978, Facultad de Teología de la Universidad Católica. En este documento se hace una cronología de las gestiones de la Agrupación por averiguar de sus familiares y luego recoger la documentación producida por el grupo y diversos organismos de la Iglesia como reacción a la Huelga de Hambre Larga.

18. Lonquén. p.7

19. Ibid., p.9

20. Ibid., pp.260-269.

21. Ibid., pp.226-230.

22. Dato proporcionado por las mismas fuentes a que hiciera referencia en las notas 21 y 26 de la sección II de este trabajo. Cito directamente: «En el informe primitivo, que estuvo listo a fines de febrero, y que posteriormente fue rehecho, cambiando su contenido, se dice que mediante el análisis de las ropas se detectó abundante cantidad de excrementos, en circunstancias de que los muertos no defecan, pero sí al morir por asfixia, pues se les suelta el esfínter».

23. Lonquén, p.273.

24. Ibid., pp.278-279.

CUATRO

COTIDIANIDAD Y RITUALES COMUNITARIOS

Los períodos de crisis de la Agrupación repetidamente llaman la atención sobre la problemática de la cotidianidad vivida por sus miembros. De su cotidianidad surge la energía para la pro-

testa pública y debe gestarse, reunirse y canalizarse en lucha con la carga de neurosis, depresión, trauma, dificultades económicas y agotamiento físico y nervioso que la caracteriza. La cotidianidad es la materia prima que la Agrupación elabora como dispositivo de organización para oponerse al Estado Autoritario. La enorme contribución del grupo a la cultura chilena sólo puede medirse contrastando un cuadro tipificado de la cotidianidad de los miembros con las acciones de protesta designadas para este estudio. En ese contraste se aprecia la magnitud del sufrimiento personal y su transformación en energía constructiva para proponer un nuevo proyecto cultural a la ciudadanía mediante la creación de símbolos y rituales de protesta pública.

Vida cotidiana es la experiencia del cuerpo humano y de su psiquis en el desarrollo espacial y temporal de la rutina diaria. Es un esquema de uso de la energía corporal y psíquica individual organizado en torno a la participación de los individuos y los grupos en el modo de producción material e ideológica que caracteriza una sociedad. Los horarios de comida, descanso, diversión, contactos familiares, sociales, laborales y sexuales quedan regimentados en su recurrencia, duración y ubicación por la manera en que los individuos y los grupos se insertan funcionalmente en la producción y el salario consiguiente. La diferenciación de ingresos demarca la amplitud de las experiencias corporales, psíquicas, temporales y espaciales de los individuos y grupos. Es evidente que un campesino instalado en un villorio montañoso conocerá menos del mundo que el presidente de un banco neoyorkino, con su poder para contratar aviones y toda clase de aparatos de comunicación internacional. Su eficiencia en el empleo del tiempo para un mayor o menor número de actividades durante el día también estará condicionada por una diferente función social. Esta dicta, en última instancia, el mayor o menor acceso de los individuos a las formas culturales, materiales y espirituales, de que dispone una sociedad.

Lo abstracto de esta definición debe ser compulsado con la especificidad de los problemas que aquejan a los miembros de la Agrupación. Se observa que, mientras esa definición apunta a una regularidad y estabilidad de la rutina diaria, la experiencia de los miembros del grupo se caracteriza por los contradictorios intentos de organizar una mínima regularidad y estabilidad en torno a la secuela traumática del secuestro del familiar. Esto sólo puede mantener activas la angustia e inseguridad producidas por ese suceso.

Al contrario de los líderes políticos y sindicales ejecutados, a los miembros de la Agrupación se les ha privado de la posibilidad de un duelo comprobado y cierto, que permita reconstruir la vida privada e íntima sobre bases realistas. Se los ha hundido en una situación «inconclusa, incierta, crónicamente generadora de daño, que aparece sin solución y que, con estas características, se prolongan para muchos de ellos por más de seis años». (1) El trauma se hace más patente con el dato de que las familias afectadas, la mayoría de ellas de líderes sindicales y partidistas, tendían a una regularidad de relaciones que proveía una estabilidad económica, emocional y educativa. Se transmitían roles sociales estables para el aprendizaje de una convivencia razonable, particularmente en lo que respecta a los niños. Se trataba, en las palabras de un testimonio, de familias «como tantas otras».

A pesar de la similitud general con que se acusa el impacto del secuestro y del desaparecimiento, es conveniente hacer una diferenciación en cuanto a la forma en que se organiza y asume el mundo de la búsqueda: para los familiares de militantes comunistas el condicionamiento ideológico implica, según decía con anterioridad, la obligación de contemplar la muerte como posibilidad cierta, que debe ser discutida en el seno de la familia para sugerir guías de acción futura. Con esta conciencia existe una mayor probabilidad de que el dolor de los sobrevivientes se transmute en compromiso político e histórico de lucha por la democratización de Chile. Franca-mente es necesario hablar sólo de una mayor probabilidad, puesto que las complejas tensiones que sufre todo familiar de detenido desaparecido no dejan de ser menos intensas ni dañinas por tener una mayor conciencia social.

Para los familiares de escasa noción o participación política antes del secuestro, el desaparecimiento provocó alteraciones, confusiones y cuestionamientos tales, que es inevitable usar el lenguaje existencialista de las «situaciones límites». (2) Estas se refieren al encuentro inevitable con experiencias dislocantes que señalan los límites de la vida-muerte, sufrimiento, culpa abrumadora. Reconocerlos provoca un renacimiento de la conciencia anestesiada por la asunción mecánica de las rutinas de la cotidianidad y lleva a la elección consciente del modo en que debe asumirse la existencia, es decir, las opciones y elecciones que le dan sustancia. Esta liberación de la anestesia cotidiana da origen a los objetivos que el ser humano traza para sí, ahora con plenitud de conciencia de su ser

y de sus actos. En un salto espontáneo, el ser humano alcanza una existencia que sólo puede llegar a la autenticidad en la compañía y comunicación con otros seres que han tenido experiencias límites similares. La estructura del mundo se aclara y el ser se hace flexible y fuerte para enfrentar, sin transigir, otras situaciones que ahora él crea con conciencia de lo que ellas son para su existencia y objetivos. La muerte, el sufrimiento y la culpa paralizante se asumen así como utensilios usados responsable y no azarosamente, con menos temor y terror ante las amenazas, para cumplir con los objetivos de su existencia. El mundo adquiere así una unidad para la acción en él.

En el familiar del desaparecido, el despertar de la conciencia se da como un cisma brutal en que el conjunto de actitudes, modos de comportamiento e interpretación que fundaran la realidad antes del secuestro es cuestionado y descartado como inválido. Después de un período inicial de «embotamiento», ese despertar es violentísimo en personas de inexperiencia política. Pero en todos, la conciencia auténtica surge como una capacidad para cuestionar las razones fundamentales por las que la realidad social está construida de un modo particular y no de otro quizás más aceptable. Con ello el familiar divide el mundo entre «la normalidad» de la existencia de los seres anestesiados por la cotidianidad vivida mecánicamente y el conocimiento más verdadero que él posee. Para esta verdad «lo normal» es una superficialidad de escaparate que esconde el sentido real de la existencia en la sociedad chilena bajo el autoritarismo:

... al comienzo una queda embotada y no tiene ideas muy claras... es que de repente amanezco con una idea que no la tenía en la mente, me acuesto y me acuesto pensando otra cosa y digo «mañana será otro día», y al otro día como que se me iluminan un poco más las ideas...

¿Podrá alguien imaginar lo que es buscar a un ser querido en una sociedad aparentemente «normal» y que se transformó de pronto para mí en una fortaleza gris, oscura, con grandes puertas cerradas y personas que contestaban lacónicamente: «no ha sido detenido», «no está en nuestro kardex»?

En mis infinitas diligencias de ese primer año viví un mundo de pesadilla. En cada persona con autoridad y poder veía un monstruo sin sentimientos. En cada auto que pasaba rugiendo por las calles veía a seres indiferentes, lejanos, como si

fueran de otra raza, como si hablaran otro idioma. ¿Es que no saben lo que sucede?, me preguntaba a mí misma. ¿Cómo pueden vivir en esta apariencia de normalidad cuando están sucediendo cosas tan terribles? Recuerdo que, varios meses después, tuve que ir a Providencia y se me ocurrió entrar a conocer el tan comentado Edificio Caracol de los Leones. Empecé a subir, pero de pronto me detuve. Sentí unas náuseas incontenibles y tuve que salir de ahí rápidamente. ¿Es que no dan cuenta -pensé- que todo ese lujo está construido sobre la sangre, la tortura, la delación y el odio? [...] [Yo] no había experimentado aún en mí misma la dureza ciega de los poderosos, cuya única norma es la fuerza. Si escribo esto ahora es porque creo en la verdad y que es necesario ver claramente la verdad en uno mismo y en los demás, aunque sea con dolor.

Yo había vivido hasta ese día como una chilena cualquiera, de una familia que, por haber sido personas respetables y útiles a la sociedad con su trabajo, y rectitud, podía acudir a los carabineros y a la justicia si algo le sucedía a un familiar. De pronto descubrí que los uniformados eran como enemigos y que los jueces administraban la justicia para sustentar lo que se ha dado en llamar «el orden establecido»... Me pregunto mil veces: ¿qué les sucede a mis compatriotas? Las personas con las cuales crecí y que sabían lo que era el respeto al ser humano, que habían creado leyes para defender el derecho de cualquier ciudadano, ¿qué se han hecho?, ¿con qué argumentos intentan justificarse?

Con la brutalidad de esta experiencia cósmica está el primer período de la búsqueda, que se caracteriza por el paroxismo con que el familiar se entrega a las diligencias. El amplio mundo cotidiano, con sus demandas en lo económico, lo profesional, la familia, el amor, los estudios, la diversión, queda tronchado y reducido sólo a la búsqueda, que de allí en adelante toma visos de obsesión. «La reacción de mi familia y de mis hijas fue la misma. En ese momento lo único que se siente es la impotencia, porque adónde acude una para que haya justicia, para que le aclaren el problema. Y desde esa fecha en adelante lo único que queremos nosotras es justicia...». Un familiar ha dicho «parece como que el mundo se me cerró» y el tiempo, el espacio, las relaciones humanas son entregadas a la

búsqueda como prioridad absoluta y devoradora. Una psiquiatra ha dicho: «Durante un largo tiempo fueron personas que estaban viviendo la vida como en una sola nota, en una sola dimensión. No había ni dos ni tres ni cuatro, una sola. El pensamiento, la energía, las horas del día, los sueños, porque también los sueños estaban teñidos por el desaparecido...» La vida personal queda estancada, congelada y sólo tiene referencias en el pasado compartido con el desaparecido. El presente ha desaparecido. El futuro se hace problemático. Las necesidades afectivas están ahí, pero la idea de formar una nueva pareja es inaceptable. La incapacidad de rearticular la amistad compromete también al resto de la familia:

¡Cómo voy a ir a fiestas, comidas, si mi compañero quizás por qué cosas está pasando! Me siento culpable.
Vivo hoy, sólo hoy. Ya no pienso para mañana. Hace un año vivo así. Ni un proyecto. Ni una ilusión en mi vida.
Esto te cambia totalmente tu forma de vida. Yo no te digo que a mí y mis hijos no nos dan deseos de nada que no sea esto. Yo ya no puedo conversar con otras personas de otros temas que no sean lo que está pasando, no sólo con los desaparecidos, sino, en general, de la represión, de salir de esta situación. Yo tengo varios hermanos. Somos doce en total y nosotros íbamos todos al cumpleaños de la mamá. Nos juntábamos toda la familia, los nietos, porque somos una familia como de ochenta personas. Para los años nuevos también era una tradición, pero yo nunca más he podido ir. Y ellos lo entienden. Mi hermana y mis hijos sólo vamos a saludar a mi mamá, porque no hemos podido superar esta situación. No podemos quedarnos a compartir. Para nosotros es como un tiempo perdido para acortar el sufrimiento de Chile. Todas mis relaciones sociales están relacionadas con la situación de Chile, no sólo con los desaparecidos.
El primer año de la detención me acompañaron mucho mis hijas, pero más adelante se empezó a producir un silencio en la casa, por muchos motivos. Algunas estaban en la Universidad, una con su marido en el extranjero, otras con su trabajo y, siguiendo mi costumbre de no querer imponer mis preocupaciones a los demás, ya se habla menos de Juan entre nosotros. Pero sí que cada uno ha sido afectado profundamente por lo ocurrido.

Max, uno de los pocos hombres activos en la Agrupación, de treinta años, habla de su cotidianidad como de un estado de «transitoriedad permanente». Luego de la detención en la vía pública y el desaparecimiento de su esposa, Reinalda del Carmen, joven embarazada de seis meses, perdió el ánimo aún para las decisiones más fundamentales de la vida diaria. Abandonó su profesión de kinesiólogo porque hasta el beneficio de curar a un enfermo le parecía minúsculo frente a los sufrimientos que padecería su esposa en manos de la DINA. Todo quedó postergado para él por la espera de su mujer: el trabajo manual en la casa, que tanto le gustaba, la mesa bien dispuesta. Desde entonces ha evitado todo jolgorio. Trata de vivir una vida con un mínimo de posibilidades de daño emocional. Duerme poco, lee mucho y va al cine con frecuencia. Sólo hace tres años volvió a trabajar y nada más que para solventar gastos mínimos. Reconoce que las experiencias vitales las vive «de prestado». La cercanía de una familia e hijos las vive a través de sus compadres, a quienes visita con frecuencia. Siente la necesidad de negar su vida privada. Para él, su lucha personal es derrotar la sensación de transitoriedad y entregarse a una causa superior, que es la lucha contra el fascismo. En esta lucha él cree poder convertirse en un mejor ser humano y ayudar a la restitución de la vida a la sociedad chilena. En las mañanas trabaja en la Agrupación. Allí da consejos y apoyo emocional y profesional a las señoras. Sin embargo, le parece que él mismo no puede recibirlo allí. Los sábados trabaja con médicos a cambio de un salario. Los domingos visita a sus compadres, pero, en especial, vuelve a visitar los lugares vividos en común con su esposa ausente.

Los sufrimientos psíquicos más intensos provienen de sentimientos de culpabilidad. Ellos tienen diferentes orígenes: en padres y madres que desconocían el trabajo político de sus hijos, la culpa nace con frecuencia de la sensación de que, si les hubieran prestado más atención en su crecimiento, quizás no se hubieran comprometido hasta el grado de causarles el desaparecimiento. Hay familiares que se sienten culpables porque la DINA, por asegurar su captura o vengarse de la frustración de no capturarlos, detuvieron a la esposa, al hermano, o a otro familiar cercano. Hay maridos que durante el noviazgo o el matrimonio llevaron a la esposa a la militancia política que les acarreó el desaparecimiento; cargan tanto con sus remordimientos como con las acusaciones

tácitas o expresas de la familia política.

Las recriminaciones surgidas de la culpabilidad resultan en frecuentes rupturas familiares. En familias derechistas, simpatizantes del gobierno militar, se han dado separaciones de matrimonios por la insistencia del padre en que el desaparecido «se lo buscó» y que tiene que afrontar las consecuencias sin dañar al resto de la familia. La madre debía luchar diariamente contra estas recriminaciones, junto con llevar adelante el trabajo de la búsqueda. Llegaba un momento en que debía someterse o rebelarse. Irónicamente, en muchas ocasiones la ruptura se dio porque la madre decidió proteger a las familias de sus hijos o nueras restantes, tomando sobre sus hombros la carga total de la búsqueda. Para permitirles una vida normal, aislada del hostigamiento de la DINA, las madres han prohibido a los otros que la ayuden. En este caso la madre habla de un «martirio que yo sola puedo llevar». En otros, la preocupación de los familiares por el agotamiento de la persona que busca los llevó a proponerle que desistiera y aceptara la realidad de la muerte, lo cual trajo una violenta reacción negativa:

Recuerdo que en mi casa tuvimos reuniones con amigos y parientes para estudiar el asunto y hay ciertas frases que me cuesta olvidar, porque vienen de personas que uno estima verdaderamente: «Tienes que desistir. Al fin y al cabo no se puede esperar consideración de los hijos». El mismo me había dicho, un año antes, que Juan debía estar muerto, que me tenía que conformar y que no hiciera nada por saber más. ¡Pobres personas que no saben lo que dicen porque no conocen los métodos que usaba la DINA! ¿Y si fuera su hijo el desaparecido...? [...] He perdido a muchos de esos «amigos» y siento pena por ellos, por sus limitaciones, por su falta de crecimiento. Dios los conoce y los ama con la paciencia que a mi me falta. Pero no sólo es cuestión de paciencia... Si ellos pudieran ver, como yo veo ahora, lo que es el pequeño mundito del Barrio Alto con sus...¿veinte cuadras?... de Providencia, comparado con el de cientos de miles de santiaguinos que viven en otra realidad profundamente distinta tal vez cambiarían. Pero no se los deja ver ni oír... o tal vez se apegan a su seguridad interior por temor a perderla. ...un día, por ejemplo, [mi madre y yo] tuvimos una discusión. Estábamos sentadas en el living viendo televisión, y

algo estábamos conversando cuando, de repente, se enoja conmigo y empezamos a discutir, y yo le estaba diciendo que era demasiado posesiva, que me presionaba demasiado, y ella, como para cortar la discusión, me dijo -y son palabras textuales: «Si tu marido es un huevón de mierda. Se metió en lo que no debía y por culpa de él tú estás muerta de hambre. Por culpa de él tú pasas necesidad; por culpa de él tú eres lo que eres. El te hundió. El te dejó en este estado». Yo no quise contestarle nada, pero moralmente eso a mí me derrumbó y ese derrumbe me duró una semana, porque todo lo que me dijo me empezó a dar vueltas en la cabeza, vueltas en la cabeza. Y en ese momento ella no pensó en la relación afectiva que me unió a él. Y lo amaba, y todavía lo amo, y por consecuencia yo le he aceptado como él fue, con todas sus taras, sus cosas ideológicas. Yo lo quería así, así siempre lo quise y todavía lo quiero así tal cual como él era. Yo no lo quiero cambiado. Y si yo lo acepté así, ella está hiriendo mi amor propio. Entonces me empezó a dar vueltas la cuestión: cómo es que la cuestión materialista podía pesar más en mi mamá que un sentimiento. Entonces fue de ahí que empezamos a alejarnos. Y ahora cada vez que pasa algo le echa la culpa al gordo. Pero ahí la discusión se termina automáticamente. Yo ahora no le discuto. No le digo «no, mamá, estás equivocada», sino que no le digo nada; simplemente me callo; y ella sabe que es mi punto débil y lo usa.

Quizás la forma más soterrada y dañina de culpa sea la sensación irracional de que el desaparecido ha elegido su destino y que se ha ido voluntariamente, para provocar un sufrimiento conscientemente deseado a sus familiares: «Siempre vivimos solos los dos. Eramos pese a todos los sufrimientos, la incertidumbre, las privaciones que pasábamos...éramos felices. Porque mi niño no tenía vicios, era un niño ordenado, un niño bueno, por lo cual yo no me puedo conformar, porque yo me quedé completamente sola. ¡Completamente sola! ¿Por qué se fue? El era mi amigo y mi hijo, mi compañero, era mi hijo, porque él todo lo conversaba conmigo y yo con él, éramos un libro abiero el uno para el otro...»

Los niños son los más remecidos por las consecuencias del desaparecimiento. De la noche a la mañana desaparecen las figuras paterna y materna que les transmiten formas de comportamiento

para hacer suyo el mundo circundante. A la pérdida del padre por el secuestro se suma la de la madre que se ausenta del hogar por la búsqueda. La estabilidad del espacio familiar se esfuma. El temor trasmite totalmente el mundo infantil. El niño ya no sólo vive su propia vulnerabilidad infantil, sino también la de su madre, quien le comunica su angustia, y la de su padre, a quien fuerzas superiores, de súbita intromisión, han arrancado de su lado. Cuando la madre decide cargar ella sola con el sufrimiento, comete el error de ocultar a los niños las tensiones y frustraciones de la búsqueda. Sin embargo, ellas son del todo patentes; están las frecuentes contradicciones en que la madre cae al explicar sus actos escondidos; están sus silencios repentinos, sus llantos intempestivos, sus respuestas evasivas. El niño saca la conclusión incorrecta de que es malo compartir en familia emociones tan fundamentales. De allí en adelante las relaciones familiares se caracterizan por el enmascaramiento. La madre no habla del padre por no herir al niño; el niño teme inquirir sobre el padre para no herir a la madre. En este vacío de comunicación, el niño tiene alucinaciones compensatorias y cae en agresividades imaginarias contra un padre culpable que, al parecer, no escribe si está en alguna parte, que ya no se preocupa, que ya no parece amar a la familia: «nos dejó de querer»; «nos abandonó»; «no se debe acordar de mí».

La madre le explicó que el papá viajó al cielo... y que viene a verlo con la luna. A él le da mucha pena cuando no hay luna... Quiere decir que el padre no lo vino a ver ese día.

...imagina ver a su padre al lado de la cama y escucha que le habla. En esta situación no se atreve a moverse. Llora, reza y llama a la madre. Cuando ella llega y enciende la luz, la imagen desaparece.

... la chica recién cumple diecisiete años y se trastornó en una forma bastante agresiva, la cual la tuvieron que tratar porque se volvió loca, que la palabra que viene en este caso es locura [...] y ya está bien, muy nerviosa, pero ya no ataca ni hace las cosas que hacía, las cuales era ver a un tipo parecido a su padre y lo seguía, lo tomaba, lo remecía y le hablaba y le exigía que le dijera, que no le negara que era su padre.

La necesidad de anestesiar el dolor hace que el niño se aíse y evite formar relaciones cariñosas con otros seres humanos, por temor a perderlos o de ser rechazado. Este efecto aumenta

cuando la familia ha tenido que cambiar de domicilio y escuela repetidas veces por la hostilidad de los vecinos o la persecución de los servicios de seguridad. Se produce en el niño un temor a la vida, un temor a crecer. Sufre de letargo, de indiferencia, siente una necesidad patológica y exagerada de cariño, su crecimiento psíquico retrocede; pierde lenguaje, olvida la lectura y la escritura, tiene dificultad para controlar los esfínteres urinario y anal, lo aterroriza la oscuridad, teme estímulos cotidianos como sirenas, ruidos nocturnos, la presencia del personal militar. Con frecuencia se agregan el insomnio, la pérdida de apetito, desórdenes estomacales, tartamudeo, caída del pelo.

La esposa de un detenido desaparecido debe asumir los papeles de madre y padre por mucho que las diligencias de la búsqueda la alejen del hogar. Esta exigencia se hace problemática en el contexto de la estricta delimitación de las funciones de sexo en la familia chilena. Los roles de autoridad, protección, sustento y defensa residen en el padre. En este campo la madre solitaria siente la necesidad de invocar la memoria de su marido para guiar sus actuaciones en la orientación de la familia. Con ello se da un proceso de idealización del desaparecido. El marido se transforma en parangón de comportamiento perfecto, en especial si la vida conyugal fue feliz. Paulatinamente, y en especial en las familias comunistas con esposas jóvenes, el marido se convierte también en padre de la esposa. A pesar de su ausencia, el desaparecido todavía vigila, premia, castiga, resguarda, está presente. En cierto modo, la esposa trata de vivir su vida como si fuera la de su marido. En la memoria, además, el marido asume aspecto de figura ignota, llena de una sabiduría que atrae magnéticamente y que es necesario descifrar con el recuerdo, a través de los años:

Fueron trece años felices. El fue el único hombre en mi vida y con eso basta. No podría rehacer mi vida con otro hombre. Yo me siento feliz al recordar lo felices que fuimos... y eso me hace trabajar más. Pienso que él anda en otro país, como una vez fue a otro país. Fue a Holanda por medio de su partido cuando fue elegido diputado y él podía ir a una conferencia mundial que hubo de parlamentarios. Entonces hago como que él anda en un viaje y que al retorno de ese viaje él me va a encontrar todo bueno lo que yo haya hecho. Eso me hace sentir más fuerte y más feliz, porque si no tuviera eso

yo creo que no...

Yo deseo de vivir no tengo muchos. Eso es una de las cosas que tengo bien claras. Para mí la vida no tiene ningún sentido aparte de las niñas, que en cierto modo, uno egoístamente dice «tal cosa la hago por las niñas». Creo que uno las pone un poquito como pantalla, porque realmente debíamos de ser más honestas con nosotros mismos y decir «no hago esto por las niñas, lo hago por mí y yo no tengo ganas de vivir». Ganas de seguir viviendo no tengo; lo único que me alienta un poquito es dejarlas un poco más grandes, pero creo que conmigo o sin mí las niñas van a ser algo en la vida... Cuando yo a veces tengo que ir a alguna parte como que converso con él y le digo que me ilumine y que yo hable como si él lo estuviera diciendo y, realmente, no sé si será lo que aprendí viviendo con él, pero me salen bastante bien las cosas. También reconozco que he sacado una fuerza de voluntad que antes no tenía.

Recuerdo en él cosas muy específicas, que tal vez él las dijo al pasar y que tal vez yo también las escuché y las registré, digamos, en mi memoria... quizás sin comprenderlas plenamente, quizás sin tener conciencia de ello, pero que luego que él fue detenido y que está desaparecido, la verdad me han servido mucho, inmensamente. Creo que tal vez sin darse cuenta él ni yo misma, me educó en muchas formas. Por ejemplo, recuerdo una vez, poco después del golpe militar, en que, no sé como a veces se hace, soñábamos juntos lo que haríamos una vez que esto pasara, y yo lo recuerdo ahora con precisión, que me respondió crudamente: «¡Si es que estamos vivos! ¡Si es que estamos vivos!» Para mí fue un balde agua fría. Creo que tal vez en mi inconciencia no había visualizado eso. Fue para mí como un verdadero cisma... El hecho que me lo dijese así, tan brutalmente, fue muy duro, pero me dio prueba de cuán consciente estaba él de lo que arriesgaba, del compromiso que había asumido... Muchas veces para mí eso ha sido un puntal de apoyo.

El enmascaramiento del dolor ante la familia puede dividir tajantemente la actividad hogareña entre día y noche. Durante el día la madre trata de mostrarse animosa, comunicar confianza a sus hijos, les habla para que recuerden al padre con cariño, trabaja por

ellos: «tratar con la gente ayuda un poco, por lo menos en el día; porque en la noche uno vuelve y vuelve a lo mismo.» En la noche se dan rituales de recuerdo. La madre o la esposa escriben repetidas biografías del desaparecido, ya sea como hoja única, escrita a máquina, que usa como panfleto para repartir entre quienes puedan saber de él, o para agitar públicamente por el problema de los desaparecidos. Otras veces las biografías se alargan como parte de un proceso continuo de reflexión íntima, en que la imagen idealizada del desaparecido es pulida mucho más. Otras veces la biografía es presentada a alguien que ha demostrado interés o simpatía por el drama y se la entrega como obsequio de comunión amistosa. En esta ocasión la señora parece decir: «esto soy yo, este es el sufrimiento para el que vivo, entiéndame», y trata de presentar su desaparecido de la mejor manera posible, como si lo vistiera para un visitante que llega al hogar. Como muestra de consideración a quien se hace el obsequio, la señora escribe a mano, con su mejor letra, aunque sea de educación humilde. Se podría sospechar que en los actos nocturnos de meditación y recuerdo, la mujer tiene una verdadera conversación con el desaparecido, en que lo reconstruye como ser quizás todavía vivo.

Entre los rituales nocturnos de recuerdo obsesivo está la escritura de diarios de vida. Quizás ellos ilustren con mayor crudeza el melodrama cotidiano del familiar de un detenido desaparecido. Como género discursivo, el diario de vida es una visión fragmentada de la existencia. Esta toma una imagen permeada por lo contingente, por la recopilación diaria de sucesos cuya significación dentro del movimiento histórico total de un período no puede ser evaluada por su extrema cercanía. A medida que los días pasan y se acumulan las anotaciones, se pierde cuenta de las frases ya usadas para registrar la experiencia del dolor, la esperanza, la impotencia y el resentimiento. Con el paso de los años, cuando la novedad horrenda de la búsqueda se ha convertido en gris rutina o situación estática, irresuelta, el diario sirve principalmente para consignar lamentos. El diario de vida se hace monótona y patética repetición de frases ya usadas: «¡cómo me faltan las palabras!»; «¡cómo poder escribir sin que mis ojos se llenen de lágrimas!»; «¡mi corazón quisiera salirse del pecho!»; «¡cuántos sufrimientos y angustia!»; «¡Cuánta agonía!»; «no puedo más; me botaría en la tierra y me dejaría morir»; «¡cómo olvidar!»; «...aquella vez creí morir»; «mi dolor es tan grande que

creo que mi corazón se quebrará»; «creí morir»; «...esta angustia que crece día a día...»; «el corazón parece salirseme del pecho»; «siento que mi corazón ya no puede más». Para el familiar que las intercala en su diario, estas frases están cargadas de capacidad expresiva y sentimiento vivo; pero, para el observador externo, más bien significan un obsesivo esfuerzo por actualizar emociones ya encallecidas. La reactualización podría ser considerada, sin embargo, como una contemplación infinita del daño recibido para reavivar la furia y la indignación que nutre el ánimo para las acciones de protesta.

La rememoración permanente puede hacer ritual de recuerdo incluso de la rutina diurna. Pareciera que el tejido de la cotidianidad se resistiera a la mutilación y buscara la continuidad del ausente de algún modo. No debe extrañar que madres apolíticas quieran seguir la línea de sus hijos miristas. En la rutina del día los actos más nimios traen al espacio familiar la presencia del ser ausente y se busca la comunión con él:

Si yo estoy comiendo una fruta, me acuerdo de ella... Voy a almorzar, la misma cosa...

...porque está latente día por día, cuando una va a hacer el plato de comida, se acuerda de ella, cuando voy a desvestir al niño, que actualmente tiene seis años, que es el hijo de ella, cuando me pregunta él, cuando lo estoy bañando, me dice: «Mami, ¿así me bañaba la Nalvia?. Entonces día por día yo me acuerdo de ella, a cada instante...

También está el periódico lavado de ropa y limpiado de trajes del ausente, el aseo de su cuarto, como si todavía viviera allí, la preparación de sus platos favoritos y, por sobre todo, la celebración de su día de santo, de su cumpleaños, del aniversario de matrimonio, la compra de regalos de Navidad. Los días de aniversario son de reclusión, de depresión, de retiro para encerrarse y volver a sufrir el amor perdido: «Mañana, dije yo, 29 de junio, no voy a salir porque quiero estar en mi casa para recordar a mi compañero, porque ese día era el santo de él, yo quería estar en mi casa para recordarlo. ¡Qué sé yo! Porque siempre cuando era su santo, siempre lo pasábamos juntos...»

Estos rituales conmemorativos son un núcleo de estabilidad en vidas muchas veces agobiadas por la dificultad de sobrevivir económicamente. Las mujeres de mejor situación son profesionales

de diferente tipo. Otras deben encarar, muchas veces, el cambio radical de convertirse en empresarias, después de haberse entregado a la tranquilidad doméstica. Deben dirigir negocios, firmas, bufetes, contratar y despedir trabajadores, hacer producir la tierra:

... porque no es tan sólo no tener marido, sino que es no tener al padre para muchas cosas; para las responsabilidades frente a los niños, para muchas decisiones que hay que tomar, para llevar una casa. Porque aunque se compartan las responsabilidades, uno se apoya en el otro. Eso mismo hace que llegue el momento en que uno siente que ya no es capaz de seguir adelante. Son tantas cosas. Porque desde pegar un clavo hasta cosas grandes que hay en una casa, entonces todo recae en una. Todo cae sobre los mismos hombros y entonces llega el momento en que uno cree que todo es negro y no se ve ninguna salida.

Pensaba en la situación misma del país, que iba a cambiar rotundamente, como es ahora la realidad. De todo eso me tuve que ir dando imaginaciones y ser fuerte, porque eso es lo que se necesita para una madre que se queda sin esposo. Fuerte para enfrentar la situación de estudio de los hijos, de la casa, de ser el peor papel que es el ser patrón, porque para mí es el peor papel, ser patrón para poder trabajar el campo.

Con un poco de suerte, las mujeres menos afortunadas quizás puedan armar un pequeño negocio de compra y venta de ropa nueva y usada. Pero muchas " @€ÿÿ"

À€ÿÿ
 € ÿÿ À ÿÿ
 @Žÿÿ"€Žÿÿ"
 ÿÿ
 À ÿÿ ÿÿ
 € ÿÿù—~— ã"
 u-Ç/
 q(x-È-ûÿ "

Žÿÿ
 @ ÿÿ
 %
 -
 ÿÿ-
 ÿÿdÿÿ

pregunto qué pasa. Y me dice «es que estoy pensando en el papito» y comienza luego una conversación entre ella y yo que parece increíble, porque se trata sólo de una niña de siete años. Y me decía «si yo estoy orgullosa del papá porque yo sé que él es un luchador y cuando yo sea grande quiero ser una luchadora. A mi no me hubiera gustado que mi papito hubiera sido de otra manera, pero es que yo sueño tanto con que él vuelva algún día». Como yo soy muy realista, yo le decía «como querría yo poderte asegurar que algún día el papá va a volver, pero yo eso no lo puedo hacer... tenemos que vivir así, luchando por el papá y tratando de ser felices en alguna medida», porque como ella me dice, «no se puede vivir con cara de pescado».

LA PRIMERA ROMERÍA A LONQUÉN

Al esbozar la problemática que regiría este trabajo, en la Introducción señalaba la multiplicidad de interpretaciones posibles en cuanto a la carga simbólica contenida en los rituales de protesta pública como los que ha diseñado la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Esa multiplicidad emana de la condensación que se hace en esas ceremonias, y en una sola ocasión, de complejos y diversos factores económicos, sociales, políticos e ideológicos de la historia comunitaria. Este planteamiento implica una perspectiva de conocimiento externo, que capta, por sobre todo, la retórica interpelativa superficial de las acciones de protesta, según las descodificaría un espectador casual. El bosquejo histórico de la Agrupación y la tipificación de la cotidianidad de sus miembros aportan una variedad de aspectos referentes al dato interno de las condiciones de producción de los rituales. Estos aspectos internos enriquecen la comprensión de estos ritos, puesto que ya no sólo tenemos la interpretación general de ellos como formas de interpelación comunitaria sobre el sentido de la cultura chilena actual. Debemos considerar, además, la adecuación de los símbolos característicos de la Agrupación y de su experiencia para el montaje ritual, ya sea en formación o acumulada, para rectificar crisis de deterioro y desgaste de su dispositivo organizador y movilizador. Por tales crisis de deterioro y desgaste se podría entender la serie de instancias en que la supervivencia de la Agrupación y la consecución de sus objetivos se ve amenazada por las disensiones internas,

la aparente incompreensión de los grupos solidarios y el agobio y deserción de sus miembros por las características de su vida cotidiana. Todo esto en referencia a un Estado que, como interlocutor, ha logrado bien mantenerse en silencio, desconocer el problema de los desaparecidos o relegar a la Agrupación a la categoría de grupo marginal a las preocupaciones nacionales. Manifestaciones como la Huelga de Hambre Larga, el encadenamiento a la CEPAL, la primera romería a Lonquén y el encadenamiento al Congreso Nacional respondieron a esa complejidad. Los sucesos que llevaron a esas acciones podrían pensarse como períodos de creciente tensión que la directiva de la Agrupación pudo solucionar creativamente con esos espectáculos. Este nexo tensión/distensión podría explicar las grandes descargas de bienestar, alegría y satisfacción que han testimoniado los participantes:

Los problemas de salud mental son bastante serios y extendidos. Gran parte de la gente que se ha marginado de la Agrupación es por eso. La mayoría de la gente que está en su casa no es que esté mejor que nosotros los todavía activos. Muchas veces están peor porque no tienen escape. No se sienten haciendo algo. La gente que tiene una actividad permanente en la Agrupación, que tiene la conciencia tranquila porque está haciendo cosas se siente más liberada, con menos carga emocional que la señora que está en su casa diciéndose «Yo no estoy haciendo nada». Han llegado a un jaque mate. Ya no pueden actuar porque las agrava, pero al mismo tiempo no actuar las agrava igual. A pesar que la actividad de la Agrupación es intensa y desgasta y agota, esa gente se ve mejor que muchos que están en su casa.

La conciencia pública de la masacre de Lonquén comenzó el 30 de noviembre de 1978 con náusea y suspicacia. Quien narró la comprobación del secreto recibido por el Cardenal, el abogado Máximo Pacheco, testimonió lo siguiente: «Los presentes quedamos muy impresionados por ese macabro hallazgo, al punto que debí apartarme y buscar refugio debajo de uno de los pocos árboles que existían en el lugar, para sobreponerme».(3) El peligro de que el gobierno ocultara el hallazgo no sólo fue neutralizado por la selección de periodistas para la comprobación, sino también con la virtual usurpación del trabajo de asesoramiento técnico a una

Jueza del Crimen de limitada experiencia de manos del personal policial. Desde el comienzo de la investigación, los enviados de la Vicaría de la Solidaridad proveyeron un fotógrafo, verificaron los restos, hicieron el trabajo de perforación de la losa que ocultaba los despojos. Durante los días iniciales de la investigación se hicieron presentes en Lonquén agentes de seguridad que constantemente hostigaron al personal de la Vicaría. Hubo clara indicación de que los teléfonos del juzgado de Talagante habían sido interceptados. El 16 de diciembre de 1978 la Corte Suprema designó un Ministro en Visita para continuar la investigación. El 25 de febrero de 1979 la Agrupación efectuó la primera romería a Lonquén.

Ese día, mil quinientas personas se reunieron en el villorrio. A mujeres, niños, campesinos de la zona y familiares de los masacrados, se sumó una comitiva de Santiago que llegó en quince buses especialmente contratados. La romería se inició con una liturgia eucarística en la capilla del lugar. El Vicario de la Solidaridad, Cristián Precht, pronunció una homilía titulada. «¿Por quién llora la hija de mi pueblo?» Luego se formó una columna que marchó en procesión hacia los hornos, que distaban cuatro a cinco kilómetros. Bajo el intenso sol de verano, lo fragoso y agreste de la huella y la polvareda, muchos ancianos debieron abandonar la marcha. Al llegar a la mole de piedra y cemento de los hornos se formó una fila de personas que comenzaron a poner flores, cruces, fotografías y recuerdos en la boca de la construcción. Se plantó una gran cruz de madera en el tope de los hornos que fue bendecida por el Vicario Precht. Dijo: «Que de este lugar de horror surja el manantial de esperanza». Desde allí, Clotario Blest, el anciano líder sindical, «con sus blancas barbas al viento invitó a todos a rezar un Padre Nuestro por los caídos». La multitud cantó himnos religiosos y canciones populares de protesta. Un dirigente del sindicato de campesinos Ranquil hizo una alocución por la democracia, la unidad nacional y la construcción de una sociedad en que tales masacres no sean posibles. Habló también una representante de la Agrupación. «Unos jóvenes [comunistas] lanzaron un grito de partido, pero fueron acallados por los demás: no se quería allí partidismos que pudieran dividir sino un solo compromiso de unión, lucha y liberación». Se fijó una placa con versos de Pablo Neruda contra uno de los muros:

Aunque los pasos toquen mil años este sitio

no borrarán la sangre de los que aquí cayeron
y no se extinguirá la hora en que caísteis
aunque miles de voces crucen este silencio.

A las cuatro de la tarde, después de reiterados requerimientos de los organizadores, los romeros iniciaron su regreso. «No queríamos apartarnos del lugar, hechizados como estábamos por todo lo que evocaba este anfiteatro de cerros, de murallas derrumbadas con huella de bala, y el macizo horno que vomitó cadáveres».

En el relato a que aludo, uno de los dos que se han hecho de la romería(4), resalta la censura colectiva que se hizo a la intro-



FOTO ROMERÍA A LONQUÉN
FOTO N° 2

ducción de voces estrictamente partidistas. Es muy probable que los jóvenes acallados no hayan pertenecido a la Agrupación, puesto que el lenguaje de ésta ha sido moldeado para evitar fragmentaciones doctrinarias, mantener la integración interna y la articulación con grupos solidarios y evitar la instrumentalización del grupo por los partidos políticos. Por lo demás, la retórica partidista ha sido asumida por los miembros en términos más radicales y profundos: el triunfo final del socialismo en Chile será la construcción de una sociedad en que impere la vida y la verdad. Esto supone una capacidad de relación en que las creencias y los intereses más dispares puedan convivir sin antagonismos mutuamente destructores, en la medida en que las necesidades y derechos humanos sean recono-

FOTO ROMERÍA A LONQUÉN
FOTO N° 3

cidos, satisfechos y respetados comunitariamente. Este espíritu se advierte en la fusión, en una ceremonia, la romería a Lonquén, de dos modos de proclamar la comunión humana, la renovación de la vida y su continuidad social a partir de la verdad de la muerte: uno es el espiritualismo de la Iglesia, el otro es el materialismo histórico del Partido Comunista.

Como ceremonial, la romería y la homilía sirven de clave para entender el rango que la Iglesia Católica dio al descubrimiento del cementerio secreto. La homilía es una forma de prédica y celebración en que el pastor expone a los fieles el modo concreto y tangible en que los misterios sagrados del plan divino para la salvación humana se manifiestan en la vida cotidiana(5). Esta revelación confronta al auditorio con Cristo y demanda una respuesta que dé fe de su despertar a la verdad y de su mayor participación en los misterios sagrados que se celebran. La Eucaristía que ocurre después une simbólicamente la cotidianidad, el misterio celebrado y el cuerpo místico de Cristo a través de la Iglesia. La miseria de la vida cotidiana, particularmente en lo que respecta a los miembros de la Agrupación, queda superada por su síntesis con una fuerza trascendental. Esto ocurre porque la Comunión Eucarística de los fieles implica un intercambio de energía sobrenatural proveniente del amor que el espíritu de Cristo infunde a los hombres. El bien común que se irradia así a través de la Iglesia, une todos los ámbitos de la institución, los naturales y los sobrenaturales: la Iglesia Triunfante (que congrega a los muertos cuyas almas gozan la contemplación y comunión con Dios), la Iglesia Penitente (que congrega a los muertos cuyas almas esperan su purificación en el Purgatorio), la Iglesia Militante (que congrega a los vivos que luchan por el triunfo del designio divino para la salvación humana en la tierra). Según esto, Lonquén había quedado sacralizado, pues allí había ocurrido una teofanía -una demostración de la voluntad divina. Los restos encontrados daban testimonio ya inobjetable del terrorismo estatal negado tantas veces. El hallazgo, interpretado desde la perspectiva del Misterio de la Resurrección y de la Comunión de los Santos, proponía a los católicos militantes la lucha por participar en el designio divino para la redención de la comunidad chilena, dejando atrás el odio y las divisiones actuales. En suma, el llamado a una romería a Lonquén otorgaba una sacralidad al lugar en la que había reverberaciones subversivas: el encubrimiento de los asesinatos por el gobierno teñía a este de un tinte satánico, ya

que había usado de su poder para impedir la unión nacional en el amor.

En el texto de la homilía el Vicario Precht usó esta estructura teológica no sólo para sustanciar la unión en el amor, sino también para arrancar a los hornos de Lonquén de su monumentalidad épica militar y reelaborarlos como símbolos de vida y reorientar el magisterio de la Iglesia en cuanto a la verdad del destino de los desaparecidos. En su argumento se busca impulsar a la congregación hacia la utopía de un ámbito social de afirmación de la vida mediante el reconocimiento de la verdad como base para una nueva sociedad: «Que se sepa que ese sitio apartado que hay en la montaña es un borrón que de ninguna manera mancha a este pueblo porque nosotros, con nuestras vidas y con nuestro amor, queremos transformarlo en lugar de bendición». «Inspirándonos en la Biblia, que nos dice que ‘conoceréis la verdad y os hará libres’ (Evangelio según San Juan, VIII,32) debemos abrirnos a ella y liberarnos del odio, que lleva a los hombres a la muerte y trabajar unidos en la construcción de una sociedad libre, justa, pacífica y democrática, fundada en el amor». El énfasis de la homilía en la verdad parece comprobar mi hipótesis sobre el cambio de la Iglesia en el trato del problema de los desaparecimientos. Recordemos que, después de la Huelga de Hambre Larga, la jerarquía había llegado a la conclusión de que la mayoría de los desaparecidos estaba muerta. Lonquén ciertamente comprobó este pensamiento. Con su mensaje el Vicario trató, entonces, de redirigir la energía obsesiva de la esperanza del rescate con vida a un objetivo transpersonal, como es el de hacer ese sufrimiento base para una sociedad de justicia. En la misma Agrupación el Vicario Precht mostró indicios de que eso estaba en vías de realizarse ya que, «en el camino» tras la verdad, los familiares habían forjado una comunidad de apoyo mutuo, denuncia, oración y reflexión que había producido «una fuerza que tiene sabor a esperanza». La palabra vida tomaba ahora un significado de comunión con Cristo y su experiencia con la cruz que abre «el misterio de la vida», que es el de la eternidad, a pesar de la muerte corporal. La fe en que «viven nuestros muertos y viven de verdad» en un más allá debía animar a los vivos a «¡Seguir luchando por la vida...Seguir luchando contra la muerte!» «Queremos que se toleren y respeten las ideas discrepantes. Queremos hacer una patria en que, como una familia, podamos tener distintas ideas, distintos proyectos, distintos ideales y ponerlos en común, como se hace en la mesa del hogar, en el barrio o en una comunidad». La homilía terminó con una invitación: «podríamos comprometernos a

hacer de Lonquén una tierra de bendición. Que sea un lugar puesto muy alto, para que nunca más se vaya a poner el pie ni la mano sobre ningún hombre que viva sobre la tierra».

Como actividad social la romería implica que aquello oculto, alejado y cargado de amenazas es realzado y acercado a la conciencia pública e integrado a una rutina de tránsito frecuente. Toda rutina es una forma de posesión del tiempo y del espacio. Se crean esquemas de conducta habituales, en que el individuo y los grupos no se ven forzados a un gasto extraordinario de energía mental y corporal para estructurar actividades. La ruta, las paradas, las actividades posibles en una romería quedan fijadas por la frecuencia y la comunicación de usos anteriores. Al mismo tiempo, la romería tiene aspecto de festival. Durante la marcha al lugar sagrado, durante la estadía en el lugar, con el retorno, además de los preparativos previos, los romeros se marginan temporalmente de las disciplinas que controlan su cotidianidad.(6) Por unas cuantas horas o días, el romero se despreocupa y se entrega a la contemplación y la experiencia participatoria en espacios nuevos y al conocimiento de una diversidad humana. Se genera una comunidad espontánea en que se conjuga el sentimiento religioso, el compromiso político y el placer de la diversión. Es sintomática la forma en que la revista Solidaridad describió la primera romería a Lonquén: «Un joven se había colocado a la vera del camino y hacía gorritos, con su diario recién comprado, para los caminantes. Otros comían moras o mojaban sus pies en las acequias. Había hombres y mujeres; jóvenes, adultos, ancianos y niños. Unos iban en silencio, otros cantando».(7) Es clara la contraposición que se hace entre este espíritu de paz y comunión con el consumismo y la competición desenfundados que imperan en la ciudad de Santiago.

El sentimiento de festival comunitario de las varias romerías organizadas hacia Lonquén significó, por un tiempo, la reconstrucción de un espacio de contacto público más allá del control del Estado Autoritario. De allí la audacia de jóvenes para gritar consignas comunistas. La presencia del Partido Comunista queda concretada, además, en los versos de Pablo Neruda escritos en la placa conmemorativa. Estos versos son parte del poema «Los muertos de la Plaza (28 de enero de 1946, Santiago Chile)» de la sección V, «La Arena Traicionada», del Canto General.(8) Allí Neruda propone una forma materialista de comunión y resurrección humana. Expando su sentido con un análisis del poema, cuyo texto

completo no fue transcrito en la placa.

En «Los Muertos de la Plaza...» Neruda cantó a cuatro trabajadores, militantes comunistas, que cayeron en una manifestación obrera en Plaza Bulnes, frente a la Moneda, el palacio de gobierno, a manos de Carabineros de Chile. Ese día, 28 de enero de 1946, organizaciones sindicales desfilaron en apoyo a movimientos huelguísticos que se desarrollaban en Chile. El Presidente Gabriel González Videla inició con ellos la represión contra el Partido Comunista que marcó la entrada de Chile a la Guerra Fría bajo presión del Departamento de Estado norteamericano. Como vaticinio de lo que ocurriría muchos años después, el 11 de septiembre de 1973, la voz poética usa el incidente para traer a la memoria que ése es sólo uno en la larga historia de masacres del pueblo y ocultamiento de sus cuerpos queridos.

Nadie sabe dónde enterraron
los asesinos estos cuerpos,
pero ellos saldrán de la tierra
a cobrar la sangre caída
en la resurrección del pueblo.

Es de interés señalar la cercanía de estos versos con el tropo de la germinación de la sangre de los desaparecidos como semilla, que encontráramos en el campo metafórico del discurso ideológico de la Agrupación. Se observaba que la aparición de este tema coincidía con la clarificación del destino de los desaparecidos, lo cual potenciaba una preparación para la lucha contra la tiranía. Idéntico paralelo se traza en el poema de Neruda. La voz poética recuerda que con la sangre de los trabajadores se formaron las banderas de la patria. Luego nombra a los muertos uno a uno para jurar que en su nombre se continuará la lucha por la liberación del pueblo «para que así florezca tu sangre derramada». Después inicia una letanía exigiendo justicia:

Por esos muertos, nuestros muertos
pido castigo.

Anuncia que la lucha continuará en las fábricas, en el campo, en las calles, en las minas: «Estará nuestra lucha en todas partes...» Promete recuerdo eterno con las palabras recogidas en la

placa de Lonquén, y termina:
Mil noches caerán con sus alas oscuras
sin destruir el día que esperan estos muertos.
El día que esperamos a lo largo del mundo
tantos hombres, el día final del sufrimiento.
Un día de justicia conquistada en la lucha,
y vosotros, hermanos caídos, en silencio,
estaréis con nosotros en ese vasto día
de la lucha final, en ese día inmenso.

Esta presencia del Partido Comunista en Lonquén complementa las palabras del Vicario Precht «Queremos que se toleren y respeten las ideas discrepantes...» y refracta su simbolismo religioso. Con voz silenciosa, el canto de Neruda refiere la lucha por la democratización de Chile no a un «más allá» fuera del alcance de los hombres, sino a su trabajo, en el «acá» y en el «ahora» por crear una nueva cultura con su propio sufrimiento y sangre.

Bajo ningún punto de vista es sostenible que la Iglesia Católica de Chile refiera la regeneración de la ética política del país sólo a ese «más allá». No es posible ni válido parcializar tan diametralmente el problema, en especial después del Concilio Vaticano II, en que se denunció la posición conservadora entre acción religiosa y acción temporal. No obstante, por lo menos indicar estos dos modos de fundir concepciones de la comunión humana y la resurrección de la vida, tan divergentes en sus bases filosóficas, atrae la atención sobre la presencia de Clotario Blest como símbolo significativo en la romería.

Su legado simbólico está en la forma en que ha unificado en su vida aspectos teóricos y prácticos que parecerían irremediablemente contradictorios a los ojos de doctrinas puristas. Estas fusiones coinciden con las soldaduras ideológicas elaboradas por la Agrupación, lo que ha hecho de Clotario Blest un invitado frecuente del grupo en sus actos. Él fue el principal instigador de la formación de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) el año 1953.⁽⁹⁾ Esta organización unificó diversos movimientos sindicales que, junto con el fortalecimiento creciente de los partidos de vanguardia de la izquierda, hicieron posible la cohesión y la claridad de objetivos de la clase trabajadora chilena. En la CUT el Partido Comunista tuvo un importante espacio de acción, aun en una clandestinidad que no terminaría hasta 1958, con la derogación de la Ley de Defensa de Democracia, llamada Ley Maldita, el instrumento represivo de la

Guerra Fría en Chile. Clotario Blest fue presidente de CUT entre 1953 y 1961. Luchó por fortalecer esta agrupación de los trabajadores por sobre toda diferencia doctrinaria y religiosa. Por su familia entronca con las ramas progresistas de la oligarquía liberal decimonónica. Antepasado suyo fue el novelista Alberto Blest Gana. La profunda convicción y vivencia del cristianismo lo llevó a la adopción consciente de la pobreza como estilo de vida. También renunció al matrimonio: en su juventud temprana hizo un pacto con su novia, por el que ambos se dedicaron por completo al servicio del prójimo. Ella finalmente decidió hacerse religiosa. En las diversas etapas de represión por la que ha pasado el movimiento sindical chileno sufrió cárcel y destierro. En la actual situación de Chile, Blest es universalmente reconocido como patriarca de ese movimiento. Su aspecto físico refuerza esa imagen. Habla de su trabajo sindical como de un apostolado. Es un anciano de pelo blanquísimo y largas barbas. Se viste y vive con sencillez. Está muy alerta en sus ochenta años y se expresa con vigor. No trepida en hacer declaraciones públicas de desafío al autoritarismo, en las que prevalece un espíritu ecuménico: «La unidad de la clase trabajadora es lo único que puede solucionar los problemas actuales en nuestro país y en el mundo. Esta unidad requiere condiciones morales. La unidad no la podemos alcanzar en Chile si los dirigentes sindicales siguen empeñados en tener ambiciones de mando y económicas. En tener sectarismo político partidista. Nosotros predicamos el hombre nuevo. Hay que transformar al hombre íntegramente. El hombre nuevo del que habló Cristo: 'no hay que echar vino nuevo en odres viejos, porque se corrompen ambos'. Del que habló Mahatma Gandhi: 'la independencia de la India sólo podremos alcanzarla con el hombre nuevo'. Del que habló el Che Guevara: 'el marxismo no tiene ningún significado si no hay una constitución moral y espiritual'. El hombre nuevo es el que se forja en la acción cotidiana, elevando los principios de libertad, justicia y fraternidad a la categoría de ideales, centros de acción de toda experiencia»⁽¹⁰⁾; «Nosotros vivimos la doctrina de Cristo, del Evangelio Esta es únicamente fraternidad y amor a todos los hombres y más que nada a los más pobres y desamparados, nosotros la vivimos desde muchachos».⁽¹¹⁾

Con los aportes obligatoriamente soterrados del materialismo histórico y con el alero visible de la Iglesia, en las lejanías de Lonquén, fuera de la conciencia colectiva, los romeros reestablecieron una sensación de comunidad que rehumanizó un espacio marcado

por la muerte. Los signos humanos y materiales permisibles en una situación represiva la decantaron en un lenguaje cristiano(12): a la ética militar de la guerra permanente se levanta un pensamiento que ve en la sociedad una tendencia natural a la cohesión por poseer valores y objetivos comunes, vitalmente significativos, de los que se desprenden formas de amor y responsabilidad para con el prójimo. Son nexos que provienen de la tendencia ontológica y teleológica del ser humano a buscar su felicidad individual como parte integrante del bien común. Cimientan lazos que la tradición comunica de generación en generación, a través de símbolos, usos y costumbres consagrados. Con ellos el individuo recibe conciencia de su lugar y función social, conciencia de la libertad a la que tiene derecho como persona y se nutre en él una responsabilidad en la cooperación para mantener el orden del conjunto social. Mientras más fuerte se mantengan estos lazos y nexos, este pensamiento ve en la autoridad una función cada vez más subsidiaria. Se evita el ejercicio de la represión que atenta contra el amor individual y comunitario. Asimismo se evita la conversión de la sociedad en un campo de batalla, si es que la pluralidad de intereses no puede ser armonizada por una autoridad débil o debilitada.

La romería a Lonquén fue un ritual de celebración de la vida y, por tanto, una afirmación de la voluntad y capacidad comunitaria de luchar por una nueva sociedad con claridad de propósitos. Sin embargo, a la opinión pública trascendió más bien un cuestionamiento melodramático de los sucesos de Lonquén que, por naturaleza, tendía a la confusión y al oscurantismo. La esencia del melodrama está en la actitud frente a la capacidad humana para aprehender y elaborar discursivamente la objetividad de los hechos históricos. Esta sensibilidad implica, si no una incapacidad de la conciencia para esa aprehensión, por lo menos el reconocimiento de serios obstáculos para el acceso a la objetividad y la totalización de su conocimiento. Como consecuencia, en el discurso representativo de la realidad social, grandes sectores de ella dejan de ser considerados. Las objetividades cercenadas a la mirada no desaparecen, por supuesto. Se presentan a la conciencia como latencias ocultas, que por no ser explicadas integralmente, adquieren visos de amenazas imprecisables y enormemente magnificadas. La prensa del período de Lonquén ilustra esto. Un editorial de la revista Mensaje preguntaba: «¿qué atropellos, corrupciones administrativas, negociados, inmoralidades no estarán gestándose, en silencio, en las entrañas

de la patria? ¿Cuántos hechos graves no estarán quedando impunes simplemente porque están ocultos?»(13) Para los editorialistas, los peligros toman paulatinamente mayor realidad que sus manifestaciones patentes: «¿hemos perdido el sentido de los valores en Chile? ¿Qué pasa en este país, que reacciona maravillosamente en la Teletón ante unos niños lisiados y no reacciona ante el clamor de angustia de los pobres y oprimidos?»(14) Los controles represivos que operan desde las sombras transforman el sentimiento de confianza en una rutina diaria dominada. Su espacio es penetrado por una paranoia que espera la sorpresa de catástrofes descomunales ocultas incluso tras entornos pacíficos y placenteros. Al informar de su visita a Lonquén, un periodista escribió: «Pese a la sequedad de los cerros y el implacable sol de mediodía, la sensación era de opresión y angustia, como si en vez de estar en el habitualmente sonriente valle central chileno se estuviera a miles de kilómetros de distancia, en el paisaje pantanoso de Escocia, lugar de tantas novelas policiales o, peor aún, en los campamentos de muerte, en Europa Central, cuyos nombres componen la más macabra letanía de todos los tiempos. Imaginación desatada, tal vez [...] Abajo, al nivel del suelo, una al lado de la otra, como fauces siniestras, están abiertas las negras bocas de los hornos: por una de ellas fueron vomitados los primeros restos».(15)

En la expresión melodramática el lenguaje se crispa para enfrentar los embates de lo desconocido. Se inyecta el lenguaje con una gran carga de emotividad que revitaliza los sentimientos y potencia la demanda pública de que se desvele lo desconocido y se exponga lo oculto. Predomina, por tanto, el argumento emocional por sobre las objetividades. Por ejemplo, de manera ingenua se esperaba que el gobierno militar mismo se autoajusticiara por su propio terrorismo. Se habló de «fe en la justicia chilena», de que la ciudadanía «confía en sus tribunales de justicia y tiene fe en las autoridades de gobierno»(16) de que «Dios perdona al que reconoce su pecado, se arrepiente y procura restablecer la justicia que ha pisoteado. A su vez, como todo pecado es una agresión a los demás, no basta para el perdón, el arrepentimiento ante Dios: se requiere el perdón de la sociedad a la que, al pecar, se ofendió»(17) A no dudar, era un lenguaje consciente de su impotencia ante el poder prepotente, pero que, a la vez, se reconocía a sí mismo como única arma esgrimible por el momento. Por ello se habló de «el arma de la verdad»(18) y se dieron tajantes oposiciones simbólicas entre bien,

luz, vida y sonidos vitales, contra mal, oscuridad, muerte y silencio sepulcral: «...el Obispo Alvear -en una misa sobrecogedora en la Catedral de Santiago, con los deudos [de las víctimas de Lonquén], miles de fieles y cientos de sacerdotes- llamó a superar estos hechos que 'destrozan la convivencia nacional y repugna a la conciencia cristiana y humana' con la fuerza de Cristo resucitado: 'La luz tiene más fuerza que las tinieblas' y es a cada uno de nosotros que Cristo nos dice: 'En lugar de quedarse en el pasado lamentando lo que ya fue, despierta en ti el anhelo profundo de dar vida... Despierta en ti tu responsabilidad de jugarte la vida... No te hagas cómplice, con tu silencio o pasividad de actitudes que dan muerte o hieren a la persona humana».(19)

En su contraofensiva, el gobierno militar trató de renovar el prestigio de la épica de la Seguridad Nacional. La opinión más articulada al respecto fue la del Ministerio del Interior, emitida el 20 de diciembre de 1978 y resumida en un editorial del diario El Mercurio de Santiago el 22 de diciembre. A partir de la afirmación de que el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 había sido parte de una guerra civil «inevitable» para salvaguardar la integridad nacional al borde del caos, los editorialistas argüían que los restos encontrados en Lonquén y Cuesta Barriga -el otro descubrimiento de esos días- era el resultado «natural» de enfrentamientos armados en que las bajas de la Unidad Popular no habían podido ser identificadas oportunamente. Se afirmó que era «una cantidad ínfima frente a la gravedad del problema afrontado, y que en todo caso, sería similar a la cifra de las bajas sufridas por las Fuerzas Armadas y de Orden, que superan las 500».(20) En el período de estos supuestos enfrentamientos, se argüía que la resistencia debió ser despejada con «medidas facultativas» inevitables,(21) eufemismo para eliminaciones físicas sin regulación jurídica. No debía, por tanto, mostrarse «sorpresa frente a informaciones de que hubo muertos a raíz de la acción militar». Era deber patriótico olvidar el pasado y dejar atrás la etapa de emergencia y entrar constructivamente a la normalización de la convivencia nacional «procurando que se cicatricen las heridas y se superen las animosidades. Para esto no ayuda la rebusca de cadáveres...»(22) Estas justificaciones se diseminaron y fueron usadas por el aparato jurídico estatal. De allí la respuesta de los familiares de las víctimas de Lonquén en su querrela contra los funcionarios de carabineros: «Simplemente fueron arrestados arbitrariamente, sin orden alguna, y posterior-

mente, en algún momento, fría y alevosamente asesinados por sus propios guardianes. No hay aquí bandos, lucha. Hay sólo agresores y agredidos, criminales y víctimas».

Recordando que, en la sensibilidad épica, los vencedores niegan humanidad a los vencidos, es preciso agregar que parte del sometimiento de éstos es borrar su historia para condenarlos a la oscuridad, a la nada, borrar sus símbolos para que no se pueda generar un recuerdo y un hálito de búsqueda de la justicia. Con esto llegamos al desenlace de los sucesos de Lonquén.

El 16 de agosto de 1979 el Segundo Juzgado militar «sobrescandó total y definitivamente» a los policías inculcados por la masacre, en virtud del Decreto-Ley de Amnistía. Un día después uno de los abogados representantes de los familiares solicitó formalmente al Fiscal militar que devolviera los restos de las víctimas para darles «una digna sepultura». Ante su negativa, la Corte Marcial lo instruyó para que procediera a la devolución. No obstante, el funcionario sólo dio instrucciones para la entrega de los despojos de Sergio Adrián Maureira Lillo. Alegó que era imposible identificar la osamenta restante, por lo que debía enterrársela a discreción del Estado, de acuerdo con la ley. En respuesta a un recurso de queja, la Corte Marcial censuró por escrito al Fiscal y le reiteró la orden de devolución. Para alertar a la ciudadanía, la Agrupación inició la tercera huelga de hambre de su historia, el 3 de septiembre, presionando con ello a las autoridades para la entrega de los restos y en preparación de un funeral de asistencia masiva. Tres iglesias y una embajada fueron ocupadas con este propósito. El 9 de septiembre la policía arrestó a miembros de la Agrupación y simpatizantes en la Parroquia San Cayetano. Finalmente ocurrió la derrota. Mientras miembros de la Agrupación se entrevistaban con el director del Instituto Médico Legal, funcionarios de servicios de seguridad sacaron secretamente los restos por una puerta trasera, enterraron en lugar desconocido a Sergio Maureira y lanzaron los huesos restantes a una fosa común del cementerio de Isla de Maipo, todo esto sin informar a los familiares. Así frustraron una misa programada en la Catedral, que habría sido seguida por el sepelio público.

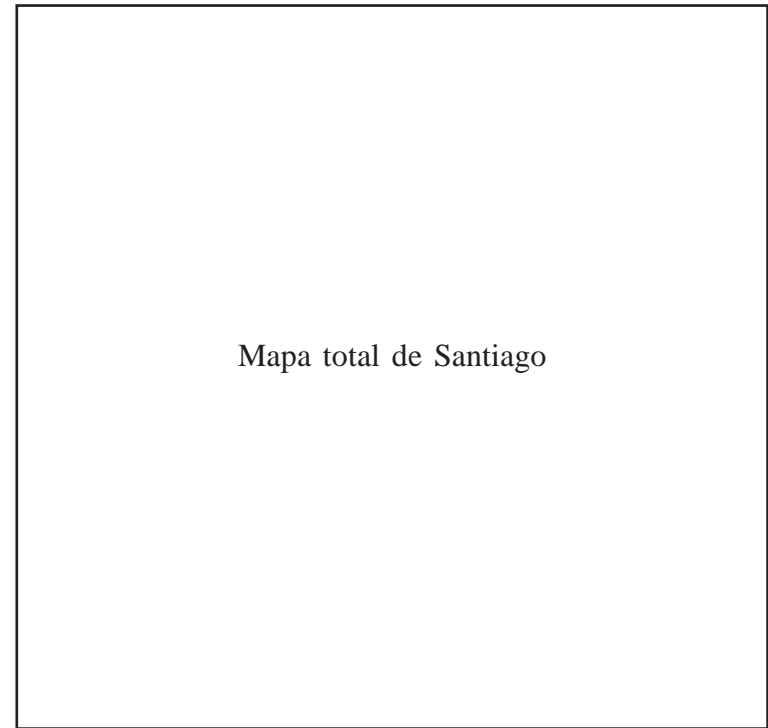
El 15 de mayo de 1980 el diario El Mercurio informó que una sociedad anónima había adquirido el terreno en que estaban localizados los hornos. La empresa había descubierto allí minerales de piedra caliza, carbonato, tiza y piedra negra en aquel terreno abandonado durante décadas. Instalaron allí una reja de fierro de

tres metros de altura y pusieron un portero para cerrar el paso del público que había seguido haciendo romerías al lugar. Luego los hornos fueron dinamitados porque allí, exactamente allí, debían hacerse mediciones y prospecciones mineras.

EL ENCADENAMIENTO

Si hubiera que hacer un esbozo de los términos conflictivos de los sucesos de Lonquén, habría que perfilar los esfuerzos de la Agrupación por restituir a la conciencia pública, como hecho central en lo espacial y en lo emotivo, con rango de sacralidad comunitaria, un suceso histórico que el autoritarismo quiso relegar a la inconciencia y a la periferia. Para ello usó el estricto anonimato de la esfera comercial privada para una destrucción que, en última instancia, es un sacrilegio. Reducido esto a su forma estructural más escueta, tendríamos el siguiente sistema de oposiciones: concientización histórica/inconciencia; revelación/ocultamiento; centralidad/periferia; emotividad/anestesia; congregación/aislamiento; comunidad/privacidad; sacralidad/sacrilegio; convocatoria a la acción liberadora/ represión para provocar parálisis. Idénticos términos encontraremos en el ritual de encadenamiento a las rejas del Congreso Nacional. Sin embargo, en esta acción se podrá captar una dimensión más dinámica de las proyecciones culturales de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos puesto que la primera romería a Lonquén fue una reacción ante hechos suscitados por un agente extraño, mientras que en el encadenamiento es la Agrupación la que aparece como agencia iniciadora.

El encadenamiento ocurrió el miércoles 18 de abril de 1979. Estuvo enmarcado por la conmoción del conocimiento público del hallazgo de Lonquén, comunicado por los medios masivos el 5 de diciembre de 1978, y por los quiebres internos de la Agrupación debido al reconocimiento de la muerte como destino posible de los desaparecidos. Públicamente fue anunciado como protesta contra la Ley de Amnistía, contra el silencio del Ministerio del Interior sobre el destino de los desaparecidos y como demanda de justicia por los hechos de Lonquén y entrega de los restos a sus familiares. El día anterior, 17 de abril, había fracasado la quinta petición de entrevista hecha por la Agrupación al Ministro del Interior. Ese miércoles, cincuenta y nueve personas, tres de ellas hombres, marcharon desde todos los puntos cardinales de Santiago

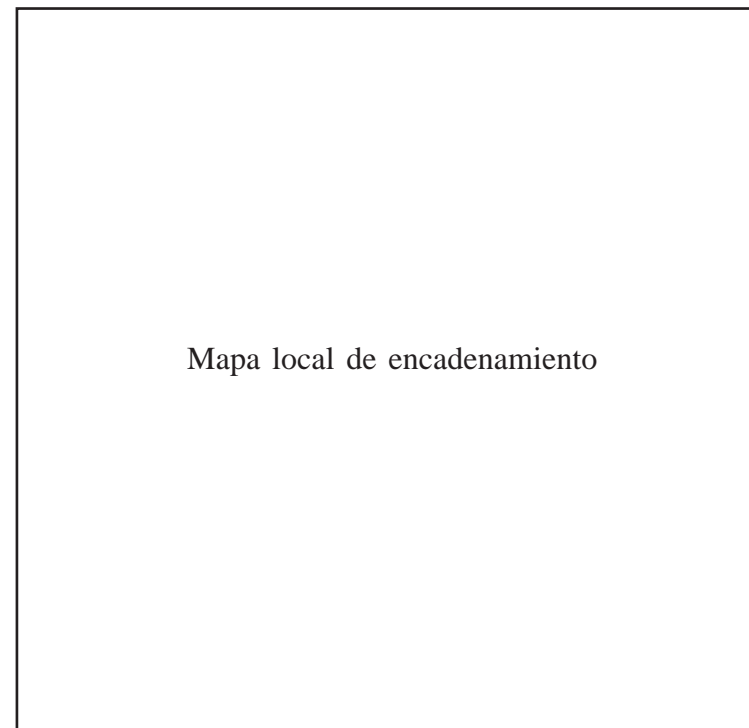


Mapa total de Santiago

para encadenarse exactamente a las once de la mañana. Quedaron enganchados a lo largo del costado oriente del Congreso, en la calle Bandera, entre las calles Compañía, al sur, y Catedral, al norte. La elección del lugar obedeció a consideraciones simbólicas, estratégicas y prácticas: por tradición, algunas de las manifestaciones más importantes en la política chilena, incluida aquella que terminara en la masacre lamentada en el poema de Neruda, han ocurrido en el sector céntrico de Santiago en que se ubican las calles mencionadas. Este sector céntrico es un cuadrilátero formado por las calles Teatinos en el poniente, la Avenida Libertador Bernardo O'Higgins en el sur, la calle Maclver en el oriente y la calle Monjitas-Catedral en el norte (ver plano). La intersección de Bandera, Compañía y Catedral es uno de los grandes ejes de tránsito metropolitano. Hay allí gran afluencia de público que trabaja, se divierte o compra en el centro de la ciudad, con su concentración de tiendas, cines, teatros, hoteles, restaurantes y dependencias municipales y estatales. En ese

eje hay edificios que hacen referencia a la tradición conservadora-liberal decimonónica: el edificio del Congreso mismo; el enorme edificio de granito gris oscuro de los Tribunales de Justicia , que cubren toda la acera opuesta al Congreso por su lado sur; en el centro de esta acera está la estatua del Presidente conservador Manuel Montt (1851-1861) que, sentado, mira a las puertas del Congreso enfrente, mientras junto a él y apoyando su mano en el hombro del mandatario, su Ministro y amigo Antonio Varas dirige la mirada hacia el área del encadenamiento; perpendicular al Congreso, en el lado sur-oeste de la intersección de las calles Compañía y Morandé, está el edificio de estilo dieciochesco del periódico El Mercurio. También están las reminiscencias coloniales de un edificio del siglo XVII, hoy convertido en pasaje de peatones, que hasta años atrás cobijara tribunales de menor cuantía. Esta construcción está perpendicular hacia el Congreso, en el sur-este de la intersección de las calles Bandera y Compañía. En la esquina de Bandera con Catedral, en la acera opuesta al Congreso, está la entrada trasera a la Catedral de Santiago. El aspecto práctico de la elección del lugar estuvo en que la Agrupación necesitaba un edificio de largas rejas como las del Congreso, y en el centro de Santiago, para acomodar un gran número de encadenados. Quedaba memoria de los obstáculos encontrados en el encadenamiento de la CEPAL, el 6 de noviembre de 1978. En esa ocasión las manifestantes habían tenido la sorpresa de descubrir que no había espacio para todas, por lo que algunas debieron encadenarse a las cadenas de otras compañeras. Esto limitó la expresividad de la protesta y facilitó el trabajo de la policía al arrancarlas de las rejas.

El escenario elegido para el encadenamiento es zona de grandes contrastes. La ostentosa fin de siglo de los jardines simétricos, las altas palmeras y las líneas amplias y curvadas del Congreso se enfrentan con la severidad masiva de los Tribunales de Justicia, de líneas rectas, rigurosas y lógicas. A su vez estas construcciones contrastan con la masividad y simpleza hispánica de los edificios coloniales. Pero todos ellos difieren abruptamente del comercialismo rampante y vulgar que caracteriza a todo el centro de Santiago. En la calle Bandera, en la acera opuesta a las rejas del Congreso que nos preocupan, hay dos edificios modernos de oficinas y departamentos de entre quince y veinte pisos de altura. En el primero de ellos, de color blanco, que limita con la calle Compañía, la planta baja tiene una farmacia, una tienda de adminículos



electrónicos, una tienda de maletas y artículos deportivos y una venta de artículos de plástico. Este edificio queda separado del siguiente, de color gris, por un jardín. Es un oasis inesperado, de antiguos muros de adobe que enmarcan los cuadros de césped, plantas y flores. Los muros son de la parte posterior de la Vicaría de la Solidaridad, cuya entrada da a la Plaza de Armas, en el costado opuesto de la manzana. Inmediatamente después, ya más cerca de la Catedral, está el siguiente edificio, con otra tienda y un restaurant dedicado al pollo asado. Estos locales están junto a la catedral.

Mayor contraste se percibe en cuanto a los efectos del tráfico motorizado. Por la calle Bandera, de sur a norte, transitan por lo menos ocho líneas de buses que unen los barrios y comunas populares de Gran Avenida, Santa Rosa, La Cisterna, San Miguel, en el sur de Santiago, con los del norte: Mapocho, Recoleta, Independencia, Conchalí, Renca. Por Compañía, desde el poniente hacia el oriente, circulan buses desde los barrios populares del oeste de Santiago

y de la comuna de Quinta Normal hacia los sectores acomodados de Providencia, Ñuñoa, La Reina, Las Condes, Lo Barnechea. Un mínimo de nueve líneas de transporte hacen este recorrido, cruzando con dificultad el centro de Santiago, y retornan en sentido inverso por la calle Catedral. Son vías estrechas, inapropiadas para tal volumen de tráfico, lo cual provoca grandes congestiones de vehículos y peatones, en especial en la intersección de Compañía con Bandera. La lentitud del tráfico aumenta en extremo la alta contaminación del aire en la ciudad en grado tal que el ambiente toma un color azulino y los ojos y la garganta se irritan. Dos tercios de la acera comercial de Bandera entre Compañía y Catedral son un largo paradero de buses de lento movimiento. Allí se congrega, embarca y desembarca una multitud de pasajeros. Es un foco de gran animación por el gentío, el colorido vivaz de los buses, rojo, verde, azul, blanco, naranja, la iluminación de los escaparates de las tiendas, el sonido de los motores en marcha y el rápido paso de peatones entre los buses para cruzar ilegalmente la calle en el medio y evitar las obstrucciones de las esquinas. Sin embargo, en la acera opuesta, las rejas del Congreso ocultan a la mirada un jardín hundido con respecto a la calle, de extraña quietud y serenidad frente a la agitación que se encuentra afuera, a pocos pasos. Hay allí viejas y altas palmeras, senderos de grava blanca cuidadosamente demarcados entre los prados y las manchas de flores. En el centro hay una estatua de mármol blanco dedicada a las víctimas de un incendio ocurrido a comienzos de siglo. Una Virgen María reza en su pedestal, con las manos juntas en oración, con mirada triste y sublime dirigida al cielo, rodeada de cuatro arcángeles. Densos arbustos de mediana altura son los que separan el jardín de las rejas y lo ocultan de la calle. Rara vez se ve gente en el jardín. No es paseo público y es necesario pedir permiso a un gendarme de guardia para entrar a él. A pesar de que el Ministerio de Justicia está alojado en el Congreso clausurado, no se ve afluencia de público en cantidad notable.

El Comité Coordinador de la Agrupación eligió las rejas del Congreso Nacional también por el simbolismo del edificio en la crisis de la democracia chilena, como desafío al sistema judicial que coopera con la represión, por la aglomeración de gente que podía constituir un auditorio masivo para su espectáculo, la facilidad con que se podía alterar el orden cotidiano de la ciudad y el fácil acceso al lugar para los periodistas citados minutos antes de la acción. Dos

semanas antes se contó el número de pilares de las rejas, se hizo un croquis y se calculó el número de personas que podía situarse. Se esperaba cubrir toda la extensión de la cuadra para el máximo de exposición de las consignas del grupo ante los espectadores, tanto en espacio como en tiempo. Se estimó que la acción podría durar quizás entre diez a veinticinco minutos. Se dispuso que los encadenados se desplegaran en sentido inverso al de su procedencia; los de la zona norte quedarían en el extremo sur de las rejas; los de la zona sur, en la esquina de Catedral; en medio estarían los grupos del oriente y del poniente. Luego los coordinadores consultaron con las diversas zonas de la Agrupación para obtener acuerdo y cooperación. Como medida de seguridad, se informó a las directivas de la naturaleza de la acción y de sus riesgos -maltrato físico, detención y posible destierro-, pero no del lugar ni de la hora. Dado el ánimo de los miembros de la Agrupación después de Lonquén, el acuerdo no fue fácil («la Agrupación no es un vaso de leche»). No obstante, según el estilo de debate del grupo, la decisión favorable fue tomada por unanimidad. Los coordinadores nombraron, entonces, una comisión de seis personas para entrevistar a los que posiblemente se encadenarían. No hubo criterio especial para la selección.

Reconocidos los participantes, se consiguió un grupo de apoyo para el cuidado de enfermos y niños durante la ausencia de las madres. Se trató de que estas personas alojaran en las casas asignadas para así darles la seguridad de su espacio habitual. Otras comisiones fueron encargadas de agitar en la zona del encadenamiento, preparar y distribuir volantes durante la acción. Los coordinadores mismos llamaron a la prensa minutos antes del suceso y se lo comunicaron al nuevo Vicario de la Solidaridad, Juan de Castro. Ellos tomaron a su cargo también los trabajos de relación con grupos solidarios, con los medios de comunicación y con servicios legales que resultarían de la acción. Se invitó a Clotario Blest y a Matilde Urrutia, viuda de Neruda, por su cercanía a la Agrupación a través de los años y por su significación simbólica. El comité a cargo de la compra de las cadenas y candados tuvo labor delicada. Debió comprar cincuenta y nueve trozos de cadena gruesa, de dos metros y medio de largo cada uno, sin despertar sospechas. Diluyeron la compra en ferreterías de diversos barrios de Santiago. Las cadenas y candados fueron entregados a los participante en reuniones formales en cada zona el día anterior a la acción. El Comité Coordinador se quedó con las llaves.

Ya con todos los preparativos completos, la tarde anterior al encadenamiento se produjo una crisis. Un exiliado chileno de visita en el país había sido informado por una amiga de los rasgos generales de la acción y fue detenido al salir de Chile en el aeropuerto de Pudahuel. Quedó la incertidumbre de que revelara la información bajo apremio físico. Sin embargo, los coordinadores decidieron que la acción prosiguiera, puesto que el detenido no tenía datos específicos de lugar y hora.

Los seres humanos crean su historia en un medio que concreta valores materiales y espirituales de generaciones precedentes. El espacio en que nacemos, el idioma que hablamos, los símbolos que usamos fueron creados por seres humanos que nos han antecedido y, a su vez, por otros que antecedieron a los que nos han precedido. Las calles en que nos movemos y nuestra lengua contienen algo así como estratos geológicos de significaciones acumulados por seres ya idos que no conocimos, cuya existencia ni siquiera sospechamos, pero que nos han legado un escenario para nuestros actos. Allí debemos inscribir nuestras propias significaciones en respuesta a nuestras necesidades históricas de reproducción. De cara a estas necesidades nos enfrentamos a este cúmulo que para nosotros es inconsciente, recuperando y comprendiendo aquello que nos es preciso para renovar el espacio y la lengua que legaremos a las generaciones futuras. Nos movemos en una limitada burbuja de conciencia histórica que nos rodea como una especie de piel, en medio de una amplia inconciencia que nunca se nos iluminará. Así descubrimos lo nuevo en lo viejo y lo viejo en lo nuevo. Con ello definimos nuestro mundo y el de otros y somos definidos por ellos. Hay un aparente sino humano en esta contradicción entre la tenue luz de la conciencia histórica del trabajo cultural de generaciones pasadas y nuestra tendencia en el presente a relegarlo a la oscuridad de la inconciencia. Ciertos seres humanos luchan cruentamente, robando tiempo a su supervivencia presente, para reconstruir el pasado encerrándose en bibliotecas y depósitos de documentos. Otros escuchan a los ancianos y tratan de preservar su experiencia. Todos tratan de conectar esos mundos desvaídos con las necesidades actuales, para guía del presente y del futuro.

Quienes por su trabajo, familia, círculo de amigos y talento no tienen inquietudes históricas contemplan las huellas del pasado materializado en disposiciones de calles, edificios, jardines y estilos arquitectónicos sin dimensión humana. No comprenden que son

continuidad de generaciones que los construyeron según proyectos culturales que, por tanto, todavía gravitan en el presente. Rejas antiguas de hierro moldeado, jardines, tribunales decimonónicos, catedral, pasaje y muros coloniales son, para esta visión, nada más que un telón de fondo para pasajeros amodorrados de la locomoción colectiva o peatones apresurados. Estos seres humanos han quedado anestesiados por su rutina cotidiana. Son pieza fácil para la ética promovida por el autoritarismo. La supervivencia de estas trazas del pasado les es indiferente desde su individualidad aislada, pero sobre sus hombros recae todo el desempleo y el desamparo de una orientación cultural decidida por una minoría para toda la comunidad. Sin embargo, este hecho queda enmascarado con explicaciones sobre «las leyes del mercado», como si el sistema económico no respondiera a decisiones de hombres con poder, sino a tendencias naturales como el flujo de los ríos, las resacas del mar y el curso de los vientos. Esta alienación de la conciencia histórica afecta a la generación de jóvenes chilenos que llegó a su adolescencia bajo el autoritarismo y su propaganda cotidiana y educativa. Si este individuo derelicto se ha beneficiado de la política económica militar, esas «leyes naturales» están allí para ser entendidas y usadas en beneficio individual y familiar, pero no para ser alteradas. El individualismo es asumido así como cálculo de opciones para la inversión más ventajosa de tiempo y de dinero. Para ellos el centro de Santiago ofrece los enormes edificios de las compañías financieras que le abren paso a «los mercados de capital» o el diluvio de mercaderías que ya los trabajadores chilenos no producen, que vienen de Japón, Taiwán, Hong Kong y Corea, el cual ya los comerciantes ni se preocupan de exhibir en escaparates diseñados, sino que, más bien, amontonan.

Espacio atrás indicaba que la ética del autoritarismo se desliza entre el escaparate y las sombras. Tal imagen apunta, además, a la gran contradicción del neoliberalismo militarizado: para reproducirse requiere seres humanos con la libertad suficiente para elegir dentro de una comunidad reducida a mercado de trabajo, capitales, mercancías, salud, educación y cuerpos humanos para ser gozados, pero sin la iniciativa para imaginar alternativas éticas comunitariamente más satisfactorias. Por ello es que la represión debe interiorizarse psíquicamente, provocando el temor consciente o inconsciente de «cruzar la franja divisoria». Esta interiorización psíquica del terror tiene un correlato material con el despliegue

estratégico de policías y elementos de la CNI por todo el centro de Santiago. Por los paseos de Ahumada y Huérfanos y las calles aledañas se mueven agentes secretos con los aspectos y vestimentas más sorprendentes, preparados para intervenir con rapidez en contra de protestas relámpago y lanzamientos de panfletos que se dan al amparo de multitudes. En las intersecciones más periféricas del sector céntrico se han destacado grandes buses de las Fuerzas Especiales de Carabineros, expertos en el control de manifestaciones masivas, de color verde oscuro, que con su pintura mimética buscan una invisibilidad. Cada bus acuartela decenas de personal armado con metralletas. No obstante, son personas que cultivan la amabilidad. Si uno se acerca a pedir direcciones se esmeran por complacer, se consultan entre ellas para aclarar los datos pertinentes, usan el apelativo de «señor» para el civil que se dirige a ellos. Es una represión que enfatiza la ilusión de normalidad cotidiana. Se impone por presencia, por relaciones públicas y no por violencia de hecho, si es posible evitarla. En el paseo Ahumada hay un moderno kiosco de informaciones instalado por Carabineros de Chile; es atendido por atractivas mujeres policías que hablan varios idiomas. Es un aparataje represivo que advierte calladamente que los límites de la expresión popular están allí. Días antes del encadenamiento, los coordinadores observaron un bus de Fuerzas Especiales estacionado permanentemente en la esquina sur-este de Bandera con Compañía.

Al elegir como escenario de su acción la cuadra de Bandera entre Compañía y Catedral, la Agrupación escogió el sector más cargado de historia constitucional del complejo céntrico de Santiago. Allí se instalaron como una fisura equidistante entre la utopía ya cancelada del parlamentarismo liberal, el craso consumismo de la vereda opuesta y su basura de envoltorios, el olor de grasas rancias del restaurante y el paso rutinario de los pasajeros de buses. Los cincuenta y nueve mujeres y hombres de la Agrupación llegaron allí para destruir por unos minutos la pantalla de normalidad cotidiana forjada por el autoritarismo. Armaron un ritual para dar a sus compatriotas atemorizados o amodorrados ante la historia, la ocasión de despertar y expresarse con gritos de apoyo. Esa ceremonia, con el Congreso clausurado a sus espaldas, incitó a la utopía del respeto a los derechos humanos y a la necesidad de crear un nuevo Estado que los garantice.

Para este ritual de convocatoria cultural, el instrumento

fundamental de la Agrupación fue el cuerpo de los encadenados. El propósito de su uso en este tipo de acción es someterlo a la violencia estatal públicamente para desenmascarar su terrorismo y comprometer moralmente tanto a los espectadores sensibles a la transgresión de los derechos humanos como a la fuerza policial misma. Los condicionamientos mentales para esta instrumentalización se iniciaron el día anterior. La primera etapa de este proceso son los preparativos para desligarse al día siguiente de los compromisos, responsabilidades y opciones de la vida cotidiana, de acuerdo con los arreglos logísticos hechos por el Comité de Coordinación. Desde este momento el participante cede las elecciones de su proyecto vital como individuo para integrarse al proyecto colectivo de la Agrupación como gran empresario de urgimiento de la conciencia nacional. De la noche a la mañana, literalmente, el participante es arrancado de las limitaciones de su cotidianidad para ser propulsado a un escenario de resonancia nacional e internacional por su desafío al Estado Autoritario. Dentro de ese proyecto colectivo, entonces, la persona elige consciente y responsablemente cosificar su cuerpo como arma de agresión moral. Con los preparativos de ropa visible, cadena y fotografía del desaparecido («... buscar la más grande, la más nueva, la que esté mejor, buscar un alfilerito para ponérsela en el pecho...») el recuerdo de vida del ausente se intensifica hasta el punto en que se reactualiza la empatía del familiar con el desaparecido. El tiempo parece congelarse nuevamente y la angustia por sus sufrimientos lleva a un deseo de comunión en que el familiar se siente como el desaparecido. El familiar llegará al escenario de la protesta para hacer de la vulnerabilidad de su cuerpo ante la represión que se aproxima una metáfora del destino que imagina para su ser querido. De esta metáfora surge otra: la convicción de que en el acto de protesta se está creando un símbolo de desafío al autoritarismo que todo el mundo puede compartir en nombre del movimiento popular:

Lo mismo que en acciones anteriores, huelgas de hambre, salidas a la calle, sentía que lo más importante era obtener el objetivo que se persigue. En este caso, quedar encadenadas, no atrasarse, no fallar. Creo que ésta es la parte que a uno le queda más grabada, la angustia que se vive y la decisión muy clara de superar cualquier imprevisto que pueda surgir y lograr la acción planteada. En mi caso particular ésta siempre ha sido dejar previsto lo que pueda ocurrir, incluso

prepararla emocionalmente a la niña, porque uno sabe bien lo que arriesga en este tipo cosas y es preferible tener a los niños preparados, porque estoy convencida de que pueden afrontarlo mejor que verse sorprendidos con mentiras. En este caso yo no podía decirle a la niña concretamente lo que iba a hacer, pero sí que la mamá tenía que hacer algo muy importante al día siguiente para saber del papito y que ella tenía que quedarse con una señora amiga mía, que tenía que tratar de portarse lo mejor posible y que tenía que estar muy confiada, muy tranquila, que lo que la mamá tenía que hacer tenía que hacerlo. La niña en ese caso ha entendido siempre con mucha intuición. Ella siempre se ha alegrado de saber que la mamá va a hacer algo por el papito, aunque también uno adivina la preocupación de ella por su carita. Esta es la parte más agobiante porque uno no sabe qué se va a dar, qué va a ocurrir y es terrible imaginarse a los niños desamparados.

Yo también, como muchas otras, calladamente hice mis preparativos, porque en mi casa hay muchos niños, tengo muchos nietos. Con todo ese nerviosismo esa noche soñé con mi esposo desaparecido. Soñé que golpeaban a la puerta y él llegaba. Tuve una alegría indescriptible y me arrodillé como dando gracias de verlo. Lo vi tan igual como se fue ese día 29 de abril que lo detuvieron, con su ropa azul, tan como era él, con su cabello cano y su calvicie avanzada, con su sonrisa, sus dientes pequeños. Y en la cama lo sentí a él. Sentí que lo tenía abrazado junto a mí. Y cuando despierto, con mi brazo así, como abrazando al ser amado, encuentro que no está a mi lado. Pero rápidamente pienso, «se levantó al baño», pero ahí bruscamente vuelve la realidad y se ve que todo lo que había vivido esa noche era sólo un sueño. Me levanté temprano y alegre.

En todas las acciones, no sólo esta, yo tengo una ilusión. Que al día siguiente, en una población, un matrimonio se va a levantar y va a ver en el diario nuestra foto, en una huelga de hambre o encadenados, y que se van a sentir contentos, que ese día van a estar alegres porque alguien está dando la cara por el pueblo, alguien sigue luchando.

El proceso de cosificación se hace más patente durante el

Foto señoras encadenadas
Nº 4

Foto señoras encadenadas
Nº 5

movimiento de los manifestantes al lugar de la acción. Toda consideración por el cuidado y el resguardo personal se somete a la del transporte de la cadena que portan ya enrollada en torno a la cintura y el torso. Puede que las señoras lleven en su bolsa artículos necesarios para mayor comodidad en un corto período de arresto, aspirinas y remedios, por ejemplo. Pero estos son mero dato al pasar frente a su preocupación por usar ropa adecuada para que los espectadores de la acción noten fácilmente la cadena contra el cuerpo, de que la cadena se ajuste al cuerpo con comodidad, pero sin quedar demasiado suelta para facilitar el trabajo de la policía, de que no haya ruido de cadenas en el bus y despertar sospechas de soplones. Por sobre todo, ahora el cuerpo es vehículo para la cadena y este objeto metálico da sentido a las preocupaciones humanas hasta el momento del enganche a las rejas:

Todo el nerviosismo es terrible. Ponerse las cadenas, ver cuál ropa era la más apropiada para disimular. Como no tenía abrigo me puse una chaqueta de cuero y me la cerré, contra mi costumbre, pero me la cerré para tapar la cadena. Como la cadena era oscura, pensé que podía destacar más si me ponía algo clarito. Me puse un suéter color plomo para que destacara la cadena. Y preparé la fotografía que uno siempre lleva de su ser querido en la cartera.

En el bus en que viajaba iba con otra persona que también se iba a encadenar y mi cadena sonaba mucho. No me la había puesto bien. Traté de mover mucho mi cartera para que se confundieran los ruidos. Bastaba que yo supiera que yo llevaba la cadena. Esto me ponía nerviosa. Todos los chilenos sabemos, por lo que hemos vivido, que el centro está invadido por soplones y mirones, de agentes de la DINA, también las micros [buses]. Y una nunca sabe el resultado de las cosas imprevistas. Si a mí se me hubiera abierto la chaqueta y alguien hubiera visto la cadena, quizás habría hecho un comentario y ahí quién sabe en qué podría derivar.

A una de las personas, justamente frente donde están los carabineros, se le había caído la cadena y el candado al suelo. Pero nosotras tres, con una rapidez, la metimos a un negocio y tuvo que suspenderse la cadena en el baño y ponérsela. Este momento fue terrible para nosotros.

El enganche mismo tomó aproximadamente dos minutos para los cincuenta y nueve participantes. Entre quienes debían situarse a mediados de cuadra había un número de personas sin experiencia en acciones de protesta. Esto contribuyó a un pequeño desorden que obstaculizó el despliegue planeado. Se formaron uno o dos grupos demasiado concentrados. Que no se cubriera el espacio predeterminado afectó la uniformidad de la manifestación, pero en grado mínimo. La inexperiencia de algunos de estos mismos impidió, por otra parte, que usaran desde el comienzo de la acción la totalidad expresiva de las posturas del cuerpo humano. Al examinarse fotos de los inicios se observa que están sentados, en actitud de pasividad que contrasta con los encadenados de experiencia. Estos están de pie para atraer máxima atención, adoptan postura declamatoria, usan el torso para registrar un grado de agresividad tensa y dinámica, atractiva, por tanto, gesticulan con manos, brazos y rostros.

Con ello el proceso de cosificación completó su perfil. Durante algunos minutos los manifestantes vivieron intensamente la sensación de ser objetos para la represión como un relajamiento, como una deflación de tensiones y una disponibilidad para el castigo. Sin embargo, esta etapa fue fulminantemente superada por la obligación de cumplir con el trabajo entre manos. El deber de gritar las consignas individuales y de la Agrupación trasciende la exposición pública del familiar como si fuera el cuerpo del desaparecido y lo transmuta en ser heroico que ahora pertenece a un proyecto de transformación cultural. Este cambio de identidades va acompañado de una fuerte descarga de energía psíquica que los participantes describen como «alegría», «mística», «sensación de haberme realizado», «satisfacción indescriptible»; usan adjetivos como «sublime», «impresionante». Los miembros del Comité Coordinador apostados en la acera de enfrente informan de haber experimentado una inefable sensación de orgullo por la valentía de las mujeres encadenadas, un acceso de amor por ellas y una necesidad casi irreprimible de cruzar la calle y abrazarlas. Para los manifestantes de experiencia anterior esta sensación de plenitud trae gran calma y claridad de visión del espacio y de los hechos que ocurren.

Cuando uno ya está encadenada, como que se pierde el miedo, viene la resignación. Ahí es donde sale el valor, de gritar,

Foto señoras y Clotario Blest
Nº 5

Foto 2 señoras encadenadas
Nº 6

de poder protestar, sale la motivación, el grito auténtico y ahí vemos que podemos hacer mucho más.

Uno se entrega y eso mismo da valor. Se está serena, consciente de todo. Uno se siente realizada, contenta de haber concretado algo y no importa lo que venga después.

Uno siente como una enorme alegría, una sensación de gran satisfacción. Uno va con un gran convencimiento. Uno sabe lo que está arriesgando. Sabe cómo comienza la cosa, pero no cómo va a terminar y el precio que vamos a pagar. Pero, en medio de todo, uno siente alegría de hacer algo, de que se es útil. Nunca he ido con ilusiones falsas de que sea esta acción la que nos va a dar la respuesta tan ansiada, que tiene que haber todo un proceso, un desarrollo social. Pero es muy marcado que con el miedo a cuestras, porque eso no se puede negar, uno comprueba que cada compañero, cada compañerita, siente esa cosa sublime de que tenemos que hacerlo. Uno cierra la cadena y dice: «Ya estoy lista. ahora que pase lo que pase».

Cuando una cierra el candado viene el relajó, como decir; «¡Lo hicimos! ¡Hurra!» Después se sienten dos cosas contradictorias, alegría y también ganas de llorar. Alegría por haber hecho la acción y llorar por haber cumplido otra cosa más por la vida. Fue tan impresionante vernos a nosotras mismas contra las rejas del Congreso Nacional. ¡Todo lo que simboliza eso! Y vernos con nuestra tragedia ahí, expuestas, puestas a disposición del enemigo, de ellos que lo tienen todo, de ellos que pueden disponer de todos nuestros derechos, de nuestra vida. Nos encadenamos para que también desataran contra nosotros la violencia que ya han perpetrado contra nuestros familiares. Estamos atentando contra nosotras mismas; contra nadie más. Fue algo sobrecogedor oírnos a nosotras mismas gritar, decir lo que sentíamos. Me sorprendió ver a una compañerita, tan pequeña, que de común tiene una voz suave y dulce, que sacaba fuerzas de no sé dónde para gritar: «¡Díganme dónde está mi esposo!» Las que estaban a mi lado gritaban: «¡Dónde está mi padre!» Una se emocionaba terriblemente, porque nosotras, que hemos vivido el dolor y hemos sufrido tanto, no estamos acostumbradas todavía, que el dolor de otros todavía nos afecta.

La sorpresa táctica lograda por la Agrupación se mostró con una parálisis relativamente prolongada de la policía. Esta duró alrededor de quince minutos, que los manifestantes, condicionados como estaban para una rápida represión, han descrito como «sensación de vacío». En este período los encadenados interpelaron a los peatones que pasaban por su acera, tratando de explicar los objetivos y motivos de la acción. Cierta número de curiosos se detuvo para entablar diálogo. Sin embargo, con el peligro de la situación, la actitud más frecuente fue ignorar a los encadenados y acelerar el paso, adoptando una mirada vacía en el rostro. A los pocos minutos la vereda de las rejas del Congreso quedó vacía de transeúntes. Los encadenados de mayor experiencia y entereza elevaron, entonces, aún más, sus gritos para dirigirse al público de la vereda opuesta, en el paradero de buses y a los pasajeros de los vehículos en circulación. Con ellos y con sacerdotes y monjas que se apostaron hacia la esquina de la Catedral, se dieron rápidos intercambios de simpatía o rechazo, gestos de saludo, puños levantados y aplausos en señal de apoyo.

-¡Que nos digan dónde están! ¡Por la vida y por la paz, que nos digan dónde están!

-¡Las apoyamos! ¡Animo! ¡Bravo! ¡Bravo!

-¡El general Pinochet debe responder qué ha pasado con cientos de ciudadanos chilenos desaparecidos!

-¡Qué diría O'Higgins si viera lo que pasa en Chile! ¡A ti te estoy diciendo! ¡Y a ti, y a ti! ¡Tú también eres parte de nuestro pueblo! ¡Ayúdanos!

-¡Quiero saber de mi padre detenido el 12 de mayo de 1976!

-¡Que Manuel Contreras, Director de la DINA diga dónde están los detenidos desaparecidos!

-¿Cuánto te pagan por hacer esto?

-¿Cuánto cobrarías por saber de tu padre desaparecido?

En los edificios de oficina comenzaron a abrirse las ventanas. Sobre los techos traseros del distante edificio de la Vicaría de la Solidaridad se instalaron espectadores, entre ellos Juan de Castro, entonces nuevo Vicario que recién se hacía cargo de su puesto. Los grupos de agitación destacados entre los espectadores de enfrente entraron en acción. Su misión era comentar ante el público el drama de los familiares de los detenidos desaparecidos, distribuir

panfletos y alentar la adhesión y expresión de los disidentes entre una multitud ya numerosa. Una señora cruzó hacia las rejas desde Compañía con un gran ramo de claveles rojos en los brazos y comenzó a dar uno a cada encadenado «mirándonos intensamente a los ojos». Por las circunstancias sólo alcanzó a la mitad de los encadenados. Clotario Blest también cruzó, pidiendo una cadena para encadenarse.

Hacia mediados y finales de estos primeros quince minutos se produjeron los primeros arrestos. Un abogado miembro de la Agrupación y un adolescente bajaron de un bus y comenzaron a repartir panfletos. Un agente de la CNI, que viajaba en el mismo bus, los detuvo. Una joven de dieciocho años, de nombre María Lorena, fue detenida a las puertas de la farmacia de la esquina de Compañía mientras gritaba injurias e insultos contra el gobierno y las fuerzas armadas. Por este incidente, y por hechos ocurridos más adelante, la Agrupación llegó a la sospecha de que la joven era agente provocadora de la CNI, puesto que el estilo de protesta del grupo precluye el insulto contra el adversario. En el edificio del Congreso, en el segundo piso del lado sur, se abrieron las ventanas de la oficina de la Ministro de Justicia, Mónica Madariaga, quien, con voz destemplada gritó: ¡»Saquen de allí a esas mujeres! ¡Sáquenlas!» Desde el interior del edificio salió todo el contingente de gendarmes del Ministerio hacia los jardines.

La desaparición de transeúntes de la acera de las rejas, el consecuente aislamiento de los encadenados y la concentración de espectadores en la vereda opuesta definió espontáneamente el espacio en una disposición teatral de escenario y auditorio. El hecho de que el público continuara congregado, a pesar del riesgo de permanecer allí, certifica que la manifestación tenía capacidad dramática suficiente para concentrar sobre ella la curiosidad y atención de los espectadores. Es importante captar la naturaleza de ese drama. Dato superficial de ella, pero de importancia inicial, es el cruce de la calle por Clotario Blest y la señora de los claveles. Tales gestos son adecuados y significativos en la medida en que su altísimo sentido histriónico no cause repulsión de los espectadores. Que no haya ocurrido así da prueba de que ya se había alcanzado un reconocimiento de que cuanto sucedía allí tenía trascendencia. Esto quedaba atestiguado, por lo demás, por la presencia de peiodistas en la primera etapa de la acción.

Dramaticidad y trascendencia son las categorías centrales

Foto 1 señora encadenada
Nº 7

para comprender lo ocurrido de allí en adelante. Entre ellas hay una estrecha relación. La dramaticidad de un suceso está en la posibilidad de que se perciba en él una situación conflictiva que desencadene una dinámica de cuestionamiento de los valores y actitudes del sentido comunitario fundamental de un grupo cohesionado culturalmente. El conflicto/cuestionamiento es el que suscita el interés necesario para que el espectador se desentienda de otras incitaciones del medio y se comprometa con las peripecias de la situación. El nexo dramaticidad/trascendencia se hace evidente si entendemos que ese cuestionamiento implica que los actos presenciados no agotan su significación en sí mismos, sino que hacen referencia a significaciones mucho más vastas, que gravitan sobre ellos de modo indirecto y hasta subliminal. Esta gravitación presta a los sucesos en desarrollo una cualidad aún más conflictiva, puesto que los significados trascendentales que se dejan traslucir de ningún modo logran verbalizar y comunicar la densidad de significaciones no mentadas y ocultas, pero que se perciben de todos modos en el trasfondo. La sobresaturación y derrota de la expresividad da a los sucesos un carácter sobrecargado de emotividad.

Esta estructura dramática es discernible todavía con mayor vigor en la acción del encadenamiento por razón de autocensura que la Agrupación debe imponerse para preservar su identidad de grupo defensor de los derechos humanos. La protesta política directa destruiría esta especificidad y haría problemática la existencia del grupo. Por tanto, el sistema de referencias indirectas y subliminales de la acción del encadenamiento se hace mucho más complejo, aunque también encuentra su efectividad más por las latencias ocultas y sugeridas que por las patencias expresadas. El público espectador tendrá que reconocer simultánea e indefectiblemente que el encadenamiento se refiere al trasfondo histórico de la derrota de la Unidad Popular, a la muerte de Salvador Allende, al horror ya conocido del destino de muchos desaparecidos después de Lonquén, al cúmulo de valores creados por la humanidad en respeto de la materialidad corporal, a la fascinación de todo ser humano ante evidencias de muerte, a la admiración o rechazo expresado ante personas capaces de arriesgarse en ese acto de protesta, a la convocatoria implícita para la construcción de una sociedad futura en que tanto la expresión de disidencia como de otros derechos humanos no tengan pena de muerte o tortura y, sin duda, a la manifestación de una voz pública de la izquierda, a pesar

de los sacrificios que ello demande.

Es la referencia a todas esas experiencias compartidas en la historia chilena reciente la que dio al encadenamiento su carácter de ritual comunitario. En este contexto, la tragedia de los familiares de detenidos desaparecidos tomó un sentido radicalmente diferente al que el autoritarismo quisiera darle. Para las autoridades la derrota popular debiera ser vivida por la familia de los líderes ejecutados, desaparecidos y exiliados nada más que como un drama individual, que quedara relegado a la esfera de lo íntimo y de lo doméstico, que no tuviera trascendencia. En otras palabras quitarle calidad de hecho histórico comunitario y, por ende, masivo. El ritual de los encadenados obró a contrapelo de esa voluntad represiva. La Agrupación tomó precisamente esa intimidad y esa domesticidad para comunizarlas y actuarlas centralmente en la conciencia cotidiana de la opinión pública. Comprobación final de esta dramaticidad trascendental es la súbita «limpieza» del lenguaje usado en la acción, tanto por la policía como por el público opuesto a la Agrupación. Esta característica, ya observada en acciones anteriores, es sorprendente, dada la fuerte capacidad de invectiva soez y obscena del dialecto cotidiano chileno, que en las luchas del período de la Unidad Popular tuvo su mejor lucimiento.

A todo esto, la policía, ya repuesta de la sorpresa y con instrucciones del Ministerio del Interior, procedió a disolver la manifestación y, por tanto, a redefinir valorativamente el espacio público acotado por la Agrupación. Otra unidad de las Fuerzas Especiales de Carabineros se había sumado a la ya apostada en el sector. Sellaron las bocacalles de Bandera con Compañía y Catedral con barreras de policías. Suspendieron el tráfico de vehículos y dispersaron al público de la acera opuesta a los encadenados. Los periodistas fueron alejados. Sin embargo, a un camarógrafo que mostró a los policías una tarjeta de identidad se le permitió el paso para tomar películas de todos los encadenados, sin excepción. La muchedumbre se concentró en las esquinas, con lo que aumentó la confusión general por el entorpecimiento del tránsito motorizado. Desde allí los grupos de agitación siguieron su trabajo. A favor de la masa reunida iniciaron una presión física para penetrar las barreras de policías con el objeto de acercarse a los encadenados y seguir homenajéandolos.

En este punto, la disposición de las calles provocó la necesidad de un cambio táctico que los grupos de agitación de la esquina

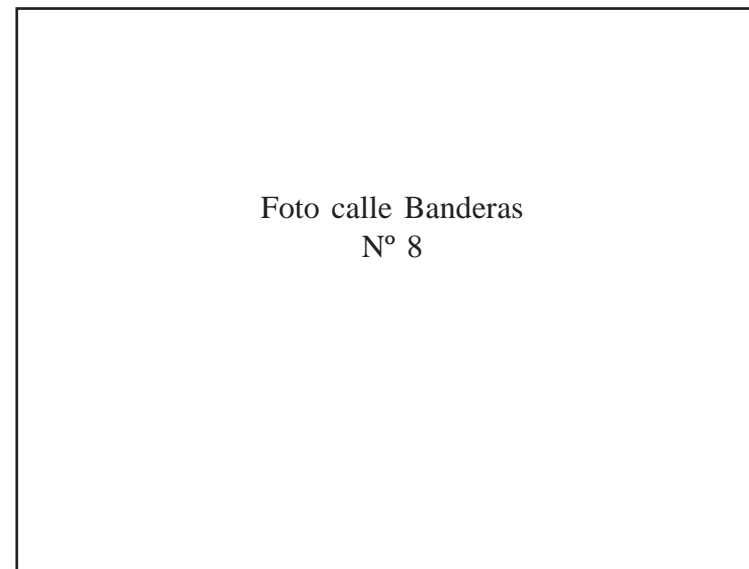


Foto calle Banderas
N° 8

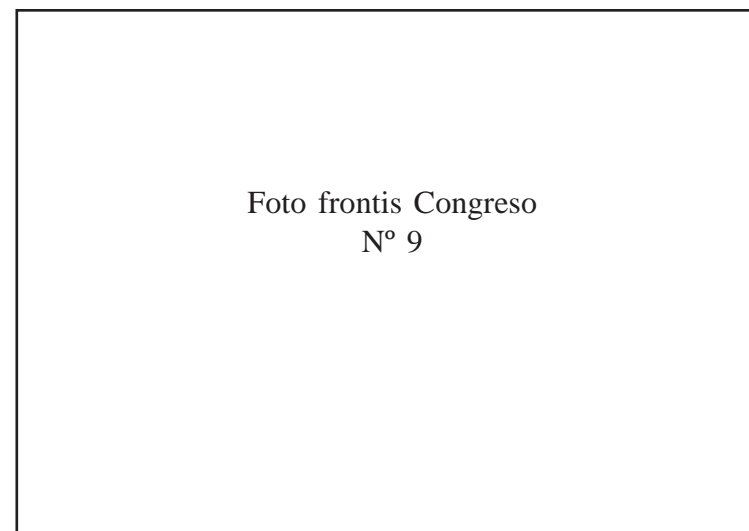


Foto frontis Congreso
N° 9

de Catedral percibieron certeramente. Las calles que conectan con el costado norte del cuadrilátero céntrico de Santiago marcado por las calles Catedral-Monjitas permiten una mejor dispersión del tráfico de vehículos para evitar una aglomeración incontrolable en la esquina Bandera-Catedral. No así las que conectan con Bandera-Compañía viniendo desde el sur, es decir de la Avenida Libertador Bernardo O'Higgins. aquí hay calles que conectan transversalmente con el gran Paseo Ahumada. Algunas de ellas mismas son paseos de peatones. Por esta razón, el paso de vehículos pudo ser malamente desviado y, junto con la congestión normal del área, más bien se paralizó. Mientras en la esquina Bandera-catedral la policía tenía mayor movilidad para dispersar a la muchedumbre y canalizarla hacia calles alejadas de la acción, la gran concentración de vehículos y público hizo que esto fuera imposible en Bandera-Compañía. Esto convirtió esta intersección en un punto de máxima presión física contra la policía y de mejores expectativas de agitación pública. Los grupos de apoyo destacados en Bandera-Catedral abandonaron su puesto y, en un rápido rodeo por Catedral-Morandé-Compañía fueron a explotar esa zona crítica, donde permanecieron el resto de la acción.

Este es el punto culminante del éxito simbólico del encadenamiento. En el momento en que la policía comenzó el trabajo de despejar al público y desviar el tránsito, contra su voluntad esta fuerza represiva se convirtió en utilería para la demostración pública de la metáfora más importante de este ritual: las fuerzas que luchan por la vida barriendo como marea con los límites y disciplinas impuestos por los perpetradores de muertes y ocultamientos, para llenar el espacio público de gritos, ajetreos y cantos propios de la vida.

Ya premunidos de grandes alicates para el corte de cadenas, la policía comenzó un lento movimiento desde Compañía hacia Catedral para desenganchar a los encadenados y meterlos en un camión celular. En este momento se hicieron patentes las categorías que rigen su práctica asociada con metáforas de muerte: ocultamiento/ aislamiento/ privacidad/ anestesia/ periferia/ parálisis. Su táctica para el desenganche fue proceder al corte desde el jardín, entre la maraña de arbustos, de manera que los maltratos propinados a los encadenados por la espalda no fueran vistos por el público. Al mismo tiempo, ante cada encadenado, y a su turno, se instaló un gran grupo de policías rasos, suboficiales, oficiales y

detectives de civil. Su objetivo era tanto esconder al encadenado de los espectadores como confundirlo con la presión psíquica de la circunstancia de enfrentarse directamente con la represión y rápidas preguntas y comentarios. Trataron de que el corte de cadenas fuera imperceptible para el afectado. Muchos participantes han dado testimonio de su sorpresa al sentirse repentinamente sueltos, sin que mediara una mediana conciencia de que la policía se acercaba por detrás de las rejas. Sin duda esta táctica obedecía al propósito de neutralizar las posibilidades de nueva protesta surgientes del desenganche mismo, del arresto inmediato y del traslado de los detenidos al camión celular. Y así, nuevamente, contra su voluntad, la fuerza policiaca completó otra metáfora propuesta tácitamente por la Agrupación: el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 cortó la evolución democrática burguesa en Chile; el corte de las cadenas en el Congreso repitió este acto simbólicamente en personas, que al encadenarse, quieren refrendar la parte vital de ese pasado para una historia futura.

Durante este acoso individual, los encadenados rehusaron entablar diálogo con los policías y comenzaron a cantar el himno nacional chileno. El canto se extendió rápidamente al resto de los encadenados y fue repetido una y otra vez, tanto por el nerviosismo de la represión próxima como para darse ánimos colectivos («La compañera que estaba a mi lado repetía la misma estrofa, la misma estrofa. Y con los nervios ella creía que estaba cantando fuerte, con toda su fuerza, pero apenas se le oía la Canción. Y volvía a cantar lo mismo, lo mismo. Y al entrar al camión volvíamos a cantar. Y las que estaban todavía amarradas siguieron cantando»). En esta etapa la policía cometió el error de tratar descomedida y violentamente a las mujeres. Las señoras se negaron a caminar y fueron arrastradas con rudeza. En el momento de ser introducidas por la estrecha puerta del camión celular las golpearon contra los marcos metálicos y las empujaron con fuerza. Esto produjo vociferantes protestas del público que obviamente reaccionó con repudio al maltrato de la maternidad y de la feminidad investidas con un manto patriótico por el Himno Nacional de Chile.

Por su preparación, sincronización, ejecución y espectáculo, la acción del encadenamiento fue un éxito. En términos de comunicación masiva, sin embargo, los resultados se hicieron ambiguos y poco tangibles, como ocurre con todos los sucesos de esta naturaleza en condiciones de censura y represión. El ritual tuvo el impacto esperado en las mil a mil quinientas personas que quizás

Foto carabineros cruzando calle
N° 10

Foto carabineros y furgón
N° 11

lo hayan presenciado, de otro modo no se habrían congregado. Los incidentes también encontraron espacio en la prensa y en la radio, aunque no, y muy sugerentemente, en la televisión, el medio de mayor impacto en la opinión pública. Hay que reconocer que la interpretación inmediata de los sucesos históricos se da en los medios de comunicación masiva y no en muchedumbres tan circunscritas como la de los espectadores del encadenamiento. La prensa, la radio y la televisión, abrumadoramente en manos de grupos económicos progubernistas, no sólo desinforman a la opinión pública, sino que insertan sucesos como el encadenamiento en parámetros mentales mañosamente fijados en la opinión pública por años de control y manipulación oficialista. Es imposible conjeturar sobre la forma en que los espectadores interpretaron el ritual. Lo cierto es que, ya completada la acción, en los días siguientes vendría la lucha por la interpretación global de su significado a través de los medios de comunicación masiva y ante las cortes de justicia. Aquí el gobierno militar tenía cartas que podía jugar a su arbitrio. Su derrota fue compensada en este terreno.

Con los sesenta y cinco detenidos el gobierno inauguró una política de represión masiva por la vía legal. Invocó los artículos 4º (letras a y g) y 6º (letras a y b) de la Ley 12.927 sobre Seguridad Interior del Estado, «que castigan a los que inciten o induzcan a la subversión del orden público; a los que propaguen de palabra o por escrito o por cualquier otro medio en el interior, divulguen noticias falsas o informaciones tendenciosas destinadas a perturbar el orden constitucional o la seguridad del país; los que provocaren desórdenes o cualquier otro acto de violencia destinado a alterar la tranquilidad pública, y a los que difamen a Ministros de Estado, sea que la difamación se cometa con motivo o no del ejercicio de las funciones del ofendido.» De este modo, el tumulto quedó definido oficial y públicamente no en torno al hecho efectivo de los desaparecimientos, la necesidad de que se determinara su suerte, las promesas gubernamentales incumplidas de realizar una investigación y la negativa monolítica del Ministerio del Interior a tener un diálogo al respecto. Todo esto quedó traspapelado ante la discusión en torno a si los manifestantes habían transgredido o no la Seguridad Interior del Estado. Por otra parte, como caso de «laboratorio», el requerimiento del Ministerio del Interior a la Corte de Apelaciones, presentado la tarde del 19 de abril para que iniciara sumario sobre infracción a la Ley 12.927, permitió al gobierno acu-

mular jurisprudencia favorable a una represión masiva legal. Sobre esto volveré más adelante.

Para los detenidos esta estrategia de hizo gradualmente aparente cuando descubrieron que el arresto sería prolongado. Los manifestantes habían ido al encadenamiento con la usual expectativa de que serían arrestados y puestos en libertad luego de una rápida y rutinaria comprobación de su identidad, oficio y domicilio por Carabineros, la policía regular. Pero durante las horas de concentración en el gimnasio de la Primera Comisaría de Carabineros, habilitado como cárcel, se comenzaron a instalar catres de emergencia, se acumularon mantas, llegaron fotógrafos y especialistas en impresión de huellas digitales de la CNI para prontuar a los detenidos. Luego del procedimiento policial comenzó un interrogatorio largo y sistemático por equipos de agentes de esa organización. En una pieza de la Comisaría especialmente habilitada para ellos, con equipo de grabación, cuatro agentes, con un turno que incluyó a una mujer, sometieron a los detenidos a andanadas de preguntas destinadas a confundir y a obtener información sobre liderato, organización, fondos, conexiones políticas, actividades personales, amistades, todo ello bajo la suposición de la existencia de un vasto plan subversivo del que la Agrupación habría sido parte junto con la Iglesia Católica. Fueron objeto también de una cruel intimidación para quebrar su fortaleza moral y emocional («¿Para qué sigues en esto? ¿Qué sacas con seguir buscando a tu marido? Si te lo matamos»; ¿Sigues caliente con él? Si hay otros hombres».) Esto continuó hasta altas horas. Esa noche los detenidos combatieron la depresión emocional cantando en grupos.

Al día siguiente los interrogatorios continuaron. Los abogados de la Vicaría de la Solidaridad presentaron un recurso de amparo ante la Corte de Apelaciones la tarde de ese jueves 19 de abril, que sería rechazado el día viernes 20. Sin embargo, en una medida sorprendente y única hasta la fecha, la Primera Sala de la Corte de Apelaciones acordó que el Presidente de la Corte hiciera una visita a la Comisaría. Los detenidos aprovecharon la ocasión para poner en su conocimiento que «unos señores de civil que no se querían identificar» los estaban interrogando. Quienes interpelaron al Presidente testimonian que su desazón fue muy notoria. Accedió a examinar la situación. Los interrogatorios fueron suspendidos. Sin embargo, la mayoría de los detenidos ya habían sido interrogados.

Sería riesgoso especular sobre las causas de la intranquilidad del Presidente de la Corte de Apelaciones. No obstante, deben considerarse algunos aspectos excepcionales del sumario contra los encadenados. El requerimiento de la Corte contra los detenidos sólo fue presentado a las 17:25 del segundo día del arresto. Sin embargo, la búsqueda de pruebas incriminatorias por el Estado comenzó el día anterior, con los interrogatorios de la CNI. Esto atenta contra el Código de Procesamiento Penal chileno que, a pesar del intento represivo de la Ley 12.927, de todos modo la rige. Antes de una detención, este «exige [...] que se encuentre ‘establecido’ un ‘hecho que presente los caracteres del delito’ y que existan ‘fundadas sospechas’ sobre la responsabilidad de una persona.»(23) Mientras estos antecedentes no se acrediten, la autoridad debe respetar la libertad de los inculpados. Esto era aún más relevante en cuanto al encadenamiento, puesto que engancharse a las rejas del Congreso Nacional no estaba tipificado como delito sancionado por la Ley de Seguridad del Estado. Al permitirse los interrogatorios de la CNI y al rechazarse el recurso de amparo en favor de los detenidos, la Corte de Apelaciones estaba dando tiempo a los servicios de seguridad para reunir material incriminatorio que configurara un delito castigable bajo la ley referida. En los mismos fundamentos para el rechazo del recurso de amparo se arguyó que «(el hecho) está recién en la etapa inicial de la investigación, cuyo motivo no es dable en esta oportunidad entra a juzgar esas ocasiones desde el punto de vista jurídico, ya que para ello se hace necesario contar con los elementos de juicio necesarios que materialmente no ha sido posible reunir en este breve lapso transcurrido». (24) Dentro de este cuadro de excepcionesse percibe la ambigüedad del sistema judicial chileno: ¿es posible que el Presidente de la Cortede Apelaciones haya sido víctima y no cómplice?. Esto debe sopesarse con la consideración de que, una vez presentado el requerimiento del Ministerio del Interior en contra de los encadenados, el ministropidió la inabilidad del magistrado en la vista del sumario por haberse mostrado prejuiciado en favor de los detenidos. Se le atribuyó tal actitud por su visita a la Primera Comisería de Carabineros y por su injerencia en la suspensión de los interrogatorios de la CNI.

La tarde del 19 de abril los detenidos fueron encargados reos. Las mujeres fueron trasladadas al Centro de Orientación Femenina (antigua Casa Correccional de Mujeres) y los hombres a la Cárcel Pública. El viernes 20 pasaron el día prestando declaraciones

Foto furgón de carabineros
N° 12

los Tribunales de Justicia (de calle Bandera con Compañía). Los días sábado y domingo los pasaron en prisión. Allí recibieron visitas de familiares. El lunes 23 de abril el Ministro Sumariante dispuso la libertad de los detenidos en atención a que: «Vistos y teniendo presente: que las investigaciones llevadas a cabo dentro del plazo que la Ley Procesal concede al juez instructor del sumario para resolver si existe mérito suficiente para declarar reos a los detenidos, o, cuando no lo hay, para ordenar sean puestos en libertad, permite concluir que no existe mérito suficiente para encarar reo a los detenidos por los delitos de infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado a objeto del requerimiento». (25)

Así, los resultados de la acción del encadenamiento, al igual que los de la Huelga de Hambre Larga, se hacen contradictorios. Por una parte tenemos el coraje de un grupo de personas con la fortaleza para desafiar al Estado Autoritario, a pesar de su vulnerabilidad; tenemos también la realización exitosa de un ritual comunitario. Por otra, tenemos la disolución de su impacto en la comunicación masiva y el hecho de que, junto con detenciones y sumarios masivos a raíz de la celebración del 1 de mayo de 1979, el gobierno militar logró sentar jurisprudencia de que podía arrestar sin la necesidad previa de probar la comisión de delito, bastándole referirse a la Ley de Seguridad Interior del Estado en un requerimiento sólo apoyado en un parte policial.

Sin embargo, así como durante el encadenamiento se consumó la metáfora de la vida barriendo con las disciplinas del autoritarismo, otro tanto se dio con el arresto y la declaración ante los Tribunales de Justicia. Tribunales y prisiones son espacios en que las personas pierden identidad individual. Están allí para que se les aplique el marco transpersonal de leyes que esfuman la identidad específica de personas reales para aplicarles marcos abstractos de tipificaciones universalizadas, administradas por la maquinaria impersonal del Estado. En las prisiones los individuos son reducidos a la calidad de cuerpos para ser castigados, sin iniciativa más allá de la concedida por los reglamentos carcelarios y la voluntad de los gendarmes. Pero, en esta ocasión, esos lugares se vieron invadidos y penetrados por mensajes y visitas de solidaridad, actos simbólicos, alegría y juegos. Los aposentos de la represión fueron transformados en escenarios de festivales de grupos solidarios, religiosos, políticos, sindicales y familiares, de todas las fuerzas que el autoritarismo quisiera acallar. La Primera Comisaría de Carabineros fue inundada con familiares y canastos de flores, telegramas y llamadas telefónicas de individuos, sindicatos, comunidades cristianas, embajadas. Obispos intentaron una visita a los arrestados y fueron alejados descomedidamente por el oficial de guardia. La expulsión fue registrada por la prensa: «fuimos informados que no podíamos cumplir con nuestra misión porque no contábamos con la autorización del Ministerio del Interior...»(26)

Estos éxitos de los grupos de apoyo de la Agrupación, que canalizaron las manifestaciones de solidaridad, se repitieron al día siguiente, viernes 20, en que los detenidos serían llevados a los Tribunales de Justicia para declarar. El problema estaba en no saber cuándo, exactamente, esto ocurriría. Se debía aprovechar la ocasión para realizar actos de apoyo. Para ello nuevos voluntarios abandonaron su rutina diaria para apostarse como observadores desde la mañana. En la calle Compañía, entre Morandé y Bandera, los Tribunales de Justicia ocupan un edificio de dos pisos que cubre sólo un tercio de manzana longitudinalmente. En su interior corre un largo atrio central rodeado de oficinas. Los pasillos-balcones del segundo piso están sostenidos por columnas huecas de metal pintado de negro. El atrio queda convertido en enorme cavidad por una ancha y alta cobertura de vidrio blanquecino, empavonado, sujeta por una estructura metálica en forma de estrías. Su efecto es una intensa iluminación difusa en el atrio, aún en días nublados.

Los menores sonidos reverberan allí e inconscientemente obligan a restringir la decisión de los movimientos para no perturbar la sensación de calma sublime que provoca el lugar. En el centro del atrio, frente a la entrada de calle Compañía, anchas escaleras de mármol con balaustradas de granito conducen al segundo piso, bifurcándose en dos luego de una plataforma de descanso. Allí se instalaron decenas de personas, una vez que se vio llegar a los detenidos en buses de la policía. Mientras eran concentrados en una pequeña sala cercana a la entrada, los grupos de apoyo cantaron la Canción Nacional a toda voz. Desde esa sala los detenidos fueron llevados en pequeños grupos a declarar ante el Ministro Sumariante en el segundo piso. Su camino por el atrio, las escaleras y los pasillos quedó flanqueado por personas que los avivaban, los aplaudían y les daban voces de ánimo. A medida que subían las escalinatas sus nombres fueron gritados como en una lista de honor. Los cantos, los gritos, el jolgorio retumbaron ensordecedoramente por el edificio. En el curso de la mañana, una comitiva formada por todos los miembros del Consejo de Vicarios de Santiago llegó en visita de apoyo a los arrestados y a la Agrupación.

Los detenidos asumieron sus horas de prisión en el Centro de Orientación Femenina como desafío para mantener la dignidad de personas que han tomado su destino en sus manos y no de objetos pasivos para ser castigados. La experiencia de años de organización y lucha se muestra en estas situaciones con la rapidez y decisión, aparentemente espontánea, con que se forman comités de limpieza, reparto de comida, bienestar y cultura. Al tomar a su cargo la administración de su rutina en prisión, los miembros de la Agrupación establecieron un orden propio y alternativo al de la represión en su propio terreno. Esta actitud se nutre de la convicción de que estos momentos de inhumanidad serán superados en una sociedad futura y, por ello, los miembros de la Agrupación se ven a sí mismos como auguradores y maestros de una ética humanistas por venir, que es capaz de rescatar todo atisbo de humanidad para exaltarlos aun en las peores condiciones: «A pesar de todo lo que estamos viendo, como creemos en la humanidad, como creemos, como creemos en el hombre, no descansamos... Entonces, a pesar de todo lo que se ha visto, como que uno se niega, como que se niega, como que le parece tan increíble que hombres, hombres, hasta puedan matar a mujeres con meses de embarazo. Y es un favor que les estamos haciendo a ellos, a los propios que nos están

torturando, de creer en cierta humanidad de parte de ellos».

En todas partes hay humanidad. Yo, la primera noche que dormimos en la Comisaría, yo tengo por costumbre sacar los pies de la frazada antes de dormirme. Yo sentí los pasos, unos pasos de la carabinera de guardia que se dirigió a mi cama y tomó la frazada y me tapó los pies. Yo no quise abrir los ojos porque sentí un respeto tan grande. Dije yo, «si abro los ojos y veo quién es, echo a perder toda esta sublimidad». Me quedé siempre pensando en ella. En todas partes hay una persona que tiene estos gestos tan sencillos.

Algunos gendarmes, muy bien con nosotros. Nos daban ánimos. Sentían lo que nosotros sentíamos. Yo me acuerdo que, cuando nos sacaron para la Correccional esa noche, íbamos en esos carros celulares que solamente tienen una ventana muy chica y mirábamos afuera. Los gendarmes que estaban en el Ministerio, a pesar que tienen que guardar compostura, nos hacían más de algún gesto, como que estaban con nosotros. Y aún ellos arriesgando ahí, que forman parte de eso, solidarizaban con nosotros. Son cosas que uno no se olvida.

Con los gendarmes tuvimos buena relación. Esto se da por el respeto que nosotros irradiamos. Por ejemplo, cuando estuvimos en los Tribunales, en una pieza muy chica, atochada con sesenta y tres personas, se tapa el baño que ya antes estaba medio tapado, y nosotros, que estábamos detenidos, tenemos la capacidad de decirles a los gendarmes «mire, si ustedes nos traen una sopapa, si usted nos trae algo con que destapar, nosotros lo hacemos». Y así lo hicimos. Yo lo hice. La pedimos y destapamos el baño. Y siempre allanamos las cosas para nuestros carceleros porque los entendemos. Cumplen una labor, buena o mala, pero ahí están. Entonces, esa cosa nuestra se irradia: «¿quiénes son estas mujeres?»

Todo el proceso para nosotros fue una tomada de pelo. Las respuestas que las señoras dieron durante el proceso, por ejemplo: «Yo iba en la micro [bus] y vi a las señoras encadenadas y se me ocurrió hacer lo mismo, me bajé y me encadené. La primera vez que se encadenaron [en la CEPAL] yo me dije que jamás andaría sin cadena en la cartera para no quedarme fuera». Es la farsa del poder judicial. El poder

judicial, formal, con Ministros, la ley refrendada con abogados, que sé yo, y la Agrupación con estas respuestas. Una dijo que había sacado a pasear a su perrito y se encadenó con su cadena cuando vio a las otras señoras. Una de las que me tomaba declaración me dijo «¿usted cree que soy yo tonta que le voy a creer lo que me está diciendo?» Yo le contesté «¿Y usted cree que yo soy tonta que le voy a creer al gobierno que no sabe dónde está mi hijo?» Entonces ella no me siguió preguntando. Otra dijo que andaba comprando leche en el centro de Santiago, que vio un tumulto y que se acercó a mirar y la llevaron presa. Otra dijo que vio el encadenamiento, volvió a su casa y sacó la cadena de la caída del agua y corrió a encadenarse con ella. Todo el proceso fue una cosa grotesca. Después se acabaron las declaraciones y vinieron las discusiones de fondo de los abogados. Se alegó si constituía delito o no estar parados contra las rejas encadenado. El abogado defensor sostuvo que no entorpecía el tráfico por la vereda y ganó esa postura, la de que no constituía delito el estar apoyados a las rejas, que no había entorpecimiento de movimiento. Llegar a discutir cuántos centímetros para allá o para acá de la vereda constituye delito o no contra la Ley de Seguridad Interior del Estado, o en relación con el problema de los desaparecidos, que nadie quiere discutir, ahí te puedes dar cuenta el colmo de grotesco a que se ha llegado en las esferas judiciales. Por eso ellos tenían que aceptar las versiones ridículas que dábamos nosotros, porque ellos a su vez no pueden entrar al tema de los desaparecidos.

Una sufre una afrenta al ser interrogada por esta clase de persona. El ser procesada, ser tratada de esta manera, subir a un furgón policial, como delincuente. Es una vejación. Pero uno la entiende también en su momento y se sobrepone a ella; pero no deja de hacernos mella. Yo recuerdo lo que sentí cuando supimos que no nos dejaban en libertad ese día, cuando nos detuvieron toda la tarde allí en Tribunales. Eramos sesenta y tres personas hacinadas en un cuartito de tres por cuatro, sentadas en el suelo, sin comer, con un solo baño para toda esa cantidad de personas, cansadas preocupadas, y nos dicen cerca de las doce de la noche que vamos a la Correccional. Y para uno, que somos gen-

tes decentes y honorables todas, la Correccional, bueno, es la Correccional. Es terrible verse pasar por unos pasillos siniestros y subir al furgón. Pero siempre va con eso la otra parte, vitalizadora, que a uno la afianza, la afirma y la hace sentirse bien. Yo recuerdo cuando salíamos al interrogatorio y estaban nuestras compañeras de la Agrupación agolpadas en los pasillos estratégicamente, alertas, como un pequeño ejército popular. Y uno va saliendo y ellas nos hacían sus gestos cariñosos. Cuando ya nos trasladaban al furgón para llevarnos a la Correccional y vamos saliendo, una tras otra, escuchamos la Canción Nacional. Ahí se me cayeron las lágrimas de emoción, de alegría, de satisfacción y me dejé llorar no más porque es algo tan lindo verlas cantar y gritar con todas sus fuerzas, algunas que son viejitas, enfermitas, cantando a todo pulmón la Canción Nacional. Y luego en el furgón, otra vez hacinadas como animales.

La experiencia que yo saqué fue que, estando juntas, estábamos todas unidas. Fue una solidaridad inmensa. Llegamos a la Correccional y en diez minutos teníamos organizado todo, todo, todo: comisión para comedor, para esto, para esto otro. Le dijimos a la monja «nosotros no somos personas que estemos acostumbradas a que nos estén sirviendo. Tenemos nuestras manos, no queremos que nos ayuden a lavar, a hacer nuestras camas, ni nada. Nosotros hacemos todo». Una cosa que quiso hacer la monja fue separarnos. Nosotras sabemos que estando juntas somos más fuertes, así que no le permitimos eso. Así que las más jóvenes se acostaron en el suelo, porque las celdas eran muy chicas. Las más viejas nos acostamos en las camas. No queríamos que nos llevaran a alguna compañera. A lo mejor no íbamos a saber qué iba a ser de ella. Las monjas sabían que nosotras éramos detenidas políticas. Eramos personas que teníamos que estar separadas de las otras presas. A las siete de la tarde las reclusas tienen que acostarse y ahí nadie habla más y se acabó el asunto. Pero nosotras no. Y las monjas entraban y nos decían «Ya pues, por favor. Cállense. Es hora de dormir. Pórtense bien para que no las separe». Pero muy suave. Ni comparado como dicen que es la monja con las demás presas.

En la Correccional hicimos un show artístico en que todas

sacábamos fuerzas de flaqueza y hacíamos números. Era para morirse de la risa ver a una señora de edad salir en una competencia de tango y milonga, cantar, «Cuartito azul». Yo hice de pitonisa, de bailarina, de animadora. En un momento determinado se nos vino a decir que terminaríamos porque las delincuentes comunes se estaban envalentonando y asomaban la cabeza para vernos. El día domingo hicimos el show con más ganas porque la gente ese día acostumbra a estar con la familia, sus hijos, sus nietos. Entonces, cuando se van, los ánimos están decaídos. Entonces le pusimos más tinca y resultó muy bien. Pero, de repente, a una persona se le antoja decir que por qué no canta el conjunto folclórico de la Agrupación una canción nuestra, porque había varias de nosotras allí. Ahí la embarramos. Empezamos a cantar esas canciones que son de denuncia, con las vivencias nuestras, que son muy tristes. Fue como masoquismo. Todo lo que habíamos ganado, en un santiamén se vino abajo. La gente se puso triste. Al verse el efecto depresivo se cambió de onda inmediatamente y de nuevo para arriba los ánimos. Empezamos de nuevo el show. Con eso la arreglamos. Ahí fue cuando entre todas compusimos las «Décimas del encadenamiento».

El día sábado nos pusieron día de visita. Y como había tal cantidad de niños se organizaron juegos para ellos. Se jugó al arroz con leche, a la niña María, rondas, y todos participaron, adultos y niños. Fue una cosa tan sublime que le impactó mucho a los gendarmes y a las monjas. La vida de estas personas es como estar presas y han perdido lo humano. Al ver esa alegría de vivir, eso los conmovió mucho. Cuando los niños tenían que irse quedó una tragedia. Los niños habían estado felices de ver a las mamás, cantándoles. Los habían preparado para que no dejaran tristes a las mamás. Nosotros también nos habíamos preparado para dejar a los niños tranquilos. Al llegar el momento de separarse comenzaron a aflorar las lágrimas. Es terrible, es horrible cuando uno ve a un niño tratar de comportarse como un adulto, cuando uno tiene que esperar de ellos que se comporten como gente adulta y no lo logran, no pueden. Son exigencias desmesuradas que plantea la vida, no uno. Ya quisiera uno ahorrarles hasta el más mínimo sufrimiento. Partía el alma. Nosotras

ya íbamos camino a nuestras celdas. Ibamos doblando el recodo todavía y se oían los gritos «¡abuelita! ¡mamá!». Hay que ser muy firme para no sentir pena.

Esa noche fui a lavarme los dientes al baño común y me los estoy lavando cuando veo salir unas manos por las rejas divisorias que se me acercan y me tocan la cabeza. Estaba ya medio oscuro ¡y me dio tal susto! Me dijo «¿tienes puchos?» A mí se me olvidó lavarme los dientes, se me olvidó todo y salí corriendo y tomé todo lo que encontré, manzanas, té, cigarrillos, porque teníamos muchas cosas, y volví con ellas y se las pasé. «Espérate», le dije, «voy a buscar más» y seguí recorriendo las celdas y cuando volví ya no la encontré porque parece que la habían visto y la retiraron. Pero por las rejas tiré cuanto encontré.

Yo no les diría «delincuentes comunes» a los delincuentes, porque es tanto el amor a nuestro pueblo, que cuando hablamos de estos delincuentes comunes que proceden del pueblo, que muchas veces es la sociedad podrida la que los empuja a eso, la clase de autoridades que hay en un país es la que los lleva a la delincuencia común. Yo le diría «delincuentes» a las autoridades. A los otros les tengo un cierto respeto porque entiendo por qué están allí. Con todo, esta gente se portó bien con nosotros. Les dábamos cigarrillos solidariamente, porque a nosotros nos sobraban las cosas con toda la solidaridad que nos llegaba. Cuando nos fuimos dejamos todo allí. Dejamos cajones con mercadería para las señoras detenidas por cosas no políticas.

Días después de la liberación, todavía intensa la sensación de triunfo, la Agrupación revivió el show artístico hecho en prisión, ahora con sentido distinto: «Nosotros los de fuera [grupos de apoyo no arrestados] tenemos la costumbre de recibir a los que han estado dentro después de una acción. A pesar que los que hemos estado afuera trabajamos más, reconocemos que ellos estuvieron presos. Siempre estar preso es más fregado, aunque se trabaje menos que estar en libertad, aunque sea mucho más agotador estar afuera. Se hace como una asamblea y nos recibimos nosotros mismos. Pero en esta oportunidad había otra gente que invitamos a este recibimiento porque los que quedamos afuera fuimos tan pocos,

la gente que más se mueve, que creímos importante invitar a otra gente. Las que estuvieron detenidas llegaron con mucho ánimo de broma por el show que habían hecho adentro. La asamblea fue bien informal para lo que habitualmente hacemos. Siempre hacemos asambleas muy formales. Allí les fuimos entregando las llaves del encadenamiento a cada persona con una flor, porque nosotros los de afuera habíamos guardado las llaves. A medida que se nombraba a cada persona, se la recibía, ella salía al frente, recibía la llave y hacía una gracia, una parodia de tango, vals, que sé yo. Se produjo una situación muy íntima, muy familiar, a pesar que había mucha gente. La gente que no era de la Agrupación sintió como que era una cosa íntima de la Agrupación. Era tan intensa la relación entre la gente de la Agrupación que ellos se sintieron un poco aparte. No se sentían parte de esa intensidad, a pesar de que era bastante alegre».

No es necesario escarbar mucho en este lenguaje para descubrir que la acción del encadenamiento, con esta asamblea, terminó en un ritual de reingreso al mundo y de reestablecimiento de una unidad momentáneamente suspendida. Los de «adentro» son los seres que aceptaron cosificarse, reducirse a materialidad corporal castigable, los que viajaron por el mundo sin vida, inflexible e insensible de los aposentos de la represión; los de «afuera» eran los que propusieron y definieron ese rol para los otros, manteniéndose libres y activos en una sociedad reprimida para crear escenarios y atraer la atención pública nacional y mundial sobre ese sacrificio monumental. Es significativo que la restitución de la unidad se haya hecho sobre la base de la alegría y el humor generados por los seres cosificados en la prisión. Intuitivamente el humor y la alegría fueron vistos tanto por los actores de la acción como por los empresarios organizadores como simiente revitalizadora de lo inerte. De allí la entrega de la llave, objeto sin vida pero ya cargado de fuerte significación después de la aventura, con una flor agregada en una ocasión festiva. En esta fuerza regeneradora los miembros de la Agrupación encontraron un impulso espiritual para fundirse en una totalidad que reestableció su identidad diferencial y cohesionadora como grupo ante un mundo percibido especialmente como ámbito de alienación, de seres expectantes, pero que jamás podrán compartir su experiencia íntima.

NOTAS

1. Para esta tipificación de la cotidianidad de los miembros de la Agrupación se han usado entrevistas individuales y colectivas hechas por mí, transcripciones de entrevistas hechas por la misma Agrupación entre sus miembros, un testimonio dado por una psiquiatra que trabaja con ellos en la Fundación Ayuda Social Iglesias Cristianas (FASIC), documentos inéditos elaborados por esta institución sobre los problemas de salud mental en víctimas de la represión: «Daño Psicológico de los Familiares de Detenidos Desaparecidos» 15pp., sin fecha; un informe de la Comisión N°3, Salud Mental, a un encuentro de análisis efectuado en julio de 1979, 5 pp; «El daño en los Menores, Hijos de Familias Afectadas por la Represión». 14 pp., sin fecha; «Situación Emocional de los Menores, Hijos de Detenidos

Desaparecidos y de Ejecutados Políticos». 6 pp., sin fecha; «Informe Trabajo Diagnóstico, Niños Familiares de Detenidos Desaparecidos». 13 pp., sin fecha; transcripción de una sesión de grupo titulada «IV Sesión de Madres, Sofía y Adriana». 11 pp., sin fecha; testimonios sin fecha de familiares de ejecutados políticos. En ocasiones se ha citado de estos testimonios por el hecho de que algunos de estos familiares también han tenido desaparecidos y por la cercanía de problemas psíquicos que hay entre familiares de desaparecidos y ejecutados, según se informa en los documentos indicados. «El Caso Maino Canales», testimonio de Filma Canales que aparece en Verdugo y Orrego, Detenidos Desaparecidos: una herida abierta.

2.Término creado por Karl Jaspers. Ver Donald A. Gallagher, «Karl Jaspers, Existence and Transcendence». Frederick Patka, ed., Existential Thinkers and Thought(New York: The Citadel Press, 1962); John Wild, The Challenge of Existentialism (Bloomington, Indiana: Indiana University Press, 1959).

3.Lonquén, p.9.

4.Los únicos relatos publicados de esta romería son los del sacerdote José Aldunate, «Romería a Lonquén: Pasión del Señor». Mensaje (Santiago de Chile), N°277, marzo-abril, 1979, pp. 156-160; «Lonquén, Evidencias de un Largo Drama». Solidaridad, N°65, segunda quincena, febrero, 1979, pp.4-5.

5.Ver «Homily». New Catholic Encyclopedia (New York: McGraw-Hill Book Company, 1967), Vol. VIII, p.113.

6.Victor Turner, «Pilgrimages as Social Processes». Dramas, Fields and Mataphors.

7.»Lonquén, Evidencias de un Largo Drama». op. cit.

8.Pablo Neruda, Obras Completas, 3a. ed. (Buenos Aires: Editorial Losada, 1967)pp. 499-505.

9.Hay un corto bosquejo biográfico de Clotario Blest en una entrevista titulada «Nunca Será Aplastada el Alma de los Hombres». Solidaridad, N°98, primera quincena, agosto, 1980, pp.18-19.

10.Ibid.

11.Ibid.

12.Ver «Community». New Catholic Encyclopedia, Vol.IV.

13.»Lonquén: Hacia la Recuperación del Alma Nacional». Mensaje, N°28, agosto, 1979, pp. 427-430.

14.Ibid., p.429.

15.Abraham Santibáñez, «Testimonio de un Visitante». Hoy, año II, N°81, semana del 13 al 19 de diciembre de 1978. Se recordará que este periodista formó parte de la comisión encargada por el Cardenal Silva Henríquez de comprobar el cementerio secreto.

16.Emilio Filippi, «La Columna del Director: Fe en la Justicia Chilena». Hoy, Año II, N°81, semana del 13 al 19 de diciembre de 1978.

17.Mensaje, N°281, op. cit., p.430.

18.Emilio Filippi, «La Columna del Director: el Arma de la Verdad». Hoy, Año II, N°83, semana del 27 de diciembre, 1978, al 2 de enero, 1979.

19.»Por Lonquén a la Vida». Mensaje, N°283, octubre 1979, p.597.

20.Lonquén, p.208.

21.Ibid, p.209.

22.»Editorial». El Mercurio, 22 de diciembre, 1978.

23.Andrés Aylwin Azócar, «Nota», en sección «Jurisprudencia», pertinente a «Manifestaciones Pacíficas con Detención de los Participantes y Acusación de Infringir la Ley de Seguridad del Estado». Cuadernos Jurídicos (Santiago de Chile), publicación del Arzobispado de Santiago, Vicaría de la Solidaridad, N°9, septiembre, octubre, noviembre, 1979, p.59.

24.Ibid., p.58.

25.Ibid., p.45.

26.«Corte de Apelaciones Resolverá Situación de los 64 Desaparecidos». La Tercera (Santiago de Chile), 20 de abril de 1979.

CINCO

Estas conmovedoras imágenes de cohesión triunfal en seres que, a pesar de todo, se sienten extraños aun entre un público que le ha otorgado su apoyo y simpatía, ilustra en toda su contradicción la profunda crisis en que cayó la Agrupación poco tiempo

EL FUTURO

después. La primera romería a Lonquén, el encadenamiento a las rejas del Congreso Nacional fueron un esfuerzo para refundir energías, recuperar confianza, mostrar que la Agrupación todavía tenía ánimos para la protesta. Pero los años sin lograr una respuesta, el cansancio, la certeza de la muerte habían reducido numéricamente a la Agrupación a los niveles más bajos de su historia. El desánimo quedaba reiterado todavía más por la comprobación de que la urgencia del tema de los desaparecidos había sido neutralizada por la censura gubernamental. Además, en los grupos solidarios se percibía el convencimiento de que el problema era uno de muchos en el amplio abanico de violaciones de los derechos humanos que meritaban preocupación comunitaria. Por otra parte, estaba la dificultad de encontrar acceso a la comunicación masiva aun en los escasos canales no oficialistas, dificultad creada precisamente por el crecimiento de frentes de oposición al gobierno que, a su vez, demandaban y competían por la atención pública. Un sector de la Agrupación percibió las nuevas preocupaciones de la comunidad de oposición como un abandono injustificado del problema de los desaparecidos y, quizás como deserción rayana en la traición. En este cuadro de reacciones viscerales se agudizaron las fracturas internas de la Agrupación. La claridad de conceptos de los miembros más conscientes de la función cultural del grupo fue interpretada como intentos de mañosa manipulación e instrumentalización política, desvirtuadora de los propósitos de la Agrupación.

Estos desquiciamientos internos pueden medirse en su profundidad en los términos con que he configurado la importancia cultural de la Agrupación. Las actividades de sus miembros, sean conscientes de ello o no, han sido una propuesta de refundación de la cultura chilena. Rearticularla para su habilitación como ámbito propicio a la vida supone una reforma de toda estructura social. Para ello debe primar el convencimiento de que el trabajo y la productividad material y espiritual del ser humano son atributos de engrandecimiento de su persona. La diseminación de este convencimiento en la conciencia comunitaria requiere canales de activismo masivo a través de organizaciones políticas, sindicales, poblacionales, profesionales y religiosas. Una vez que hayan acordado un programa de acción común podrían constituir un sistema político y un Estado capaces de implementar tales aspiraciones por la vida. Vemos, entonces, que, por una parte, la magnitud monumental del proyecto social implícito de la Agrupación no guarda relación con

el ínfimo número de sus miembros, ni con su conciencia real de relevancia efectiva de sus actividades. Por otra está el hecho de que tal acuerdo programático para la democratización de Chile hasta el momento ha fracasado.

El problema de la conciencia real de la relevancia efectiva de sus actividades acentúa el perfil de la Agrupación como agente cultural. La reacción visceral de un sector de sus miembros ante la ampliación de la lucha por los derechos humanos en Chile en desmedro de la preocupación específica por los desaparecidos reveló en ellos una limitación de criterio que ha suscitado fuertes polémicas con los grupos de clara conciencia histórica. No debe malentenderse esta afirmación como un juicio de valor condenatorio. Más bien intenta enfocar la atención sobre el hecho de que los actos humanos, al comprenderlos dentro de la totalidad del tejido social, tienen consecuencias impensadas para sus autores. Así es como estas personas, obsesionadas por rescatar a sus familiares con vida, crearon espacios de reunión y protesta para toda la colectividad, a costa de una valentía suicida y monomaniaca. Se ha dicho que, por lo menos hasta 1978, toda semblanza de actividad política opositora al régimen militar giró exclusiva y únicamente en torno al problema de los detenidos desaparecidos y, por tanto, en torno a las resonancias nacionales e internacionales de la Agrupación. El coraje para protestar públicamente bajo un extremo peligro para la seguridad personal ganó a sus miembros la estatura moral para acicatear, urgir y desafiar hasta un grado de acrimonia candente a colectividades sindicales y políticas para que salieran de su estupor y letargo luego de la devastación del golpe militar. Los sectores sindicales han reconocido esta deuda: «En aquellos momentos donde había grandes discusiones en el seno de nuestra organización dispersa, golpeada, descabezada [...] aparecen ustedes [...] e irrumpen a la lucha con su ejemplo. Nos muestran cuál es el camino a seguir[...] "Mientras nosotros estamos discutiendo, en ese recinto eclesiástico hay tantas compañeras y compañeros en huelga de hambre, enfrentando la dictadura, sin ningún temor y por qué nosotros los trabajadores no podemos hacer algo parecido o algo similar, o algo que esté muy cerca de eso"».(1) Irónicamente, entonces, las simientes para una reconstrucción cultural fueron sembradas sin conciencia general de una misión tan amplia. No obstante, a pesar de los enormes progresos democráticos causados por la Agrupación, esta conciencia dio paso a la aguda crisis de

frustración a que me refiero.

El imperativo de superarla llevó a la convocatoria de un encuentro de grupos solidarios sindicales, poblacionales y periodísticos, la Comisión Chilena de Derechos Humanos y los grupos de apoyo jurídico y médico-psiquiátrico conectados con la Vicaría de la Solidaridad. Invitación individual recibió Cristián Precht, quien ya había dejado la dirección de la Vicaría, como persona especialmente cercana a la Agrupación. Para este intercambio de opiniones, efectuado en octubre de 1980, se solicitaron opiniones que introdujeran una perspectiva externa sobre preocupaciones de la Agrupación que, por su extrema cercanía emocional, requerían un distanciamiento para ser ubicados en la dimensión real y precisa. Entre los temas propuestos por la Agrupación estuvieron el destino probable de los desaparecidos, la actualidad de esta problemática y sus proyecciones para la sociedad chilena, la percepción de los conflictos dentro de la Agrupación, la posible necesidad de replantear sus objetivos.(2) Implícita o explícitamente el temario obligaba a una estimación de los aportes de la Agrupación como si hubieran sido un ciclo de historia ya concluido. Habría que decir que el peso de la marcha histórica se imponía sobre el grupo con la angustiante sospecha de que quizás hubiera perdido contacto con su ritmo y progreso. Las deliberaciones confirmaron esta impresión. Se reconoció la importancia esencial del problema de los desaparecidos para la convivencia nacional futura, se hizo énfasis en la necesidad de que la Agrupación diseñara formas innovativas de atraer atención al problema para sacarlo de la condición inerte a que lo había reducido el oficialismo. La recomendación más fuerte fue de que la Agrupación comprendiera la globalidad de la lucha por los derechos humanos en Chile y engarzara sus esfuerzos en cooperación con otras áreas, trabajo, educación, salud, etc. Sin duda este pensamiento no buscaba diluir la misión particular de la Agrupación, sino dar una dramaticidad radical a esas preocupaciones, puesto que el daño recibido por sus miembros trasgredió el derecho más básico del ser humano, el de ser persona. Las palabras más humanamente convincentes en esta petición de apertura fueron dichas por Cristián Precht:

Hay que abrir pistas nuevas para que sin dejar de luchar por un momento por la verdad, estén vivos o no lo estén, puedan darle mucha fuerza o desarrollar la causa de los mis-

mos que están desaparecidos, sobre todo en el amor hacia sus hijos, nietos, vidas que queremos que sean plenas y no vidas que crezcan segadas por un dolor aún mayor que el que ya tienen.

Creo que esto también las puede situar mejor a ustedes en los otros campos de la vida en que todos estamos metidos: tanto en el barrio, como en el Centro de Padres y Apoderados, en oficinas y gremios donde cada uno está viviendo su vida. Las puede situar no ya con la presencia obsesiva de alguien que cada dos minutos está presentándose como familiar de desaparecidos, pero sí como alguien que en el momento requerido sepa dar testimonio de su causa y de su lucha. Y eso también creo que es otra forma de hacer que, en el hecho, la situación y lucha por los desaparecidos cobre una nueva presencia y una nueva identidad, no tanto en los diarios que poca presencia más le van a dar, sino más bien en el alma y en el corazón de un pueblo.

Estas sugerencias de reevaluación de objetivos coincidieron con los criterios más amplios de los miembros conscientes del significado cultural de la Agrupación. Actualmente ésta es la posición más visible para el observador externo. El grupo parece estar sentando las bases para permitirse la reorganización de una cotidianidad más sana, sin castigos ni disciplinamientos indirectos para integrar aspectos descuidados como trabajo, familia, estudios, amores nuevos, compartir con otros la responsabilidad de la búsqueda, quitando énfasis a la imagen del calvario soportado en un martirio individual.

Planteada ya la noción de que la búsqueda de la verdad y la justicia es parte de un proceso global de democratización de la sociedad chilena, los miembros más lúcidos de la Agrupación parecen estar redefiniendo su función social específica en términos de la monumentalidad característica del grupo. En las entrevistas colectivas se escucha un lenguaje que afirma el propósito de preservar material y espiritualmente la experiencia de su dolor para guía de generaciones futuras («que no se repita jamás esto en Chile»). Periódicamente hacen visitas de observación a lugares de detención secreta de la DINA y la CNI que se han llegado a conocer. Quieren impedir que el gobierno cubra las huellas de su uso en torturas y desaparecimientos. Se preparan para dar testimonio futuro para el

castigo de los responsables, cuando llegue el momento de la justicia. Están dispuestas a combatir todo sectarismo entre las fuerzas de izquierda que olvide que el respeto a la persona humana y a la vida está por sobre toda inflexibilidad doctrinaria y por sobre todo individualismo político. Por tanto propician la decantación de vanguardias políticas populares, según una estricta consideración de méritos basados en riesgos asumidos de manera similar a los que la Agrupación ha corrido al abrir espacios de acción opositora en situaciones de máxima adversidad. Es inconfundible su mensaje radical de que la cultura chilena debe refundarse sobre los cimientos de la muerte y el sufrimiento para asegurar el imperio de la vida.

Sería un error pensar que el deber de dar testimonio viviente para la memoria histórica está siendo asumido por la Agrupación como si fuera un capítulo cerrado en la lucha actual. Los golpes y hostigamientos recibidos, la práctica de desafío al autoritarismo y la clarividencia política alcanzada por sus miembros más activos anuncian la formación de líderes que, sin duda, contribuirán al movimiento de liberación y reconstrucción nacional. Pero aún en el caso incierto de que esto no llegara a fructificar, el cuestionamiento del amplio registro de instituciones sociales chilenas, desde un micro a un macro cosmos, desde los roles sexuales, la familia, los sindicatos, la Iglesia, los partidos políticos hasta el Estado proponen una rica problematización de la cultura chilena. Un análisis del lenguaje actual de la Agrupación en su crisis presente, demuestra evidentes pluralidades en la exposición ideológica de la historia de la Agrupación. Cuando se refiere al futuro, la textura monolítica del discurso de que diera cuenta en los comienzos de este trabajo se vuelve contradictoria, llena de inseguridades, situaciones regresivas, exploraciones tentativas que revelan la necesidad de una labor por venir de ajuste ideológico a trabajos prácticos en un medio profundamente transformado por el curso histórico. La conciencia de esta labor futura es la que hace relevante la metáfora de la semilla que detectara en el discurso de la Agrupación. Es de notar que ella se hizo mucho más evidente luego de los hallazgos de Lonquén y Yumbel. La imagen de la semilla se refiere a una experiencia acumulada que augura una nueva función histórica para el grupo, papel que hoy está en su período de gestación.

Ellos tienen miedo que los campos de concentración, los centros de tortura secretos, las fosas escondidas se transfor-

men en santuarios. Por ejemplo, ellos usaron en el primer tiempo un barco en Valparaíso, el Lebu, famoso porque partía del puerto y llevaba los muertos al medio de la bahía y volvía por más. Era un barco prisión. Hay gente que cuenta horrores de ese barco. Lo desguasaron. Los hornos de Lonquén los dinamitaron. Londres 38 fue hecho el Instituto O'Higginiano. Villa Grimaldi en este momento está rodeada de bungalows. Para ellos todo lo que signifique el recuerdo debe desaparecer. El otro día una compañera fue para allá porque siempre vamos visitando esos lugares. Ellos tratan de borrar las huellas, pero la gente tiene una memoria y no va a costar mucho reconstruir las cosas. Cuatro Alamos, el campo de concentración de la DINA, el gobierno lo ha dispuesto ahora como escuela para niños irregulares. En un lugar donde murió tanto torturado ahora tienen una escuela.

Va a llegar el momento en que todos ellos se van a justificar y van a decir «ah, yo obedecía órdenes. Yo no sabía». Pero esas justificaciones no van a valer. No van a valer porque hubo otra gente que se jugó por la verdad. Entonces no vale eso de que el otro, por miedo o porque se lo mandaban, lo hizo. Imposible. Queremos la justicia por lo que les hicieron a nuestros desaparecidos. Porque no basta decir «están muertos», «murió», «los asesinamos», «aquí está el certificado de defunción». Después viene la otra parte ¿por qué? ¿que cómo? ¿que cuándo? ¿que con qué derecho? ¿quién fue? Son preguntas que nosotros no las vamos a dejar allí por el hecho de que nos den un certificado de defunción o nos muestren un desaparecido. Son siete años y es toda una tortura que les hicieron a ellos y nos hacen a nosotros y al pueblo diariamente. Y ésta va a ser una labor de todo el pueblo chileno. Las víctimas nunca son las que efectúan una batalla como esa. Y nosotros somos víctimas. Es el pueblo. Somos conciencia del pueblo, pero nos estamos matando. Tiene que haber justicia, pero tiene que ser de un proceso. Yo no voy a matar a uno de ellos. Tiene que haber un proceso en que se conozca quiénes fueron y que luego el proceso diga cuál va a ser el resultado. Tiene que ser una justicia civilizada. No un diente por diente, ojo por ojo. Tiene que haber una justicia en que quede claro al mundo que no somos salvajes y que matamos al otro porque ahora estamos arriba. De otra

manera sería odio contra odio, odio contra odio, nunca paz. No se puede olvidar lo sucedido. Nosotros somos parte del pueblo. Hemos ayudado a hacer conciencia. Siendo parte de este pueblo estamos convencidos de que algún día esta tiranía va a tener su fin, va a haber justicia. Puede que alguna de nosotras esté, como puede que no estemos. Alguna de nosotras estará para decir cómo querríamos que fuese esa justicia. Somos parte de esta cosa social que está sucediendo, que es muy rica. A través de todo este sufrimiento nos estamos uniendo. Lo palpamos en tantas cosas. En la solidaridad diaria, en nuestra solidaridad con otros y de ellos con nosotros. Como antes estas cosas terribles nunca habían pasado en este país, el proceso unitario va a ser muy hermoso, va a terminar en algo muy lindo. A nadie le cabe duda. Yo no voy a pedir justicia por mi hijo y ella por su hijo. Vamos a pedir justicia por todos. Eso no está dicho, pero está claro. Todos sabemos que no vamos a pedir por uno. Son todos iguales. Si encontráramos a un desaparecido me voy a alegrar tanto como si encontráramos al mío. Esa es la unidad que se ha formado por ese sufrimiento tan espantoso.

En la conciencia de todo el mundo está la pregunta ¿hasta cuándo el sectarismo? Aquí hay que ponerse una camiseta. La única camiseta: el pueblo. Yo tengo mi camiseta. Ella tiene su camiseta, pero aquí hay una sola. Y en torno a eso es que vamos a salir adelante, si no, no. Y sí que vamos a salir adelante, si no, no. Y sí que vamos a salir adelante, pero con ese convencimiento. Y ya es algo de base, muy de nosotras mismas, que estamos sintiendo. Ha costado años. El sectarismo ha influido mucho en la formación de grupos divisionistas. El sectarismo al principio. Pero ahora todos se han convencido de que es un camino equivocado y que así no vamos a ninguna parte. Cada una va tratando de disminuir el grado de sectarismo para tratar de alcanzar el objetivo común. No solamente de nosotras, sino de todo el pueblo, que es derrotar al gobierno. Han pasado cosas tan tremendas. Por un lado el dolor. Hemos llegado a veces a discrepar, a pelear, porque el dolor de ella puede ser más chico que el dolor mío. Hemos tenido jornadas de reflexión para eso en que hemos llegado a que el dolor es el mismo, a pesar de que uno tenga al hijo, al hermano, al esposo,

al padre desaparecido, a la familia completa. El dolor es el mismo en la medida en la medida en que se ha querido a esas personas. Uno siente en la medida que ha querido. Hemos llegado a aunar criterios. Antes teníamos también otro tipo de discusión: que yo pienso que los desaparecidos están vivos y por eso sigo mi lucha. Y la otra que decía, «y yo, aunque estén muertos, sigo mi lucha»: «Una gente decía yo la sigo mientras estén vivos y otras no yo sigo aunque sabiendo que están muertos. Todo este tipo de cosas hasta que al final hemos llegado a que nosotras vamos a seguir estén vivos o estén muertos. Lo único que queremos es la respuesta, la verdad y la justicia. A eso llegamos después de jornadas, años de conversaciones y de diálogos. Yo soy madre de tres hijos y tengo a mi marido desaparecido. Y yo mido el dolor. Lo mido. El dolor más grande es el de la madre y después está el del hermano. Pero, después de todo el dolor es igual. El de cinco desaparecidos como de uno. El dolor está más bien en no saber de ellos hasta el día de hoy. El dolor es igual al amor. Hay personas que se aferran a la idea de encontrarlos con vida y otros que los buscan aunque creen que están muertos para saber la verdad y exigir la justicia. Estas posiciones tienen que transigir en la Agrupación porque no se la puede hacer aceptar la muerte a la gente si piensa que está vivo y no pueden pensar que todos están vivos porque lógicamente algunos están muertos. Entonces llegamos a superar el sectarismo. El problema de los desaparecidos es un problema político y no nos podemos desligar de eso. Algunos no eran políticos, pero en este contexto de tomar detenidos a políticos cayeron algunos sin ser políticos. Pero es una situación política y teníamos discrepancias que hemos superado.

En Chile en estos momentos hay una carencia de líderes populares. No hay líderes populares carismáticos, la imagen que uno tiene del líder aunque sea caudillista, pero que arrastra. Esto va siendo suplido por la creación colectiva. Por eso se producen fenómenos de choque con gente que tuvo antes una trayectoria parlamentaria, por ejemplo. Se sienten desencantados cuando no son considerados como ex-grandes líderes parlamentarios. Creo que es bueno. Es una realidad bien triste, pero la mayoría de los desaparecidos, los

que están muertos, ejecutados, los que están en exilio fue la gente que tuvo un papel dirigente importante a nivel popular y que ahora la clase trabajadora los perdió. Perdió a los desaparecidos, a los muertos, a los del exilio, a los que están con problemas psíquicos graves por las torturas. Para mí el exilio es muy difícil que retorne a una característica similar a antes de que se fueran. Va a ser distinto. Empieza surgir dentro del pueblo otra cosa, otra organización, otra visión. Afuera de Chile se produce una manera distinta de enfrentar los problemas porque las realidades son distintas. Se habla todavía de Unidad Popular y de cosas que ya no funcionan. Quedaron con la mentalidad del '73 y es imposible hacerles entender que ahora la cosa es completamente distinta. Ahora a los de acá el gobierno trata de cortarles la cabeza a todo el que sobresale. En la cuestión juvenil, por ejemplo. Cualquiera muchacho que sobresale, el gobierno inmediatamente lo relega y entonces es muy difícil que puedan surgir líderes. Pero surgen. Está el caso de la ... que es muy notorio. Ella es un personaje totalmente desconocido que entra a la Universidad, que es elegida presidenta de un centro de estudiantes, que después se incorpora a luchas más generales, empieza a ser conocida, sufre todos los efectos de la represión, pero ya existe un reconocimiento de ella. Y se podría nombrar otra gente. A lo mejor no tienen ni reconocimiento nacional ni es una gran cosa, pero empiezan a surgir nombres entre los pobladores, los trabajadores. Quizás entre los trabajadores se dé una cierta continuidad. Hoy nadie en Chile puede arrogarse vanguardia, porque para ser vanguardia hay que jugársela. Hoy la...es líder porque la hemos visto sufrir cárcel, etc. Ha ido a todas las paradas y aquí nos conocemos. Sabemos quién va y quién no va. Es decir, todo lo que está surgiendo viene de los que están por jugársela y en esa medida van a surgir los líderes. Están surgiendo. La Agrupación, como grupo humano ha impulsado una cantidad de cosas importantes en este sentido. Hemos ayudado a crear líderes colectivos. A la Agrupación se la conoce. Se la conoce como Agrupación de Familiares y no te la individualizan con nombres de personas. Te hablan de la Agrupación siempre. Por eso las autoridades no han podido individualizar. Van surgiendo siempre públicamente otros rostros. También por el desgaste del

tiempo se ha tenido que ir reemplazando gente. Gente del principio se tuvo que ir, retirar, se enfermó. En cada acción de la Agrupación un porcentaje muy alto de la gente está convencida de la obtención de compromisos de respuesta. Y cuando se van realizando año a año acciones de peso, de sacrificio y no hay esa respuesta, agota. El nivel individual de conciencia política, cualitativamente, por eso mismo, es altísimo. Cada persona que ha permanecido se ha superado muchísimo para la acción concreta. Y muchas personas eran sólo dueñas de casa en otros tiempos.

La marcada mayoría de mujeres en las actividades de la Agrupación y su gran orgullo adquirido en las pruebas a que se han sometido hace que, de inmediato, el observador externo haga preguntas sobre la relativa ausencia masculina como factor en el forjamiento de una nueva identidad social y política femenina. Como antecedente habría que mencionar uno de los referentes inevitables de una problemática como esta: la diseminación mundial de ciertas posturas de los movimientos feministas en los países capitalistas avanzados. En ellos se ha caído en una desconsideración de aspectos globales del funcionamiento del sistema capitalista que colocan a la mujer en una situación desmerecida para el acceso a la acumulación cultural de la sociedad. La necesidad empresarial de una reserva de mano de obra barata, por ejemplo. Por ello, muchas veces la discusión resulta en una apresurada reducción de las contradicciones sociales a un enfrentamiento entre hombres y mujeres por el poder político. En esta postura ha influido el omnipresente activismo lesbiano en estos movimientos.

En cuanto a la Agrupación, hay indicios de algún grado de tendencias al respecto. Personas cercanas al grupo hacen mención de incidentes de intensa discordia y agudos sentimientos de frustración en mujeres de la Agrupación que no han obtenido, en ocasiones, el apoyo esperado de dirigentes sindicales. Al preguntarle a uno de los hombres más activos en la Agrupación el motivo por el que se ven «tan pocos hombres» en las acciones, malentendió, bien realmente o en broma, interpretando la pregunta como «por qué eran tan poco hombres». Otro de ellos da testimonio de la protección que recibió de las mujeres, años atrás, durante un período en que mantuvo su trabajo en la Agrupación a pesar de ser buscado por los servicios de seguridad. Su mujer fue hecha desaparecer

como presión contra él.

En el momento de explicar su posición al respecto, las mujeres niegan rotundamente ser un grupo feminista, como se las ha tratado, a veces, en Europa y Estados Unidos. De inmediato llaman la atención sobre el hecho de que la mayoría de los desaparecidos son hombres, por lo que incumbía a las madres y esposas hacer las gestiones y esfuerzos por encontrarlos. En esto apelan con vigor a sus prerrogativas y deberes tradicionales de mujeres, esposas, hermanas por su impacto moral en las autoridades y en la opinión pública. Sin embargo, esto no da cuenta de que también los desaparecidos tienen padres, otros hijos y hermanos, los que no logran o no son expuestos a la misma visibilidad pública. No debe descuidarse, por lo demás, la evidencia notoria de que en el uso de las imágenes tradicionales de la mujer en la sociedad chilena, las señoras desean proteger la seguridad personal de los varones, ante quienes los militares tendrían menos remilgos. Tampoco debe descuidarse que es tradicional en Chile una «especialización de funciones» que asigna al hombre trabajos más marcadamente políticos. Quizás en este momento los varones familiares de detenidos desaparecidos estén integrados a ellos, dejando a las señoras el trabajo de acción culturalmente más amplio y menos puntual que caracteriza a la Agrupación. En todo caso, las mujeres no dejan de usar la palabra «liberación» al hablar de su nueva situación. No obstante, ella es rápidamente calificada para evitar cualquiera sugerencia de conflicto sexual como rasgo relevante de las relaciones internas de la Agrupación. Más bien desean adjudicar a la palabra «liberación» el significado de un desarrollo exitoso de la personalidad de la mujer como respuesta a los desafíos que debieron vencer para organizarse, buscar a sus familiares, interpelar al Estado y agitar ante la opinión pública. Señalan que esta liberación no es privativa de la mujer. También los hombres en Chile han tenido que dejar atrás aspectos de sus roles sexuales para enfrentar la lucha contra el autoritarismo. Indican que, una vez establecida la democracia en Chile, ellas volverían a sus funciones en el hogar. No visualizan, sin embargo, la influencia que tendrían sus cambios de personalidad en este retorno.

Yo no le veo una cuestión de fondo a un posible conflicto entre lo femenino y lo masculino. Primero hay una cuestión natural de que la mayoría de los desaparecidos son hombres.

Es muy menor la cantidad de mujeres desaparecidas. Por lo tanto la mujer adopta una actitud más resuelta, haciendo uso de su calidad de madre o esposa, por llamarlo de alguna manera. Es un instinto. No tiene explicación científica el asunto. Lo siente y punto. Y los hombres, aunque lo sienten igual, como que tienen una tendencia a racionalizar el tema. En el primer tiempo alguien decía «vamos a parar el tráfico para llamar la atención» y primero nos poníamos de acuerdo en parar el tráfico y luego en cómo hacerlo. Un pensamiento masculino frente al problema podría empezar analizando las condiciones para parar el tráfico; después vamos y lo paramos. Era como un razonamiento a la inversa. Yo creo que sí tenemos un diferenciamiento orgánico y subjetivo los hombres y las mujeres, sexual. Pero esa diferencia no se expresa en que la Agrupación actúe de una manera u otra. Este sentido profundamente instintivo de lo maternal está muy presente en la Agrupación.

La lucha separada entre hombres y mujeres no se ha dado como elección feminista, sino como fenómeno natural de defender al hijo, al esposo, al padre que ha demostrado la capacidad de la mujer individual para enfrentar los problemas. El ser humano, sea hombre o mujer, encerrado en una casa está desvalido ante una serie de circunstancias que se le pueden presentar. Pero una vez que las enfrenta es capaz de crecer y desarrollarse y aprender, lo mismo que el hombre. Esto va a ser como una liberación de la mujer, como una emancipación. Aunque yo diría que la necesidad de afrontar la situación íntimamente, como mujer de su casa que tiene que cuidar los hijos, que tiene que lavar, cocinar, es más bien una búsqueda de la justicia y la verdad con dignidad. Entonces ya no es una liberación, sino como una capacidad para afrontar lo que hay que hacer como ser humano, como persona. No hay para qué compararse con las capacidades del hombre. En este sentido hemos demostrado en muchas ocasiones que hemos superado más cosas que nuestros compañeros en la búsqueda de nuestros hijos. Para una parte de la Agrupación esta situación es transitoria. Hay personas de edad, por ejemplo, que una vez que esto pase van a volver a su casa a asumir el papel, que por su edad, les corresponde: su familia, sus nietos. Pero ya han ocurrido

cambios mentales que han significado una superación. Hay personas que dicen que si en este momento su esposo apareciera creen que no las reconocería, porque ha cambiado tanto la persona. Antes era dueña de casa nada más y hoy día es capaz de muchas otras cosas, de desenvolverse, de afrontar la situación. Pero hay gente que todavía eso no lo supera. Hay gente que todavía está muy aferrada a la familia. Una tiene hijos y los dejó solos los primeros años porque no podía faltar un minuto, un segundo de búsqueda, con la esperanza de encontrar al desaparecido. Siempre tuvimos la esperanza de que la respuesta fuera luego. Pero fue pasando el tiempo. Y hoy es hora de que nuestros hijos reciban nuestro apoyo, nuestra ayuda, de que trabajemos para que estudien, vivan su vida. Necesitan de su hogar y mientras la mujer esté afuera no hay esa calidez. De eso conversábamos ayer con una señora. Ella en este momento está pasando por una crisis. Tiene que definirse: o afrontar el hecho de que va a tener que seguir la búsqueda, va a tener que estar horas fuera de la casa, que sus hijos van a tener que crecer solos o entender que eso va a tener que superarlo porque quizás van a venir años peores que estos, porque salir de esta situación nacional no va ser fácil. Esto que ella ha aprendido en estos años, que ahora la tiene un poquito angustiada, puede ser una enseñanza para sus hijos porque ella puede faltarles por motivos de salud o por algo político. Entonces los hijos tienen que saber desempeñarse, defenderse, saber hacer sus propias cosas, movilizarse. Así van a hacerse más fuertes en estos tiempos que vivimos. La casa ya no puede ser un refugio para la mujer, donde se esconde para no tener que saber nada de lo que pasa en el país, porque las cosas que pasan están en su casa, son su casa, aunque ella no lo sepa. Algunas señoras hacen el error de las gallinas que quieren librar a sus hijos de todo. Ella quiere asumir el papel del compañero. Tienen a sobreproteger a sus otros hijos, hacen todo, asumen todo y no dejan que los otros, aunque sean mayores, tengan algo que ver con la Agrupación, porque se pueden involucrar en problemas. Yo personalmente soy así con mi hija. Tengo un hijo desaparecido. Ella quiere venir a la Agrupación pero yo prefiero que no, por el temor de que le pase algo. Yo con mis hijos soy yo la que asumo

la responsabilidad. Son todos madres y padres ya, todos casados. El problema mío es que si se involucran, que tienen familia, los problemas se irán extendiendo. Yo soy sola, me considero sola. Entonces yo sola afronto la situación de mi hijo desaparecido. No quiero ni que mi nuera lo haga. Quiero protegerla, proteger a mis tres nietos. No es injusto que todo caiga sobre mis hombros porque yo los protejo a todos. La carga la llevo porque la quiero llevar y porque tengo la fortaleza. Pero va a haber que enfrentar esto porque es nada más que una etapa de la situación. Tenemos en el futuro que pensar cómo lo vamos a tener que enfrentar todos juntos con la familia. Ojalá que se extienda la busca, que se extienda esta lucha, que todos participen, los niños, los parientes, todos. Debiera ser así. Porque si queremos que nuestro dolor sea asumido por el pueblo chileno, tenemos que partir primero por nuestras propias familias. Se puede valorar que una persona haya asumido toda la carga de la busca. Pero si juntos lucháramos por saber, seríamos más. Cómo podemos exigir a otros que nos ayuden en la búsqueda si nosotros no hacemos el esfuerzo con nuestros propios familiares. Se han dado muchos casos de avance en la Agrupación porque la gente ha incorporado a sus hijos. Y en sus escuelas y donde trabajan ellos van contando. Pero no son muchos. Con el paso del tiempo esto puede ser tomado por todos. Ojalá fueran todos, a pesar de los riesgos que eso implica. Ayer una señora me decía «en mi vida he admirado a dos personas en este mundo: a mi marido y a mi hermano. Mi marido era lo más grande y era mi puntal. Era todo. Yo lo perdí a él y lo único que me queda son mis hijos. Por tanto vivo en constante temor. No los dejo salir, que no se vayan a meter con alguien que pudiera tener una idea por luchar contra el gobierno». Todavía queda gente así en la Agrupación. Esto es lo que vamos a tener que superar para entrar a otra etapa.

De todo este lenguaje, la frase más comprometedor y enigmática es «si queremos que nuestro dolor sea asumido por el pueblo chileno». El intento más mínimo de comprender su significado obliga a incursionar en áreas que la ciencia social más bien quisiera relegar a la esfera del arte, de la religión, de la filosofía,

para deslindar responsabilidades y ser fiel a su origen positivista. Si atendemos a las palabras del vicario Cristián Precht, la experiencia de este holocausto, de esta destrucción y muerte técnicamente administrada en Chile después de 1973, debe penetrar «en el alma y en el corazón de un pueblo». Con esto nos vemos arrastrados a conceptos y categorías que la izquierda, en especial, ha eludido. Quedamos a corta distancia de términos tenues y vaporosos como «tradición patria», «alma nacional», «espíritu del pueblo», «esencia de la nacionalidad», que el fascismo, en toda su historia y en todos los países en que se ha aposentado, ha esgrimido para validar sus más pavorosos desmanes e irracionalidades. Para comprobarlo basta examinar la «Declaración de Principios de la Junta Militar de Chile» (1974). Ni siquiera un término neutro como «idiosincracia nacional» alivia este temor. Y, sin embargo, más allá de toda duda y confusión conceptual, la problemática de los desaparecidos está allí para ejercer mucho más que la fascinación de una catástrofe histórica. En última instancia es un desafío: ¿cómo se asume colectivamente el dolor de un grupo marginado de manera que su experiencia tenga trascendencia para toda la sociedad?; ¿qué implica esa asunción?; ¿cómo se la efectúa? Tras estas preguntas no se puede sino reiterar la intuición de que en ellas reside la propuesta de una guía y de una base para el futuro de la convivencia nacional de Chile, para el Estado y para el sistema político que surjan de la lucha por la democratización del país. Esta institucionalización será sólida sólo en la medida en que la ciudadanía exprese una voluntad irrenunciable de que esta experiencia permanezca en el recuerdo.

Sin embargo, el impacto mismo de este holocausto nos revela que nuestra memoria histórica es corta. Somos un pueblo joven, nuestra cultura es reciente. No es la primera vez que en Chile se han dado desaparecimientos. Miles de trabajadores fueron masacrados en las huelgas de fines del siglo pasado y comienzos del presente, cuando la llamada «cuestión social», las demandas de los trabajadores en vías de organizarse como tales, amenazaron a una oligarquía sólo preparada para la sordera. Los sitios de estas masacres fueron los puertos y las oficinas salitreras del norte. Sólo en la escuela de Santa María, en Iquique, más de dos mil hombres, mujeres y niños fueron ametrallados por tropas del ejército el 21 de diciembre de 1907, a raíz de la huelga general del salitre iniciada el 13 de ese mes. Sus cadáveres fueron amontonados en fosas comunes. Nunca se ha sabido su número exacto, ni su identidad.

Nuestros padres y abuelos nos han hablado vagamente de los fatídicos «fondeamientos» cometidos por la marina chilena durante la dictadura del entonces coronel Carlos Ibáñez del Campo, en 1927-31. Prisioneros políticos, junto con criminales, perversos y otros «indeseables», en números desconocidos, fueron asesinados por ahogo, lanzándose al mar con grandes piedras amarradas a los pies. Con variaciones, el horror de los desaparecimientos ha estado largo tiempo con nosotros. Después de 1973 nos visitó una vez más, pero, a pesar del pasado, creemos que es una experiencia nueva en nuestra historia.

Ya no hay justificación para el olvido. Quizás la hubiera cincuenta o más años atrás. El acceso a la educación era limitado. Tal vez fueran escasos los intelectuales que hubieran podido hacer conciencia histórica. Lo cierto es que el conocimiento de los períodos indicados fue largo tiempo descuidado. La noción de progreso en nuestro país fue largamente reducida a una explicación de tecnología adecuada o a la formulación de una línea doctrinaria y política «correcta». La memoria de la violencia del poder hegemónico no se filtró ni a nuestras instituciones ni a nuestra vivencia cotidiana. Quizás en el olvido haya influido nuestra miseria de nación dominada y sin opciones para una elección cultural autónoma. La pobreza, ya sea vivida en carne propia o contemplada sin cesar en nuestro entorno, nos anestesia y hace que el sufrimiento ajeno o propio sean «parte natural del paisaje». Acostumbrados a la exhibición incesante de la necesidad no redimida somos capaces aun de descuidar nuestra propia salud mental y física, hasta cuando esto es innecesario. No nos conmueve ya el espectáculo de la desnutrición, la suciedad y la prostitución. El imperativo de sobrevivir en un medio de escasez añade el prurito de diferenciarse socialmente con ostentación y agresividad en quienes buscan u obtienen un resqueciento de ascenso. A la anestesia ante lo humano se agrega la ceguera y la agresividad. No es extraño, entonces, que, en algún momento, las metáforas militares para la muerte se enseñoreen en nuestra sociedad. La política económica y social del autoritarismo sólo ha exacerbado estas tendencias, ya largo tiempo entre nosotros.

No obstante, la ruptura institucional del 11 de septiembre de 1973, a pesar de los horrores que trajo, contiene la semilla de un despertar y la tensión de una utopía de movilización a la democracia. En su signo negativo, esa ruptura trajo la represión sistemática y programática por parte del Estado y la ruina de la productividad

por la aplicación del modelo neoliberal. Pero, por otra parte, esa represión y la concentración del poder económico en una minoría cada vez más pequeña gradualmente desnuda al Estado Autoritario como forma ineficiente de dominación.⁽³⁾ Es cada vez más difícil que ese Estado pueda adjudicarse las nociones usuales de legitimación estatal: la de erguirse impersonalmente por sobre los intereses de cualquier fracción social de la nación; la de ser baluarte hasta de los sectores más desvalidos de la población. Tal vez con maniobras de manipulación psicológica y propaganda masiva pueda desorientar por un lapso de tiempo la conciencia de las mayorías desposeídas. No hay duda, sin embargo, que la realidad concreta el desempleo, sus secuelas y la desprotección de los necesitados por el cercenamiento de los más mínimos servicios sociales finalmente despejará esa confusión. Y una vez que esto ocurra, y la fuerzas de oposición por último lleguen a articularse, el único mecanismo de poder restante para los sostenedores del régimen será la violencia más crasa.

Mientras tanto, grupos como la Agrupación, ahora marginados de la conciencia pública por razón misma del impacto que recibieron en la noche más negra de la represión en Chile, nos ofrecen una visión de mundo y un discurso que corta a través de tecnocratismos y dogmatismos políticos para centrar nuestra reflexión en torno al respeto más fundamental por el hombre: su derecho a la vida y a ser persona humana, incluso en medio de los más cruentos conflictos sociales. La guerra también tiene leyes que la dignifican porque ella, ajustada al derecho, es una forma de resolver conflictos sociales. Esta proposición surge en un momento en que la intelectualidad progresista formada durante la democratización educacional promovida por el Estado de Compromiso todavía tiene gravitación en la cultura nacional chilena, a pesar de su dispersión por desempleo o exilio. Ella, con las nuevas generaciones, tiene ante sí la tarea de reflexionar y actuar para la comprensión e implicaciones de la experiencia de grupos como la Agrupación para integrarla a la memoria colectiva. Ya no hay justificación para que no ocurra así. Los artistas, los sociólogos, los antropólogos, los historiadores, los filósofos, los políticos debemos estudiar, meditar y proyectar la trascendencia futura de estos testimonios de la violencia estatal en Chile después de 1973. Si es que volvemos a fracasar es porque no hemos tenido conciencia cabal de nuestra misión histórica como intelectuales.

NOTAS

1.- Palabras de un dirigente de la Federación Ranquil.

2.- En este encuentro presentaron trabajos u opiniones la Federación Ranquil, de quien se citaran anteriormente palabras de su representante; el Frente Unitario de Trabajadores; un representante de las Agrupaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Provincias, con un trabajo titulado "Algunas Observaciones sobre los Detenidos-Desaparecidos de Provincia"; un representante de asociaciones de pobladores de barrios periféricos de Santiago, con una presentación titulada "Aporte para la reflexión de Familiares de Detenidos Desaparecidos"; un informe de los servicios psiquiátricos asociados con la Vicaría de la Solidaridad titulado "Informe de Salud Mental a las Jornadas de la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, 1980"; un informe de los servicios jurídicos asociados con la Vicaría de la Solidaridad titulado "La investigación judicial por los Detenidos Desaparacidos"; un informe presentado por un representante de periodistas de oposición al régimen militar; una presentación de Cristián Precht titulada "Aporte para la reflexión".

3.- Guillermo O'Donnell, "Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy". David Collier, ed The New Authoritarianism in Latin America (Princeton: Princeton University Press, 1979)

1996
MIRADA RETROSPECTIVA

«... no se puede olvidar lo sucedido...»
«... con el paso del tiempo
esto puede ser tomado por todos...»

Hace quince años hice el trabajo de campo que sirvió de base para el texto de este libro. En ese momento de 1981, el significado de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos en el horizonte político del momento en Chile «había sido declarado» en transición. Al escribir esta mirada retrospectiva en 1996, se hace necesario «declarar» una transición similar: es decir, nuevamente parece haber llegado el momento de situar el significado específico de la Agrupación en un marco cultural mucho más amplio, a riesgo de que su significación se disuelva. Debo explicarme.

A poco de instaurada la dictadura militar en 1973, la Agrupación apareció como el único grupo de oposición pública contra el régimen. En la noche más negra de la represión, para muchos quedó marcada una imagen inolvidable -con su demanda pública de que se les informara del destino de sus familiares, las mujeres de la Agrupación eran las únicas que salían a la calle para «dar la cara» por la izquierda derrotada. Lo hicieron con un valor suicida. En 1981 se reconocía que el activismo de la Agrupación y el apoyo dado a ella por la Vicaría de la Solidaridad y por organizaciones de derechos humanos desde el extranjero habían puesto un límite a las atrocidades cometidas por la DINA. También ese activismo había creado las condiciones subjetivas para la reconstitución de un movimiento más amplio de reivindicación social. Este reconocimiento coincidía con la rearticulación de la actividad de los partidos políticos y su aparición pública después de años de repliegue al clandestinaje.

Los partidos reintrodujeron sus tareas macropolíticas a ese movimiento. Desde ese año de 1981 en adelante, el cambio de las circunstancias económicas obligaba a un redimensionamiento de

las estrategias de la oposición. Se estimaba que el aparente colapso de la política económica neoliberal debilitaría fatalmente al régimen militar y lo llevaría a desplomarse. Acelerar la caída requería la movilización masiva de la población para hacer efectivo ese «espectro mucho más amplio» de reivindicaciones. Por tanto, se confirmaban apreciaciones y evaluaciones del futuro de la Agrupación ya hechas en 1980 -se debía integrar el problema de los desaparecidos como uno más de los elementos de ese espectro, dejando de ser el principal. Se trataba de un realismo indiscutible. Pero fue expresado por seres humanos ajenos a las experiencias de tener un familiar desaparecido, que nunca podrían comprenderla cabalmente. Situados en la obsesión de buscar la verdad sin descanso, la mayoría de los miembros de la Agrupación revivió esta «declaración» como traición.

Con el correr de los años emergió la magnitud de ese «espectro más amplio». Ya en 1981 una persona común y corriente como yo podía percibir indicios de ella. Desde 1978, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) había iniciado la Operación Retorno e infiltraba a Chile personal para tareas militares. Al respecto, varias señoras de la Agrupación me mencionaron, «como al pasar», el hecho de que la CNI liquidaba en plena calle, sin mayores preguntas, a cuanto infiltrado del MIR se detectara. Por otra parte, hacia 1981 circulaba información en el extranjero de que el Partido Comunista había formado un aparato militar con personal ya aguerrido en África y Centroamérica. En 1993 tuve evidencia concreta (1) de que, en la más profunda clandestinidad, ya en 1980 se había iniciado la infiltración a Chile de la oficialidad entrenada en el extranjero con que el Partido Comunista estructuraría su Fuerza Militar Propia. En mayo de 1983 se iniciaron las grandes Protestas Nacionales que se repetirían mes a mes. Al parecer se daban las condiciones para una gran sublevación nacional. Por este motivo, en diciembre de 1983 parte de la oficialidad comunista pasó a formar el Frente Patriótico Manuel Rodríguez como si fuera una organización independiente. Efectivamente, en este horizonte social el problema de los detenidos desaparecidos casi llegó a disolverse.

En medio de todo esto, hacia mediados de 1982, el texto de mi investigación sobre la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos apareció en Estados Unidos. Fue un aporte de solidaridad desde el extranjero al movimiento de oposición antimilitar.

En buena medida esta sinopsis explica el significado de una metáfora que organizó mi trabajo de campo en 1981 y que constituya la razón de ser de la antropología simbólica -los seres humanos nos movemos en un «bosque de símbolos» de significado desconocido, que «se nos da» con una apariencia tan incuestionable como la «naturaleza» misma. Es decir, parecemos desplazarnos como zombis en un espacio de tiempo presente que ya fue o está siendo demarcado por el trabajo de seres cuya voluntad decisiva nos es desconocida. Algunos de ellos nos precedieron; con otros compartimos ese espacio sin saberlo. Es obvio que nadie puede o quiere vivir como zombi. Necesitamos despertar y tomar conciencia de la significación del tiempo y del espacio para modular las acciones y navegar los sucesos que conforman la vida que nos ha tocado vivir. Esto es particularmente complejo para los intelectuales, puesto que, además, vivimos la arrogancia de creer que también debemos despertar a los demás.

Inevitablemente instalado en mi arrogancia, desde el comienzo de mi investigación en 1981 intuí que fijar la mirada en la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos abriría un punto de entrada para leer e iluminar el modo en que los chilenos habíamos estado viviendo nuestra nacionalidad, nuestro «bosque de símbolos» colectivo. Por ello terminé el texto de la primera edición de este libro con una reflexión que apuntaba al imperativo de «estudiar, meditar y proyectar la trascendencia futura de estos testimonios de la violencia estatal después de 1973». También intuí que «proyectar la trascendencia futura» de organismos como la Agrupación finalmente resultaría en el imperativo de sentar las bases de lo que podría llamarse «política de la memoria histórica». Desde entonces y hasta el presente, prácticamente todo mi trabajo intelectual ha quedado marcado por la necesidad de prepararse para esa «política».

Como parte de esta preparación, durante todos estos años he reflexionado sobre el significado práctico de este «realismo» con que los partidos políticos «declararon» la recontextualización del gran tema cultural de la Agrupación. En 1981 ese realismo parecía ser una fría y atroz instrumentalización del sentimiento de los familiares de los detenidos desaparecidos dentro del cálculo maquiuévico de la macro-estrategia política. De hecho, algunas señoras de la Agrupación me comunicaron esta preocupación. Durante los

años '80 observé una tensión similar estudiando la problemática cultural del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo y de las organizaciones de teatro comunitario poblacional (2). Junto con contribuir con tesón a las Protestas Nacionales y a los esfuerzos por la redemocratización de Chile, estas agrupaciones se resistían a que su trabajo fuera apropiado por la política partidista.

El conflicto entre la macropolítica partidista y la micropolítica comunitaria ya era claro hacia 1985. Voceros de las agrupaciones comunitarias reconocían sus propias contradicciones -aunque era imperativo para ellos preocuparse de las necesidades comunitarias inmediatas, estaban conscientes de que sólo los partidos podían dar a sus acciones trascendencia nacional. Este impase irresuelto debilitó gradualmente la capacidad de convocatoria de los partidos políticos a las Protestas Nacionales. Esta fue una entre las razones que llevó a los partidos que hoy forman la Concertación de Partidos por la Democracia a abandonar las movilizaciones masivas para la desobediencia civil.

A pesar de todo, quedó claro para mí, a pesar de una apariencia de maquiavelismo atroz, el realismo de los partidos políticos tenía un mensaje que debía escucharse. El decía que el valor cultural de organizaciones como la Agrupación (además están la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos, la Agrupación de Familiares de Presos Políticos y el Comité Pro-Retorno de Exiliados) no estaba en la especificidad del problema legal que les había dado razón de ser, sino en la manera en que se les pudiera instrumentalizar para instalarlas en una teatralidad de alto rango, que expresara preocupaciones más universales y que permitiera apelar a un público tanto nacional como internacional en defensa de los derechos humanos.

Actualmente el movimiento de derechos humanos en Chile parece estar en proceso de dispersión. ¿A qué se debe esto? ¿Es que nunca llegó a tomar cuerpo en la población chilena más allá de los circuitos cerrados en que se constituyó? Aún suponer que la respuesta es negativa obliga a reflexionar sobre la enseñanza a que me refiero. La interpreto como la necesidad de discernir y las tres dinámicas esenciales de la lucha contra las violaciones de los derechos humanos -la legal, la política y la cultural. Las dos primeras están íntimamente unidas en una relación en extremo volátil y oportunista, la tercera tiene una especificidad particular que la independiza de las otras. Esto permite los criterios necesarios para

dar continuidad a la preocupación por la defensa de los derechos humanos mediante la configuración de una política de la memoria histórica. Por tanto, interesa hacer énfasis en la dinámica cultural y perfilarla con claridad.

Desde una perspectiva cultural, la relación del problema legal de los detenidos desaparecidos con la dimensión política se hace volátil y oportunista porque la política es el espacio social obligatorio e inescapable de la negociación y construcción de la mala fe. No atribuyo un valor peyorativo al término mala fe. Más bien lo uso con una intención interpretativa. Jean-Paul Sartre explicaba que la mala fe es ingrediente esencial en el imperativo de cultivar y mantener relaciones humanas absolutamente necesarias. Para mantener un matrimonio y una familia, por ejemplo, nos vemos obligados a soslayar idiosincrasias molestas de nuestra pareja y de nuestros hijos, acomodarnos a ellas y quizás llegar a pretender que no existen. Aquí está el peligro -quizás en aras de la convivencia lleguemos a olvidar que el mantenimiento de la relación matrimonial y familiar se ha basado en un cálculo comparativo de bienes y males mayores y menores. Con el olvido nos arriesgamos a una vida insana y neurótica por cuanto construimos una visión distorsionada de la realidad. Así perdemos la capacidad de reevaluar periódicamente nuestras relaciones y de modular nuestra conducta para adaptarla de manera objetiva a los cambios inevitables.

En la esfera pública, aun en situaciones de paz social, hay mayor razón aún para la construcción de la mala fe, puesto que las castas políticas profesionales deben conjugar intereses mucho más diversos, complejos y disímiles. En Chile, dado que la transición a la democracia resultó de un pacto con fuerzas armadas no derrotadas, que mantienen incólumes su poder y su capacidad de veto, la urgencia de negociar y construir la mala fe tendrá un escalamiento. Ya hay clara evidencia de esto. A través del Informe Rettig, presentado en marzo de 1991 por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, el gobierno del Presidente Patricio Aylwin procedió con la estrategia de separar el conocimiento de la verdad sobre las violaciones de derechos humanos de la implementación de una justicia efectiva y a corto plazo. El artículo segundo del decreto que constituyó la Comisión afirmaba que en «caso alguno la Comisión podrá asumir funciones jurisdiccionales propias de los Tribunales de Justicia ni interferir en los procesos pendientes ante ellos. No podrá, en consecuencia, pronunciarse sobre la responsabilidad que

con acuerdo a las leyes pudiera haber a personas individuales por los hechos de que haya tomado conocimiento». Ninguno de los perpetradores de violaciones de derechos humanos fue nombrado en el Informe Rettig.

Más adelante, las administraciones de los Presidentes Aylwin y Frei demostraron que las limitaciones impuestas a la Comisión no eran cuestión ocasional, de una sola instancia, sino parte de una estrategia de pacificación nacional a largo plazo.

En agosto de 1993 el Presidente Aylwin reafirmó ese empeño enviando al Parlamento un proyecto de ley que pretendía hacer más expedita la investigación del destino de los detenidos desaparecidos. En él se prometía secreto absoluto al personal militar que confesara. También se permitía el nombramiento de Fiscales Militares como Ministros en Visita para estos casos, creándose la insólita situación de constituir en investigadores precisamente a representantes de las instituciones investigadas. Abogados de defensa de los derechos humanos interpretaron el proyecto como intento de reconocer definitivamente la Ley de Amnistía de 1978, ley de autoperdón decretada por el régimen militar, usada para sobreeser innumerables juicios iniciados contra personal de las Fuerzas Armadas. Durante la campaña electoral de 1989, la Concertación se había comprometido a derogarla. A juicio de los abogados, la llamada «ley Aylwin» también abría la posibilidad de que, en el futuro, se dictaran nuevas leyes de amnistía. El 11 de agosto de 1993, miembros de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos se sintieron forzados a revivir una antigua táctica: iniciaron una huelga de hambre contra el proyecto de ley. Corto tiempo después el proyecto fue retirado por el gobierno.

El 22 de agosto de 1995 el gobierno del Presidente Eduardo Frei reincidió en la línea ya fijada, enviando al Parlamento un proyecto similar al anterior: «contribuirá efectivamente al logro de la reconciliación nacional ya a la consolidación de la democracia». El ámbito de aplicación de la ley cubriría todos los «delitos de secuestro, detención ilegal, arresto o detención ilegal por funcionarios públicos, apremios ilegítimos y arresto o detención en lugar no designado por la ley, asociación ilícita, homicidio o cualquiera otro conexo con ellos» no concluidos como proceso penal entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978, fecha de la Ley de Amnistía. Aunque se excluye la participación de las Fiscales Militares en los procesos y se entrega la investigación de estas

causas exclusivamente a un Ministro de la Corte de Apelaciones, la fundamentación de fondo de la ley es similar a la fracasada «ley Aylwin» -se afirma la necesidad de «compatibilizar» «dos objetivos muchas veces percibidos como contradictorios: el de esclarecer la verdad respecto a lo ocurrido con los desaparecidos y el de dotar de seguridad jurídica a todas las personas afectadas por los procesos en que se investigan tales desapariciones». Por tanto se asegura secreto absoluto sobre la identidad de los declarantes. Según el «Artículo 4º, a) No se someterá a proceso a los inculpados, b) Se dejarán sin efecto los mandamientos de detención o prisión que se hubieren librado (= expedido)» El Ministro encargado podría decretar el sobreseimiento definitivo una vez que se «establezca el paradero físico del desaparecido o de sus restos», «se establezca fehacientemente que el desaparecido ha fallecido y que no es posible establecer el paradero físico de sus restos» y «sólo si se han determinado precisamente las circunstancias de su muerte». Irónicamente, se dispone el castigo de quienes violen el secreto de los procesos.. La ironía está en que los perpetradores de crímenes contra la humanidad quedan libres mientras se castiga con severidad a aquellas conciencias morales, agraviadas por la falta de justicia, desafíen el secreto de Estado -un Estado de quien se espera el cumplimiento del Derecho Internacional de Derechos Humanos. Para esta la obligación de hacer justicia es absoluta y no válida su abandono por cuestiones de estrategia o coyuntura política, aun con el imperativo de conservar la democracia.

No obstante, a pesar de todo, en el preámbulo de su proyecto de ley el Presidente Eduardo Frei sostiene que los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia han «realizado una vasta labor legislativa por la vía de la adhesión a instrumentos internacionales de protección a los derechos humanos y de adecuación de nuestro derecho a los tratados internacionales en esta materia».

De hecho, dentro del «realismo» imprescindible para los partidos políticos se ha logrado un avance de gran significado simbólico con las condenas del general Manuel Contreras, del brigadier Pedro Espinoza y de dieciocho funcionarios de Carabineros de Chile implicados en el degollamiento de Manuel Guerrero, Santiago Nattino y José Manuel Parada, en 1985. No obstante, de inmediato es preciso agregar que los dos primeros no fueron enjuiciados y encarcelados por su responsabilidad como directores de la DINA,

sino por la presión diplomática de Estados Unidos. Contreras y Espinoza estuvieron involucrados en el asesinato de Orlando Letelier y Ronnie Moffit en Washington. Cuidadoso de su prestigio, Estados Unidos no estaba dispuesto a aceptar que una dictadura latinoamericana estereotípica -«de lata»- se permitiera usar su capital como escenario para su «guerra sucia».

Hasta ahora la justicia no ha avanzado en cuanto a los detenidos desaparecidos. El sentido de la construcción de esta mala fe quizás ha quedado mejor expresada en palabras de Patricio Aylwin: hacer justicia «en la medida de lo posible».

El hecho de que dos presidencias democráticas consecutivas crean apropiado insistir en ese tipo de proyecto de ley indudablemente sugiere y apunta a un difícil y costoso aparato secreto de contactos, conversaciones, diligencias y negociaciones con las Fuerzas Armadas. Sin duda a esto se refiere el preámbulo del proyecto de la «ley Frei» cuando se indica que el «Gobierno, por su parte, ha desplegado importantes esfuerzos» para proponerlo. Ese «despliegue» es de suyo natural en el reino de la macropolítica, donde se debe adoptar posturas monumentales y hablar de «plena reconciliación nacional», de «cimentar la paz en el reconocimiento de la verdad», del «reconocimiento de la verdad por dolorosa que sea».

No obstante, la Agrupación de Familiares de Detenidos Políticos no tiene por qué valorar esos esfuerzos. La Agrupación no puede dejar de ser «maximalista»: su cometido natural es obtener una justicia efectiva, no meramente simbólica. Ello da a su mirada una objetividad fría e implacable que reduce el reino de la macropolítica a su calidad de escenario de la farsa, según lo ilustran palabras de una declaración pública en el periódico La Epoca (julio 23, 1995, p. 23) titulada «Los tribunales existen para realizar el valor de la justicia»: «Hoy asistimos a una vorágine de propuestas y debates, emprendidos hipócritamente en nuestro nombre. Aludiendo a la 'paz' y a la necesidad de 'normalizar las relaciones cívico-militares' se pretende expropiar nuestros derechos judiciales a conocer el destino y paradero de nuestros familiares. ¿Cuál puede ser el contenido de un concepto de paz que se pretende construir sobre la base de la impunidad y el cercenamiento de nuestra capacidad de buscar a los nuestros?»; «Se ha dicho audazmente que los políticos que hacen este tipo de propuestas demuestran 'coraje político'. Extraña lógica. ¿No sería acaso un real acto de coraje moral que ante

nuestro legítimo derecho a saber sobre nuestros familiares, impulsar la reforma de nuestras instituciones que permitan subordinar realmente el poder de las armas al poder legítimo del gobierno y sus instituciones?».

Tras la dureza de estos juicios hay una historia de compromisos firmados por los partidos políticos con la Agrupación: el del 30 de enero de 1984, que exigía a «los Tribunales de Justicia el fiel cumplimiento de su magistratura y la necesidad de realizar todos los esfuerzos que conduzcan al enjuiciamiento de los responsables» de las desapariciones «de acuerdo a los principios del Derecho universalmente aceptados»; el del 26 de agosto de 1988 en que se hacía compromiso de anular la Ley de Amnistía de 1978 (este compromiso fue ratificado y ampliado en enero de 1989); el del 14 de octubre de 1989 en el documento «Exigencias concretas para la reconciliación: verdad y justicia», incluido en el Programa que sirvió de plataforma política para el triunfo de la concertación de Partidos por la Democracia en las elecciones de ese año.

Con la perspectiva de los años, el recuento de esta historia de compromisos frustrados inyecta una suavidad generosa a los juicios emitidos en 1995 -para comprobarlo, nótese que la Agrupación no ha increpado a los socialistas de la Concertación. Para mantener su alianza con la Democracia Cristiana, los socialistas parecen dispuestos a olvidar la justicia para sus propios camaradas desaparecidos.

La conclusión es inaceptable: la congruencia de las dimensiones legales y políticas del movimiento de derechos humanos durante la dictadura militar finalmente se convirtió, irónicamente, en conflicto durante el proceso de restitución de la democracia. En el ímpetu del conflicto, la dimensión cultural ha quedado marginada. Es preciso recalibrarla porque allí se encuentra el espacio para una política futura de la memoria histórica.

La dimensión cultural yace en el punto equidistante entre la «mala fe» esencial para la práctica política y el «maximalismo» de la Agrupación. Esa equidistancia es fácilmente visualizable si prestamos atención a los gestos diferentes con que se expresan el gobierno y la Agrupación.

En términos de vigencia humana, el proyecto de ley del gobierno propone un juego de prestidigitación que, por una parte, autoriza a oscuros funcionarios del Estado para que conozcan la verdad sobre los desaparecidos, la ocultan en alguna galería del

laberinto burocrático y después la sellan para siempre. Luego de conocer el horror se condena a estos funcionarios a guardar el secreto para siempre. Luego de conocer el horror se condena a estos funcionarios a guardar el secreto para siempre. Si su conciencia los agobia, está la amenaza de un castigo. Por el enorme peso moral que debe cargar -y por las consecuencias psicosomáticas que sin duda, la aquejará- esta burocracia toma su aspecto de figura sacrificial, de «material gastable». En términos simbólicos todo esto esconde una analogía evidente: la verdad es como basura radioactiva resultante de una conflagración nuclear; es imperativo deshacerse de sus efectos contaminantes, generadores de cáncer, «procurando el cierre de las heridas aún abiertas en Chile», según palabras del preámbulo del proyecto de ley. Se trata de una concepción tecnocrática que concibe la historia como proceso industrial que inevitablemente segrega subproductos indeseables. Para deshacerse de ellos con un criterio de eficiencia está la opción de destacar personal que construya una bóveda que no permita filtraciones.

Este gesto es hecho por un Estado en difícil transición a la democracia, que intenta tres restauraciones simultáneas: para superar la insensibilidad moral promovida por el darwinismo social impuesto por el régimen militar, la restauración de una ética de sentido finalista, concreto y positivo de su gestión -similar a la que siempre ha motivado a la Agrupación; la restauración del imperio de la ley, del Estado de Derecho; y la búsqueda de la reconciliación nacional. Sin embargo, en lo que respecta a los detenidos desaparecidos, el Estado, en aras de la eficiencia, parece estar dispuesto a reducir a los desaparecidos a la calidad de molestia administrativa, puesto que han «significado la existencia de procesos en curso, o sobreesidos temporalmente, que se han extendido por casi dos décadas. Todos estamos conscientes que estos procesos no pueden eternizarse ni cerrarse artificialmente, clausurando la posibilidad de que pueden ser esclarecidos en sede judicial», según el preámbulo. Además, el Estado selecciona a los burócratas que administrarían esa cosificación.

En todo esto hay una inquietante cercanía con la actitud del régimen militar ante «lo indeseable». Con la consigna de eliminar el «cáncer marxista», la dictadura también agobió y victimizó moralmente a algunos de sus funcionarios designándolos para eliminar a cuadros de la izquierda y ocultar sus restos como basura indeseable.

En la agrupación hay un gesto que intenta rehumanizar la administración de la verdad, reintroduciendo criterios éticos a la perversión «eficientista» de la tecnocracia. Para ello intentan despertar la conciencia moral de la burocracia de los Tribunales de Justicia. En su declaración pública «Los tribunales existen para realizar el valor de la justicia», la Agrupación también declara: «El país será testigo si los jueces de nuestra patria permiten que sus conciencias sean obnubiladas por discursos políticos que sólo pretenden el encubrimiento de los delincuentes o si cumplen su deber de interpretar y aplicar la ley animados por una constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo. Esto es, de hacer justicia. La palabra es suya». Sus palabras reafirman una voluntad de continuar su función de conciencia comunitaria.

Sin embargo, en su llamado a la burocracia judicial, la Agrupación comete un serio error en la apreciación del significado de la civilización chilena. Afirman: «Ninguna democracia sana, sólida y estable podrá constituirse sobre la base del olvido de los más graves crímenes cometidos en la historia de Chile contra la vida, la integridad y la libertad de las personas, dentro de una política de terrorismo de Estado que desató la máxima violencia política contra la sociedad». El error está en que, por el contrario, la ciencia antropológica muestra que la civilización sólo puede administrarse sobre la base del olvido.

Al respecto, consideremos algunos elementos de juicio. La humanidad se diferenció del reino animal con el trabajo de construcción de la cultura, «segunda piel» de la especie. El orden de la cultura -simbólico, discursivo, instrumental, institucional y jerárquico- es el campo de la creación de utensilios y modos de conducta para superar el reino de la necesidad bruta. La creación instrumental potenció la capacidad de autotransformación de la especie humana con el surgimiento constante de nuevas necesidades que demandan utensilios para satisfacerlas, a su vez creando nuevas necesidades. Por ello, a los ojos humanos aparece como campo de plena significación, que responde a diseños y leyes propias, como si fuera el triunfo definitivo de la voluntad humana, como si fuera imperecedera. Para confirmar esta «eternidad» la cultura crea tabús y leyes que reafirman la diferenciación de la especie y su distanciamiento de la naturaleza. En este sentido, la identidad humana está marcada por el mito de los «lotófagos»: queremos olvidar la fragilidad del orden de la cultura. Sin embargo, los periódicos cata-

clismos naturales y sociales nos dan prueba de su vulnerabilidad.

El concepto «cultura» es un intento de abstracción de aquello que diferencia a la humanidad de otras especies. No obstante, aunque podemos reconocer esta «esencia» humana, su manifestación en la historia concreta se da en la diversidad de las «civilizaciones». Estas son los sistemas de alienación construidos y administrados para acumular la plusvalía social necesaria para mantener la infraestructura material de la sociedad. En otras palabras, la «civilización» es la creación y administración burocrática de la escasez. En todas las sociedades conocidas hasta ahora, el ahorro de plusvalía producida colectivamente ha funcionado sobre la base de los sistemas simbólicos que legitiman el mayor desgaste, la mayor insalubridad, la mayor pérdida de fluidos corporales, la mayor mutilación, la mayor distorsión física, y el mayor despojo de unos para luego redistribuirlo a todos a través de burocracias más o menos afectados del mismo modo, que centralizan y monopolizan ese despojo. Y si es necesarios concretar de manera tangible incuestionable el imperio de esa escurridiza legitimación simbólica, a la mano están las burocracias estatales especializadas, siempre preparadas para la aplicación de la violencia contra los que proclaman la injusticia del sistema.

El valor de la mala fe en el mantenimiento de la civilización toma sentido si se reconoce que el juego político es un intento de mediar entre dos imperativos sociales imposibles de conciliar totalmente: el de mantener el proceso de acumulación de plusvalía dentro de las estructuras conocidas y el de apaciguar los impulsos redencionistas de los despojados. Es decir, el mantenimiento de la civilización es un proyecto de inestabilidad permanente. De allí que mantener la civilización genere un subproducto peculiar -los íconos, símbolos, mitos y monumentos que otorgan identidad a las poblaciones nacionales. De manera consciente o subliminal, su exhibición, circulación, celebración y reiteración pública proporciona espacios mentales y teatrales para que todos los sectores sociales reconozcan parámetros simbólicos comunes. Los rituales públicos de la Agrupación no habrían tenido sentido sin ellos. Ese universo simbólico les permite dirimir sus diferencias y conflictos situándose a la vez dentro de una misma genealogía histórica. Reconocerse como oponentes que a la vez pertenecen a una comunidad simbólica hace posible la negociación y el conflicto a largo plazo, así como la sumisión o la resistencia simultáneas y, por tanto, ambi-

guas. Ese «largo plazo» que facilita la comunidad histórica es, en última instancia, la negociación colectiva del olvido.

Lo expuesto, hace evidente la ambigüedad y, por tanto, el error del juicio tajante que hace la Agrupación sobre la civilización chilena: «Ninguna democracia sana, sólida y estable podrá constituirse sobre la base del olvido de los más graves crímenes cometidos en la historia de Chile en contra de la vida, la integridad y la libertad de las personas, dentro de una política de terrorismo de Estado que desató la máxima violencia política contra la sociedad». Al parecer, se sugiere que Chile vivió una democracia pacífica solamente interrumpida por el régimen militar. Esto queda confirmado con otra afirmación contenida en la «Carta abierta a los partidos políticos», inserción en La Epoca (16 de julio de 1995, p. 30): «Hasta el 11 de septiembre de 1973, independientemente de las visiones encontradas que se producen a propósito del gobierno democrático de Salvador Allende, existía un estado democrático del cual nos sentíamos orgullosos. La diversas opiniones e ideologías de la sociedad convivían en este país representadas en diversos partidos políticos». Indudablemente se trata de una idealización retórica de la historia de chilena. Es decir, la afirmación paga una cuota de olvido necesario para reafirmar la sacralidad nacional como parte integrante de ella. No obstante, aun el recuerdo más somero, esquemático y rudimentario no puede dejar de lado lo señalado en el capítulo final de este libro, «El Futuro» -las masacres de trabajadores de fines y comienzos de siglo por el llamado Estado Oligárquico; la dura represión del movimiento sindical desde sus orígenes; la violencia de las dictaduras militares de la década del '20 y comienzos de los años '30, que prepararon las condiciones para la industrialización chilena; las masacres de campesinos de esa misma época; la proscripción del Partido Comunista y la persecución de sus militantes entre 1946 y 1958.

Creo que con lo expuesto ya puede avizorarse la función de una posible «política de la memoria histórica». Se trata de promoción de una crítica cultural reiterada constantemente y a largo plazo por intelectuales comprometidos con la defensa de los derechos humanos y por su continuidad en Chile. Esta crítica cultural debería preocuparse de provocar constantemente el «retorno de lo reprimido» a la conciencia nacional, a través de las generaciones. La agenda necesaria para ello implica mostrar a las castas políticas, practicantes profesionales y autorizados de la mala fe, que

no pueden borrarse las huellas de las claudicaciones que fueron necesarias y quizás indispensables para reiniciar el juego político en su plenitud, es decir «la reconciliación nacional».

No es esta «mirada retrospectiva» la ocasión para plantear una agenda de investigación y acción al respecto. Sin embargo, algunos aspectos parecen obvios y evidentes: durante la dictadura intelectuales democráticos dieron los pasos para iniciar el examen crítico de los grandes discursos culturales chilenos -filosóficos, artísticos, literarios, históricos, políticos, religiosos, científicos- para explicar el origen de las sensibilidades sociales que hicieron posible las violaciones de derechos humanos durante la dictadura militar de 1973-1990. A ello debiera agregarse la crítica de las prácticas burocráticas e institucionales del Estado -de la educación, de la policía, del servicio militar, de las iglesias, de la salubridad, por ejemplo- puesto que este episodio dictatorial reciente, aunque fue una de sus manifestaciones más transparentes, sin duda tuvo una genealogía más antigua.

Esta propuesta para una agenda intelectual se originó hace quince años con una intuición del significado potencial de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos para la cultura chilena. Como a muchos -chilenos y extranjeros- estudiar y ser testigo de la acción de sus miembros me permitió el «despertar» necesario para cuestionar la significación ética de la forma en que el Estado ha administrado la identidad nacional chilena. Hoy en día, ese cuestionamiento implica la necesidad de «declarar» que, nuevamente, el tema específico de la Agrupación debiera disolverse en un espectro más amplio de cuestiones sobre el sentido de la civilización chilena: ¿que tipo de espacio ha sido nuestra civilización para promover la vida humana y otorgar a todos la dignidad de ser personas y de ser reconocidos como personas?

NOTAS

1. Hernán Vidal. Frente Patriótico Manuel Rodríguez: El tabú del conflicto armado en Chile (Santiago de Chile: Mosquito Editores, Biblioteca Setenta&3, 1995).
2. Hernán Vidal, El Movimiento Contra la Tortura «Sebastián Acevedo» (Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, University of Minnesota, 1986); Dictadura militar, trauma social e inauguración de la sociología del teatro en Chile (Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, Series Literature and Human Rights, 1991).



DAR LA VIDA POR LA VIDA

fue impreso en los talleres gráficos
de MOSQUITO Comunicaciones,

Se imprimieron 1.000 ejemplares.

En la producción participaron:

Jefe de Taller: Juan Loyola

Diseño interior: Raimundo Cottet

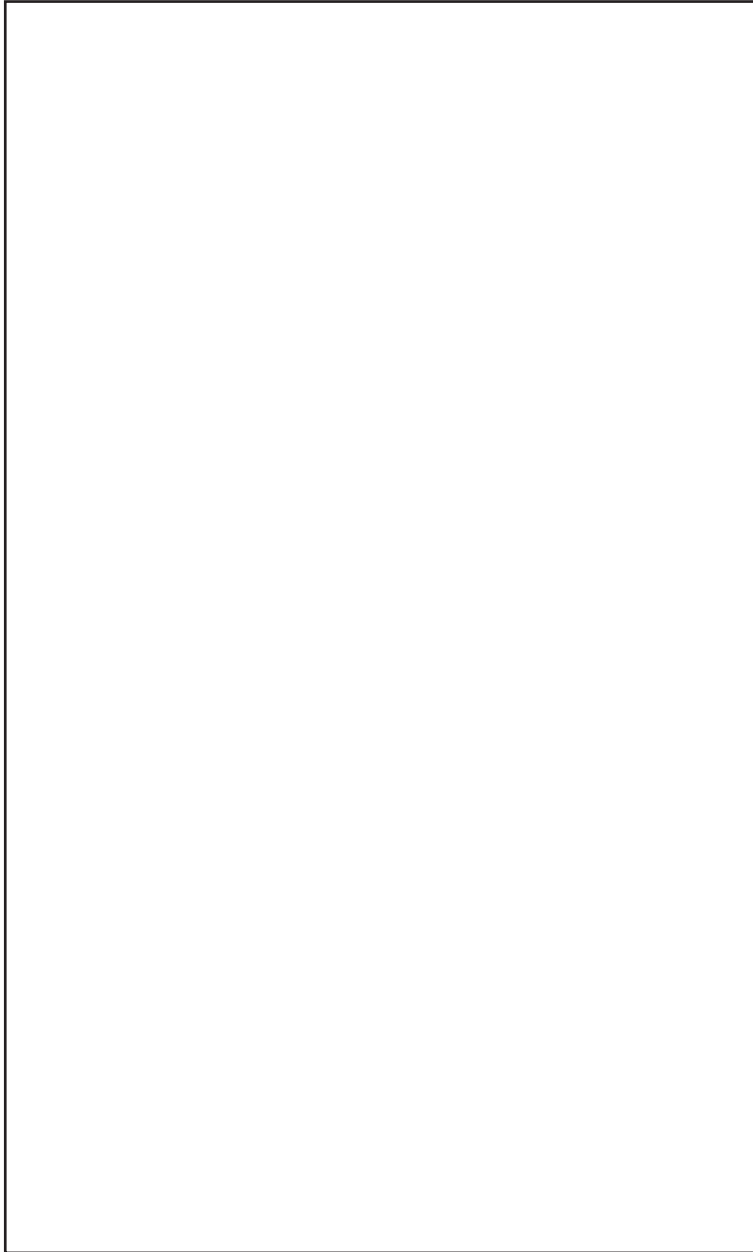
Matricería y pre-prensa: Julio Sasmay

Prensista: Ricardo Fuentes

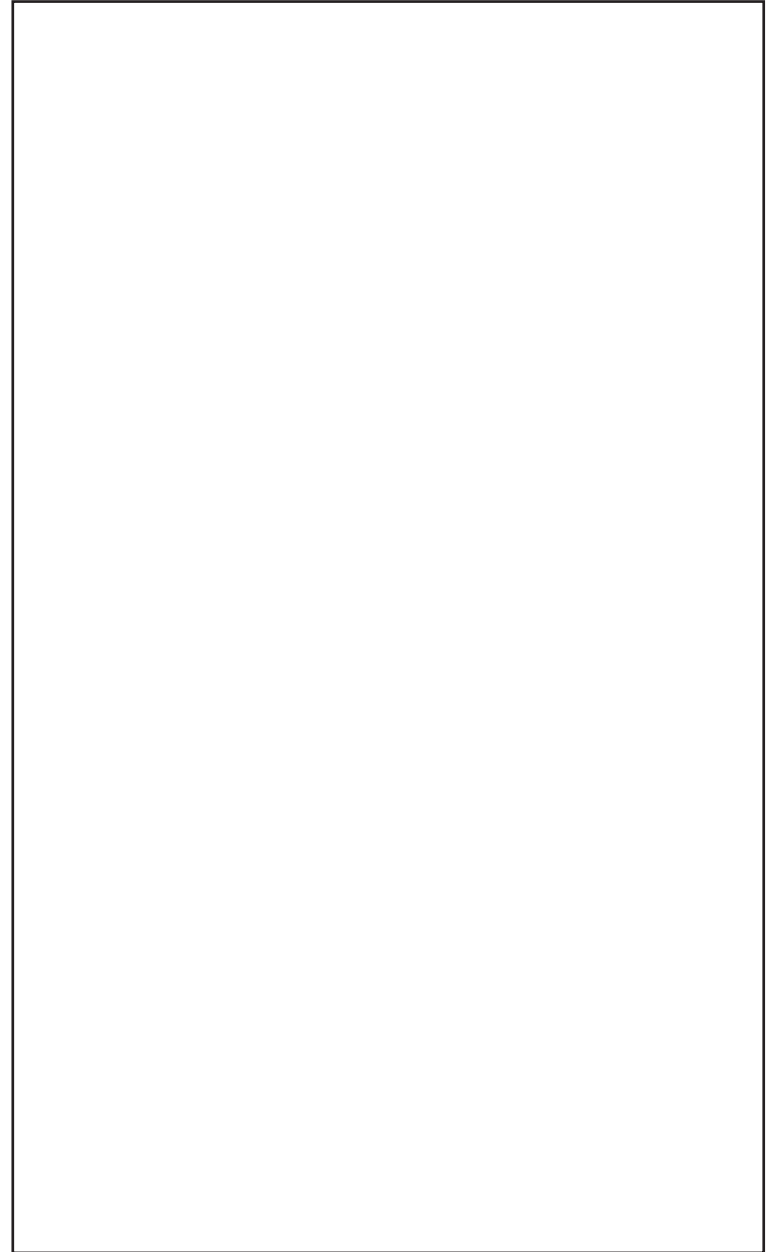
Encuadernación: Alex Godoy

Distribución y ventas: Patrick Rivera

Todo esto en el mes de abril de 1996
en la calle Miguel León Prado N° 182
en la ciudad de Santiago de Chile.



235



236

BIBLIOTECA SETENTA & 3

Escuché sus gritos

p. Jesús Herreros s.m.; testimonio.

La generación perdida de Paz Rodríguez

Ruth González; testimonio.

Patricio Manns: Actas del cazador en movimiento

Juan Armando Eppe; testimonio.

La dictadura me arrebató cinco hijos / Otilia Vargas; testimonio.

El discurso lírico de la mujer en Chile: 1975-1990

Juan Villegas Morales; ensayo.

Edgardo Enríquez Fróden: Testimonio de un destierro

Jorge Gilbert; testimonio.

El arte de recordar: Ensayos sobre la memoria cultural de Chile

Juan Armando Eppe; ensayo.

F.P.M.R.: El tabú del conflicto armado en Chile

Hernán Vidal; ensayo

BIBLIOTECA SETENTA&3

Chile vive un periodo histórico en que el debate político, ideológico y humano está marcado por verdades inmutables que no apuntan necesariamente a responder algunas cuestiones de primer orden y que permanecen pendientes.

La Memoria y la Verdad, creemos, son parte de la construcción de un futuro que satisfaga los requerimiento de las grandes mayorías.

Abrir una ventana a las ideas, a la confrontación y al desarrollo de nuevos caminos, es el objetivo último de esta colección.

A poco de instaurada la dictadura militar en 1973, la Agrupación apareció como el único grupo de oposición pública contra el régimen. En la noche más negra de la represión, para muchos quedó marcada una imagen inolvidable -con su demanda pública de que se les informara del destino de sus familiares, las mujeres de la Agrupación eran las únicas que salían a la calle para «dar la cara» por la izquierda derrotada. Lo hicieron con un valor suicida. En 1981 se reconocía que el activismo de la Agrupación y el apoyo dado a ella por la Vicaría de la Solidaridad y por organizaciones de derechos humanos desde el extranjero habían puesto un límite a las atrocidades cometidas por la DINA. También ese activismo había creado las condiciones subjetivas para la reconstitución de un movimiento más amplio de reivindicación social. Este reconocimiento coincidía con la rearticulación de la actividad de los partidos políticos y su aparición pública después de años de repliegue al clandestinaje.

La siempre vigente actualidad de éste y otros ejemplos de coraje son los que hacen que libros como este se articulen en la forma de homenaje, discurso, debate o denuncia. Mosquito Editores, en esto, es sólo un vehículo de difusión y respeto.

BIBLIOTECA
SETENTA & 3